



# JAMES M. CAIN

## La camarera



Lectulandia

Tras el fallecimiento de su marido en un extraño accidente automovilístico, la joven y hermosa viuda Joan Medford se ve obligada a aceptar un empleo como camarera sirviendo copas. Su situación económica es precaria y necesita ganar dinero para poder criar a su hijo.

En su nuevo trabajo se cruzarán en su vida dos hombres: un apuesto y soñador joven y un rico anciano que le da grandes propinas y le hace una inusual oferta de matrimonio... El explosivo triángulo está servido y la novela desarrolla con precisión milimétrica los grandes temas del autor: el deseo sexual, las maquinaciones interesadas, la codicia, el engaño y la violencia soterrada que impregna a sus personajes.

James M. Cain dejó escrita esta novela antes de fallecer en 1977, pero el libro ha permanecido inédito hasta ahora. Por fin esta potente historia de un maestro indiscutido del género llega a los lectores.

**Lectulandia**

James M. Cain

# **La camarera**

ePub r1.0

IbnKaldun 29.10.13

Título original: *The Cocktail Waitress*

James M. Cain, 2012

Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: IbnKhalidun

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Conocí a Tom Barclay en el funeral de mi marido, tal y como me hizo notar él mismo más tarde, aunque en aquel momento me causó tan poca impresión que no tenía ningún recuerdo de haberlo visto antes. El señor Garrick, de la funeraria, tenía la costumbre de llamar a la Ayuda Estudiantil de la universidad para pedir chicos que le echaran una mano, pero uno de los elegidos aquel día, un chico muy joven llamado Dan Lacey, no pudo acudir no sé por qué motivo, y su padre le pidió a Tom como favor que fuera en su lugar. Tom, aunque se había graduado el año anterior, me hizo los honores, vino a buscarme y luego me volvió a llevar a casa en una enorme y brillante limusina. Pero él iba en el asiento delantero con el chófer, de modo que apenas intercambiamos unas palabras, y yo ni siquiera vi bien cómo era. Más tarde él admitió que sí que se fijó en mí... y no en mi cara, precisamente, porque llevaba velo, sino en mis «bonitas piernas», según dijo. Yo no me fijé en él porque tenía otras cosas en la cabeza: la conmoción de lo que le había ocurrido a Ron, la tensión de enfrentarme a la policía y la súbita e inesperada conciencia del plan que había tramado mi cuñada para robarme a mi niño. Ethel es la hermana de Ron, y sí, es una tragedia que por culpa de una operación no pueda tener hijos. Eso lo comprendo. Pero, aun así, fue un golpe para mí ver que quería quedarse a mi Tad. Yo ya sabía que ella lo quería mucho, claro, cuando acepté su sugerencia, podríamos llamarla así, de llevárselo a vivir con ella hasta que yo consiguiera «arreglar las cosas» y me pusiera en marcha de nuevo. Pero que lo quisiera demasiado y que pensara quedárselo para siempre era algo que no había imaginado siquiera.

Sin embargo, me di cuenta en seguida cuando se me acercó, mientras estábamos junto a la tumba. Se apartó de Jack Lucas, su marido, y del señor y la señora Medford, sus padres, que eran también los padres de Ron, claro. Primero estrechó la mano del doctor Weeks, y supongo que le dio las gracias por el bonito funeral que había celebrado, y luego se dirigió a mí.

—Bueno, Joan —empezó—, al final, ya tienes lo que querías... Espero que estés satisfecha.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Creo que ya lo sabes.

—Si lo supiera no te lo estaría preguntando. Dilo.

—Bueno, la policía, y todo el mundo, cree que es muy raro... que lo echaras de casa, lloviendo como estaba, vestido con el pijama solamente, y que tuviera que coger el coche para ir a ver si podía alojarse en alguna parte, y supongo que no te extrañó mucho que se estrellara contra el muro de una alcantarilla... ni te importó tampoco.

—Lo eché de casa —le dije—, porque vino borracho a las dos de la madrugada

del domingo, me despertó gritando y pidiendo otra cerveza, y entonces se le ocurrió la brillante idea de castigar a Tad por algo que había hecho dos semanas atrás... y Tad todavía se estaba recuperando de la última vez. No sabía que había cogido prestado un coche para el fin de semana, que supongo que debía de estar aparcado delante de casa y con las llaves de contacto puestas, para que fuera capaz de conducir, tal como estaba. Ni tampoco presté mucha atención cuando miré y vi que se había ido. En aquel momento no me sorprendía demasiado nada de lo que hiciera o pudiera hacer, y en cuanto tranquilicé a Tad, me fui a la cama. Hasta la tarde, cuando por fin lo identificaron, no averigüé lo que le había ocurrido. Así que si crees que lo planeé para que pasara todo de esa manera, estás muy equivocada.

—Eso es lo que tú dices.

—Y tú también lo vas a decir.

—¿Perdona, Joan...?

—Dilo, Ethel, di que estabas equivocada... o te doy una bofetada ahora mismo, aquí, delante del doctor Weeks, delante de los Medford, delante de los amigos de Ron, una bofetada tan fuerte que no la vas a olvidar en la vida. ¡Ethel...!

—Estaba equivocada.

—Eso me parecía a mí.

—Lo digo, pero no lo creo.

—No me importa lo que creas o dejes de creer. Pero lo que dices, sí, y será mejor que me hagas caso.

Nos quedamos allí fulminándonos con la mirada la una a la otra, pero entonces me quedé helada, como si me hubiera caído un jarro de agua fría. Me pasó por la mente: ¿y si se enfada mucho y me dice que me lleve a Tad? Pensé: no puedo llevármelo todavía, porque no puedo trabajar si tengo que cuidarlo, y tengo que trabajar para comer y pagar sus gastos, porque, claro, no puedo permitir que su manutención dependa de Ethel. Tragué saliva casi sin querer, volví a tragar de nuevo, y al final tragué con mucha más fuerza y dije:

—Ethel, me disculpo por mi tono. Estoy pasando unos momentos horribles, me acusan de asesinato o de algo parecido, y no puedo soportarlo. De modo que...

—No te preocupes, me hago cargo.

—Entonces, ¿podemos olvidarlo y seguir adelante?

—Si te refieres a Tad, todo está ya preparado, y no hay nada que olvidar.

—Bueno, pues gracias.

Pero mi respuesta sonó algo tensa, y ella saltó:

—Joan, no tienes que darme las gracias por nada. Tad es de mi propia carne y mi propia sangre. Es bienvenido, y más que bienvenido, durante todo el tiempo que sea deseable. Y cuanto más tiempo sea, mejor para mí.

Entonces fue cuando se pasó, no por lo que dijo, sino por la expresión que tenían

sus ojos cuando lo dijo. Y en ese momento fue cuando me di cuenta de que no era propio de ella dejar correr las cosas, especialmente un insulto por mi parte, y que si lo había perdonado tenía que haber un motivo. Me quedé horrorizada, pero ¿qué podía hacer yo, especialmente allí, al lado de la tumba de Ron, con su padre, su madre y sus amigos todavía diciendo en voz baja cosas bonitas sobre él? No se me ocurría nada, porque las bofetadas no servían para nada ni tenían sentido... En realidad, nunca tenían sentido, como solía averiguar para mi pesar demasiado a menudo, y pronto volvería a averiguarlo de nuevo. Me limité a parpadear y preguntar en voz muy baja:

—Por cierto, ¿dónde está Tad?

—Joan, he pensado que era mejor no traer a un niño de tres años a la ceremonia, pero está en buenas manos, no tienes que preocuparte.

No sé por qué me volví entonces, quizás ella miró por encima de mi hombro, pero el caso es que lo hice y no lejos de allí estaba mi hijo, jugando al lado del coche de Ethel, usando sobre todo la mano izquierda para coger la pelota, mientras Eliza, la mujer que limpiaba en casa de Ethel, lo vigilaba. Me dirigí hacia él, y entonces me acordé de que llevaba el velo, lo levanté y lo eché por encima del sombrero. En aquel momento él me vio y vino corriendo, pero como corren los niños de tres años, inclinándose hacia delante y con dificultades para coordinar los pies con la cabeza. No lo consiguió del todo, pero cuando se cayó, yo lo recogí. Gimió al notar el contacto de mi mano en su hombro. Cambié la mano de sitio, lo abracé con fuerza y lo besé y lo mimé. Después de disfrutar de ese momento tan bonito los dos solos, Eliza se me acercó.

—Se ha portado muy bien —me dijo—, como un corderito, señorita Joan... ningún problema. Siento mucho lo que le pasó al señor Ron.

—Gracias, Eliza, es un consuelo.

—¿Quiere que me lo lleve ahora?

—Sí, por favor...

Cuando volví, Ethel se había reunido con sus padres y con Jack. Di las gracias al doctor Weeks, estreché la mano de los amigos de Ron, hombres a quienes conocía de vista, sobre todo de los bares, unos cuantos tipos no demasiado refinados, con pantalones de trabajo y cazadoras, pero que se estaban portando muy bien. Luego incliné la cabeza hacia el señor y la señora Medford, que inclinaron la cabeza a su vez, fríamente, y vi con claridad que se habían creído todas las bobadas de Ethel. Entonces me reuní con Tom, que se había retirado unos pocos metros, cuando Ethel vino hacia mí.

—¿Podemos irnos ya? —le pregunté.

—Cuando usted quiera, señora Medford.

Y así, una tarde de primavera, salí del cementerio de College Park, en Maryland, y me dirigí hacia mi hogar en Hyattsville, a unos ocho kilómetros carretera abajo, una

zona residencial de Washington D.C., para enfrentarme al resto de mi vida, teniendo que ganarme el pan para mí y para mi hijito y sin saber qué podía hacer para conseguirlo. ¿Quién soy y por qué estoy contando todo esto? Mi nombre de soltera era Joan Woods, y nací en Washington, Pennsylvania, un barrio residencial de Pittsburgh. Mi padre, Charles Woods, es abogado y líder de la comunidad, con un solo defecto que yo conozca: hace siempre lo que dice mi madre. Siempre. A los diecisiete años ingresé en la Universidad de Pittsburgh, pero entonces la oportunidad llamó a mi puerta: un chico de una familia del acero se enamoró de mí y al final me pidió que me casara con él. Mi madre estaba emocionadísima, y mi padre le siguió la corriente sin condiciones. Pero Fred me aburría mortalmente y la situación se volvió agobiante. Para ver si las cosas se resolvían me fui a Washington, donde una chica que yo conocía trabajaba en «la Colina», como la llaman. Ella pensaba que podía conseguirme trabajo allí fácilmente, así que me llevó a su apartamento y me dijo que esperara su llamada. Me pasaba todo el día allí sentada y se me hacía muy pesado, así como horriblemente solitario. Un chico que vivía en el mismo rellano llamó a la puerta y yo le dejé entrar, y una cosa llevó a la otra. Cuando me di cuenta estaba embarazada. Pero no sabía que se pudiera hacer nada. Por lo que a mí respectaba, una chica que se quedaba embarazada se casaba, y eso fue lo que hice. Decir que Ron se casó a regañadientes sería un eufemismo tremendo. Odiaba casarse, odiaba al pequeño Tad, y creo que llegó a odiarme a mí también.

Mi madre también me odió, y mi padre renegó de mí. Quedé a merced de los Medford, que también me odiaban, creo, solo para que la cosa fuera unánime. El señor Medford dio trabajo a Ron como vendedor en su empresa inmobiliaria, y Ron no lo hacía mal... pero se emborrachaba. El señor Medford lo despidió, pero lo volvió a contratar a la semana siguiente. Lo despidió y lo volvió a contratar tantas veces que Ron empezó a tomárselo a guasa, y se llamaba a sí mismo Finnegan Medford, pero la cosa acabó para siempre cuando Ron estropeó la venta de los Castle al emborracharse y meter mano a la señora Castle, accidentalmente, aseguraba él. Después de aquel incidente no volvieron a contratarlo, y Ron se pasó los meses siguientes maldiciendo a su padre, a mí y a nuestro hijo, pero sin ganar ni un centavo, de modo que nuestros ahorros se agotaron y las empresas de servicios no aceptaron ya más excusas y cortaron el suministro en nuestra casa.

La casa... nos la regaló el señor Medford, o nos la regaló solo a medias, dejando pendiente una hipoteca de siete mil quinientos dólares como «incentivo» para Ron, dijo, para que sentara la cabeza y asumiese responsabilidades. La cosa no tuvo ese efecto, sino el de hacer que me salieran canas antes de los veinte, por lo mucho que sufrí para reunir ciento diez dólares cada mes y pagar los plazos de amortización, cuando todavía teníamos algo de dinero. Ahora ya no quedaba nada y los avisos de ejecución habían empezado a acumularse en el buzón.

Fue delante de aquella casa, un bungaló de los años veinte, donde nos detuvimos aquel día después del funeral. Tom salió del coche, me tendió la mano y se quedó esperando en la acera mientras yo corría hacia el porche, buscaba la llave y abría la puerta principal. Luego me volví, agité la mano y (él insistía en ello más tarde) le lancé un beso con los dedos (cosa que yo no creo haber hecho), sin pensar en absoluto que en aquel momento iniciaba el camino hacia mi trabajo en un restaurante en la parte baja de la colina, y hacia el hombre que llegaría a desear como deseo la propia vida.

Entonces, ¿cuál es el problema y por qué estoy grabando todo esto? Pues lo hago con la esperanza de limpiar mi nombre de las injurias que se han vertido en mi contra, en relación con el trabajo y el matrimonio al que condujo todo aquello y lo que vino después... Siempre la misma acusación, la que Ethel me arrojó a la cara, la de ser una *femme fatale*, que supo matar a su marido de una manera tan hábil que nunca se pudo probar. Desgraciadamente, tampoco podía probarse lo contrario, al menos ante un tribunal, porque mientras los periódicos digan que todo es «presunto», no puedes demandar a nadie. Lo único que puedo hacer es contarlo todo, incluyendo algunas cosas que ninguna mujer contaría de buen grado. No me apetece demasiado, pero si es así como debe ser, pues sea.

El caso es que fue Tom quien me mandó un beso con la mano, y se fue.

## 2

Me había puesto el velo no porque tuviera una idea anticuada de lo que debe llevar una viuda, sino para ocultar un lado de mi barbilla que estaba amoratado por los hematomas que me había producido Ron, al golpearme aquella noche mientras luchábamos por Tad. Podía habérmelo tapado con maquillaje, pero sabía que los Medford, a quienes no podía explicar el motivo, lo desaprobarían, y el velo era una manera sencilla de salir del paso. De modo que abrí mi bote de Max Factor dispuesta a acicalarme para buscar trabajo. Pero antes que nada me desnudé, me quité el traje oscuro, las braguitas y el sujetador negros y los zapatos de vestir negros que llevaba puestos, delante del espejo, allí, en mi tocador. ¿Qué aspecto tenía desnuda? Pues fue hace trece meses y acababa de cumplir los veintiuno. Estoy un poco por debajo de la altura media, normalmente más bien delgada y con el pecho grande, dicen. Pero lo mejor que tengo son las piernas, como me han dicho a menudo. Son muy rectas, redondeadas, suaves y con una bonita forma. La cara la tengo redonda y los rasgos algo regordetes, pero las ojeras me favorecen bastante, así que no soy del todo fea. Tengo el pelo rubio, pero de un rubio oscuro, «rubio trigueño», lo llaman algunos, con las canas que ya he mencionado antes. Mis ojos son verdes y bastante grandes, de modo que con las ojeras tengo cierto aspecto de gata, eso debo admitirlo.

Me maquillé y me empolvé con la borla, y finalmente acabé con una cara bastante decente. Luego me vestí, me puse un sujetador blanco, braguitas blancas, calcetines cortos rojos, zapatos planos, unos vaqueros Levis y una camisa rústica, como correspondía al trabajo que tenía pensado, del que hablaré dentro de un momento. Estaba acabando cuando oí el timbre de la puerta. No sonó, porque me habían cortado la luz por no pagar las facturas, pero sí que hizo un ruido como un chasquido y luego se oyeron unos golpecitos. Bajé al vestíbulo y abrí, esperando que fuese algún acreedor y ensayando lo que iba a decirle. Pero eran los mismos hombres con los que había hablado antes en el edificio del condado, oficiales de la policía.

—Sargento Young, agente Church, adelante —los invité a pasar.

—Ah, se acuerda de nosotros —dijo el mayor de los dos, quitándose la gorra del uniforme al entrar.

—Bueno, no creo que pudiera olvidarme tan pronto.

—Nuestros nombres, quiero decir.

—Los he dicho bien, ¿no?

—Sí, pero no suele ocurrir.

Por aquel entonces ya les había hecho pasar al salón, del que no me sentía demasiado orgullosa, porque al sofá le faltaba una de las patas debido a una de las noches de juerga de Ron, y la esquina rota se sostenía sobre una pila de libros. Sin embargo, los hice sentar de espaldas a él y me senté yo también.

—En fin, ¿qué puedo hacer por ustedes, caballeros? —pregunté.

—Dígaselo —dijo el sargento Church. El oficial más joven lo miró, me pareció que un poco a regañadientes, pero al final se volvió hacia mí.

—Estamos fuera de servicio, señora Medford —dijo Church—, pero usted antes ha colaborado tanto con nosotros cuando la hemos interrogado sobre lo ocurrido, que esta vez hemos venido a contarle algo, en lugar de preguntarle, algo que debería saber..., que creemos que debería saber. Y creemos que podemos contarle esto porque la mujer que llamó anoche no dio su nombre, así que no podía exigir confidencialidad... como lo llaman ahora. Vaya palabrita...

Los tres nos reímos y yo me sentí culpable interiormente por divertirme precisamente aquel día, pero luego dije:

—Muy bien, agente Church, lo escucho. ¿Qué es lo que han venido a decirme?

—Hemos recibido una llamada. Con referencia a un hombre, un hombre que usted conoce y que se llama Joe Pennington.

—¡Ya sé quién les llamó!

—Nosotros también nos lo imaginamos.

—¿Qué dijo ella de Joe?

—Que estaba aquí, que estaba con usted el sábado por la noche, en el momento en que su marido volvió a casa. Que en lugar de su hijito, fue él la causa de la pelea, y que la ayudó a usted a echar a su marido afuera, al porche, y que...

—¡No lo veo desde hace más de un año!

—Eso hemos averiguado, señora Medford.

—¡Es una mentira cochina!

—Sí, ya lo sabemos, señora Medford... Hemos investigado a Joe Pennington y estaba trabajando en el Block aquella noche, el Block en Baltimore, tal y como demuestra un testigo, un testigo muy fiable, que entró en detalles...

—El caso es que pensamos —le interrumpió el sargento—: ¿por qué iba a contar esa historia la mujer? ¿Por qué inventarse un cuento tan inverosímil? Bueno, pues después de comprobar lo de Joe, pensamos que hemos dado con la respuesta, y como le afecta a usted, hemos pensado en venir a decírselo. Ella, la mujer que llamó, hablaba de su cuñada y decía que ella se había quedado a su hijito, por un motivo que repetía una y otra vez...

—«Por pura bondad de corazón».

—Eso es lo que dijo, esperábamos que usted reconociera la frase, porque parece una muletilla que repite muy a menudo. Y se nos pasó por la cabeza que a lo mejor la mujer que llamó y la cuñada podrían ser la misma persona. ¿Y por qué meterla a usted en todo este asunto, y por qué meter también a Joe? Intentar meterlos a usted y a Joe no tendría ningún sentido, a menos..., a menos que ella quisiera incitarnos, ponernos en contra de usted, de alguna manera, para que la declaren incapacitada

como madre, incapaz de cuidar al hijo del que ahora se ocupa ella. En otras palabras, si ella puede probar que usted actuó de una manera inmoral, podría quedarse al niño..., algo así. A los dos se nos ocurrió que a lo mejor pensaba eso, y por eso hemos venido a contárselo. ¿Le suena todo esto?

—A mí me dijo prácticamente lo mismo no hace más de una hora. Ante la tumba de mi marido, se plantó allí y reconoció que quería quedarse a mi hijo. Si se ha encariñado con él la verdad es que no la culpo... Yo también quiero al niño, todo el mundo lo quiere, y ella ha sufrido un golpe terrible, un golpe trágico. Y además no podrá tener un hijo propio, y sin duda eso la ha afectado mentalmente. Pero...

No pude seguir y me quedé callada, haciendo un esfuerzo por controlarme.

—Por eso hemos venido a decírselo —añadió el sargento Young, muy amable—. Pensábamos que debía saberlo.

No dije nada, pero vi que el sargento examinaba la ropa que me había puesto.

—Me he vestido para trabajar —le expliqué—. Tengo que empezar hoy.

—¿Y qué tipo de trabajo va a hacer?

No me gustaba nada responder, pero tenía que decir algo.

—Bueno, espero encontrar alguna cosa hoy mismo —dije—. Hay un cortacésped ahí fuera, en el porche de atrás, y una lata de gasolina, y en esta misma calle hay muchas casas donde no me conocen, y tienen el césped sin arreglar, y he pensado que podía recortar alguno, si la gente quiere... y conseguiría unos dólares, y así me compraría algo de comida y tendría un día más para pensar. Con un poco de tiempo, podría encontrar trabajo en Woodies, o Hecht's, o Murphy's... Como vendedora, quiero decir. No tengo formación para ningún trabajo especial, solo fui al instituto y aprendí un poco de literatura, y en la universidad acababa de empezar, y me fui y... ¿A que no lo adivinan? Me casé. Luego llegó mi hijo y... eso es todo, por ahora.

No sé por qué hablé tanto, pero me parecieron tan preocupados que me apeteció hacerlo. Y además yo estaba nerviosa también, supongo: cualquiera lo estaría hablando con la policía.

Al cabo de un momento el sargento me preguntó:

—¿Ha pensado en trabajar en un restaurante?

—¿Qué quiere decir, preparar la comida?

—No, servir las mesas.

Debí de poner una cara muy rara, porque él siguió apresuradamente y un poco violento:

—Bueno, nada, era solo una pregunta, no se ofenda. Pero tiene algo de bueno, y es que el sueldo se basa sobre todo en las propinas, y se las lleva usted a casa cada noche. No tiene que esperar al sábado o a primeros de mes, como pasa en muchos trabajos.

—Siga, siga, por favor —lo apremié.

—Bueno, pues, además, el Garden of Roses está un poco más abajo, en esta misma calle. Para ir a Woodies necesitaría un coche, igual que para ir a Hecht Company o a Murphy's o a cualquier otro lugar en el Plaza. Y la señora Rossi a lo mejor necesita a alguien. Suele necesitar personal... y puede usted darle mi nombre como referencia.

—¿Quién es la señora Rossi?

—Bianca Rossi, la propietaria. Su marido, que ya murió, era italiano, pero ella no. Y es buena gente. Un poco gruñona, pero decente y nada tacaña.

—Suenan muy bien.

—Que se le dé bien recordar los nombres ayudaría mucho, especialmente con las propinas.

—Mi madre —expliqué yo— fue a un colegio privado, donde sobre todo enseñaban buenos modales, daban mucha importancia a los nombres, y ella me lo inculcó. No pensaron en decirle que lo esencial para los buenos modales era la amabilidad.

—Podríamos llevarla nosotros, si quiere.

—Si espera un momento, me cambiaré de ropa.

—Tal y como va está bien... Parece una chica trabajadora, y lo que quieren ellos es eso, una chica trabajadora..., es decir, si quieren a alguien, claro. Si Bianca la contrata, le dará un uniforme.

—¿A qué estamos esperando entonces?

Fue así de rápida e inesperada, la decisión más importante de mi vida. Hasta entonces yo no había pensado nunca en servir mesas... y no había tenido ocasión de pensar si sería demasiado orgullosa para aceptar propinas, ni se me había pasado por la cabeza. Pero el caso es que necesitaba dinero, y lo necesitaba rápido. Así que al cabo de diez segundos ya íbamos en el coche del sargento Young colina abajo, hacia el restaurante.

### 3

El Garden of Roses está en la calle Upshur, en Hyattsville, enfrente de la sede del condado, que está en la carretera número 1, al sur de la ciudad, en «el bulevar», así lo llaman. Es un edificio de un solo piso, de ladrillos pintados de blanco, y, contando el aparcamiento, ocupa media manzana. Tiene dos alas con una zona central que las une: en una ala, el restaurante; en la otra, la coctelería. La zona central es en parte recepción, en realidad un vestíbulo según se entra, con un cubículo para el guardarropa enfrente y media puerta en medio. El sargento Young me ayudó a bajar y me acompañó hasta la puerta delantera, mientras el oficial Church se quedaba en el coche.

—Es usted muy amable por ayudarme. No era necesario y no tenía por qué...

—No era necesario, pero sí que tengo un motivo.

Vi que su mirada repasaba la ropa que yo llevaba una vez más, y me pareció que quizás incluso lo que estaba debajo, y me puse un poco tensa, cosa que él debió de notar, porque a continuación habló con mayor formalidad.

—Señora Medford, me imagino lo que habrá pasado usted. He visto el informe de cuando llevó a su hijo al hospital para que le miraran el brazo. He visto las marcas que lleva usted y también los rastros en su casa. Si me permite que le diga esto precisamente el día que lo han enterrado, su marido era un bruto, y es mejor que se haya librado de él..., a condición de que esto no le cueste perder también a su hijo.

Asentí con la cabeza, dándole las gracias. Nos quedamos un momento más allí, y me pareció que el sargento Young habría querido decirme algo más, pero no mientras su compañero nos estuviera mirando. Me devolvió el gesto y se volvió al coche.

Cuando él y el agente Church ya se habían ido, entré en el vestíbulo. No había ninguna luz encendida, y durante un momento, como venía del sol, no vi nada. Pero entonces apareció una camarera, una chica joven que salía del comedor y dijo:

—Está cerrado hasta las cinco... Pruebe en el Abbey, en College Park.

—Busco a la señora Rossi.

—¿Para qué?

—Eso se lo diré a ella en persona, si no le importa.

—Tengo que saber qué quiere de ella.

Mi mal carácter, como quizás hayan adivinado ya, es uno de los problemas más graves de mi vida, así que me quedé un momento callada, intentando controlarme, cuando de repente apareció una mujer de mediana edad, no más alta que yo, pero gorda, enorme y cuadrada.

—Señora Rossi —dijo la jovencita—, esta chica quiere hablar con usted, pero no me ha dicho por qué. He intentado sacarle lo que quería, pero no suelta prenda...

—¡Sue!

La voz de la señora Rossi era aguda, y Sue se calló al momento.

—Sue, la curiosidad mató al gato. ¿A ti qué te importa lo que quiere de mí?

Sue desapareció y la señora Rossi se volvió hacia mí.

—Bueno, ¿qué desea? —preguntó.

—Trabajo —le dije yo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Servir mesas.

Ella me examinó.

—Necesito una chica, pero me temo que no me sirves... No cojo a nadie sin experiencia.

—Bueno... como apenas le he dicho dos palabras, no entiendo cómo puede usted saber si tengo o no tengo experiencia.

—Las dos palabras que has dicho, «servir mesas», me han bastado. Si hubieras hecho alguna vez este tipo de trabajo, habrías dicho «en sala». ¿Tienes experiencia o no?

—Pues no, pero...

—Yo no contrato a gente sin experiencia. ¿Has comido hoy?

—No tenía hambre para comer...

—¿Y has desayunado?

—Señora Rossi, me va a hacer llorar... Le diré al sargento Young, que ha sido quien me ha sugerido que viniera a verla, que al menos tiene buen corazón.

—¿Conoces al sargento Young?

—Sí. Creo que puedo decir que es amigo mío.

—¿Y te ha enviado él?

—Sí, me ha dicho que a lo mejor usted necesitaba a alguien.

—¿Por qué ha pensado que me serías de utilidad?

Bueno, ¿por qué había pensado él que yo podría serle de utilidad a aquella mujer? Intenté pensar en algo y de repente me acordé. Se lo dije.

—Se quedó sorprendido porque recuerdo muy bien los nombres. Pensaba que en este trabajo serviría de ayuda.

—¿Cómo me llamo yo?

—Señora Rossi. Señora Bianca Rossi.

—¿Y la chica que estaba antes aquí?

—Sue.

Ella extendió una mano hacia el comedor, chasqueó los dedos y cuando reapareció Sue, me preguntó:

—¿Y tú, cómo te llamas?

Empecé a decir «señora Medford», pero cambié de opinión.

—Joan. Joan Medford.

—¿Señora o señorita?

—Soy viuda, señora Rossi. O sea que señora.

Volviéndose a Sue le dijo:

—Ésta es Joan, va a venir a trabajar en la sala. Acompáñala a la parte de atrás, dale una taquilla, búscale un uniforme... de la pila de uniformes traídos de la lavandería, en el estante de la despensa. —Y luego, dirigiéndose a mí—: Cuando te hayas vestido vuelve aquí y te diré lo que debes hacer.

—Sí, señora Rossi. Y gracias.

—Hay algo en ti que no me acaba de convencer.

—Ya lo hará, deme tiempo.

Sue me llevó a través del comedor y por una cocina donde estaban el chef y dos cocineros cortando, picando y salteando, y luego por un pasillo hasta una habitación con taquillas a un lado y unos bancos en medio. Abrió una taquilla con una llave que cogió de un estante y luego desapareció, y cuando yo me había quitado ya la ropa volvió con mi uniforme. La faldita corta y el delantal en una mano, el jersey en la otra. Me miró mientras yo colgaba mi ropa en la taquilla, y me ponía las cosas que ella me había traído. La llave tenía una cuerdecita para colgarla de la muñeca, y después de cerrar me la pasé por la mano. Debí de poner cara rara al mirarme las piernas, que por supuesto llevaba desnudas, ya que dijo:

—Está bien. Algunas de las chicas no llevan pantys ni nada. En algunas cosas, como las uñas, Bianca es tremendamente estricta, pero otras cosas no le importan.

Volvimos con la señora Rossi, que seguía en el comedor. Con ella se encontraba una mujer con el pelo gris y bastante guapa, quizá de unos cuarenta años, con una blusa campesina, pantalones cortos de un rojo intenso y unas medias color carne que hacían resaltar mucho unas piernas preciosas.

—Estaré contigo dentro de un minuto —me dijo Bianca, y siguió hablando.

Pero la mujer preguntó:

—Eh, espera un momento... ¿Quién es ésta?

—Una chica nueva —dijo Bianca—, pero lo del champán...

—¡Espera, espera un momento! ¿Por qué va vestida para servir en el comedor?

—Porque ahí es donde va a trabajar.

—Ah, no, desde luego que no. Llevas mucho tiempo prometiéndome una chica, y ahora, cuando la tenemos aquí por fin, la pones a trabajar en «este» lado...

—Es nueva, ni siquiera sabe de qué va, no puede trabajar en el bar, no está capacitada.

—¡Ah, sí, sí que lo está! —Y dirigiéndose a mí exclamó—: Enséñale tu capacitación para trabajar en la coctelería. Me refiero a las piernas.

Yo di la vuelta para que me vieran las piernas desnudas.

—Y por lo que parece, ya está domada —siguió diciendo. Y luego, dirigiéndose a

mí de nuevo—: ¿Estoy en lo cierto?

—Si quiere decir lo que me imagino —admití—, sí. Resulta que soy viuda. Viuda reciente con un hijo.

—¿Y bien, Bianca?

No era la primera vez, ni sería la última, que la veía adoptar una decisión y luego cambiar de idea cuando alguien la presionaba.

—Está bien, cógela tú.

—Ven —me dijo la mujer, dirigiéndome de nuevo hacia las taquillas—. ¿Cómo te llamas, por favor?

—Joan. Joan Medford.

—Liz. Liz Baumgarten.

No pude evitarlo: Liz me gustó. Creo que a todo el mundo le pasaba lo mismo.

—¿A qué hora cierra, la coctelería? —le pregunté.

—A la una. ¿Por qué?

—Porque no sé cómo voy a volver a casa. El restaurante cierra a las nueve, y a esa hora puedo volver andando. Pero a la una de la madrugada...

—No hay ningún problema... Yo te acompañaré, Joan. Tengo coche.

Habíamos llegado al vestuario, y Liz cerró la puerta tras ella. Me quitó la falda, el delantal y la blusa, y ella me trajo unos pantalones cortos como los que ella llevaba y una blusa campesina. Luego abrió una taquilla y sacó un paquete de pantys.

—Son de color carne... ¿Te parece bien? —preguntó.

—Ah, fantástico... y gracias, Liz.

—En el bar, las piernas desnudas cogen mucho frío a la una de la madrugada. Pero si me aceptas una sugerencia, con lo que tienes debajo de esa blusa, yo me quitaría el sujetador.

—¿Estás segura?

—Bueno, yo sí que lo haría. Ayuda con las propinas...

—Para mí las propinas son lo principal.

—Y para todo el mundo, Joan. No te avergüences. —Y luego se explicó—: Por si te preguntabas por qué acepto competencia, cuando tengo todo esto para mí sola, pues, bueno, a veces hay mucho ajetreo en los bares de copas. Te desborda el trabajo y vas lenta, y en un bar es algo que no puedes permitirte. Para la comida esperan, pero las bebidas, para ellos, son más urgentes. Y cuando voy lenta porque me agobia el trabajo, se enfadan mucho. Y si se enfadan no hay propinas. Lo que intento decirte es que, a partir de cierto punto, que venga un montón de gente no sirve de nada, si no dan propinas. Y viceversa, podríamos decir. —Entonces, cuando me estaba poniendo los pantys, los pantalones y la blusa campesina, que se tensaba mucho en dos puntos de la parte delantera, añadió—: Te irá muy bien. Estás muy bien dotada.

—Tú tampoco estás mal.

—Bueno, para ser una vieja... estoy pasable.

Estaba muy bien, en realidad, y en cuanto a su aspecto, yo era incapaz de calcular su edad, pero tenía el pelo muy canoso, un pelo muy bonito, casi plateado, que llevaba rizado, cortado a la altura de los hombros. De estatura media, con los rasgos un poco afilados, debo decir, y, sin embargo, condenadamente guapa. Tenía los ojos de un azul claro, penetrantes, pero no duros. Y sus piernas eran distintas de las mías: así como las mías eran redondeadas y suaves, las suyas estaban muy musculosas, pero con líneas finas, y tenía una forma de andar muy graciosa.

Me llevó al comedor, al vestíbulo y luego al bar, donde un hombre con aspecto cuadrado y chaqueta blanca limpiaba vasos con un trapo y después los colocaba en filas ordenadas.

—Joan, Jake. Jake, Joan... es nuestra nueva chica, Jake. Ve con paciencia, porque no ha trabajado nunca en un bar. —Y diciendo esto se alejó hacia la cocina.

—Hola, Joan.

—Hola, Jake.

Resultó que en semanas alternas yo tenía que entrar a las cuatro en lugar de las cinco, para preparar los servicios para Jake, arreglar el local, colocar Fritos en pequeños cuencos y bajar las sillas que habían subido para barrer el suelo. En aquel momento precisamente estaban limpiando, un chico con una fregona, de modo que primero me dediqué a los servicios de coctelería.

—El primero es para los old-fashioned. ¿Sabes lo que es un old-fashioned?

—¿Te refieres a las rodajas de naranja y las cerezas confitadas?

—Sí, eso es... —Me dirigió una larga mirada y luego siguió—: ¿Y para los martinis?

—Pongo las olivas en un cuenco y las pincho con un palillo.

—Para los gibson...

—Cebolletas, sin palillo.

—Muy bien. A ver, para los manhattan...

—Cerezas.

—Sin palillo, si tienen rabito. Pero a veces nos traen de las que no son, y si no llevan rabito, pon palillo. Las margaritas...

—¿Sal? ¿En un platito? ¿Y un limón con un tajo por un lado, para frotar los bordes de los vasos?

—Hablando de limón...

—¿Rodajitas? ¿Cuántas?

—Las que salgan de tres limones. Córtalas gruesas, ponlas en un cuenco, y encima muchos cubitos de hielo, para que no se me ablanden. Odio que las rodajas de limón se pongan blandas. —Me miró como si yo fuera un caballo parlanchín o una rareza por el estilo—. ¿Estás segura de que nunca...?

—Es que mi madre daba muchas fiestas —le expliqué—, y mi padre preparaba las bebidas. Yo era la pequeña ayudante de papá.

—Cielos, tienes papá... Debería haberme dado cuenta. Bueno, tiene que haber de todo en esta vida, ¿no?

Era ese tipo de observación que podría haberme tomado a mal, pero él sonreía cuando lo dijo, de modo que le devolví la sonrisa.

—¿Qué más?

—Los Fritos... son gratis, y debes mantener los cuencos siempre llenos. Preparan a los clientes para tomar una bebida.

—Quieres decir que son salados.

—No quiero decir eso, y tú tampoco. Quiero decir que son gentileza de Bianca, y será mejor para ti que quieras decir eso también.

—Vienen especialmente de la señora Rossi.

—Que no se te olvide. En este asunto es muy quisquillosa. —Arrojó el trapo encima de la barra, se desató el delantal y dio la vuelta para ponerse a mi lado—. Déjame que te enseñe lo demás.

Me enseñó mi calculadora de bolsillo, mi caja registradora y el taco de los recibos, y me explicó cómo colocar los recibos en montones separados, y luego, cuando te pedían la cuenta, sumarlo todo con la calculadora, presentar la cuenta al cliente, coger su dinero, llevarlo a la caja registradora y marcar en ella la cantidad de la cuenta, y a continuación coger el cambio y devolvérselo.

—Y, por el amor de Dios, no te equivoques —gruñó, mirándome a los ojos—. Bianca hace la vista gorda con muchas cosas, como lo de la blusa sin nada debajo, pero en otras, como las uñas limpias y el dinero, es una zorra. Si cometes un error, se te echa encima.

—No cometeré ningún error.

Acababa de bajar las sillas al suelo y estaba poniendo los Fritos cuando volvió Liz de donde quiera que estuviese en la cocina.

—Bueno, ahora vamos a repartirnos las zonas —dijo—. A ver qué te parece si lo dividimos justo por la mitad y vamos alternando: una semana yo cojo la zona que está más cerca, junto a la puerta, y tú la que está junto al lavabo de caballeros, y a la semana siguiente al revés. ¿Te parece justo?

—Vale, perfecto. Pero esta semana coge tú la zona junto a la puerta, para que puedas saludarlos cuando lleguen. A los clientes, quiero decir... Yo no conozco todavía a nadie.

—Así lo haremos, claro —dijo. Y luego—: Tengo que irme... Aquí viene el señor Cincuenta Centavos, siempre nuestro primer cliente. Por la forma que tiene de darte las dos monedas de veinticinco centavos de propina, parece que sean de plata maciza, recién acuñadas en Filadelfia.

Miré y vi que la señora Rossi acompañaba a un cliente, un hombre de mediana edad, que se daba aires de importancia, con pantalones de gabardina y camisa deportiva. Liz se dirigió hacia él y la señora Rossi empezó a llevarlo a la zona que servía ella. Pero cuando el hombre me vio se detuvo en seco, me miró y dijo algo. Bianca pareció sorprendida y lo acompañó hacia donde yo estaba. Fue la primera vez que vi a Earl K. White, y me quedé tan sorprendida como Liz.

Era un hombre alto, más bien pálido, y obviamente se trataba de alguien importante. Me acerqué a él y le tendí la carta de vinos, con la lista de cócteles por delante, por supuesto.

—¿Qué desea, señor? —le pregunté.

Él me pidió una tónica *on the rocks*, sin abrir siquiera la carta, y cuando me volvía hacia el bar, Jake ya estaba abriendo la botella y poniendo un cubito de hielo en un vaso grande.

—Lleva bien cogida la bandeja siempre —me dijo—, y fíjate en el centro de corcho. Es para evitar que las cosas resbalen, pero si no estás acostumbrada es difícil.

Cuando volví a la mesa, coloqué en ella el vaso y vertí la bebida, me llevé la botella y la arrojé en la caja que había debajo de la barra. Luego pasé junto al señor Cincuenta Centavos hasta mi sitio al lado del lavabo de caballeros. Pero él se volvió y me hizo una seña.

—¿Es usted nueva? —me preguntó.

—Sí, señor... Ésta es mi primera noche... Y en realidad también es usted mi primer cliente.

—¿Cómo se llama?

—Señora Medford.

Al final, después de reprimirme todo el día, se me escapó, pero de inmediato me corregí:

—Joan.

—Se le ha escapado.

—Ya le he dicho que era mi primera noche.

—No he encontrado demasiadas camareras de coctelería que se llaman «señora». Nada. Parece más bien la forma que tienen de presentarse las damas.

—Supongo que soy una dama.

—Puede ser; pero no todas las camareras lo son —dijo, echando un vistazo en dirección a Liz. No se me ocurría qué era lo que podía encontrar en su comportamiento o sus modales que no fuera propio de una dama y en cambio en los míos sí, de no ser el hecho de que yo lo había llamado «señor». Al fin y al cabo llevábamos las dos la misma ropa, y con los mismos botones de la blusa desabrochados y sin tela debajo que ocultase nada.

—Las que yo conozco, sí que lo son —dije entonces—. E imagino que la mayoría de ellas lo son. Ser camarera y dama no es algo incompatible.

—Eso es mucho decir para una camarera.

—Lo siento, señor, si prefiere que las camareras digan menos, pero se puede ser ambas cosas.

—Bueno, entonces... ¿cómo quiere que la llame?

—Como desee, señor.

—¿Señora Medford?

—Supongo que en un bar suena un poco ridículo.

—Estoy de acuerdo. Preferiría llamarla Joan.

—Sí, me parece bien.

Ambos parecíamos cohibidos, y nos mirábamos a los ojos. Su mirada entonces bajó hacia mis piernas, y luego se volvió a clavar en la mía. Supe que, a pesar de nuestro pequeño choque, o quizá gracias a él, aquel hombre se sentía atraído hacia mí. Al cabo de un momento le pregunté, con cierta familiaridad:

—¿Y cómo quiere que lo llame yo a usted?

Él calló mientras su boca esbozaba una sonrisita.

—Soy Earl K. White Tercero —dijo muy solemne.

Tal como lo decía, parecía que yo tenía que saber quién era Earl K. White Tercero y quizá desmayarme de la sorpresa, pero la verdad es que nunca había oído hablar de Earl K. White Tercero. Sin embargo, no me hacía ninguna gracia desilusionar a un hombre lo bastante adinerado como para ser el tercero del mismo nombre, así que exclamé, como si estuviera realmente impresionada:

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

—Sí. Ahora ya lo sabe.

—Señor White, me siento muy honrada.

—Señora Medford, Joan, lo mismo digo. —Luego, después de mirarme de arriba abajo una vez más, especialmente abajo, añadió—: Si puedo decirle algo personal, Joan, le diré que su marido es un hombre afortunado.

Sabía que en realidad aquello era una pregunta y callé un momento antes de responder.

—Señor White, no tengo marido... Me he quedado viuda recientemente, siento decirlo. Pero tengo un hijo que mantener, un hijo pequeño, de tres años, y por eso he cogido este trabajo y llevo esta ropa tan extraña. Debo decir que yo vine buscando trabajo en el restaurante de al lado, pero me dijeron que me necesitaban aquí, o que estaba mejor cualificada para este empleo. No sé muy bien cuál fue el motivo para que me trasladaran..., a menos que pensaran que me quedaba bien el uniforme. O el traje. O la ausencia de traje..., lo que sea.

—Lo que sea es de lo más favorecedor —dijo él. Y luego—: Joan, supongo que ha tenido que ser un mal trago terrible... ¿Puedo darle el pésame? Tardío, pero sincero. Yo he pasado por lo mismo. También soy viudo, mi mujer murió hace unos años.

—¿Ah, sí? Entonces le doy también mis condolencias.

—Gracias, Joan. Muchas gracias.

Estaba muy tieso y era algo tímido, pero conseguimos al fin averiguar lo que queríamos: él estaba libre y yo también.

—Qué tiempo más bonito hace —comentó luego, como para dar paso a algo más informal.

Mi madre me dijo una vez: «Te dirán que no hables del tiempo, pero Joan, habla siempre de él. Es lo único que todo el mundo tiene en común con los demás, y a menudo, lo único de lo que se puede hablar. Conversar no siempre resulta sencillo... así que coge el tema que puedas».

—Pues sí, la verdad es que sí —respondí—. Leí en algún sitio que hay más refranes sobre junio y sobre el tiempo que hace en junio que sobre ningún otro mes. Un día como hoy se da uno cuenta de por qué.

—Es fascinante, Joan. Tendré que mirarlo en Bartlett.

Yo no tenía ni idea de qué era Bartlett, aunque al día siguiente lo averigüé. Hablamos de la diferencia que suponía que hiciera buen día, y luego de repente él pidió la cuenta, y yo fui a la barra y la preparé. Cuando volví hacia él, sacó un billete de cinco dólares y lo dejó, pero cuando fui a cogerlo, él me cubrió la mano y la apartó. Luego recogió los cinco, los metió de nuevo en su cartera y sacó un billete de veinte, que puso en su lugar. Yo lo llevé a la barra, marqué ochenta y cinco centavos en la caja registradora y saqué el cambio, tres monedas de cinco, cuatro de uno y quince centavos en monedas de cinco. Luego, recordando lo de los cincuenta centavos, recogí uno de los billetes de un dólar y lo cambié por cuatro monedas de veinticinco centavos. A continuación puse todo el dinero en una bandejita de peltre para el cambio que había allí, y volví a la mesa con todo aquello. Confieso que tenía pensado, para que la cosa fuera más personal, rechazar las dos monedas que seguro que me daba. «Por favor, señor White, de usted, no». Porque, no me importa decirlo, a un viudo rico que me gustaba no pensaba tratarlo como a un cliente cualquiera. «Pienso en usted como en un amigo», iba a tartamudear incluso... pero él desbarató mis planes. Cuando le devolví el cambio hizo un gesto de rechazo. Estaba ya de pie.

—Estamos en paz, Joan... Gracias por una visita de lo más agradable. Probablemente volveré mañana, y espero verla otra vez entonces.

Yo no fui capaz de insistir y devolverle los diecinueve dólares con quince centavos. Los necesitaba.

Se fue y entonces vi por primera vez a un hombre con uniforme de chófer que lo esperaba en el vestíbulo. Supe que había dado un golpe que podía ser importante para mí, pero lo que me obsesionaba era: ojalá me gustase más este hombre.

Si Jack me vio meterme los billetes en el bolsillo, el bolsillo de mis pantalones cortos, no lo demostró en sus gestos, pero Liz sí que me vio y me dirigió una mirada de soslayo como preguntándose qué significaría aquello. Quizá yo me preguntaba también lo mismo, al menos un poquito. Sin embargo, el momento de preguntarse cosas pasó en seguida, ya que de repente todo el local se llenó a reventar, y no hubo tiempo para nada más que para servir bebidas. Además, algunas de aquellas personas, en lugar de dirigirse hacia el comedor, decidieron comer allí mismo donde estaban, y tuve que servirles también la cena. Para eso tuve que ir a ver al chef, un hombre muy fornido de Lituania que se llamaba Bergovizi, y a quien todo el mundo conocía como señor Bergie, para que él me explicara cómo se hacían las cosas en la cocina, especialmente, cómo debía «cantar los platos», como él decía. Había que hacerlo de una manera determinada, especialmente con la salsa; por ejemplo... si el cliente la quería separada y acompañando el plato, como la *meunière* con el pescado, yo tenía que decir «salsa aparte» y no complicarme más la vida. O si el cliente no quería salsa, yo tenía que decir: «sin salsa». Comprendí que había un motivo para esas cosas, y me esforcé mucho por recordarlo todo, pero la tensión era muy grande, y pronto, después de haber soportado casi toda la jornada, empecé a ponerme mustia. Jake se dio cuenta y me susurró:

—Tranquila, Joan. No hay prisa... que vayan comiéndose sus Fritos.

Me hizo reír y me ayudó mucho, pero me ayudó más aún que Liz me diera una palmadita.

—A las ocho más o menos podrás parar un rato y cenar... —me dijo—, el señor Bergie te lo preparará.

Pero seguían llegando más clientes y la señora Rossi los dejaba entrar, ya que ella era su propia *maître*, o más bien *maîtresse*, debería decir, supongo. Hacia las ocho y media, la cosa aflojó un poco, y Liz me dijo que fuera a cenar, que me sentara en una mesa plegable colocada entre los fogones, con sus seis quemadores, y la puerta de la despensa abierta. Era la primera comida como Dios manda que tomaba desde hacía meses. El señor Bergie me preparó un grueso filete de rosbif, y me lo comí con una patata asada, un helado de vainilla que me puse yo misma del congelador y un café, y todo aquello me animó mucho, especialmente el café, y así sentí que podía aguantar el resto de la noche.

Todo iba muy bien hasta el momento de cerrar, cuando un hombre de un grupo de seis personas empezó a hablar de petróleo, acompañando su verborrea con gestos, uno de los cuales tiró al suelo todos los vasos que había encima de la mesa. Yo casi me echo a gritar, y no sabía cómo enfrentarme a todo aquel desastre. Pero entonces apareció Jake con unos paños de cocina, y Liz se puso de rodillas y lo limpió todo

antes de que yo pudiera empezar siquiera. Me arrodillé también, sin preocuparme más. Cuando el hombre pagó la cuenta, que con bebida y comida para seis había subido a cincuenta dólares, dejó quince dólares de propina, y yo me los repartí con Liz y Jake, sintiéndome muy feliz, querida y llena de compañerismo. Después de limpiar todo aquello, la señora Rossi cerró la puerta de entrada, sumó las cajas registradoras y contó el efectivo. El mío estaba correcto, y lo siguiente que recuerdo es que estaba en el coche de Liz y me alejaba de allí. Aún llevaba el uniforme. Ella me había sugerido que me lo llevase a casa, «y así puedes vestirte allí y empezar a trabajar directamente saltándote el rollo de la taquilla».

Estábamos a mitad de camino de casa y ella no me había dicho gran cosa. Pero de repente se puso a hablar.

—Joan —empezó—, ha ocurrido algo esta noche que me ha hecho pensar en ti. Ya sabes, cómo ves las cosas.

—Liz, dilo claramente. ¿Qué ha ocurrido esta noche? ¿De qué me estás hablando?

—Estoy hablando del señor Cincuenta Centavos. Las propinas de cada chica no son asunto de los demás, estrictamente hablando, y ninguna de las chicas cuenta a los demás lo que saca. El caso es que yo he visto lo que te ha dado ese hombre..., mucho más de lo que me daba a mí. Bueno, nada, me parece bien, tú tienes la mitad de años que él, y eres condenadamente guapa, así que a él le gusta lo que ve, claro. Pero he visto que lo has cogido.

—¿Y qué? ¿Tú no lo habrías hecho?

—¿Estás de broma?

—Bueno, tú lo habrías cogido también, ¿no?

—El caso es que tú sí que lo has cogido. Y me pregunto por qué. Se me ha ocurrido pensarlo. Así que a eso vamos. Joan, ¿has pensado en todas las posibilidades del asunto? Quiero decir que si él te hace proposiciones, ¿podrás rechazarlo?

—No he llegado tan lejos.

Ella no dijo nada más y siguió conduciendo, pero luego empezó otra vez:

—Lo que quiero decirte, Joanie, es esto: a mí me hacen proposiciones. Algunas veces, quiero decir. Y a veces si quieren ligar no los rechazo. ¿Por qué no? Son cincuenta pavos. Y a eso voy. El caso es que el tipo al que le gusto tiene un amigo, y quiere saber si yo tengo alguna amiga, alguna chica que quiera salir y así seríamos cuatro. ¿Qué me dices, Joanie? Por lo que he visto esta noche la verdad es que has despertado mucho interés, y seguro que sale el tema. Así que, cojamos el toro por los cuernos: ¿Qué le digo a esa pareja, si me preguntan? ¿Te apetece ser mi compañera o no? O, en otras palabras, ¿te parece bien ese trabajito, si sale, y te atrae?

—Me coges por sorpresa. Nunca pensé en... —Y luego—: ¿Realmente haces esas cosas? ¿Dejas que un hombre te invite y... y...?

—Cuando se presenta la oportunidad, Joanie, y suponiendo que el otro me guste.

—Pero ¿nunca te metes en... líos?

—Si te refieres a lo que yo creo que te estás refiriendo —me respondió ella—, a todas nos puede pasar, haya dinero de por medio o no. Simplemente, tienes que tener muy claro cómo arreglarlo, si ocurre.

Pensé en mi situación de tres años atrás, mi ignorancia de tales asuntos. Había vivido mucho desde entonces, y no todo había sido bueno, pero aun así era bastante inocente para algunas cosas.

—¿Y se puede hacer aquí?

—¿Aquí? No, claro que no. Pero en Nueva York, sí, si sabes a qué médico debes acudir, y yo lo sé. Pero si tienes cuidado, nunca te pasa. A mí solo me pasó una vez.

—Yo... no sé qué decirte.

—Vale, piénsatelo. Piénsatelo, Joan.

Y luego, al cabo de unos tres segundos:

—¿Te lo has pensado? ¿Qué dices? ¿Sí o no? ¿Quieres una cita o no?

Para entonces ella había aparcado delante de mi casa y estaba allí quieta mirándome. Y yo la miraba también, con una sensación mezcla de amor y pena infinita por el hecho de que Liz hubiese pensado siquiera en una cosa semejante, y preguntándome por qué. En el bar se desenvolvía bien, y yo también hasta el momento, y ciertamente era lo bastante guapa para tener un hombre para ella sola, sin necesidad de citarse con desconocidos a los que se había ligado en un bar, hombres a los que apenas conocía. Y de repente pensé que sería mejor dejarle claro cómo iban a ser las cosas conmigo, y por qué no podía decir que sí, «al menos esta vez». Así que empecé a explicarle:

—Liz, no puedo. Acabo de enterrar a mi marido. Soy Joan Medford..., la chica que salía en los periódicos esta semana, la que echó de casa a su marido y...

No dije nada más.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¿El que murió en el accidente de coche? ¿Y que decían que su mujer...? ¡Oh!

Se portó muy bien, estuvo cariñosa, tierna y maravillosa, me cogió la mano entre las suyas, me la besó y me dio palmaditas en la rodilla, todas esas cosas que tanto se agradecen.

—Leí algo —me dijo—. No tienes que contarme nada más... ¿Así que eres tú? ¿Y has venido hoy a trabajar?

—Liz, tenía que hacerlo. Necesito dinero rápidamente.

—Bueno, pues lo has conseguido, Joanie. Estoy orgullosa de ti.

—He intentado hacerlo como me has enseñado.

—Lo has hecho maravillosamente bien. Y ahora, Joanie, ¿te ayudaría que fuera contigo? Quiero decir, a acostarte. A prepararte una taza de té. O... ¿tienes algo de

escocés en casa?

—Yo no bebo, Liz.

—Yo tampoco. Tengo debilidades, pero no el alcohol.

—Déjame que me quede un rato más aquí.

—Toda la noche, si quieres.

Ella me dio un beso cuando salí, luego esperó a que abriese la puerta de entrada con la llave y arrancó. Entré y encendí una vela, ya que me habían cortado la luz, y empecé a contar mi dinero. Pero luego me vine abajo y me eché a llorar a lágrima viva, no por sentirme mal, sino precisamente porque era muy feliz. No tenía sentido, pero era así, en cierto modo, porque de estar completamente hundida y sin saber qué hacer, excepto conseguir algo de dinero segando el césped a alguien, había pasado a tener trabajo, amigos que me querían y dinero, dinero en efectivo, que abultaba en mi bolsillo aterciopelado, el de esos ridículos pantalones cortos que tenía que llevar. A la luz de la vela me arrodillé al lado de la cama y conté el dinero que me había llevado a casa. Con los diecinueve dólares y quince centavos que me había dado el señor White, los cinco de mi parte de la última propina, la del hombre que tiró los vasos, y las demás propinas, tenía sesenta y un dólares..., una cantidad que no podía creer. Y existía la perspectiva de hacer más dinero al día siguiente, y al otro, y al otro, y todos los días que quisiera. Me parecía demasiado bueno para ser verdad. Intenté recordar a Ron, lo que sentía antes por él, cuando lo conocí y cuando se mostraba más encantador, y supongo que conseguí evocar algún recuerdo adecuado para el día del funeral de un hombre... pero seguía derramando lágrimas de alegría. Al final, guardé el dinero debajo de la almohada, me quité los pantalones y la blusa, me metí en la cama completamente desnuda y me dormí.

## 6

A la mañana siguiente me levanté, me preparé un poco de café encima de la llama de un hornillo de mesa, una habilidad que aprendí cuando me cortaron el gas, y me puse de nuevo el pantalón corto y la blusa. Entonces me senté delante del tocador y preparé tres cheques, uno para la compañía del gas, otro para la de la electricidad y otro para la del teléfono. Dos de ellos los guardé en un cajón, porque no tenía todavía dinero para cubrirlos, pero uno, el del teléfono, me lo guardé en el bolso y salí. Fui al banco, reservé diez dólares y deposité el resto, más de cincuenta dólares en total. Luego subí la colina hasta la compañía telefónica, que tenía unas oficinas cerca del banco. Me enviaron a ver al señor Wilson, en el segundo piso. Le tendí el cheque, junto con la última factura que había recibido, marcada «tercer aviso».

—Señor Wilson —le pregunté—, ¿cuándo cree que podrán volver a conectarme el teléfono?

—Un segundo. Iré a ver...

Salió de la sala pero volvió en seguida. Se sentó y me acercó su teléfono.

—¿Quiere marcar su número? —preguntó.

—Señor Wilson, tengo el teléfono cortado. Debería habérselo mencionado, ocurrió hace algún tiempo, cuando no pude pagar la factura, y...

—Bueno, inténtelo de todos modos.

Marqué mi número.

—¡Oh! —grité—. Suena...

—Ya me lo imaginaba.

Se echó a reír y yo colgué para poder aplaudir, aunque me encantaba oír el timbre. Él me dio una palmadita en el brazo y una vez más me sentí feliz y contenta. Luego bajé por la colina, crucé la calle y a mitad de la manzana entré en una cafetería situada en medio de un amplio aparcamiento, donde pedí un buen desayuno, un desayuno a lo grande, de verdad: zumo de naranja, huevos fritos con una loncha de jamón, tostada con mantequilla y café. No está recomendado para la figura, pero para el alma es maravilloso, sobre todo cuando no has comido así, al menos a la hora del desayuno, desde hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdas cuándo fue la última vez que lo hiciste. Me regodeé y fui masticando bien cada bocado. Cuando me trajo la cuenta, la chica me preguntó:

—¿No la vi anoche en el Garden? ¿No nos sirvió las bebidas? ¿A mí y a mi amigo?

—Sí, me acuerdo. Llevaba un vestido azul.

—La primera vez que salía desde hacía tiempo.

—¿Encontró correcto el servicio?

—Demasiado, la verdad, siento decirlo... especialmente por lo mucho que le

gustó a mi amigo. No es mi novio exactamente, pero desde que salimos juntos, me gustaría que mirase menos a las otras chicas. Aunque, claro, no es culpa suya...

—Lo siento. No me di cuenta.

—Bueno, él sí que se dio cuenta, desde luego. Le gustó mucho al chico.

—Nos hacen llevar esa ropa, ya ve...

—Me imagino que ayuda para las propinas, con los clientes masculinos al menos.

—Eso parece.

Ella se miró el pecho y meneó la cabeza.

—Y yo trabajando aquí. Si tuviera lo que tiene usted...

Le dejé un dólar de propina. No era culpa suya no ser capaz de llenar una blusa como hacíamos Liz y yo.

Al volver a casa busqué a Elizabeth Baumgarten en el listín telefónico y marqué su número.

—Liz, soy Joan —le dije cuando respondió—. Ya me han conectado el teléfono y para celebrarlo te llamo a ti la primera de todas.

Se alegró mucho y me soltó un par de bromas, y luego dijo que vendría a buscarme sobre las tres y media, y que me llevaría al trabajo.

—Que sean las tres —le pedí—, así podremos hacer un recado antes.

Y ella dijo que de acuerdo.

Entonces puse la alarma y me eché a dormir una siesta, para digerir bien el desayuno. Me levanté pasadas las dos, me puse unos pantys de un color tostado claro, los pantalones, unos zapatos cómodos de tacón plano y una blusa campesina que era mía, ya que la otra estaba sucia y necesitaba un poco de agua y jabón. Estaba colgándola de la barra de la ducha cuando sonó el timbre de la puerta, parecido a un chasquido, y luego siguieron unos golpecitos, así que atravesé el vestíbulo y abrí. Pero no era Liz, sino Ethel. Abrió mucho los ojos al ver la ropa que llevaba.

—¡Oh! —exclamé—. Hola, Ethel.

—Vengo a buscar las cosas de Tad —me dijo.

—Bueno, pasa. Adelante...

—Si es que tiene cosas, claro.

No me gustó aquella pulla, pero aun así decidí mostrarme amistosa y no me di por aludida.

—Claro que tiene cosas —le aseguré, haciéndole señas para que entrara.

—Lo digo porque cuando vine el domingo me pareció que tenías muy pocas cosas aquí. Me quede bastante impresionada.

—Ya me lo dijiste.

Antes de seguir di un vistazo a su coche, que había metido en el camino de entrada a la casa, para asegurarme de que Tad no estuviera allí encerrado, asándose al sol. No estaba, y entré al salón. Por aquel entonces ella se había sentado, pero seguía

mirándome la ropa, especialmente los pantalones.

—Veo que te has fijado en mi uniforme —dije—. Tengo empleo. Trabajo en una coctelería, el Garden of Roses, en esta misma calle.

—¡Joan! ¡Qué vergüenza!

—¿El qué? ¿Trabajar para ganarme la vida?

—Hay trabajos que no requieren que te vistas como una... golfa.

—Encuéntrame uno en el que quieran cogerme y echaré una solicitud. Mientras tanto, gano un buen dinero y lo único que hago es servir bebidas y algo de comer a la gente, y sonreírles cuando se lo sirvo.

—Mientras no les des nada más que esa sonrisa...

—Cuanto más admiran lo que hay, Ethel, más propinas dejan... y las propinas son el objetivo del juego. Debe ser así, cuando tienes un niño pequeño y has de pagar su mantenimiento.

—No tienes que pagar su mantenimiento, ya te lo dije.

—Oh, sí, Ethel, sí que debo hacerlo. No puedo estar en deuda contigo.

Se quedó callada un rato, mirándome.

—Joan —dijo al fin—, ¿es que no tienes orgullo? Si no es por ti misma, Joan, al menos podrías pensar en Tad.

—¿Qué quieres decir, ser una madre adecuada para él?

—¡Sí! Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Y no eres la única, Ethel. ¿Puedes creerlo? Una mujer llamó a la policía y habló con los funcionarios que llevan el caso de Ron, intentando que se muevan para que me declaren inepta como madre. ¿Te imaginas una cosa semejante? Esa mujer incluso mencionó a Joe Pennington... Ya sabes, aquel chico del que ibas contando rumores, y dijo que para mí era más que un simple conocido... ¿Quién crees que habrá podido hacer una cosa semejante?

Ella no respondió y yo me quedé allí sentada, balanceando el pie. Luego sonó de nuevo el timbre, y cuando abrí la puerta allí estaba Liz. Entró y la presenté.

—Ethel, la señorita Baumgarten, una buena amiga. Liz, mi cuñada, la señora Lucas.

Liz agitó la mano y mientras Ethel hacía una seña con la cabeza, se quitó la gabardina de entretiempo que llevaba y entró con la ropa de la coctelería, que era como la mía, excepto que la blusa no era exactamente la misma.

—Sí, la ropa es un poco extraña, señora Lucas —dijo al ver la expresión de Ethel—, pero no está mal. Joanie y yo trabajamos en un local nocturno. Servimos bebidas en una coctelería y a los clientes les gustan las piernas. No debería ser así, pero así es. Las mías no son tan maravillosas como las de Joanie, pero para ser una anciana, no están mal. Al menos, eso me han dicho.

—Son... estupendas —dijo Ethel.

—Traeré las cosas de Tad —dije yo—, y luego podemos tomarnos un café.

Volví a la cocina, puse a calentar agua en el hornillo de mesa, y luego me dirigí a la diminuta habitación que usaba como cuarto infantil y saqué las cosas de Tad de la cómoda con cajones. La mayoría de las prendas estaban limpias, pero en un rincón se encontraba la ropa que llevaba el día que Ron se mató, y esa ropa la cogí a la vez que la limpia, que metí en una bolsa de comestibles, y lo llevé todo al salón. Le tendí la bolsa a Ethel y agité la ropa que llevaba en la mano.

—Ésta no está limpia —le dije—. La lavaré y te la llevaré el domingo, cuando vaya a visitar a mi niño... si es que me invitas, claro.

—Ya la lavaré yo —dijo Ethel, haciendo el gesto de cogerla.

—No, lo haré yo, desde luego.

—¡La lavaré yo! —exclamó ella, y me la quitó de las manos—. ¿Y aquella medicina para el dolor...?

—Se ha gastado —dije—. La usé toda en las últimas dos semanas.

—¡Pero Ron decía que el doctor te la había dado para un mes!

—Quizás hubiese durado un mes —dije—, si Ron no hubiese agravado las cosas constantemente tirando a Tad del brazo, o pegándole cuando perdía la cabeza.

—¿Y no le compraste más?

—¿Con qué dinero?

Por aquel entonces Liz estaba sentada junto al sofá, mirando la pata rota.

—No lo entiendo —dijo—. Esto no es una rotura, Joan... Es un empujón fuerte, tiene que ser eso, ya que todos los clavos están aquí, y no se ha roto nada en realidad. La única vez que vi algo así fue cuando un borracho andaba dando tumbos una noche en el bar y dio un empujón a la pata de una mesa.

—Ah, sí, son cosas que pasan —dije yo.

Ethel no dijo nada, porque Liz se había acercado tanto a la auténtica explicación, que implicaba al hermano de Ethel, mi marido, que la cosa no tenía ninguna gracia.

—Iré a ver si el café está listo —dije, y volví a la cocina.

Preparé el café, lo eché en la cafetera, puse unos terrones de azúcar en un cuenco y abrí la última lata de leche condensada. Pero cuando volví al salón con todo aquello, Ethel ya se disponía a marcharse, y se fue tras estrecharme la mano y hacer un frío gesto con la cabeza hacia Liz. Liz todavía se encontraba frente al sofá, sentada en el suelo con las piernas cruzadas.

—Traeré mi caja de herramientas y te lo arreglaré... —dijo, cuando Ethel estuvo fuera—. No será difícil, solo habrá que encolarla y sujetarla veinticuatro horas con una abrazadera... Tengo cola y también la abrazadera y el libro de instrucciones. La caja de herramientas me la regaló mi novio, el habitual, es decir, el que viene los domingos y me paga el alquiler, más o menos. Al menos la mayor parte de las veces. Y si te parece raro que me regalase una caja de ésas, a mí también... pero lo raro de

verdad es que me regalase algo, así que estoy agradecida. —Vio que yo estaba a punto de decir algo y me interrumpió antes de que pudiera hacerlo—. Y si te parece raro que tenga novio, cuando te he dicho que a veces salgo con otros hombres que he conocido en el bar, pues, bueno... a mí también. No pretendo entenderlo. Pero sigo haciéndolo, y no te diré que sea solo por el dinero extra.

—¿Por qué más iba a ser?

—Pues porque me lo piden, supongo —dijo ella—. A veces están tan ansiosos... Así conjuro la maldición de las canas. ¿Sabes lo que quiero decir, Joanie? A cierta edad necesitamos reafirmarnos...

Yo fui dejando las cosas del café.

—A cualquier edad, Liz.

—Supongo que sí.

Se sirvió una taza de café y yo me alegré al ver que lo hacía, porque me sabía muy mal que se desperdiciase la leche.

—Joanie, explícame una cosa, por favor.

—Si puedo. ¿El qué?

—Lo de tu cuñada...

—No es demasiado simpática conmigo, Liz. Me echa la culpa de lo que le pasó a su hermano... mi marido, Ron. Y luego está mi hijo. Se ha hecho cargo de cuidarlo ahora, supuestamente para ayudarme, pero en realidad lo que quiere es quedárselo.

Joan asintió, como si eso confirmase algo que ya pensaba.

—Creía que yo no la veía, pero sí que la he visto, por el rabillo del ojo. Y la ropa sucia, ésa que ibas a lavar y que te ha quitado de las manos, se la llevaba a la cara y metía la nariz dentro y la olía, Joan, te lo juro, hacía eso..., no me he equivocado. Olía la ropa de tu niño, no la limpia, sino la sucia.

—No me sorprende nada.

—Pero ¿por qué iba a hacer una cosa así?

—Está obsesionada con él, Liz. Siempre lo ha estado, pero mucho más desde la muerte de Ron. Te aseguro que intenta quitármelo.

Le expliqué la operación que había sufrido Ethel, supongo que fue una histerectomía, y ella se quedó pensativa. Y luego:

—¿Estás dispuesta, Joan? ¿Quieres darle al niño? ¿Quieres que sean así las cosas?

—Desde luego que no.

—Entonces tienes un problema.

—Ya lo sé, pero por ahora no puedo hacer nada para evitarlo.

—¿Por qué has dejado que se lo llevase, ya de entrada?

—Ella me obligó —dije—, me dejó claro que o bien lo aceptaba de buen grado, o, si no, acudiría al estado y haría que me lo quitaran para siempre, si veían cómo vivíamos. No importa que fuese Ron precisamente el que nos redujo a esto. Ella les

demostraría que no teníamos gas, ni electricidad, ni dinero en el banco, y que yo no tenía ingresos ni perspectiva de ganarlos...

—Bueno, pues en eso estaba equivocada.

—Sí, es verdad —dije—, pero ahora que trabajo no podría recuperar a Tad, aunque Ethel estuviera dispuesta a entregármelo. Mientras trabaje ocho o nueve horas al día, seis días a la semana. Y Tad es muy pequeño aún. Necesita cuidados y atención, y si yo no estoy... tengo que dejarlo con ella, lo quiera o no.

—Está obsesionada con él, Joanie.

—Ya, no te creas que no lo sé.

Liz se tomó una segunda taza de café mientras yo me acababa la primera, y después de lavarlas, dijo que debíamos irnos.

—Tienes que estar allí a las cuatro en punto. Jack es muy puntilloso con los servicios.

—Vale, pero antes tengo que hacer una cosa.

Lo que tenía que hacer era buscar el teléfono de Earl K. White III. Y eso hice, y sí, aparecía en el listín, al menos su residencia, en una de las calles de College Heights Estates, la parte más ostentosa de University Park, pero sin teléfono. Busqué en el libro del distrito y allí estaba, con letras mayúsculas, y detrás del nombre ponía «Invers. y val.». No sabía muy bien qué significaba aquello, pero busqué bajo aquel título en las páginas amarillas y ¡quién lo iba a decir!, allí estaba, bien grande, y decía algo así como:

Earl K. White III

Inversiones y valores

Sucesor de Earl K. White, Jr. y Earl K. White.

Tres generaciones de administración financiera

Desde 1913 AGENTE DE LA BOLSA DE NUEVA YORK

Eso lo explicaba todo. Al fin sabía quién era Earl K. White. Me reuní con Liz.

—Vamos, no hagamos esperar a Jake —le dije.

El señor White llegó a las cinco en punto, y la señora Rossi, o Bianca, como me dijo que la llamara, lo llevó directamente a mi zona y le dio la misma mesa que el día anterior. Pidió tónica, igual que la otra vez, y, por supuesto, Jake ya tenía la botella abierta y estaba vertiendo el líquido antes de que yo llegase a la barra. La llevé a la mesa, se la serví, me llevé la botella y ocupé mi lugar junto al lavabo de caballeros, en unos segundos. Pero él me hizo señas para que me acercara.

—Si quisiera podría ser algo más sociable, Joan —me dijo.

—Acudo cuando me llaman —respondí yo.

Pero ambos nos echamos a reír, y sabíamos que todo aquello era un juego.

—Pensé mucho en usted ayer —observó él—. Toda la noche.

—Y quizá yo pensara en usted.

—¿Cuánto tiempo hace que es viuda, Joan?

—Cuatro días.

—Cuatro... ¿qué?

—Días... Desde el sábado por la noche. El domingo, en realidad.

Se me quedó mirando y yo pensé que sería mejor que le explicara algo más, al menos para evitar que todo aquello se convirtiera en un misterio, cosa de la que no veía necesidad. Así que continué.

—Soy la Joan Medford de la que probablemente haya leído algo en los periódicos, la que echó a su marido de casa y luego al día siguiente le dijeron que había salido en un coche prestado y se había estrellado contra una alcantarilla... o contra el muro de la alcantarilla, creo que fue.

—Vaya... sí, he leído algo al respecto. Lo siento. —Y entonces pareció que iba recordando más cosas—. En el artículo que leí se mencionaba a la policía... No es bueno enfrentarse a ellos.

—Desde luego, señor White. —Y como ya había llegado tan lejos, seguí—: Tuvimos una discusión antes de echarlo y yo no sabía nada del coche. Se lo había prestado un amigo que se había ido a pasar el fin de semana fuera, y vino con él a casa. Iba en pijama, así que no llevaba el carné de conducir ni nada que lo identificara. De modo que la policía, después de comprobar la matrícula del coche, supuso que se trataba de Leland Brooks, el propietario. Pero cuando al fin encontraron a Leland en Annapolis, donde estaba pasando el fin de semana, y éste acudió a la funeraria donde estaba Ron e hizo la identificación, ya era domingo por la tarde. Así que me llevaron allí y durante dos horas tuve que responder a todo tipo de preguntas. ¿Sabía lo del coche? ¿Por qué le había dejado conducir? ¿No sabía que había estado bebiendo? Yo decía que sí: claro que lo sabía. Lo anunció a voz en grito en cuanto entró por la puerta, y no dejó de anunciarlo hasta que le llevé una cerveza,

incluso después de despertar a nuestro hijo y hacerlo llorar. Y luego quiso pegarle con el cinturón, no por llorar entonces, sino por haber roto un jarrón la semana anterior, cosa que hizo por accidente, y de todos modos no era un jarrón especial, simplemente lo usábamos para guardar las monedas pequeñas, cuando todavía teníamos monedas que se pudieran guardar.

—¿...y le contó todo eso a la policía?

—Todo, tres o cuatro veces. Eran un policía bastante joven y un sargento, y vi que no eran mala gente, pero que tenían que hacer un trabajo desagradable y lo hacían.

—La comprendo perfectamente, Joan. No me imagino nada peor.

—Ah, sí, yo sí... y usted también, si hubiera pasado hambre alguna vez, si hubiera tenido que estirar un miserable dólar para dar de comer a tres personas. Y lo peor es que no pude ni siquiera enterrarlo, y tuve que pedir ayuda a su familia. Y encima está lo de mi niño. No sé qué hacer con él. Mi cuñada se lo ha llevado, y para tener alguna oportunidad de recuperarlo tenía que encontrar trabajo, en seguida. Lo de acabar aquí ha sido una casualidad... El policía me sugirió que viniera a este sitio, y le doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón. Seguramente a usted le parecerá raro, pero para mí es una bendición. Ni siquiera me importa llevar esta ropa.

—No debería importarle. Le sienta muy bien.

—Al menos me entra.

—Y le queda estupendamente.

Ambos nos echamos a reír de nuevo, pero él se quedó allí meneando la cabeza, con cara solemne.

—La pérdida de un ser querido es algo terrible —dijo en voz baja y lejana, como si quisiera transmitir un doble sentido—. No solo es malo en sí mismo..., una sombra muy negra al principio, pero que, con el tiempo, se va disipando y se convierte en un recuerdo. Es que además tiene siempre efectos secundarios que pueden ser muy desagradables. Joan, mi mujer murió hace cinco, casi seis años, un golpe del que no me he recuperado todavía. Pero lo peor no fue ella, perderla a ella quiero decir, sino el efecto de su muerte en sus hijos, mis hijastros, que en lugar de un hijo y unas hijas que parecían encantadores se han convertido en tres buitres que no piensan más que en el dinero, el dinero y el dinero. Mañana, tarde y noche, ellos y los abogados no hacen otra cosa que acosarme y hacerme sudar tinta para que les dé su parte de las propiedades de su madre. Joan, mi mujer hizo testamento y me dejó una cuarta parte de sus bienes, y otra cuarta parte a cada uno de ellos, pero todo lo teníamos en conjunto, y dividirlo habría significado la liquidación de mis negocios, mis propiedades, mis valores de diversos tipos... Habría costado un año entero arreglarlo todo, y me habría dejado completamente desorganizado, de modo que habría tenido que volver a empezar en los negocios desde el principio... y, sencillamente, no pienso hacerlo. Pueden esperar a que me muera. —Y, entonces, de una manera muy oscura y

misteriosa—: Joan, hay cosas sobre mí que usted no sabe y que quizá no averigüe nunca. Pero sospecho que el incordio que han supuesto esos tres podría ser el motivo del estado en el que me encuentro y que durará el resto de mi vida.

Me ponía algo incómoda esa forma de hablar de sus hijastros, y quizá para cambiar de tema, dije:

—Sí, no tiene que contarme nada... Perder a un ser querido, las horas con la policía, incluso pedir ayuda para el funeral, no es nada comparado con lo que viene después. —Y le conté lo de Ethel y sus planes para robarme a Tad, y acabé contándole lo que había hecho aquella misma tarde—. Lo entiendo, desde luego — dije—. Mi hijo es un encanto, y es de su misma sangre, y lo único que le queda de su hermano. Pero eso no la autoriza para cualquier cosa. Me pone enferma pensar que quiere quedárselo, robármelo, quiero decir... y aun así, no sé qué hacer. Por ahora tengo que dejar que se lo quede, porque sin dinero no puedo recuperarlo ni podría mantenerlo conmigo. No tengo ahorros a los que recurrir, y sí una hipoteca todavía pendiente de pagar en gran parte, que es lo único que me ha dejado mi querido esposo. Pero... hay que dar gracias por lo que tenemos. De momento, tengo trabajo, y lo crea o no, compensa. No todo el mundo me trata como usted ahora, o como hizo ayer, desde luego... pero no me va demasiado mal. Comparado con otras cosas, con otros tipos de trabajo quiero decir, aunque tenga que llevar esta ropa, estoy mucho mejor de lo que pensaba.

Quizá dije más cosas, especialmente de Ethel, sin querer hacerlo al mismo tiempo, igual que deseaba que él no me hubiese contado lo de sus hijastros y lo ratas que eran... Una de las primeras cosas que aprendí en mi casa fue: no laves los trapos sucios en público o con nadie que no sea de la familia. Y me gustaría decir que seguí hablando de todo aquello porque me sentía mal, por la forma en que Ethel me estaba fastidiando, pero no sería verdad. Lo hacía sobre todo porque sabía, sin que nadie me lo dijera, por la forma que tenía él de hablar, que era la conversación que le gustaba. De modo que desde el principio supe que había algo en él que no me convencía. Pero también supe, y habría sido tonta si no me hubiese dado cuenta, que yo le gustaba..., que le interesaba para algo más que para hablar, y que yo estaba apuntando muy alto. Y cuando haces una apuesta así, cierras los ojos a muchas cosas... o al menos las mujeres lo hacemos. Yo le estaba haciendo la pelota con todo descaro, siguiéndole la corriente. Así que cuando él pagó la cuenta con otros veinte dólares y me dio el cambio, dije:

—No tiene por qué hacerlo. Estoy bien, señor White. Y me gustaría pensar que es amigo mío...

—Soy amigo suyo, Joan. Eso espero.

—Los amigos no se dan propinas unos a otros.

—Si son amigos de verdad, y uno tiene más que el otro, intenta compensar... solo

un poquito. Pero no se preocupe, es tan poquito que no tiene importancia.

Ambos nos reímos y yo cogí el dinero.

Eso fue el miércoles, y él vino jueves, viernes y sábado, y cada vez me dejaba diecinueve dólares con quince centavos de propina. De modo que el jueves pude ingresar más dinero en el banco y enviar los otros dos cheques que tenía preparados, los de la compañía del gas y la electricidad. Y el mismo jueves, Liz vino con su caja de herramientas y pegó la pata del sofá, y la sujetó con una abrazadera, para que soldara firmemente y quedase arreglado. El viernes vino y quitó la abrazadera. El sábado se presentaron los operarios de la compañía del gas y de la electricidad para desprecintar los contadores. De modo que el sábado me encontré con que había pasado de ser el martes una pobre mujer sin trabajo ni idea de dónde conseguir uno a tener trabajo, dinero en el banco, un salón decente otra vez, gas, luz y teléfono... y tenía que hacer algo al respecto. Quiero decir que ya no me limitaba a ir tirando, sino que vivía de verdad. Cogí un taxi hasta Woodies, los grandes almacenes de Prince George's Plaza, y compré un triciclo azul para Tad, más caro de lo que podía permitirme, pero quería que tuviese el mejor de la tienda. Y el domingo cogí otro taxi hasta casa de Ethel y aparecí allí muy sonriente.

Ella no se mostró demasiado amistosa conmigo. Protestó por el triciclo, parecía que le sentaba mal que alguien pudiese comprarle a Tad un juguete mientras estuviera bajo su techo, y protestó muchísimo más cuando saqué el talonario para pagarle una semana de alojamiento de Tad, más otra por adelantado, más un extra para la nueva receta de sus pastillas para el dolor. Al principio ella se negaba a cogerlo, pero Jack Lucas, su marido, exclamó:

—¿Desde cuándo somos tan ricos que no necesitamos cincuenta dólares? Cógelo y dale las gracias, Ethel, y deja de portarte así con ella.

De modo que lo cogió.

Vivían en Silver Spring, a unos diez kilómetros de mi casa, en una casa adosada, y cuando llegué allí Tad estaba en la parte de atrás con dos niños más, chapoteando en una piscina en el jardín, una piscina de goma con rayas rojas que habían llenado con una manguera. Pero, claro, el triciclo era algo nuevo, y todos corrieron a la parte delantera, donde se subieron a él por turnos. Luego Ethel, Jack y yo nos sentamos en el jardín trasero, en unas tumbonas, y Ethel intentó ser agradable conmigo, sin conseguirlo... Yo lo intenté y creo que lo conseguí. Me sentía decididamente buena, incluso con ella. De repente se oyeron gritos desde la calle y corrí rodeando la casa a ver qué pasaba. La niñita, que era un poco mayor que los dos niños, había echado a correr con el triciclo, de modo que estaba ya doblando la esquina con él, mientras los niños le chillaban a voz en grito. Ethel, que vino detrás de mí, dijo que esa niña era un dolor de cabeza, que siempre quería lo que tenían los demás niños. Pero yo me arrodillé, la cogí entre mis brazos y le pregunté si tenía unos patines. Su cara se

iluminó y yo le prometí que le enviaría unos. Le prometí al otro niño una pelota y un guante de béisbol, y a Tad un sombrero nuevo. Todos se pusieron muy contentos y yo me sentí como el hada madrina.

Cuando volvimos a nuestros asientos, en la parte de atrás de la casa, me sentía feliz y contenta conmigo misma. Sin embargo, aquello no duró demasiado.

Ethel me preguntó, con una voz como el hielo:

—¿De dónde sacas el dinero que repartes tan generosamente a todos los niños que aparecen por aquí? ¿Trabajando en la coctelería?

—Eso es.

—No pensaba que a las camareras les dieran tan buenas propinas solo por hacer de camareras. ¿O haces algo más, aparte de eso?

—No sé qué es lo que quieres decir.

—Creo que sí que lo sabes.

—Mis clientes han sido generosos conmigo, y yo quiero compartirlo. No pienso disculparme por ello.

—No deberías disculparte por ser generosa, sino por lo que ha hecho posible que lo seas.

Su marido parecía atrapado, como deseando estar en algún otro lugar para no oír lo que me decía su mujer.

De repente apareció Tad y se acercó a Ethel.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó ella.

Él hizo que bajara la cabeza y le susurró algo al oído.

Ella le dio unas palmaditas, lo cogió y lo llevó a la casa.

—Más vale que te vayas —me dijo Jack.

Me acompañó a casa en el coche, muy amistosamente, y me sentí muy agradecida. Pero el caso es que el día se había estropeado. No por lo que me había dicho Ethel, porque ya me había dicho muchas cosas antes, y eso podía pasarlo por alto. Sobre todo porque mi hijo acudió a su tía cuando notó que tenía que ir al baño, en lugar de acudir a mí, su madre.

Resulta difícil saber si la necesidad de hacer algo al respecto estaba viva en mi mente cuando el señor White vino al bar al día siguiente. Pero, desde luego, no tardé en mostrarme agradable con él, ofreciéndole la lista de cócteles como siempre, pero añadiendo:

—Quizás, en realidad, no la necesita, si va a tomar lo mismo de siempre.

—Por favor. Es muy agradable, Joan, que recuerde lo que tomo habitualmente.

—Bueno, señor White, no podría olvidarme tan pronto.

Jake ya había abierto la tónica y estaba llenando el vaso con hielo. Yo lo llevé todo y luego se lo serví, y devolví la botella a la barra. ¿Puse un contoneo especial en mi paso mientras me alejaba, para que mis caderas oscilasen? ¿Moví el culo un poco más de lo habitual? Quizá. Sé que me desabroché un botón más de la blusa antes de volverme con la bandeja en la mano.

—Joan, hay algo que tengo curiosidad por preguntarle.

Me acerqué a su mesa y cambié el cuenco de Fritos medio vacío que tenía ante él por uno lleno. Era lo mismo que habría hecho en cualquiera de la docena de mesas que había en el bar. Pero quizá me incliné un poco más al hacerlo de lo que era absolutamente necesario.

—¿Qué es, señor White?

—Earl, por favor.

—Me parecería demasiada familiaridad.

—Por favor.

—Bueno, pues Earl...

—Yo...

—¿Qué es? ¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—Normalmente no soy tan patoso, Joan, pero es que en este momento estoy algo alterado.

Yo sonreí y bajé la mirada.

—Agradablemente, espero... —dije bajito.

—Muy agradablemente.

—Pero, de todos modos, no quiero que nos resulte difícil mantener una conversación, señor... Earl. —Me abroché el botón más bajo de la blusa—. ¿Mejor?

—Desde cierto punto de vista...

Di la vuelta y me coloqué tras él.

—¿Mejor aún?

—Desde ese mismo punto de vista, sí.

No había otros clientes en el bar todavía y Jake se había metido en el almacén para hacer algún recado. De momento estábamos solos. Pensé en las acusaciones que

me había hecho Ethel, y en lo que me había propuesto Liz, y en lo poco atractivo físicamente que me resultaba aquel hombre... alto, desgarbado, pálido, de mediana edad. Pero también pensé en Tad durmiendo en casa de Ethel, en los besos de ella consolándolo en lugar de los míos, cuando lloraba por la noche, en la cara de ella, que era la que lo despertaba cada mañana, y supe que tenía que hacer algo para recuperarlo.

Me incliné por encima del hombro del señor White desde detrás y froté un lugar determinado de la mesa con una servilleta, como si estuviera limpiando una salpicadura. A través de la fina tela de su camisa y la tela aún más fina de mi blusa, mis pechos se apretaron cálidos y pesados contra su omoplato.

Oí que su respiración se alteraba y se volvía rápida, incluso irregular.

—¿Quería decirme algo, Earl?

Él tragó saliva.

—Me altera usted tanto que no puedo ni hablar.

Me incorporé de nuevo y di la vuelta para colocarme ante él.

Tenía la cara roja, pero no solo sonrojada, sino como la de un hombre que sufre después de un largo esfuerzo. Dio un sorbo a su tónica. Pasó un minuto antes de que recuperase su color habitual, es decir, su palidez habitual, y su aliento volviese a su ritmo normal.

—Me gusta usted mucho, Joan. Creo que ya lo sabe. Quizá me gusta demasiado... No es bueno que me emocione tanto.

—¿Por qué no?

—¿Podemos decir simplemente que por prescripción facultativa, y dejarlo ahí?

—No sé si seré capaz de dejarlo ahí, si eso significa que tenemos que permanecer a distancia.

—Joan, debe ser así.

—Ya veremos —dije. Y luego—: ¿Qué era lo que quería preguntarme?

Él dio otro sorbo.

—Su marido, que murió la semana pasada... ¿Cuánto tiempo estuvieron casados?

—Cuatro años —dije—. Un poco menos.

—Y su hijo tiene tres, ¿verdad?

—Eso es. Un poco más de tres.

—¿Y qué edad tiene usted?

—Veintiuno.

—Ya veo...

—¿Qué es lo que ve?

—Simplemente quería entender algo mejor su situación, Joan.

—¿Y ahora la entiende?

—¿Tenía usted diecisiete...?

—Algo más —dije.

—¿Y puedo preguntarle por qué se casó con él?

—Estoy segura de que ya lo adivina.

—Ése no es un buen motivo, Joan —dijo, al cabo de un momento.

—Ya me di cuenta.

—¿No quiere hablar de eso?

—¿Usted querría?

—Me gustaría saber qué ocurrió, ya que quizá pueda ayudarla.

—Yo estaba en Washington, esperando un trabajo. Ron también estaba allí, vivía en el mismo edificio. Tenía un tocadiscos en su apartamento, y entrábamos allí cuando no teníamos nada mejor que hacer. Por supuesto, en seguida encontramos cosas que hacer... y luego tuvimos que casarnos. Eso es todo. Tiene que entenderlo. Yo era feliz por aquel entonces. Pero Ron se vio obligado a casarse, y él no era nada feliz. Lo odiaba. Odiaba todo aquello, me odiaba a mí, y odiaba a nuestro hijo. Su familia también me odiaba, pero no al pequeño Tad, especialmente la hermana de Ron. Así que ahora lo tiene ella, y yo tengo este trabajo.

—Bueno, al menos esto no lo odia.

—¿Odiarlo? La otra noche me puse de rodillas para dar gracias a Dios por tenerlo.

—Después de todo, así nos hemos conocido. Me ha dado algo que desear cada noche, algo que no tenía desde hacía mucho tiempo, desde que murió mi mujer.

Entonces hubo una pausa, durante la cual me quedé allí delante de él, con la bandeja en una mano y el cuenco medio vacío encima. Ninguno de los dos dijo nada.

—¿Es tan dura realmente la situación? —me preguntó—. Quiero decir, con su hijo y su cuñada.

—Sí —dije, sencillamente. Pero luego, no queriendo alejarme con una nota amarga, le sonreí—. Pero las cosas están mejorando. Gracias a usted, sobre todo. Cada noche me encuentro un pasito más cerca de mi objetivo.

—Pero solo un pasito, Joan. Me gustaría hacer algo más.

—Bueno, entonces estamos a la par, porque a mí también me gustaría hacer algo más por usted.

Me sorprendió ver una mueca de dolor en su rostro. Pero no pude preguntarle nada más, porque Bianca apareció con otro hombre tras ella, y lo reconocí de inmediato, aun sin el uniforme.

Bianca lo acomodó en la parte que atendía yo, en una mesa pequeña que estaba en el extremo más alejado de la sala.

—Señora Medford...

—Sargento Young... ¿Puedo darle las gracias de nuevo por sugerirme que viniese aquí, por recomendarme a Bianca o viceversa, sea cual sea la forma correcta de

decirlo? —Le tendí la lista de cócteles y vinos, aunque obviamente él conocía el Garden mejor que yo, y probablemente ya sabía lo que quería tomar.

—Me alegro mucho de que Bianca tuviera un hueco para usted, y que usted aceptara. —Me devolvió la carta—. Simplemente, pídale a Jake que me prepare un *smash*.

Jack preparó un whisky sour y lo vertió en un vaso alto con unas hojas de menta machacadas en el fondo. El sargento Young dio un sorbo y lo dejó de nuevo, y luego me miró de pies a cabeza. Esta vez yo no me puse tensa. Una semana puede suponer una gran diferencia.

—Señora Medford, he venido en parte para ver qué tal le iba, y en parte para disfrutar del buen hacer de Jake... pero también porque hay algo que quiero que sepa. Conciérneme a su caso y al asunto de la muerte de su marido.

—Pensaba que ya habíamos dejado atrás todo eso —dije.

—Debería ser así, y me gustaría que así fuera. Si de mí dependiera, ya estaría zanjado. Pero Church... (¿recuerda al agente Church?) es joven, ansioso y tozudo, y quiere abrirse camino, y no sé por qué motivo, no está satisfecho con el veredicto de muerte accidental.

—¿Por qué?

—En la academia te enseñan a buscar delitos, señora Medford. Si uno es nuevo en el trabajo, no quiere que la respuesta sea que no los hay. Cuando pasan los años, ya sabes mejor cómo son las cosas..., das las gracias cuando un caso se cierra sin escándalo. Pero para él no han pasado aún esos años, y todavía sigue ansioso por resolver asesinatos.

—Y cree que Ron fue...

—Cree que deberíamos mantener abierta la investigación. Ni siquiera quería que fuera a contarle que su cuñada llamó el martes pasado, pero lo convencí de que era lo justo y adecuado, viendo que las acusaciones contra usted eran falsas, obviamente.

—Bueno, le doy las gracias. Pero... ¿qué puedo hacer con lo demás?

—No es que usted tenga que hacer nada, simplemente quería decirle que sea consciente de que, por lo que respecta a la policía, el caso no está cerrado.

Aquello me conmocionó, aunque yo no había hecho nada malo, y por mucho que investigaran no encontrarían nada que demostrase que yo lo había hecho. Pero a veces se oye hablar de gente a la que acusan falsamente, de hombres y mujeres inocentes enviados a la silla eléctrica.

—¿Y por qué no está satisfecho? —le pregunté.

—Por nada, en realidad. Pero no le gusta cómo encajan los hechos. Su marido era bebedor, lo averiguamos por los interrogatorios que hicimos, y aquella noche había bebido mucho, pero estaba lo bastante sobrio para conseguir volver a casa en coche, un viaje de más de cuarenta minutos, en lo más oscuro de la noche y por unas

carreteras con bastantes curvas, sin el menor tropiezo. ¿Por qué entonces, después de echarlo usted de casa, se estrelló con el coche solo a diez minutos de distancia, cuando lo más probable es que no estuviera más cansado, ni más borracho, ni la carretera fuera más oscura?

—Entonces llovía —dije—. Y nos habíamos peleado... Quizás estaba alterado.

—Ve, eso fue exactamente lo que le dije. —El sargento Young abrió las manos—. Pero... da igual. Church insistía en que había que examinar el coche buscando señales de manipulación, y pidió al forense que realizara la autopsia en busca de alguna señal de violencia en el cuerpo que no hubiese sido causada por el accidente...

—¿Y?

—Y nada. Ninguna de las investigaciones ha dado resultado. Pero él insiste en que sigamos sin cerrar el expediente.

—¿No es usted su jefe?

—Su compañero, señora Medford. No es lo mismo.

—Bueno, ¿y qué significa todo esto para mí?

—Puede que tenga que responder a más preguntas, en algún momento. Es posible que le pidamos que firme algún documento para permitir que el cuerpo de su marido sea exhumado.

—¡Exhumado!

—Lo siento mucho, señora Medford. —Y parecía que lo decía de verdad.

—Qué idea más horrible —dije yo—. Pero si tiene que ser... de acuerdo. No tengo nada que ocultar. Puede pedirme lo que quiera. —El temblor de mi voz desmentía la confianza que intentaba transmitir.

El sargento Young se inclinó hacia mí por encima de la mesa y bajó la voz.

—Ojalá pudiera ahorrarle este mal trago, señora Medford. Lo digo de verdad. Usted no se merece que le haya pasado todo esto. Su marido bebía, se salió de la carretera, estaba solo en el coche. Aunque hubiese usted participado en algo...

—¡Sargento Young!

—He dicho «aunque»...

—¡Pero no lo hice!

—Pero, aunque lo hubiera hecho, no me gustaría que la persiguieran por ello, ni mucho menos que la castigaran.

—Por favor, no diga nada más. Me hace sentir muy incómoda.

—Lo lamento muchísimo, señora Medford. Mi intención era la contraria. —Sus ojos se clavaron en los míos, y vi amabilidad en ellos. O me pareció amabilidad... Nunca se puede estar segura del todo—. Como digo, en la academia no te lo enseñan, pero se aprende en nuestro trabajo: no todas las muertes son asesinatos.

Me sentí aliviada al ver que tenía otros clientes que servir. Me disculpé y me dirigí a una mesa donde había tres hombres vestidos con traje, y sentí un enorme

alivio cuando me pidieron unos bocadillos Club con las bebidas, ya que aquello me daba excusa para retirarme a la cocina y cantar el pedido al señor Bergie.

Me quedé en la cocina todo el tiempo que pude. Cuando volví al bar, el sargento se había ido, dejando solo las hojitas de menta en el fondo de su vaso y una propina de un dólar.

## 9

Y ya estoy llegando a Tom Barclay, pero antes de hablarles de él, de lo que me hizo y de lo que yo le hice a él, tengo que hablarles de nuestros pantalones, los pantalones cortos que Liz fue a comprar para que los lleváramos ella y yo sin decírselo a Bianca, causando así un conflicto. Todo esto puede parecer frívolo teniendo sobre mis hombros un asunto tan grave como la posibilidad de ser acusada de asesinato, pero todo lo demás procedió de ese hecho, por muy trivial que pudiera parecer en un principio.

Era la primera semana de julio y hacía un calor infernal en el Garden, aun con el aire acondicionado. Era algo muy raro en Hyattsville, porque en el condado de Prince George no hace tanto calor como en Washington o en el condado de Montgomery, en Maryland, que está tocando a Prince George, pero al norte, y tampoco hace tanto frío en invierno. Pero, sí, hacía calor, y no estábamos acostumbrados a que lo hiciera, y nuestra clientela se resentía mucho más que cualquier otra clientela. Y, por supuesto, todas las chicas estábamos agobiadas, especialmente Liz. Durante un momento de tranquilidad, una noche, me dijo:

—Joanie, no quiero ser indiscreta, pero... ¿no estás algo húmeda? ¿Ahí, en las partes íntimas? Si hubiera hombres no lo mencionaría, pero entre chicas, ¿podríamos decir que en la entrepierna?

—Liz, son estos pantalones de terciopelo...

—Son una lata, para morir.

—Y los pantys no hacen más que empeorar el asunto, Liz.

—Joanie, vamos a hacer una cosa, pero sin pedir permiso a Bianca, porque seguro que nos dice que no, por el motivo que sea, y no estoy segura de cómo respondería yo. Podría ponerme hecha una furia, pero no quiero hacerlo. ¿Sabes a lo que me refiero, Joanie? Me gusta trabajar aquí.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Ya lo verás.

Y lo vi, porque a la noche siguiente vino con cuatro pares de pantalones cortos de batista del mismo color carmesí que los de terciopelo. O casi del mismo color... En realidad eran más bien granates, es decir, que tenían mezclado un poco de negro, en lugar de azul. Le pagué los míos, unos para llevar y los otros para lavar cada noche, y me acompañó a la habitación de las taquillas, donde nos cambiamos.

—Y, Joanie —susurró, cuando nos hubimos quitado los de terciopelo—, quítate las medias también. Y no te las vuelvas a poner.

—¿Seguro que no deberíamos preguntárselo a Bianca?

—No, Joanie, no deberíamos.

—¿Por qué no? ¿Por qué buscarnos problemas?

—Pues porque podría decir que no.

Me quité las medias y me puse los pantalones cortos encima de la piel desnuda.

—Y con las piernas que tienes, Joanie —me dijo—, también puede ser bueno. Seguro que va bien para el negocio, ya me entiendes.

—Habla por ti misma, ¿quieres?

—Vale, mujer, vale...

Debajo de las medias siempre llevo braguitas. Hay dos escuelas de opinión al respecto, pero la decencia, me parece a mí, así como la pulcritud, requieren que haya una capa de seda tapando las partes más íntimas. De modo que yo llevaba las braguitas de seda en el interior, los pantalones cortos de batista por fuera, ambas cosas un poco sueltas, no lo olvidemos, y arriba la blusita campesina que ya llevo siempre puesta antes de salir de casa, cuando de repente apareció Bianca. La tuvimos buena durante unos minutos. En realidad no tenía ninguna objeción importante que hacer, pero insistía en que deberíamos habérselo preguntado.

—Bueno, pues se lo preguntamos ahora —dije.

—Pues la respuesta es no, Joan.

—No, Bianca —intervino Liz—, en este caso no te pedimos permiso, sino que te informamos. ¿Has oído lo que he dicho?

Bianca parecía muy enfadada, pero yo vi que se debatía entre el disgusto y su tendencia innata a ceder cuando la presionaban. Liz seguramente lo percibió también y la presionó más aún.

—Vale, pues haremos huelga. A partir de ahora, si dices que tenemos que ponernos los pantalones de terciopelo con el calor que hace, haremos huelga. Pintaremos unas pancartas y nos pasearemos arriba y abajo por delante del bar. Y con estos pantalones puestos.

—Pero estos pantalones se arrugan —dijo Bianca—. Por la parte de delante, en el centro y abajo. No son decentes.

—Las arrugas van bien para el negocio. Ese tipo de arrugas —siguió diciendo Liz—. Y además, no se nos arrugarán tanto, Bianca, estos pantalones están hechos de batista... La batista es la tela de las camisas, hecha aposta para que no se arrugue. —Sacó la etiqueta de sus pantalones de repuesto—. Mira, son pantalones Burlington. Fíjate: los Burlington no hacen arrugas.

Esto le dio a Bianca la excusa que necesitaba para escaquearse.

—Bueno, entonces supongo que está bien —dijo.

—Pues, entonces, Bianca —le dije—, desconvocamos la huelga.

—Vale, Joan.

Me dio un beso y Liz lanzó un pequeño hurra, y ese fue el fin del asunto.

O al menos eso pensaba yo.

Creo que fue hacia las once y media de esa noche cuando llegó Tom con sus

amigos, tres chicos y dos chicas, los hombres muy jóvenes y robustos, y las mujeres muy guapas, y todos ellos ya medio borrachos cuando entraron. Liz tenía mucho trabajo y Bianca hizo que los atendiera yo, poniéndolos en un reservado donde estaban muy apretados. Estaban tan estrechos que Tom tuvo que empujar a una de las chicas para que se apretase más contra los demás y poder meterse él en el lado izquierdo del reservado según lo miraba yo, y así quedó muy cerca de mí, con la pierna sobresaliendo hacia el pasillo, cuando me acerqué para servirles. Me dedicó una sonrisa pícaro, de tal forma que estaba claro que quería que se me acelerase el corazón, y me molestó un poco notar que, como la sonrisa le favorecía mucho, estaba consiguiendo lo que se proponía, al menos un poquito. Entonces todos empezaron a pedir bebidas dobles, bourbon con ginger ale, la peor combinación que se ha inventado jamás, que conseguiría no solo ponerlos a todos muy borrachos, sino también muy mareados. Sin embargo, Bianca dijo que adelante, que les sirviera lo que quisieran.

—Es un viejo amigo, Tom Barclay, así que no hieras sus sentimientos, por favor. —Intenté imaginar cómo era posible que aquel jovencito de sonrisa desenfadada fuese viejo amigo de una mujer de la edad de Bianca, y supongo que esa incredulidad se reflejó en mi cara, porque Bianca añadió—: Su padre era cliente habitual cuando mi marido abrió este local. Tom se ha criado aquí.

Y muy malcriado, por lo que parecía, a juzgar por la forma que tenía de comportarse con sus amigos. Pero entonces intervino Liz, diciendo que era muy majito «excepto cuando coge una buena curda, claro, pero aun así, no peor que cualquier otra persona».

—¿Quién es majito cuando ha cogido una trompa?

—Pues no se me ocurre nadie.

Servir bebida a los borrachos es un trabajo que no resulta nada agradable, por agradables que sean cuando están sobrios. Las chicas gritaban cada vez más alto, y los chicos se metían mucho más conmigo, quiero decir que decían cosas que no debería decir nadie a ninguna chica y en ningún momento. Pero Tom, que era el que estaba más cerca del pasillo y de mí, no se limitaba a decir cosas. También hacía cosas: me daba palmaditas cada vez que yo acudía a la mesa, especialmente en el culo, que me tocó unas cuantas veces. Yo intentaba evitarlo apartándome, y la cosa no fue a más. Pero, entonces, mientras me inclinaba para servir una bebida a una de las chicas, me puso la mano en la pierna, en la pierna desnuda, por encima de la rodilla y por dentro, y empezó a deslizarla hacia arriba. Ahora comprenderán por qué he explicado con tanto detalle cómo eran los pantalones cortos, las braguitas de seda que llevaba debajo, y lo sueltas que eran ambas prendas. Lo que estoy diciendo es que me quedé paralizada y reaccioné automáticamente, cerrando con fuerza las piernas, de modo que su mano no podía moverse, y al mismo tiempo me aparté

girando sobre el talón. Pero así me llevé su mano también, y supongo que le hice perder el equilibrio, porque al segundo cayó al suelo desde el reservado, mientras yo me apartaba. Y en seguida apareció Liz. Y luego Bianca. Fue ella, no yo, quien vio el efecto que le había causado la caída: le había revuelto el estómago, de modo que se tapaba la boca con la mano, tragando saliva y haciendo arcadas, intentando no vomitar en el suelo. Y yo me aparté, soltándole al fin la mano y preguntándome qué hacer.

Uno de sus amigos salió del reservado, lo levantó del suelo y se lo llevó corriendo al lavabo de caballeros, gruñéndole al oído:

—¡Aquí no, Tommy, aquí no! ¡Aguanta! ¡Aguanta tres pasos más y luego suéltalo todo de golpe...!

Se fueron al lavabo sin que se le escapara nada por el camino, y al cabo de un largo rato de silencio, alguien se echó a reír y la conversación se reanudó. Bianca, por una vez en la vida, mostró algo de decisión y le dijo al grupito que estaba en la mesa:

—Ya habéis bebido bastante. Cuando os hayáis acabado las bebidas, os vais. Y cuando digo que os vayáis, quiero decir que salgáis cagando leches.

Se quedó de pie a mi lado y esperó a Jake, que se había metido en el lavabo. Salió y se nos acercó.

—Hemos tenido suerte —informó—. Lo ha soltado todo, lo menos veinte litros... pero en el váter. Ha tirado de la cadena y no ha caído nada al suelo.

Y volvió al bar.

El amigo salió del lavabo de caballeros y se unió a los otros y a las chicas.

Luego, al final, apareció Tom.

Se dirigió hacia el reservado, pero de pronto cambió de opinión y se sentó a una mesa, la misma a la cual solía sentarse el señor White, cuando venía. Le serví una taza de café negro bien caliente de la cocina.

—A lo mejor esto te va bien —le dije.

—Seguro que sí —susurró él—. Gracias.

Y bebió un sorbito, hizo una mueca porque estaba muy caliente y volvió a beber. Siguió bebiendo hasta acabarse todo el café, y luego se secó la boca con una servilleta de cóctel. Sacó un peine del bolsillo y se peinó. Luego cogió de nuevo la servilleta y se secó la cara, que tenía cubierta de sudor.

—Ya me encuentro mejor —dijo, con una sonrisa más apagada que la que me había dedicado antes, pero no menos bonita, y yo creo que él lo sabía.

—¿Quieres tomar un poco más de café? —le pregunté.

—No, ahora ya estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí, sí. Ahora me encuentro bien.

—Entonces, en ese caso...

Me aparté y le di una bofetada en una mejilla con una mano, creo que con la mano derecha, y luego con la otra mano también en la otra mejilla, a derecha y a izquierda. Luego seguí una y otra vez, mientras él se ponía de pie a medias e intentaba cogerme la mano. Pero yo me solté de un tirón y seguí dándole bofetadas con todas mis fuerzas. El chico que había ido al servicio de caballeros con él vino corriendo y me cogió por detrás, «me envolvió», como se suele decir, pero yo me solté de un tirón y empecé a pegarle también a él, de modo que trastabilló y se cayó. Luego me volví otra vez hacia Tom, queriendo pegarle con todas mis fuerzas, y al intentar esquivarme, él cayó también al suelo junto a su amigo. Por aquel entonces, como me dijo Liz más tarde, todo el local era un caos. Bianca intentaba agarrarme, también Jake hacía lo posible por cogerme, todo el mundo intentaba sujetarme para que no siguiera pegándole. Como Tom se había caído al suelo tuve que dejarlo. Pero pasaron unos segundos antes de que me diera cuenta de lo que estaba diciendo Bianca, que retrocedía, apartándose de mí, ya que seguramente debí de intentar darle bofetadas a ella también.

—¡Estás despedida! —gritaba una y otra vez—. ¡Estás despedida! ¡Vete, vete de aquí! ¿No me has oído? ¡He dicho que te vayas!

Por aquel entonces yo ya estaba más serena, con una mezcla de indignación por un lado y de vergüenza por otro. Sentía rabia conmigo misma por haber perdido los estribos, y, al hacerlo, el trabajo que necesitaba tan angustiosamente. Me había dicho a mí misma que haría cualquier cosa para recuperar a mi hijo... pero las manos insolentes de un borracho habían bastado para convertirme en mentirosa. Maldije mi mal genio mientras me dirigía a las taquillas.

Había ido a trabajar con el uniforme puesto, pero llevaba también una gabardina de verano para taparlo, y me quedaba también algo de ropa en la taquilla: los pantalones tejanos que llevaba el primer día y una camisa blanca de lino sencilla. Estaba allí desnudándome cuando apareció Liz y empezó a quitarse también el uniforme.

—¡No pienso dejar que te haga esto, cariño! ¿Oyes lo que te digo? Se lo he dicho..., se lo he dicho a la cara, que no pensaba aceptarlo. Así que nos vamos las dos. Siempre acaban igual estas cosas, estos malditos trabajos de coctelería, pero mañana ya buscaremos otro.

Entonces apareció Bianca por allí, y Liz se despachó a gusto con ella diciéndole lo que me había dicho a mí, pero corregido y aumentado, expresado además con palabras bastante fuertes, cosa que se le daba bastante bien a Liz. Y Bianca se quedó allí de pie sin decir nada y se lo tragó todo, junto a los bancos que estaban en medio, mientras yo seguía cambiándome de ropa. Y, de repente, ¿quién aparece por allí sino Tom? Parecía avergonzado y estaba muy pálido, pero ya bastante sobrio, ahora que se había tomado un café, y quizá mis bofetadas le hubiesen quitado también un poco la

borrachera.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

—¿A ti qué te parece? —respondió Bianca—. Lo siento, Tom, pero con el personal que tengo en estos tiempos pueden pasar este tipo de cosas, y por desgracia pasan. Por favor, no lo tengas en cuenta. No volverá a ocurrir, te lo prometo.

—He preguntado qué pasa.

—Que la he despedido, eso es lo que pasa.

—No, Bianca, no puede ser. No por un par de tortas.

—¿Un par de tortas? Te estaba dando más puñetazos que Floyd Patterson en el quinto asalto, y no solo a ti. Me habría noqueado a mí también si no me hubiese apartado justo a tiempo.

—Pero te has apartado.

—Tu amigo, no, y ha recibido un rechazazo en la mandíbula.

—De una zurda —dijo Tom—. Se le pasará.

—Escucha, Tom, no puedo tener contratada en este local a una chica que te ataca como ha hecho ella... Que trata así a un cliente, sea el que sea, pero especialmente a ti. Que...

—Maldita sea, he dicho que no la despidas. —Avanzó hacia nosotras y Bianca se acobardó.

—Se disculpará y no volverá a ocurrir nunca más. ¿Verdad?

—¡Ella no se va a disculpar! —gritó Liz, pero yo le puse una mano en el brazo.

—Me pasé, Bianca, y lo siento mucho. Perdí los estribos.

Liz no quería ceder.

—¡Joanie! Yo vi lo que...

—Sí, él se lo merecía, y más. Pero, aun así, no debería haberlo hecho.

—¿Bianca? —dijo Tom—. ¿Estás satisfecha entonces?

—¡Tres platos rotos! Y una mancha en la moqueta...

—Yo lo pagaré.

—No aceptaré tu dinero, Tom.

—¡He dicho que lo pagaré!

Parecía que aquello iba a ser demasiado para ella, que no daría su brazo a torcer, pero al final murmuró:

—Vale, vale, Tom. Si lo quieres así...

—¿Y ella se queda?

—Si controla su mal genio en el futuro.

—¿Y qué tal si Tom controla sus manos? —saltó Liz—. ¡Hay que ver, después de que yo respondiera por ti!

Y empezamos otra vez con lo mismo. Nos costó diez minutos aclararlo todo, y al final Tom se llevó a Bianca de nuevo al bar, y Liz y yo nos cambiamos y volvimos a

ponernos nuestros uniformes. Cuando Liz y yo aparecimos las cosas iban como de costumbre, salvo que Bianca estaba sirviendo las bebidas y Jake las preparaba. Cerramos al cabo de media hora o así, pero cuando Tom y su grupo se fueron, él no pagó la cuenta, ni tampoco el dinero extra por los desperfectos que yo había causado.

—No te preocupes —dijo Bianca, todavía enfadada, al parecer—. Ha prometido que lo haría. No te voy a echar.

—Desde luego que no —le dijo Liz—. ¿Me oyes?

—Liz, ya he oído bastante por una noche...

Al día siguiente no dijimos nada, ni Liz cuando vino a buscarme para llevarme al trabajo, ni Bianca cuando entramos, ni Jake cuando le preparé los servicios. No hablamos de lo que había ocurrido la noche anterior, algo que confieso que me alivió mucho, aunque el hecho de no decir nada significaba que yo todavía estaba en desgracia. Las cosas se desarrollaron como si no hubiese ocurrido nada en absoluto, hasta que, ¡oh sorpresa!, ¿quién aparece a las once de la noche y se sienta a la misma mesa donde había estado el día anterior, la que ocupaba siempre el señor White, sino el hombre que me cogió la pierna?

—¿Qué desea, señor? —le pregunté, como si no lo hubiese visto en mi vida.

—Agua con gas —respondió—. Sola.

Se la serví.

—Y la cuenta, por favor —dijo—. Por lo de anoche. Tendría que haberlo pagado y se me olvidó.

Yo ya la tenía preparada, debajo de un cenicero, en un extremo de la barra, y se la llevé. Eran más de cuarenta dólares, casi cincuenta. Él dejó dos billetes de veinte y dos de diez. Yo le devolví uno de los de diez, pero él me lo volvió a dar.

—Para usted —dijo—. Me olvidé de usted anoche. O, mejor dicho, me olvidé de pagarle.

Yo le devolví de nuevo los diez dólares.

—Le traeré el cambio —le dije.

Y así lo hice, dejando un dólar y pico, cuarenta o cincuenta centavos en monedas, en la bandejita del cambio que tenía él delante. Él la empujó hacia mí añadiendo el billete de diez dólares otra vez, mientras me decía:

—Le he dicho que es para usted.

—Lo siento, señor, pero no quiero coger nada de usted.

—¿Así es como trata a un viejo amigo?

—Señor, quizá sea usted viejo amigo de Bianca, pero desde luego mío no... ni viejo amigo ni amigo de ninguna clase. No quiero su dinero, y, sinceramente, tampoco quiero nada de usted.

Volví a mi sitio, pero él me siguió. Noté que algunos clientes habían empezado a mirarnos, y pensé que quizás había gritado más de la cuenta. En voz más baja le dije:

—Por favor, ¿quiere volver a su asiento? Está usted llamando la atención.

—Tengo que decirle una cosa.

—No tiene nada que decirme.

—Como viejo amigo, sí que tengo que decirle algo.

Yo lo acompañé de nuevo a su mesa, y él me siguió, y al final se sentó. Para poner fin a la disputa le pregunté:

—¿Qué es lo que quería decirme?

—Quería disculparme por no haberla reconocido en seguida... anoche, quiero decir. No le vi la cara, ¿sabe?, y no sabía que era usted hasta que vi sus piernas, y a continuación me tiró usted al suelo. Son tan bonitas que entonces la reconocí. Son las piernas más bonitas del mundo..., bueno, al menos las más bonitas que yo he visto en mi vida.

Yo notaba que se me estaba poniendo la cara caliente.

—¿Puedo servirle algo más, señor? —le pregunté.

—Después de lo de anoche creo que seguiré con el agua con gas durante un tiempo. —Y luego bajando la vista hacia mis piernas (piernas desnudas, no lo olviden, ya que seguía llevando los pantalones cortos de batista que Liz me había comprado el día anterior) medio susurró, como si estuviera realmente conmocionado —: Son realmente inolvidables, señora Medford.

—¿Cómo sabe mi apellido?

—Ya se lo he dicho: nos conocíamos.

—Pues no... Yo no le había visto nunca.

—Es posible que no se fijara en mí aquel día... pero, sí, nos conocíamos, se lo aseguro. Vive usted en un bungalow a poca distancia de aquí. Fui a buscarla allí, luego la volví a acompañar allí, y me quedé a su lado mientras tanto.

—¿Y cuándo fue eso?

Y entonces me dijo el día de junio que fue, y yo sentí que la sangre abandonaba mi rostro, porque fue el día que enterraron a Ron. Lo miré fijamente y le pregunté de repente:

—¿Quién es usted? ¿Y qué significa todo esto?

—Me llamo Barclay —dijo, despreocupado—. Thomas Barclay... Tom. Ocupé el sitio de un amigo, Dan, el hijo de Jim Lacey, que no pudo acudir cuando lo llamaron de la funeraria porque había salido conmigo la noche anterior. Me temo que habíamos bebido demasiado... y ya vio usted anoche por sí misma cómo pueden acabar las cosas, en estos casos. Pero, además, si Dan no hubiese aparecido, habría recibido un castigo, y la universidad le había advertido que ya no lo iban a tolerar..., en una palabra, lo habrían expulsado. De modo que su padre me pidió si podía ir yo en su lugar: ir a buscarla a usted en el coche, recogerla y llevarla al cementerio aquel día, y luego volver a traerla. Yo no quería, lo admito, pero su padre es un hombre importante, así que al final lo hice. Y me alegré muchísimo de haberlo hecho. Cuando usted se despidió de mí y me mandó un beso desde el porche...

—¿Yo? ¿Que yo le mandé un beso? Fue usted quien me envió uno, eso sí que lo recuerdo, pero yo no hice semejante cosa.

—Le aseguro que sí que lo hizo. No le veía la cara porque llevaba usted velo. En realidad aquel día no se la vi. Pero sí que vi su mano moverse por debajo del velo y

luego salir.

—¿Pero no me oye? Le digo que yo no le mandé ningún beso.

—Lo siento, pero estoy seguro de que lo hizo.

—Quizá me tocara el velo.

—Pero ¿vio que yo se lo mandaba?

—Pues sí, sí que lo vi. Y confieso que me quedé muy sorprendida. Me pareció muy insolente hacer una cosa así a una mujer de luto como yo en aquellos momentos.

—No lo habría hecho si usted no lo hubiese hecho primero. Me pareció educado responder de la misma manera.

—Ya, o sea que solo lo hizo por educación...

—Si le hace más feliz así, pues de acuerdo, digamos que fue por educación.

—Le creería más si no me acabara de decir que mis piernas son inolvidables.

—¿Acaso no podía tener dos motivos?

—Puede tener todos los que quiera. No es asunto mío.

—Señora Medford, discúlpeme. Debo de haberle causado una impresión terrible. Me gustaría arreglarlo. Pero veo que éste no es el lugar adecuado para hacerlo... porque usted me está sirviendo bebidas y la gente nos mira. ¿Qué le parece si la invito a tomar algo? En algún lugar discreto, cuando usted pueda, algún lugar donde podamos hablar y conocernos mejor.

—Gracias, pero creo que no me gustaría.

Él tenía una forma tal de sonreír, una forma tal de inclinar la cabeza ligeramente a un lado, que resultaba imposible que no te gustara.

—A lo mejor, sí. Nunca se sabe.

Me esforcé por no demostrar nada. Me costaba mucho más de lo que hubiera sido deseable. Mi corazón peleaba con mi cabeza desde el primer momento en que lo había visto, o quizás algo en mi interior que estaba mucho más abajo que el corazón, y la batalla todavía no estaba decidida.

—¿Desea algo más?

Él levantó las manos a modo de rendición.

—¿Qué le debo?

—Le traeré la cuenta por el agua mineral.

Al llevarme a casa aquella noche, Liz empezó a hablarme de él.

—No quiero ser entrometida —dijo—, pero ¿pagó la cuenta Tom Barclay? ¿El que se fue sin pagar anoche?

—El joven al que le di unas bofetadas, quieres decir.

—Bueno, en realidad le diste una buena paliza, pero, sí, me refiero a ése.

—Pues sí, ha pagado.

—Ya lo he visto bebiendo agua con gas hoy, para variar.

—Una mejora importante, me atrevería a decir.

—En realidad, es un tío majo —dijo Liz, mientras seguía conduciendo—. Mira, vi lo que hizo. Y yo también me habría enfadado. Odio estas cosas, siempre me han parecido horribles y siempre me lo parecerán. Una cosa es si pagan por tener ese privilegio, pero si no... —me sonrió. A mí me costó mucho devolverle la sonrisa—. Pero los hombres siempre son hombres, me parece a mí... Tienen manos, y Dios se las dio para usarlas, y las usan pese a quien pese... No hay nada que consiga detenerlos, eso tendremos que aceptarlo. Pero si se disculpan, si demuestran que nos tienen algo de respeto, entonces podemos seguir adelante con nuestras cosas... No tiene sentido estar resentida. Lo que intento decir es que ahora que el chico ha entrado en razón y se ha disculpado, podrías pensar en él, Joan. Me refiero a que podrías considerar salir con él después del trabajo, quizás invitarlo a tu casa, igual te gustaría, y harías algo diferente. Y ¿quién sabe? Igual llegáis a algo. A veces pasan cosas así. Yo no pasaría de él tan rápido.

—¿Me estás intentando convencer de que me ligue a ese tío?

—No es tan feo, la verdad, y tiene posibilidades. Podría haber otros peores, Joanie.

—¿Y quién dice que le gusto?

—Pues a lo mejor ha dicho algo por ahí. Igual me han llegado rumores... Bueno, vale, te lo contaré: le dijo a uno de los chicos la noche pasada que te conocía de antes... y que le causaste muy buena impresión. Parece que al principio, en el Garden, no se dio cuenta de que eras tú, pero luego te reconoció por las piernas. No entiendo, Joanie, por qué fue por las piernas y no por la cara...

—Me acompañó al funeral de Ron.

—¿Y por qué no te reconoció por la cara? A mí me parece que eres muy guapa. Si yo fuera un tío no la olvidaría, desde luego.

—Pues porque llevaba velo.

—¡Ah! Entonces todo cuadra, Joanie...

—Sí, él decía la verdad. Me conocía.

—Vale, entonces si fuera tú me lo pensaría.

—¿Por qué? ¿Es especial o algo? ¿O simplemente es que Bianca y tú lo conocéis desde que era pequeño?

—No, no es especial... al menos por ahora. Pero es uno de éstos que puede serlo. Tom Barclay tiene mucha ambición, y eso ya es algo. Tiene muchas ideas.

—¿Como por ejemplo?

—No las recuerdo todas. Una de ellas consistía en eliminar todas las medusas de Chesapeake Bay usando el flujo de agua caliente de una de esas plantas de energía atómica.

—¿Eso se le ha ocurrido? Nos quedaríamos todos irradiados al momento.

—Bueno, tenía otras ideas.

—¿Alguna que haya tenido éxito?

—Dice que algunas han estado muy cerca.

—Eso es lo que dice él...

—No lo menosprecies —dijo Liz—. Es muy listo este Tom, y un día de estos pensará algo que causará sensación.

—Esperaré hasta que lo haga.

—¡Ah, entonces será demasiado tarde! ¡Estará muy solicitado!

—Me arriesgaré.

—¿No te gusta nada, nada?

—Podría soportar mirarlo.

—Así me gusta.

—Pero Liz, me ha metido la mano...

—... en el mismo sitio donde tú te la pones muchas veces, no nos engañemos. Hay cosas peores que la mano de un hombre guapo puesta ahí.

Aquella noche me quedé echada en la cama pensando en él. Si realmente tenía posibilidades, las cosas adquirirían un aspecto distinto, aunque, por supuesto, «posibilidades» era solo una forma de decir que algún día quizá tuviese una pequeña parte de lo que el señor White ya tenía con toda seguridad en el presente. Al mismo tiempo, llamando a las cosas por su nombre, debía reconocer que tenía lo que el señor White no tenía, lo que podríamos llamar atractivo físico, y que consistía no solo en ser guapo y joven, sino también en tener una cierta presencia, un perfume casi, que ablandaba el interior de una mujer y se te agarraba con fuerza. Y pensé que no dejaba de tener su lógica lo que me había dicho Liz de camino hacia casa, que, si ellos se disculpan, la vida puede seguir, y que no sirve de nada sentirse ofendida. Empecé a sentirme un poco menos ofendida con él. Pero, de repente, pensé: ¿cuándo se ha disculpado? Intenté recordar toda la conversación, y sí, me pidió perdón por no haberme reconocido hasta mirarme las piernas, pero por lo que hizo no se disculpó en ningún momento, en realidad, y el hecho es que ni siquiera sacó el tema. Y entonces me pregunté: ¿por qué? ¿Por qué, si era capaz de hacer una cosa semejante, que, evidentemente, requiere una disculpa, no se acercó a mí y me pidió perdón? Parecía que había un motivo. Combinado con el hecho de que me había echado el anzuelo, intentando tener una cita conmigo a la noche siguiente después del trabajo, todo aquello tenía que significar algo, no podía ser accidental, algo que él no hubiese hecho por tener malos modales, o por haberse olvidado, o por haberse acercado alguna otra persona. Quiero decir que la cosa era deliberada, tenía que serlo. Dormí bien, no me atormenté demasiado con aquella historia, pero, seguía ahí, y lo recordaba de vez en cuando.

Vino varias veces, siempre solo, siempre pedía agua con gas y siempre cogía la misma mesa, la que había dejado el señor White unas pocas horas antes. Y siempre insistía en lanzarme el anzuelo: que debíamos ir a alguna parte cuando cerrase el Garden, y como decía él, «conocernos mejor». Yo esperaba que él sacara el tema, que hablara de lo que me había hecho, que dijera que lo sentía, pero no lo hizo, ni una sola vez. Y, naturalmente, no era un tema que yo estuviese dispuesta a tocar. Pero sobre el asunto de salir con él, seguía diciéndole que no.

—Dejémoslo para otro momento —le decía—. Hay cosas en mi vida que me han dolido mucho y todavía no las he superado. Más adelante quizá salga contigo. Pero ahora mismo no puedo salir con nadie.

O algo así..., no estoy segura de lo que le decía exactamente. Porque por entonces ocurrió algo que puso mi vida patas arriba, y todo se me confunde en la mente, y no sé qué fue exactamente lo que ocurrió ni cómo.

Era una tarde como cualquier otra, por lo menos a mí me lo parecía. Acababa de rellenar los cuencos de todas las mesas cuando entró el señor White, tan puntual que se podía poner el reloj en hora cuando él llegaba. Yo le serví lo de costumbre, y luego me quedé un rato haciéndole compañía, esperando que la conversación fuese la habitual en él, lo malos que eran sus hijos, y la habitual en mí, las cosas que tenía entre manos con Ethel... No me sentía a gusto comentando esa historia, pero seguía insistiendo en ella de todos modos. Pero aquel día él se quedó sentado allí bebiendo sin más, mirando hacia el vestíbulo y sin decir nada de sus hijos ni de nada. Y luego, de repente, me dijo:

—Joan, ¿podrías vestirme y estar preparada a las once en punto, mañana por la mañana, para que te vaya a recoger mi chófer? Te llevará a hacer un recado que te será muy ventajoso...

—¿Qué tipo de recado?

—Ya lo verás. Tengo motivos para no contártelo por anticipado... Tengo un motivo de peso, que preferiría no discutir, pero creo que tú aceptarías si supieras lo que es.

—Bueno, la verdad es que está usted muy misterioso...

—Si supieras por qué, estoy seguro de que no te ofenderías.

—¿Lista para salir a las once?

—Eso es. Jasper se acercará a recogerte.

—Esto de ir a ciegas, no sé...

—No lo lamentarás, te lo prometo.

—Bueno, si usted lo dice, de acuerdo.

—Bien. Bien. Muy bien. Y Joan, ¿te importaría llevar un formulario de depósito?

Uno personal, de tu banco. Esos papelitos que van en la parte de atrás de la chequera...

—¿De qué va todo esto, señor White?

—Ya lo averiguarás a su debido tiempo.

Parecía que me iba a dar dinero, y yo me enfadé, a pesar de mí misma. ¿Por qué todo aquel misterio? Él decía que tenía buenos motivos, que si yo lo supiera no me importaría, pero yo quería saber de qué iba aquello antes de subirme a aquel coche. Aun así, y aunque lo presioné mucho, habría sido una idiota si le hubiese dicho que no, con o sin misterio. De modo que le dije que estaría vestida y lista cuando apareciera Jasper con el coche... Y pasé la noche preguntándome a qué vendría todo aquello, y por qué habría actuado de aquella manera. Resultó que desde su punto de vista él tenía un motivo, y era un motivo real, y nada desagradable para mí, pero no averigüé hasta el día siguiente de qué se trataba.

Me puse un traje de chaqueta que me había comprado, verde oscuro, que contrastaba muy bien con mi pelo, y estaba ya en el porche esperando cuando apareció Jasper, justo a las once. Me llevó a The Estates, y una vez allí me llevó a una mansión que me dejó pasmada de lo bonita que era, casi como un castillo de cuento de hadas. Era de estilo colonial, el estilo colonial de Maryland, con dos galerías entre la parte central y las alas, una especie de corredores de un piso de alto que conectaban las alas, de modo que la línea quedaba rota y se conseguía una proporción mucho mejor que con las alas laterales pegadas al centro. Toda la casa era de ladrillo, pintada de un amarillo claro, con los postigos de un verde oliva y remates blancos. Se alzaban cuatro chimeneas desde la parte central, y dos más en cada ala, ocho en total, y haciendo juego con el remate blanco estaba también el camino de entrada, que era de un blanco apagado pero a la vez luminoso, con cierto brillo. Más tarde, cuando nos fuimos y se lo comenté, Jasper me dijo que el motivo de que brillase es que estaba hecho de conchas de ostra.

No había columnas ni florituras en la parte delantera, solo una entrada sencilla con un pórtico y una plataforma de ladrillo de un escalón, frente a la cual aparcó el chófer. Pero antes de que yo pudiera salir apareció el señor White, con la cabeza descubierta, y dio unos golpecitos en la ventanilla del coche. Yo la bajé y él me saludó, y luego dejó caer un sobre en mi regazo en el que ponía: «Señora Medford», y se alejó. Yo me sentí claramente rechazada, ya que él no me había invitado a entrar, pero me dijo:

—Jasper te llevará al banco, al que tú quieras... y puedes rellenar tu formulario de depósito. Lo has traído, ¿verdad?

Dije que sí, y él hizo señas a Jasper. Yo también lo saludé mientras nos alejábamos, con cierta frialdad, me temo, como si no me hubiera ocurrido nada semejante en toda mi vida. Sin embargo, ya era el momento de averiguar de qué iba

todo aquello, así que abrí la solapa del sobre pasando el dedo por el interior y saqué lo que había dentro. Encima de todo, cogido con un sujetapapeles, había un cheque a nombre de Joan Medford por un valor de cincuenta mil dólares.

Decir que estaba asombrada es quedarme terriblemente corta. En realidad me pellizqué para ver si estaba soñando. Cuando la cabeza dejó de darme vueltas, Jasper había aminorado un poco y me preguntaba adónde íbamos.

—El señor Earl me ha dicho que quería ir a un banco. ¿En College Park, quizá? ¿En Hyattsville? Dígame adónde, señora Medford. Ahora mismo podemos ir a cualquier sitio.

Miré de nuevo el cheque. Lo que ponía no había cambiado. Debajo había cuatro copias, cada una de ellas marcada como «copia para añadir a la declaración de la renta». En la esquina inferior izquierda del cheque habían mecanografiado la palabra «donativo».

—College Park, por favor. Suburban Trust.

—¿Ventanilla para coche?

—No, iré dentro.

—Bien, señora Medford. Ahora mismo vamos.

Elegí College Park porque no me conocían en esa sucursal. Quería evitar los silbidos, la sorpresa y la conmoción que podría haber causado en Hyattsville, en mi sucursal quiero decir, llevar un cheque semejante para ingresarlo. Cuando llegamos saqué el formulario que había traído conmigo, lo metí por la ventanilla, por debajo del cristal, y esperé a que el cajero lo sellara y me diera el recibo, como si fuera un depósito cualquiera..., lo que para él era, sin duda. Luego salí y pedí a Jasper que me llevara a casa.

Me quedé sentada en el salón mirando a la calle, intentando asimilar lo que me había ocurrido. Pero todavía estaba anonadada. Cuando sonó el timbre de la puerta, estaba segura de que era Jasper otra vez, que venía a decirme que todo había sido un error, que teníamos que ir y retirar el dinero de alguna manera.

Pero no era Jasper. Era el agente Church, que estaba de pie ante mi puerta, con una carpeta marrón llena de documentos en una mano y la gorra de su uniforme en la otra. La expresión de sus ojos era completamente neutra, imposible de descifrar, pero yo sentí que el corazón me daba un vuelco como si estuviera tendiendo unas esposas en mi dirección. Durante semanas anticipé aquella visita, que no llegó; ahora estaba allí y era imposible no vincularla en mi mente con el dinero que acababa de recibir, aunque, por supuesto, no podían tener absolutamente ninguna relación, era imposible que nadie supiera nada de eso, aparte del señor White y yo. A menos que la policía hubiese pedido al banco que los avisaran en seguida si yo hacía algún depósito importante...

Pero ¿qué podía importar que lo hicieran? No había nada ilegal en lo que había

hecho el señor White por mí... Yo no se lo había pedido, y él era libre de gastar su dinero como quisiera. Pero ¿cómo iba a explicarle todo aquello a la policía, si sospechaban? ¿A cambio de qué podía decir que era el dinero? ¿A cambio de un poco de alegre conversación cada noche, mientras se tomaba una tónica?

—Señora Medford, ¿me permite pasar?

Quise cerrarle la puerta, dejarlo fuera, quizá llamar a su compañero, para preguntarle qué hacer... pero no me quedaba más remedio que apartarme a un lado y dejarlo entrar, y eso fue lo que hice.

—Siento molestarla, señora Medford...

—No es ninguna molestia, en absoluto.

—... pero me temo que necesitaré su firma en un documento, para poder completar la investigación sobre la muerte de su marido. Finalizarla, como se dice hoy en día.

Después de haber colocado su gorra en el respaldo del sofá, sacó una solitaria hoja de la carpeta y la colocó encima, entonces me tendió un bolígrafo que llevaba en el bolsillo del pecho de su chaqueta.

Yo lo cogí, llena de alivio al ver que la visita no tenía nada que ver con el banco ni el dinero, después de todo. Pero la sensación me duró poco. Mirando el documento mi visión se volvió tan borrosa que todas las palabras que tenía escritas se confundieron, excepto una, que destacaba casi al principio: «exhumación».

Aquella semana le tocaba a Liz preparar los servicios a Jake, de modo que no pasó a buscarme. Fui andando, con la gabardina ligera echada por encima del uniforme. Todo el camino hasta el Garden mis pensamientos iban saltando del dinero al documento que me había hecho firmar el agente Church, y de vuelta otra vez. Él no sabía nada del dinero... todavía. Pero lo averiguaría tarde o temprano, y si no tenía una buena explicación cuando lo hiciera, las cosas podían ponerse difíciles para mí. Pero no había ninguna explicación buena, mientras el señor White y yo fuésemos solo unos conocidos el uno para el otro. Por supuesto, si se pudiera cambiar ese hecho... Pero ¿quería él cambiarlo, o lo podía convencer de que lo hiciera? Eso significaría una nueva vida, no solo una respuesta para el agente Church, sino un nuevo comienzo para mí, y una forma de arrebatar a Tad de las manos de Ethel. Podía resolver todos mis problemas de la mejor manera posible. Pero existía un mundo de dudas en esa única palabra, «si...». Y, mientras tanto, la policía iba a desenterrar el cuerpo de Ron y a someterlo a pruebas... El agente Church no había dicho de qué tipo, pero yo sabía cuál era el objetivo. Era demostrar que yo había tenido algo que ver en la muerte de Ron, y que no había sido un accidente.

En lo posible, intenté apartar de mi mente al agente Church y sus documentos y sus análisis. No podía hacer nada en ese sentido. Tenía que confiar en que la policía no podía descubrir algo que no estaba allí..., aunque yo sabía muy bien que los

análisis no son perfectos, y que a veces sí que aparecen cosas que no deberían aparecer. Todo eso lo apartaba a un rinconcito de mi mente y me esforzaba por pensar en otras cosas. Pero, claro, eso significaba que tenía que volver a pensar en el señor White y su regalo extraordinario y sorprendente.

Cuando llegué al Garden me pareció raro que las cosas tuvieran el mismo aspecto que siempre. También se me hacía extraño que aunque normalmente le contaba muchas cosas a Liz, todo lo que me pasaba en la vida, hasta el último detalle, no tuviese ninguna intención de contarle aquello. Era consciente de que ella sacaría conclusiones equivocadas, como habría hecho yo en su lugar. ¿Entonces...? ¿Eran erróneas esas conclusiones? ¿Y cuál era la conclusión acertada? El señor White esperaba algo a cambio de su dinero, ¿no?

Lo averigüé muy pronto. Justo al dar las cinco llegó el señor White. Jake ya estaba preparándole su tónica y yo se la serví en su mesa, como si nada hubiese ocurrido. Él bebió un trago, se echó hacia atrás, se secó los labios con la servilleta.

—¡Bueno! —dije yo—. Todavía estoy sorprendidísima, señor White. No estoy segura del todo de que no sea un sueño. ¿Cómo podría darle las gracias?

—Prefiero que dejemos lo de las gracias.

—Pero tengo que agradecerse.

—¡Por favor... por favor!

Él estaba muy tranquilo, y levantó una mano como para hacerme callar. Yo dije:

—Muy bien entonces... pero, no puedo remediarlo, siento una enorme gratitud.

—Bien, pero cambiemos de tema.

—Tiene usted una casa muy bonita.

—¿Te gusta? La construí yo mismo. —Se animó, y aún más viendo que habíamos cambiado de tema—. Hice que el arquitecto la diseñara igual que la Harbor House de Annapolis, excepto las alas octogonales, por supuesto. No me acababan de convencer, pero el resto, las proporciones, el diseño general y el tamaño, hice que las siguiera muy de cerca. Creo que ha quedado muy bonita.

A mí no me importaban nada las alas octogonales, pero no habría sido educado decirlo. Dejé que se explayara un rato. Cuando hizo una pausa, parecía que se requería que yo dijera algo, de modo que dije:

—Parece flotar, más que estar en tierra.

—Creo que el motivo es el marco de la puerta y los alféizares blancos..., hacen juego con el camino de entrada, de conchas de ostra. Ese efecto blanco roto, un poco brillante, viene de la cal. Ilumina toda la perspectiva y da la impresión que dices, de flotar, en lugar de estar en el suelo. Eres muy observadora al notar eso, Joan.

—Me fijo mucho en las cosas. —Sonó un poco mordaz, aunque no era mi intención, y supe que mi debilidad crónica, ese mal carácter que tenía, iba a darme problemas, como de costumbre. Me oí decir sin querer—: Si me invitan a mirar,

claro. Pero hoy no me han invitado. No podía salir del coche.

—Joan, había un motivo.

—¿Por qué no me dice cuál es el motivo?

Salió de mi boca como si fuera un petardo que explota, aunque yo intentaba cerrarla sin mucho éxito.

—Sería muy complicado explicarte cuál era el motivo. Joan, ya debes de saber que tengo debilidad por ti y que...

—Entonces, ¿por qué no lo demuestra?

—Pensaba que lo había hecho. Hoy.

Tragué saliva, hice todo lo posible por reprimirme y callar, pero no hubo manera. Seguí hablando. Miré a mi alrededor, agradecida de que nadie nos pudiera oír.

—Así que vale, me da cincuenta mil dólares, y yo me siento muy agradecida. Pero cuando intento decírselo, me lo impide. ¿Qué puedo hacer ahora? Sí, me gustaría saberlo, ¿qué hago?

—No es lo que tú crees, Joan.

—¿Y cómo sabe lo que yo creo?

—Bueno, Joan, ¿y qué es lo que piensas, entonces? Dímelo.

—Si se refiere a lo que creo que quiere que haga a cambio de los cincuenta mil dólares, pues no lo sé, pero soy humana, y no sería demasiado orgullosa, sea lo que sea lo que quiera. Por cincuenta mil dólares puedo tragarme mi orgullo. Pero si quiere saber qué pienso, en general, lo que creo que debería hacer para probarlo, lo mucho que se preocupa por mí, pues solo hay una manera, señor White... y se supone que yo debería ser demasiado pudorosa para nombrarla. Bueno, pues no lo soy. Si lo que quería era una mujer para una noche, podía tener una por mucho menos dinero del que me ha dado..., quizás una de las otras chicas que trabajan aquí, como ya sabrá, de eso estoy segura. Si le gusto lo bastante para darme esa cantidad que me ha dado..., bueno, hay una forma de que un hombre comparta lo que tiene con una mujer que le gusta, y solo una forma, que yo sepa, que le dé legitimidad. —Vi que sus rasgos reflejaban de nuevo un dolor pasajero, como había ocurrido hacía algún tiempo, pero mezclado, pensé, con una especie de añoranza, y aunque sabía que aquélla no era la forma de abordar el tema, no pude evitarlo y seguí—: Podría pedirme que me casara con usted, eso es..., bueno, maldita sea, ¿por qué no me lo pide?

—Daría cualquier cosa... —susurró él.

—Pues hable entonces. ¿Por qué no lo hace?

Su rostro se apagó y las siguientes palabras que pronunció las dijo en un tono tan bajo que apenas pude oírlas.

—Tengo angina de pecho, Joan.

Tuve que rebuscar en mi cabeza para recordar qué era una angina, y al final me pareció recordar que era un problema del corazón, y cuando lo comprendí, dije:

—No lo entiendo, señor White. ¿Qué tiene que ver con todo esto la angina?

—Cuando tienes una angina de pecho, el matrimonio está prohibido. Contigo o con cualquiera. Como me ha advertido repetidamente mi médico, no puedo... estar con una mujer. Mi corazón no aguantaría el esfuerzo. En otras palabras: el matrimonio contigo sería una sentencia de muerte para mí. Ése es el fantástico tormento en el que vivo: nunca he conocido a una mujer a la que deseara más, pienso en ti hasta el punto de olvidarme de todo, hasta la locura, diría incluso, pero si hago lo que cualquier hombre normal querría hacer, moriré.

Me quedé allí quieta, sin creerle, pensando que era solo una excusa, una razón que se había inventado para evitar que deseara de Earl K. White III algo más de lo que debería desear una simple camarera de coctelería... y de repente supe que tenía que ser verdad, no sé qué fue lo que me convenció. Quizá su expresión: nunca había visto a un hombre tan abatido, frustrado y avergonzado. Por supuesto, él ya me había dado mucho más de lo que tenía derecho a esperar, sin pedir nada a cambio, de hecho rehusando lo poco que yo podía ofrecerle. Y recordé el episodio en que el contacto con mi cuerpo lo había dejado con la cara roja y sin aliento, y de repente sentí mucha compasión. Quiero decir que sentí un brote de lástima en mi interior, de modo que me acerqué y lo toqué, le puse la mano en la espalda y le di una palmadita.

—Lo siento mucho —dije—. Entiendo lo que me dice. No me había dado cuenta.

—Ya te he dicho que había un motivo.

—Sí, es verdad, y yo lo acepto. Eso lo explica todo.

Se quedó allí sentado y yo junto a él de pie, y durante un momento me sentí incómoda, como cuando dos personas se sienten abrumadas por la emoción y no saben qué decir. Pero luego mi boca se abrió de nuevo, con un último reproche por lo que me había preocupado antes.

—De todos modos —insistí, de una forma un poco malhumorada—, podía haberme dejado entrar en su casa. Es una casa preciosa, y lo menos que podía hacer era dejarme echar un vistazo, solo una vez.

—También tenía motivos para eso.

—Ya estoy un poco harta de sus motivos.

—Casanova, en sus memorias, dice que una mujer solo tiene una forma de expresar gratitud. Si se te hubiese ocurrido esa forma, las consecuencias habrían sido catastróficas.

—¿Casanova?

—Supongo que él sabía lo que decía.

—¿Cree que me habría dejado llevar hasta ese punto?

—Si te hubiese invitado a entrar, quizá.

—¿Y no habría podido resistirse?

—No, Joan, no estoy seguro de que hubiese podido. Y eso habría sido fatal. —

Esperó un momento a que yo lo comprendiera, y luego continuó—: Te habrías quedado con un cadáver entre los brazos, y un cheque que ningún banco querría pagar... al menos hasta que se confirmara el testamento, y entonces tus oportunidades habrían sido escasas, extremadamente escasas, considerando el carácter de mis hijastros. Y sé lo mucho que necesitas el dinero, Joan. Quería que lo tuvieras. De modo que te dejé sentada en el coche, no me arriesgué.

—Ya lo entiendo...

—Es espantoso vivir bajo esta sentencia. Me doy cuenta de que no hace mucho que nos conocemos, pero no tengo duda alguna de los sentimientos que me inspiras, y sé lo difícil que es encontrarlos, y si no fuera por esto, daría cualquier cosa por casarme contigo, por estar contigo mañana, tarde y noche, a todas horas. Pero no puede ser.

—Me va a hacer llorar.

—Si lloras, llora también por mí.

Me costó una semana acostumbrarme, hacerme a la idea del cambio que había experimentado mi vida, ese cambio tremendo, increíble. Todas las tardes me sentaba y miraba por la ventana, pensando en las cosas que podría hacer con aquel dinero que había llegado a mis manos. Era un problema. Ahora ya tenía los medios para recuperar a mi hijo, desde luego... pero no tenía forma alguna de explicar cómo lo había conseguido; bueno, y que me creyeran, claro está, ni Ethel ni ninguno de los miembros del tribunal, si ella insinuaba que yo debía de haber cometido muchas inmoralidades, para que un hombre me diera tantísimo dinero. Algo que a ojos de los tribunales podía hacerme inadecuada para encargarme del bienestar de un niño, y no de momento, sino de manera permanente. Ya la oía decir: «¿De dónde has sacado esa cantidad de dinero, Joan? No usaré la palabra para describir lo que eres, pero tú y yo sabemos lo único que puedes vender».

Al mismo tiempo, no hacer nada con el dinero era una tontería, cuando lo tenía y lo necesitaba tanto. Tenía que encontrar algo que pudiera sacarme de aquel dilema. Y entonces, un día, mirando la casa que estaba al otro lado de la calle, di un respingo. Siempre la había admirado: un chalet de dos pisos y buhardilla, pintado de blanco, con un césped muy bien cortado y unos cedros a cada lado de la entrada. Pero lo que me hizo respingar fue el letrero que había en el jardín de delante: «se vende», con el nombre de un agente inmobiliario, su dirección y su teléfono. De repente me levanté, fui al teléfono y marqué el número. Colgué antes de que respondieran. En las páginas amarillas busqué a otro agente inmobiliario, Ross P. Linden, que tenía su despacho en Hyattsville, a solo unas manzanas de casa. Llamé, pedí hora y al día siguiente fui a verlo. Accedió a encargarse de la compra, y al final de la semana cerré el trato. Había conseguido rebajar el precio de los treinta y cinco mil dólares que pedían a veintiocho mil, que ofreció y aceptaron. Me cobró mil dólares por su trabajo, cosa que encontré razonable, considerando lo bien que lo había hecho. Entonces fui a comprar muebles para la casa. Los compré en una subasta. Dado que las que se encargan de objetos de este tipo suelen celebrarse de noche, tuve que pedir tiempo libre en el trabajo, y primero decírselo a Bianca. «Decírselo», he dicho, y no «pedírselo»... Por supuesto, ella puso el grito en el cielo. Pero si quería que siguiera trabajando no podía hacer otra cosa que decir que sí, de modo que accedió a regañadientes. Al cabo de dos semanas, por mil doscientos dólares había conseguido amueblar la casa muy bien. Abajo tenía un salón y un comedor, dormitorios bien acondicionados arriba, y cosas bonitas por todas partes. Además de los mil doscientos dólares en muebles me gasté cuatrocientos noventa y cinco en un televisor en color, un bonito mueble en el que derroché deliberadamente. Porque lo que yo me proponía era preparar aquella casa para alquilarla, alquilarla amueblada a ese tipo de gente que a lo mejor estaba en

Washington por poco tiempo, pero que necesitaba un sitio donde vivir, un lugar bonito donde estar a gusto ellos, su familia y sus amigos, y la televisión en color, pensé, actuaría como cebo perfecto, algo que podía inclinar la balanza, hacer que se decidieran por mi casa, en lugar de por otra, si les gustaba ver a Steve Allen o Perry Como o Dinah Shore, que ahora se emitían en color, o Howdy Doody, si tenían un niño pequeño. Y al cabo de una semana de la compra, ya tenía la casa alquilada por cuatrocientos cincuenta dólares al mes a una pareja de Akron, Ohio, que tenían no sé qué trabajo en el Departamento de Vivienda y Urbanismo. Como trabajaban los dos, el marido y la mujer, no había que regatear demasiado en los gastos y podían permitirse pagar un buen alquiler. No tenían hijos y se llamaban Schroeder.

De modo que yo había gastado treinta y un mil dólares de mis cincuenta mil, pero aún tenía cosas que hacer. Quedaban todavía por pagar cinco mil dólares de la hipoteca, así que fui al banco y la liquidé. No soy capaz de expresar el alivio que sentí, la enorme carga que me quité de encima, como si antes hubiese llevado una piedra atada al cuello. Todavía me quedaban catorce mil dólares de los cincuenta mil, así que fui a comprarme un coche. No pensaba comprarme uno nuevo, sino uno de segunda mano, a un hombre que conocía bastante bien porque venía mucho al Garden y se sentaba conmigo a menudo. Tenía un Ford muy bonito, un sedán muy elegante, de dos años de antigüedad, pero sin demasiado kilometraje, por mil cien dólares. Era verde, así que contrastaba bien con mi pelo, y mientras daba la vuelta a la manzana con él, el motor sonaba bien, como si estuviera en plena forma. La única pega era que los neumáticos que llevaba eran los originales y empezaban a estar algo desgastados. Pero hice que el señor Goss le pusiera cinco neumáticos nuevos con banda blanca, solo por cien dólares más, y quedó un coche prácticamente nuevito por el precio de medio coche.

Así que tenía ya una casa totalmente pagada, sin tener que abonar los ciento diez dólares mensuales, y que no producía gasto alguno excepto los impuestos y el mantenimiento, y otra casa totalmente pagada también, que me producía un ingreso de cuatrocientos cincuenta dólares al mes, sujeto a impuestos y gastos de mantenimiento. En otras palabras, con la propina de diecinueve dólares y quince centavos que seguía sacándome cada noche, o sea unos ciento quince a la semana, y los ciento cincuenta más a la semana que sacaba en propinas en el Garden, tenía unos mil quinientos dólares brutos al mes, más o menos. Considerando que solo unos meses atrás estaba prácticamente en la ruina, creo que no me iba demasiado mal. Tampoco había sabido ni media palabra del agente Church desde que vino a mi casa, con lo cual concluí que ni mis recientes transacciones, si es que se habían enterado de ellas, ni la exhumación de Ron habían producido ningún resultado que preocupase a la policía. De modo que me sentía agradablemente contenta, bastante feliz conmigo misma, cuando fui con mi coche a casa de los Lucas, el domingo, para hacer mi visita

semanal a Tad. Fui directa con Ethel, no le di explicaciones del coche, solo le dije que lo tenía, y ella se limitó a quedarse mirando primero el coche y luego a mí, y a decir: «Ya lo veo, ya lo veo...». No sé lo que veía, y, para ser sincera, tampoco me importaba. Llevaba trabajando el tiempo suficiente para poder permitirme un coche usado, con lo que sacaba por aquel entonces; no era como aparecer de repente con cincuenta mil dólares salidos de la nada.

Tad estaba muy ilusionado, como yo me imaginaba, y le hice subir al coche para llevarlo a dar un paseo que ya había pensado, hasta la universidad, en College Park, donde había una lechería, que formaba parte del complejo de la granja, en la que se podían tomar helados de distintos sabores, incluso experimentales, la mayoría maravillosos, no como los que suele haber en las «heladerías» corrientes. Le trajeron un libro a Tad para que se sentara encima, pero yo me lo senté en el regazo y pedí un helado de dátiles picados para mí y otro de fresa sencillo para él, de color rosa, muy bonito y sabroso.

Le encantó. Se lo comió cucharada a cucharada, lenta y cuidadosamente, como suelen hacer los niños con estas cosas, y a mí me encantaba mirarlo. Cuando ya casi había llegado al final, de repente se detuvo y cerró los ojos.

—¡Mmm, mmm! —exclamó, como había visto que hacían en los anuncios de sopas Campbell. Mi corazón latía con fuerza, era el sonido más bonito del mundo, el de la felicidad de mi hijito. Ni siquiera se quejó cuando lo abracé con fuerza, sin pensar en su hombro, y así supe que por fin se le había curado. Dejé que disfrutara de la última cucharada y luego pedí dos envases de litro, uno de fresa y otro de vainilla con pepitas de chocolate, para que los llevara a casa de los Lucas. Cuando volvimos, Jack estaba esperándonos en la entrada. Me pareció extraño, ya que antes no me había dedicado ninguna atención especial, es más, de hecho me había ignorado de un modo que me desagradaba bastante. Pero ahora era la deferencia en persona, abriendo la puerta y ayudándome a sacar a Tad, y se mostró tan solícito que yo me mosqueé un poco, suponiendo al principio que su respeto se debía al coche nuevo o algo parecido. Sin embargo, resultó que no era ése el motivo.

—¿Querrás subir a ver a Ethel? —susurró—. Se ha puesto fatal... Se ha ido a la cama incluso, aunque no lo creas. Habéis tardado tanto que pensaba que habías volado... Pensaba que te habías llevado a Tad. Pero... no te lo vas a llevar, ¿verdad?

—Es mi hijo, Jack.

—Ya lo sé, y sé que tienes todo el derecho del mundo a llevártelo el día que quieras. Pero Ethel temía que...

—Ya sé lo que teme, y debe temerlo, porque ocurrirá pronto, algún día. Yo soy la madre del niño y debe estar conmigo.

—Pensaba que todavía no estabas preparada, que aún no podías hacerte cargo de él tú sola...

Yo me mordí la lengua para no decirle lo que estaba deseando decirles a él y a Ethel, porque todavía temía que se pudiera volver contra mí.

—Pues no. Pero pronto podré.

—Ella está muy asustada. —Y, entonces, mientras entraba conmigo en la casa, sujetándome el brazo, y yo cogiendo a Tad de la mano—: Está loca por él, Joan, loca. No te lo lloves, por favor. Todavía no... Es su única razón de vivir.

—Pero también es la mía.

—Sí, ya lo sabemos, pero...

—Ya hablaré con ella de todo esto.

Y eso hice, subí a la habitación donde ella estaba echada en su gran cama, y me miró con las mejillas hinchadas y los ojos rojos, y lanzó un gritito cuando Tad entró corriendo, un poco titubeante, porque antes se había soltado de mi mano en la escalera para subirse el calcetín o algo. Ella salió de la cama de un salto, lo cogió entre sus brazos y acercó el oído a la boca del niño, que exclamaba:

—¡Freza! ¡Freza! ¡Freza!

—Ethel —le dije yo, muy tranquila—, te lo devuelvo... por ahora. Pero ya estoy mucho mejor que antes, financieramente, quiero decir... El trabajo ha resultado muy bien, y puedo permitirme pagar a una mujer que venga y cuide a Tad mientras yo voy a trabajar. Quiero decir que he estado pensándolo, y aunque no voy a hacerlo todavía, deberías prepararte para ese momento.

Me miró desde donde estaba, acunando a mi hijo a los pies de la cama, y le pasó una mano por la nuca, como para protegerlo. Para protegerlo de mí, de su madre.

—Puedes hacerlo, Joan, cuando estés establecida como Dios manda y tengas una situación adecuada para hacerte cargo de un niño pequeño. No mientras trabajas de noche a cambio de propinas, de hombres que pagan para beber y mirarte las tetas, y me sorprendería que fuera solo por mirar, y no por tocar o por cosas peores aún —decía todo esto con una vocecilla dulce y acaramelada, como si el tono pudiera ocultar a mi hijo el veneno que contenían sus palabras—. Conozco a Luke Goss, y también Jack, y hace dos noches iba por ahí presumiendo del coche que te había vendido, diciendo que esperaba poder meterte en el asiento trasero una noche de éstas, si la manera que tienes de tocarle el brazo y dejarlo mirarte el escote de la blusa en el Garden indica lo que sientes por él. La verdad es que a Luke Goss le va bien vendiendo coches, y no te digo que no pudiera ser un marido adecuado para alguna mujer, así que si has decidido echarle el anzuelo, pues vale. Pero tengo que advertirte, Joan, que quizá no obtengas nunca proposiciones matrimoniales en el asiento trasero de un coche de segunda mano.

Me quedé helada, y solo logré contener mi rabia al ver la mirada de aflicción que había invadido los ojos de Tad. Quizás el niño no hubiese entendido todas las palabras, pero sí su sentido, y se veía muy claro que había algo parecido al odio entre

nosotras dos.

—Luke Goss es un mentiroso —dije—, un vendedor que le dice cualquier cosa a cualquiera para quedar bien ante sus ojos. Yo le sirvo bebidas y nada más, y nunca habrá más, y si alguna vez le he tocado el brazo, ha sido para impedir que se cayera de su asiento cuando se ha tomado demasiados manhattans. No me apartarás de mi hijo con mentiras, ni tuyas, ni tuyas, ni de nadie, y si lo intentas, lamentarás haberlo hecho.

—¿Que lo lamentaré...? ¿Qué estás diciendo, Joan? ¿Que algún día de estos puedo tener un accidente, como Ron?

—No lo sé, quizá sí, si bebes tanto como bebía él.

Ella se levantó.

—Lo siento, Joan, pero no creo que sea apropiado que sigamos esta conversación delante del niño. Si eres tan amable de irte, Jack te acompañará afuera.

Me incliné para besar a mi hijo y él vio que yo estaba conteniendo las lágrimas, porque me echó los brazos al cuello y se agarró a mí, hasta que finalmente tuve que coger sus manitas, apartarlas suavemente y obligarlo a soltarme.

—Mamá volverá muy pronto —le dije—. El domingo que viene. Y el otro domingo. Y muchos más, te lo prometo.

—Muchos más —dijo él, pero su voz era trémula, como si no estuviera seguro. Y comprendí que no podía perder las esperanzas con el señor White, aunque de momento pareciera imposible.

Mientras tanto yo no había dicho nada a Liz, a Bianca ni a nadie del Garden de lo que me había ocurrido.

Y tampoco le dije al señor White lo que había hecho con su dinero, ni quería que lo supiera, porque temía que no lo aprobase, y me resistía a dejar que él me vetara. Tampoco le dije nada a Tom, que venía igual que antes, no cada noche, sino dos o tres veces a la semana, siempre sentado a la mesa del señor White, siempre tomando agua con gas, y siempre completamente sobrio, pero debo decir que a mí me dejaba algo achispada. Seguía intentando quedar conmigo alguna noche, o más bien alguna madrugada, cuando yo saliera del trabajo, y me decía que conocía un sitio donde «no nos molestaría nadie», que no sé lo que significaba. Y yo seguía negándome, y le decía: «Espero que pronto... Dejémoslo para otro momento». Pero era más difícil cada vez. A pesar de lo mal que habíamos empezado, me estaba empezando a gustar. O quizá «gustar» no sea la palabra adecuada, pero la verdad es que me sentía atraída hacia él, y empezaba a comprender mejor lo que me había explicado Liz aquella primera noche sobre el innegable encanto de que te vayan detrás, sobre todo cuando el que va detrás de ti es un hombre atractivo.

Entonces una noche vino antes de lo habitual y no sacó el tema. Parecía muy deprimido, como si tuviera algún problema.

—¿Qué pasa, Tom? —le pregunté—. ¿Te he puesto salsa de carne en el helado? ¿Qué te preocupa?

—Muchas cosas. Un amigo mío tiene problemas.

—¿Lo conozco?

—Jim Lacey...

—¿Sí? ¿El padre del chico al que sustituiste en el funeral?

—Ese mismo. Quizá lo hayas visto en los periódicos. Está imputado.

—¿Imputado? ¿Por qué?

Como respuesta él buscó en su maletín y sacó un periódico. Lo colocó en la mesa entre los dos. El artículo estaba en la parte inferior de la portada. James E. Lacey, ingeniero municipal del condado, estaba imputado por haber aceptado sobornos para recomendar un determinado alcantarillado para una nueva urbanización. Era uno de esos casos que aparecían continuamente en el condado de Prince George, donde se hacían millones de la noche a la mañana por la reclasificación de determinadas zonas, la concesión del alcantarillado o la instalación del agua o la pavimentación.

—Vaya, pues lo siento —dije, con tanta ligereza como pude—. Siempre sabe mal que un amigo tenga problemas.

—Lo que me molesta es que no puedo ayudarlo.

Al no saber a qué ayuda se refería, no dije nada, pero al momento él se explicó:

—Es un idiota, es jugador, está hasta las cejas de deudas. Nadie le prestaría ni un centavo, y el problema es que no tiene dinero para la fianza. Se la han fijado en doce mil dólares, y un aval costaría unos mil, pero no los tiene. ¿Te puedes creer que un hombre con el poder y las relaciones que tiene él esté encerrado en una celda porque no puede reunir mil dólares? Si los tuviera, yo mismo pagaría esa fianza... pero yo no puedo ni soñar con eso.

—¿Tampoco tienes mil dólares?

Me sonrió como diciendo: ¿Qué sé yo de dinero? Pero lo que decía su sonrisa en realidad era: No, yo tampoco tengo mil dólares.

—Cuando empiecen a madurar las cosas en las que estoy trabajando, tendré muchísimo dinero... pero por el momento ando mal de efectivo, al menos para esa cantidad, así que no puedo hacer nada.

Yo no sabía absolutamente nada de fianzas. Había oído hablar de los avalistas, pero no sabía ni quiénes eran ni cómo trabajaban; era algo completamente ajeno a mi mundo. Él esperó un poco más, bebió un sorbito de agua con gas y siguió:

—Tengo una casa, claro. Me la dejó mi padre y sigo viviendo allí. Y vale el doble que la fianza, que es lo que ellos requieren. Pero, por desgracia, pedí algo de dinero a cuenta de la casa..., de modo que está descartada. Si no fuera por eso le podría firmar un aval, encantado de hacerlo. Pero lo que no puede ser, no puede ser. Y me duele mucho. Él sabe lo de la casa, pero no lo de la hipoteca, y se pregunta por qué no puedo firmarle el aval. Y no sé por qué, el caso es que no quiero decirle la verdad. Parecería que me inventaba una excusa.

—Vuelve a empezar. Explícame lo de la casa.

Y lo hizo, con palabras sencillas, explicándome que los avalistas usan una misma casa una y otra vez para firmar una docena de avales, cada uno por una buena cantidad, «pero la casa debe estar libre de cargas. Si está hipotecada, no se puede poner en garantía».

—¿Y te duele mucho no poder ayudarlo?

—Pues sí, ¿a ti no te dolería?

Y entonces se confió un poco más conmigo y me contó que el señor Lacey era algo más que un amigo.

—Es una persona a la que necesito mucho, por algo que estoy haciendo. He echado un ojo a un puesto en la administración. Quiero llevar el Departamento de Recursos Naturales, y una prima suya de Annapolis podría conseguírmelo. Estoy seguro de que podría. Se relaciona con el gobernador y le interesa, además. —Yo me quedé callada y él siguió—: Daría cualquier cosa por tener un cargo en Chesapeake Bay, por una idea que tengo. —Y empezó a contarme la misma idea que Liz había mencionado, que si conseguía arreglar las cosas, dejaría toda la bahía libre de medusas—. Chesapeake Bay —explicó, casi como si estuviera pronunciando un

discurso—, es el sitio más bonito del mundo, de esta parte del mundo, al menos, una joya natural de Estados Unidos..., perfecto para ir en yate, nadar, caminar por el agua o lo que quieras, si no fuera por una cosa: las malditas medusas. Con ellas no sirve para nada. Yo creo que podemos librarnos de esos puñeteros bichos. Y me parece que las centrales nucleares podrían ayudarnos. Toda la población está en contra de ellas, tienen miedo de lo que pueda pasar. Pero ¿y si yo encuentro una forma de usar esas centrales de alguna manera, aprovechando el agua que tiran? ¿El agua caliente con la que lavan sus bombas? Si lo único que se requiere es temperatura, un ligero aumento del calor del agua en la bahía mataría a todas esas medusas, y la cosa podría funcionar sin costar al estado ni un centavo. Y además, en lugar de oponerse a las centrales nucleares, a la gente le parecerían bien... y tendríamos resuelto un gran problema, las medusas, las centrales nucleares, la energía que necesitamos, y todo de un plumazo.

Estaba muy emocionado hablando de todo eso, y lo único que podía hacer yo era mantener la cara seria y que no apareciese una sonrisa en ella, para que no pareciera que creía que me tomaba el pelo... porque estaba muy claro que el hombre se creía lo que me estaba explicando, y para él no era una tomadura de pelo. Yo tenía una sensación agridulce, en realidad, como si lo viera bajo una nueva luz, como si viera una bonita casa de día, después de haberla visto antes siempre a la luz de la luna, y me diese cuenta de repente de que los postigos necesitaban pintura y el tejado se encontraba en un estado lamentable. Tom pensaba que tenía la casa más bonita de toda la ciudad, y no tenía ni idea de lo destaralada que era en realidad. Aparte de la radiación, yo quería preguntarle si el agua caliente no mataría también a todos los peces... Pero éstos eran solo un par de los mil argumentos que había contra su plan, así que no dije nada. Simplemente lo observé mientras pronunciaba su discurso, poniendo en él todo su corazón, y de una manera muy extraña, lo absurdo de todo aquello hizo que me ablandara un poco con él..., no con la situación, sino con él en concreto, con ese joven tan guapo con una casa hipotecada y que no tenía ni mil dólares a su nombre, y con un castillo en el aire que no era capaz de vender a nadie más que a un par de mujeres de un bar de Hyattsville, que lo conocían desde que era adolescente y le tenían cariño.

Y ni siquiera a ellas tampoco, necesariamente, ya que a la mitad de su discurso Bianca apareció junto a mi hombro y me susurró:

—Está obsesionado con ese tema. No le hagas demasiado caso.

Y luego apareció Liz.

—Ponle una bebida.

Las dos se fueron, pero él siguió dale que te pego. Vi en sus ojos, detrás de su convicción infatigable, una cierta desesperación que yo misma conocía muy bien, y mi corazón se apiadó de él. Vi la oportunidad de hacer por alguien, a pequeña escala,

lo que el señor White había hecho por mí, y quizá también sentí el mismo impulso que me había llevado a prometer juguetes a todos los niños del barrio de Ethel.

—Necesitas a alguien, ¿verdad? —le dije—. Con una casa que esté libre de cargas, ¿no? ¿Y si yo tuviera esa casa?

Me miró y luego dijo:

—Joan, estoy hablando en serio. No te burles de mí... Con este tema, no.

—¿Y quién dice que me esté burlando?

Se lo conté todo, hasta el último detalle, y él se dio cuenta de que yo hablaba en serio.

—¿Tú? ¿Podrías firmar ese aval?

—Si lo único que hace falta es tener una casa...

—No lo sabía.

—Me lo tienes que pedir por favor.

—No podría pedirte. No tengo derecho.

—Vale... Entonces me ofreceré, por ser tú.

Al cabo de largo rato, mirándome todavía, me preguntó:

—¿Harías eso por mí, Joan?

—¿Y por qué no? Solo será durante un tiempo, ¿no? En cuanto él vaya a juicio, se cancelará el aval, ¿no es cierto?

—Claro. Pero aun así, hay un riesgo.

—Siempre hay riesgos. Tú le confiarías tu casa...

—Lo haría si pudiera.

—Entonces, ¿por qué no puedo hacerlo yo?

—Entonces, ¿es verdad? ¿Puedo llamar a su abogado y decírselo? Porque entonces me parece que Jim podría estar fuera esta misma noche... Lo hacen muy rápido, he oído decir. Si se puede, claro...

—Tienes una casa libre de cargas. Bueno, la tengo yo.

Se dirigió a la cabina y llamó por teléfono, y luego volvió, echando un vistazo a su reloj de pulsera. Media hora más tarde entró un hombre algo calvo, se sentó a la mesa con él, sacó un documento y le susurró algo. Tom me hizo señas, y el hombre medio calvo, que se presentó como señor Lackman, me preguntó por mi casa. ¿Tenía una propiedad libre de hipotecas, usufructos, arrendamientos u otros gravámenes? Le dije que sí, que la tenía, y él quiso saber dónde. Así que en mi bloc de pedidos del bar le escribí la dirección de mi casa, la que había comprado a la muerte de Ron, y que ahora me pertenecía, libre de toda carga, y se la puse delante. Él la copió en su documento, se puso el bolígrafo entre los dientes y me hizo señas de que me sentara y me pusiera cómoda, pero yo le dije que no se me permitía. Él dijo que tenía que hacer una llamada telefónica a alguien del tribunal o del registro de la propiedad, no recuerdo bien, para confirmar que mi nombre estaba en la escritura de la propiedad y

que no había ningún embargo ni demanda sobre ella, y yo le dije que me sorprendía que alguien estuviera trabajando todavía a aquellas horas de la noche. Él respondió:

—Bueno, usted está trabajando, ¿no? ¿Cree que el sistema judicial cierra a las diez?

Se pasó casi veinte minutos al teléfono, y luego volvió, se sentó y me llamó otra vez. Llevaba otro documento en la mano, un documento legal en esta ocasión, e hizo que lo leyera. Era una declaración de que yo poseía la propiedad en la dirección que abajo se hacía constar, y que la ofrecía como aval de seguridad para la liberación del citado prisionero, o algo por el estilo. Cuando acabé de leer, me dijo que firmara. Lo hice, y él agitó el documento en el aire como si lo estuviera secando, y luego se levantó y salió pitando.

Pasaron casi dos horas, quizá tres, de modo que pensé que cerraríamos antes de que volviera. Pero apareció y se volvió a meter detrás de la mesa con otro hombre que iba a su lado, un hombre gordo con la cara roja y un traje arrugado, sin afeitado, que le estrechó la mano a Tom y se sentó. Cuando Tom me hizo señas de que me acercara, él se levantó, se acercó a mí, me estrechó la mano y me dijo que era Jim Lacey, y que me estaba muy agradecido por haberlo ayudado a salir.

—No lo lamentaré —me dijo—, se lo prometo. —Y luego—: Y, ahora, señora Medford, ¿por qué no se une a nosotros, Tom, Mel y yo, y tomamos algo para celebrarlo? ¿Para celebrar mi liberación?

—Señor Lacey, yo no bebo. Pero gracias.

—Pues tómese un agua con gas, como Tom.

—Va en contra de las normas.

—No, esta noche, no.

Llamó a Bianca, para saber si le parecía bien que yo me sentara con ellos a la mesa, y añadió:

—Será mejor que sea así, Bianca, ya sabes lo que te conviene.

Y Bianca le dijo:

—Por ti, Jim, haré una excepción, desde luego.

De modo que me senté a la mesa y pidieron champán, y Liz fue quien sirvió el pedido.

—A mí ponme un ginger ale —dije.

Y ella asintió pero se me quedó mirando, enfadada. Pasó más o menos media hora y yo me sentía ya un poco violenta, cuando el señor Lacey proclamó:

—Ahora tenemos que irnos... Vamos, Mel, es hora de que nos vayamos los dos. Dejemos aquí a esta parejita.

Así que al cabo de un minuto se habían ido, y yo me levanté para hacer de camarera otra vez, pero solo había dos mesas más ocupadas, ya que era muy tarde, y Liz ya las había servido. Me quedé de pie junto a la silla de Tom y lo miré. Él me

observaba con una expresión extraña, y supongo que a mí me gustó su reacción.

—No sé cómo darte las gracias —dijo—. Has hecho algo estupendo por Jim... y por mí, me has ayudado más de lo que puedo expresar.

—Bueno —dije—, se me ocurren un par de ideas, si quieres darme las gracias.

—Dime de qué se trata, Joanie.

—Para empezar, deberías disculparte de una vez.

—¿Por qué?

Yo no le contesté, simplemente me quedé mirándolo mientras él le daba vueltas a la cabeza. Yo pensé que a lo mejor se sonrojaba cuando al final se diera cuenta, pero me imagino que algunos hombres no se sonrojan nunca, y lo que hizo al final fue sonreír, y detrás de aquella sonrisa no había ni asomo de vergüenza.

—¿Te refieres a la primera noche aquí en el Garden? ¿Lo que hice?

—Vaya, por fin has caído.

—Sí, me disculpo, Joan, si eso es lo que quieres, por estar borracho y caer en la tentación, pero no me disculpo por la tentación en sí misma, porque ahora mismo me siento igual de tentado, o quizá más incluso.

No era la disculpa que yo esperaba, pero aquello hizo que la sangre se me acelerara como nunca habría conseguido hacer una disculpa.

—Quizá yo también me sienta igual ahora... —dije—, pero ha sido después de conocerte mejor. Y, concretando más, existe una diferencia entre tentación y acción, y te aconsejo que te mantengas en el lado correcto de esa línea.

—Pues me disculpo por haber atravesado la línea.

—Gracias.

—O por hacerlo pronto otra vez, si es eso lo que quieres decir. Bueno, ¿y cuál es la otra forma?

—¿La otra forma...?

—De darte la gracias.

—Ah. Bueno, todo eso de invitarme a salir un día tras otro... Ahora que sé que no tienes dinero no espero nada caro, pero aun así...

—¿Quieres decir que saldrás conmigo?

—No sé por qué no. Podríamos celebrarlo también.

—Eres increíble, Joan. Empezaba a pensar que no estabas... —Se detuvo y agitó la mano, sin acabar la frase—. No importa lo que empezaba a pensar, estaba equivocado, desde luego. Me gustaría salir contigo. Me encantaría.

Dijo que podíamos ir a un local llamado The Wigwam, del que yo no había oído hablar nunca, pero eso no significaba nada, porque yo tampoco tenía muchas oportunidades de enterarme de cuáles eran los locales nocturnos de la zona. Le dije que tenía coche y que yo iría en el mío, y él me podía seguir con el suyo, de modo que él tenía que darme la dirección y luego nos reuniríamos allí y entraríamos juntos.

Me escribió la dirección en mi libreta de pedidos y cuando llegó la hora de cerrar me acompañó afuera, entré en mi coche y se quedó de pie, viendo cómo me alejaba. El coche le sorprendió mucho, porque en realidad era muy bonito, un sedán pequeño, pero muy brillante y pulido. Yo me alejé siguiendo sus instrucciones y en un número de la avenida New Hampshire vi The Wigwam a su debido tiempo. Luego él llegó también con su coche y los dos nos dirigimos hacia la puerta. Yo llevaba la gabardina encima del uniforme del Rose Garden, ese abrigo ligero de verano tan bonito que me llegaba hasta las rodillas, de modo que parecía que iba vestida con ropa normal.

The Wigwam parecía un sitio muy normal por fuera, solo una puerta doble con un letrero encima, que Tom empujó como si hubiera estado allí otras veces. Sin embargo, una vez en el interior, me pareció distinto de todos los clubes a los que yo había ido hasta entonces, aunque, claro, tampoco había estado en demasiados. En lugar de la atmósfera luminosa y algo ruidosa que se podría esperar, era un sitio muy oscuro, una sala grande, con un *wigwam*, o tienda india de piel muy alta, en un extremo, y reservados alrededor, con pesadas cortinas cerrándolos. Y las chicas iban vestidas de una manera muy rara, si se podía llamar vestido a lo que llevaban. La encargada, a la que Tom se dirigió como Rhoda, llevaba una túnica de gamuza con flecos en la parte de abajo, bastante decente, pero las camareras, a quienes Rhoda llamó «Pocahontas», iban prácticamente desnudas, sin nada en la parte superior, y con una diminuta braguita de bikini tipo tanga, al estilo francés, en la parte inferior. También llevaban una pluma sujeta en un mechón de pelo, que les caía a un lado sobre una oreja de una manera muy coqueta. Al mirarlas me di cuenta de que aquellas chicas estaban a la venta, y supongo que no me importó demasiado, ya que sabía que esas cosas pasaban, y después de hablar con Liz, sabía que mujeres que me caían bien y a las que respetaba podían hacerlo; sin embargo, me puse nerviosa y me empezó a doler un poco el estómago... Bueno, no es que me doliera, es que lo notaba un poco revuelto, como se suele decir. Notaba que estaba pisando un terreno peligroso. Pero no quería demostrarlo, quería aparentar ser una mujer de mundo, no una camarera. De modo que seguí imperturbable, sonriendo y con los labios tensos, y apreté con más fuerza el brazo de Tom.

Rhoda llamó a una Pocahontas para que nos atendiera y esta nos condujo a un reservado, abrió la cortina y sacó la mesa hacia fuera para que pudiéramos meternos detrás. Pero la mesa no tenía asientos en tres de sus lados, como suelen tener las mesas de los reservados, sino solo un asiento en el extremo más alejado, y un asiento bastante largo, la verdad. Debía de medir al menos dos metros y estaba acolchado y tapizado, con un cojín en uno de los lados. Yo entré y Rhoda preguntó:

—¿Quiere que me lleve su abrigo?

Dudé un momento antes de dárselo, y ella asintió significativamente cuando vio debajo mi uniforme. Yo agradecí mucho la oscuridad que reinaba en la sala. Ella dejó

mi abrigo colgado en una percha que se encontraba allí, en el riel por el que corría la cortina. Luego nos preguntó qué queríamos tomar, y Tom dijo que agua con gas, cosa que me alivió mucho, y yo pedí un ginger ale. Rhoda no pareció demasiado sorprendida, y cuando se alejó nos dijo:

—Amy vendrá a servirles dentro de un minuto.

Se fue y nosotros nos quedamos allí sentados, tímidamente, sin decir ni una palabra. En algún sitio sonaba el disco de una orquesta tocando *Three O'Clock in the Morning*, y Tom dijo que era uno de los valeses más bonitos de todos los tiempos. A mí nunca me lo había parecido.

—Sí, ¿verdad? —dije de todos modos, como si realmente me encantase.

Entonces vino una de las chicas a traernos las bebidas. Nos sirvió.

—Ahora —dijo— cuando me vaya cerraré la cortina y no los molestaré más a partir de entonces... Nadie los molestará. Pueden dejar la vela encendida o apagarla, y ahí tienen cerillas para volverla a encender, si quieren. Si me necesitan, o sea, si quieren que les sirva algo, más bebidas o cualquier otra cosa, ahí tienen el timbre, ese botón de ahí. —Nos enseñó un botón colocado en la mesa, junto a la vela—. Solo tienen que apretarlo y se encenderá la luz que hay delante, y en seguida vendré yo, o, si no, alguna otra chica. Porque yo podría estar ocupada, ¿comprenden? Podría estar algo atareada. Pero si lo estoy, entonces vendrá otra de las chicas, esperen unos minutos solamente. Quiero decir que no se pongan nerviosos demasiado rápido. Tengan calma y vendrá una de las chicas.

—¿Qué quieres decir con lo de que estarás un poco atareada? —preguntó Tom—. ¿Haciendo qué?

—Bueno, el cliente igual se siente solo...

—¿Y tú le haces compañía?

—Sí, algo por el estilo.

La verdad es que no me gustaba nada aquella chica, y no pude resistir la tentación de preguntarle:

—¿Vestida con esa braguita de bikini? ¿O te la quitas también?

—Pues depende. —Luego, mirándome directamente a los ojos, dijo—: Por ejemplo, si un tipo tiene una novia que no traga, y quiere que lo ayude un poco, me lo quito... Se desabrocha en seguida, ¿ve? —Y se lo desabrochó, dejándole a Tom echar un vistazo a la pelusa, y luego continuó, dirigiéndose a mí—: De modo que si quieren que los ayude, enciendan la luz, aprieten el botón una sola vez, y yo haré lo que pueda. ¿Quieren saber algo más?

—No... Puedes irte.

Eso lo dijo Tom, y ella respondió:

—Me voy a lo mío. —Y se alejó.

—Bueno —dije yo—, nos ha dejado las cosas bien claras.

—Se hace propaganda, diría yo.

—Aunque tengo que reconocer que es guapa.

—No me he fijado.

Lo dijo muy solemne, y supongo que yo puse cara rara. Él no dijo nada, pero de repente sopló y apagó la vela. Una vez más oí sonar el vals. En seguida, en la penumbra, dijo:

—Bueno... ¿por dónde íbamos?

—No lo sé —dije yo—. ¿Íbamos a alguna parte?

—Sí, íbamos a alguna parte. Creo que tú me habías obligado a disculparme. Quizá podamos empezar donde lo dejamos. —Y diciendo esto, tras pasar el brazo a mi alrededor, puso la otra mano justo en el mismo sitio donde la había puesto aquella noche, y yo cerré las piernas exactamente de la misma manera. Pero él siguió deslizando su mano más arriba, más arriba, y moviendo el dedo índice mientras tanto... hasta que me había metido la mano debajo de las braguitas, y siguió adelante. Y casi antes de que me diera cuenta, se encontraba en el lugar más íntimo de una mujer, y yo me derretía. En lugar de apretar para resistirme, me quedé bastante flácida, tengo que admitirlo, encantada de que su mano estuviera allí. Había pasado mucho tiempo de la última vez; no desde la muerte de Ron, sino casi un año antes, y me había olvidado de lo mucho que lo echaba de menos. Allí sentada, con las fuertes manos de Tom acariciando mi cuerpo, noté como si me fueran a estallar las costillas por la fuerza de los latidos de mi corazón tras ellas. Luego, de repente, él retiró su mano y empezó a desabrocharme los pantalones por la abertura de un lado, y yo me retorcí intentando ayudarle a quitármelos. A continuación salió mi blusa, luego su camisa, y luego él me echó hacia atrás contra la almohada, con todo su peso encima de mí, y su pecho desnudo contra el mío.

Entonces, finalmente, pensé en el señor White, y lo importantes que eran los planes que había hecho para él, y que podía irse todo al carajo si dejaba que ocurriese aquello con Tom. Y pensé en Ethel, que me había acusado de hacer con los clientes justamente lo que estaba a punto de hacer, y en el agente Church, que llevaba semanas callado, afortunadamente, pero que podía no estarlo tanto si le llegaban noticias de aquello, de que había un amante, después de todo, aunque no fuese Joe Pennington. Pensé en todas esas cosas y luchando contra todos los instintos que me empujaban, metí las manos entre los dos y aparté a Tom de mi cuerpo. Él luchó conmigo juguetonamente, y yo con él, para seguirle la corriente, y al final le mordí en la mejilla. Él empezó a gruñir, y yo le empujé un poco más hasta que pude sentarme. Mis empujones llegaron a la mesa, que se volcó hacia las cortinas. Yo me puse de pie de un salto, le di a Tom un golpe en la cara accidentalmente con la rodilla, me aparté, pasé hacia un lado, cogí mi gabardina y atravesé el club corriendo, salí por la puerta y me dirigí a mi coche. Me había dejado los pantalones y la blusa en el reservado; iba

corriendo solo con las braguitas, sujetando la gabardina de cualquier manera ante los pechos. Entonces me acordé del bolso, y lo encontré bien agarrado bajo mi brazo, aunque no recordaba haberlo cogido. Me metí en el coche, cerré los seguros y subí la ventanilla. En el bolso encontré la llave del coche, pero Tom ya estaba allí, con la camisa suelta y el cinturón desabrochado, golpeando la ventanilla y gruñendo:

—¡Maldita sea, Joan, abre esa puerta!

No abrí. Metí la llave en el contacto, apreté el embrague, y cuando el motor se encendió puse una marcha y retrocedí. Pero para salir del aparcamiento tenía que dar la vuelta e ir hacia delante. Él corrió para bloquearme el paso, poniéndose de pie ante el coche y levantando las manos, como si fuera un guardia de tráfico. Yo avancé justo hacia él, de modo que tuvo que saltar por encima del parachoques y quedó despatarrado encima del capó, mientras yo seguía adelante. Luego, de repente, me detuve, porque él se había caído. Giré el volante para no pasarle por encima y seguí avanzando, y me fui derecha a casa, con el abrigo caído en el regazo y el cuerpo expuesto a cada una de las farolas que pasaban, de modo que cualquiera podía haberme visto. Pero no me detuve para ponerme la gabardina; ni siquiera aminoré la marcha. Simplemente rezaba en silencio para que nadie me viera, y parece ser que nadie me vio, efectivamente.

Cuando llegué al jardín de mi casa, el reloj del salpicadero decía que eran las tres en punto de la mañana. «Uno de los mejores valsos», pensé mientras salía del coche, cerré la portezuela y entré en casa.

Me quedé echada en la cama, aterrorizada, temiendo que sonara el timbre de la puerta y que apareciera Tom, y yo le dejase entrar. Pero no ocurrió nada y al final me dormí. Al día siguiente pude ponerme el uniforme, porque tenía un par de pantalones cortos de repuesto que Liz me había comprado y una blusa mía, y pude ir a trabajar como de costumbre. Aquella semana le tocaba a Liz preparar los servicios, de modo que llegué justo antes de las cinco, y cuando entré, después de dejar mi abrigo y mi bolso en la taquilla, apareció el señor White, que se sentó en su sitio de costumbre. Yo me acerqué a él.

—¿Lo de siempre? —le pregunté. Pero en lugar de asentir amistosamente, como hacía siempre, ni siquiera me miró. Se quedó allí sentado, con el ceño fruncido, de modo que comprendí que había pasado algo malo. Sin embargo, fui a la barra, donde Jake ya tenía preparada su bebida, se la llevé y se la serví—. ¿Querrá algo más? —pregunté, como si no me diera cuenta de su actitud.

—No... nada —dijo él.

—Qué buen tiempo hace —observé, intentando parecer estúpida a propósito, y consiguiéndolo demasiado bien.

Entonces, al fin, levantó la vista.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —me preguntó, con la voz medio ahogada—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido?

—¿Hacer el qué, señor White? ¿Por qué no se explica?

—Ya sabes a qué me refiero, no finjas que no lo sabes. ¿Cómo has podido ir a ese sitio? ¿A ese... Wigwam? ¿A esa casa de putas?

—¿Cómo sabe adónde he ido?

—No intentes hacerme creer que no es verdad. Te vieron entrar allí con un hombre a las dos de la madrugada.

—¿Y me vieron salir?

—¡Contéstame! Te he preguntado que cómo has podido.

—Respóndame usted, señor White. Al parecer tiene un espía siguiéndome, un hombre de la CIA quizás, o alguien contratado por usted. Bueno, pues debería despedirlo por no hacer bien su trabajo, porque si lo hubiera hecho bien, al cabo de no más de quince minutos me habría visto salir, y seguro que no estaba porque si hubiese estado, se habría acordado perfectamente. Salí corriendo, ¿sabe?, sujetándome una gabardina delante para tapar lo que estaba desnudo... que era todo, o casi, ya que dentro había luchado con un tipo que pensó que podía hacer lo que quisiera conmigo si conseguía quitarme la ropa. Pero no pudo... se lo aseguro, salí de allí con todo lo demás intacto, lo que podríamos llamar en broma «mi honor». Sí, es verdad que aquello es una especie de casa de putas, pero yo no lo sabía hasta que

entré, pensé que me llevaban a un sitio donde se podía tomar una copa tranquilamente. Ahora ya sé lo que es, es un lugar del que pienso apartarme. ¿Quiere saber algo más?

—¿Me estás diciendo la verdad?

—¿Su hombre no le informó de mi salida?

—No.

—Pues entonces es que se fue, porque desde luego yo debía de ser todo un espectáculo sin ropa, si hay que creer a mi difunto marido, y su hombre seguramente se lo habría contado, si lo hubiese visto. Quizás incluso le habría enseñado alguna foto. Y ahora, si me disculpa...

Capté la atención de Liz y señalé hacia ella.

—Es la señorita Baumgarten —le dije—. Liz, para sus muchos amigos. Ella le servirá lo que quiera.

Yo volví a las taquillas y me eché en el banco que estaba allí. Al cabo de un par de minutos apareció Liz.

—Quiere verte —dijo.

—Estoy ocupada en este momento.

—Joanie, ese tipo está loco por ti... Todo el mundo lo sabe, se sabe desde el principio del verano, aunque tú no lo creas. Y aunque tengo que decir que preferiría a Tom para ti, no se debe desdeñar a alguien como él.

—¿Quién dice que lo esté desdeñando? Por favor, dile lo que te he dicho.

—¿Que estás ocupada ahora mismo?

—Sí, eso es. Díselo.

No sabía por qué jugaba de aquella manera con él. Durante un momento, mientras le servía, tuve el horrible presentimiento de que había perdido al señor White, que había roto irreparablemente lo que teníamos los dos, porque todo se basaba, al menos por su parte, en la idea de que yo era una «dama» o de que al menos parecía más una dama que Liz. Pero me dio la sensación de que había algo blando en su forma de tratarme, y de alguna manera noté que si jugaba bien mis cartas, todavía podía decir que era mío. Pero lo último que debía hacer era ir detrás de él. Tenía que venir él a mí, o, si no, acabaría por mirarme por encima del hombro. De modo que envié a Liz con mi mensaje, y no me moví del banco. Al cabo de un minuto o dos ella había vuelto.

—Se ha ido —susurró—. Y no le ha gustado nada que no fueras. Aunque solo fuera para decirle adiós.

—No tenía pensado que le gustara.

—Joanie, con un pez como ése en el anzuelo...

—Hay que jugar con él para mantener el sedal tirante.

—Yo no lo haría de esa manera, pero...

—El pez no es tuyo.

No tenía ni la menor idea de lo que le diría a Tom. Lo que había pensado decirle, tal y como había ensayado durante toda la noche, era que esperaba casarme, y que no podía arriesgarme a tener una relación con él. Pero ahora que me habían cogido por sorpresa, ahora que el señor White sabía lo que había hecho, o casi hecho, y había actuado como lo haría cualquier hombre, no sabía cuál era mi situación, y por ese motivo me resultaba odioso enfrentarme a la escena que podía montar con Tom. Pero, oh, desilusión, no vino. A medida que se aproximaba la hora yo me iba poniendo nerviosa, sabiendo que decir que «había un motivo» no es ningún motivo en absoluto, y esperando una situación muy desagradable, pero llegó la hora de cerrar y él no había aparecido todavía, y ahí estaba yo, no solo sin nada que decir, sino también sin nadie a quien decírselo. Y la cosa siguió durante un tiempo más... No solo lo de no verlo, sino tampoco saber dónde estaba, ni nada de él. Sencillamente dejó de venir y nadie tenía noticias suyas.

Sin embargo, con el señor White las cosas fueron de otra manera, y la situación fue cambiando primero poquito a poco, y luego muy deprisa. Apareció la tarde siguiente, después de la que acabo de contar, todavía algo serio, pero sin repetir su histeria del día anterior. Pidió su bebida y se quedó sentado mirando a la nada y sin decir nada tampoco. Sin embargo, a mí no me daba vergüenza hablarle.

—En primer lugar —le dije, empezando directamente, sin disimular ni nada—, puede despedir directamente al fisgón ése, al espía.

—No tengo ningún espía.

—Lo siento, señor White, pero sí que lo tiene.

—¿Dudas de mi palabra?

—¿Quiere una respuesta sincera a eso?

—Sí, exijo una respuesta sincera.

—No solo dudo de su palabra, sino que lo llamo mentiroso con todas las letras. Sí que tiene un fisgón, y si quiere saber cómo lo sé, lo sé por la expresión que tiene ahora mismo en los ojos. Así que ya me lo está contando, señor White. Tiene un espía, ¿verdad?

—Bueno, tengo un hombre, sí. Pero no para «espiarte», por el amor de Dios.

—Un fisgón es un fisgón, y punto.

—Es un hombre que trabaja para mí, un hombre de la oficina, al que le pedí que te echara un vistazo... no para espiarte, y digo la verdad, sino sencillamente para que no te ocurriese nada al salir de aquí por la noche. Eso era todo, lo juro.

Dejé que sufriera un poquito más antes de transigir.

—Bueno, de acuerdo, le creo. —Porque sabía que él estaba diciendo la verdad, o al menos pensaba que era así. Seguí—: Pero a cambio de aceptar su palabra, su palabra sobre él, debo pedirle que me dé su palabra de que eso se acabó, de que no

me hará vigilar nunca más, de que me quitará a ese espía de encima. ¿Qué me dice?

—Joan, si insistes... Es decir, sí, claro, por supuesto. Pero...

—No necesito protección. Gracias a su gran generosidad, ahora tengo coche propio. Liz ya no tiene que llevarme, me voy yo sola a casa, entro con mi propia llave y si necesito a la policía, ya la llamo yo. ¿Tengo su palabra de que no me va a hacer seguir más?

—Joan, ya lo he dicho.

—Vale, entonces muy bien, pasemos al siguiente asunto. —Esto lo cogió por sorpresa, y yo seguí insistiendo—: En cuanto a usted y a mí, deberíamos casarnos. Usted dijo que era lo que más deseaba, y que lo haría con mucho gusto, pero que su médico se lo había prohibido porque era una sentencia de muerte segura. Vale, señor White, ¿de quién es la vida? ¿De su médico?

—¿Qué quieres decir, Joan? ¿Que debo morir para demostrar lo que siento por ti?

—No, señor White, eso no. Pero existe una salida.

—¿Qué quieres decir con salida?

—Una entrada, debería decir tal vez. Señor White, el sexo no lo es todo. No hay motivo alguno para que no pueda usted casarse conmigo, seguir durmiendo solo en su habitación y yo en la mía. De esa forma estaría conmigo siempre, si realmente lo desea, y yo lo tendría a usted conmigo siempre también, y la verdad es que me gustaría muchísimo. Además, yo podría dejar este trabajo de servir bebidas, que ha sido una bendición para mí, pero del que la verdad, confieso que podría prescindir. Y lo más importante de todo para mí: podría recuperar a mi hijo, y criarlo como sueña todo niño, en esa bonita casa, jugando en ese precioso jardín, corriendo con el triciclo por las preciosas alamedas. ¿De qué sirve tener una casa así y un terreno semejante si vive usted allí completamente solo? Me ha dicho lo solo que se siente, lo mucho que le gusta que podamos hablar y estar juntos... Por el amor de Dios, Earl, ¿por qué un hombre como usted tiene que venir a un bar para encontrar compañía? En otras palabras, una vez más, para dejar las cosas bien claras: ¿Quién gobierna su vida?

—Me gustaría que tú me ayudaras a gobernarla.

—Pues de acuerdo, entonces. ¿Qué dice a lo que le acabo de proponer?

—Digo que lo pensaré.

—Así me gusta.

Pasaron dos o tres semanas, yo diría que fue a mediados de septiembre, cuando ya se acercaba el otoño, antes de que él viniera con la respuesta... si es que se le puede llamar así. Llegó, pidió su bebida, y luego, de una forma totalmente despreocupada, dijo:

—Creo que voy a decirte que sí... pero antes tengo que ir a Nueva York.

—¿A Nueva York? ¿Ahora mismo?

—Creo que me iré mañana.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Pues... casi un mes. Quizá más.

Aquello me parecía algo peculiar, así que le pregunté:

—¿Qué pasa en Nueva York? ¿Por qué tiene que ir?

—El abogado. Lleva algún tiempo allí trabajando en un asunto para mí, un asunto importante.

—¿Y qué tiene que ver con usted y conmigo?

—Para un matrimonio como el nuestro, como sería el nuestro, existen algunos aspectos legales. No estoy seguro de saber cuáles son, excepto de una manera general. Creo que debería hablar con él. Y tengo que ir también para comprobar que el negocio se haya cerrado bien.

—Ya. Ya lo entiendo.

—Tú también podrías hablar con algún abogado.

—Sería una buena idea.

Le dejé, hice un par de cosas en la barra y pensé en lo que me había dicho. Luego volví.

—Realmente —le dije—, es lo mejor, estoy de acuerdo. Váyase, pase un tiempo en Nueva York, y si se olvida de mí, está bien, ya tengo otras oportunidades, no se preocupe.

—¡No me digas eso!

—Le he dicho que se vaya... y ya veremos lo que pasa.

Así que se fue, y durante un tiempo las cosas fueron muy monótonas, incluso diría que aburridas. Eché de menos que viniera al bar cada noche. O echaba de menos sus propinas de diecinueve dólares, vaya. Las cosas siguieron igual durante dos o tres semanas más, hasta principios de otoño. Fue a finales de septiembre cuando me volví a cambiar los pantalones cortos de verano por los de terciopelo con medias, y acababa de ponérmelos una tarde cuando sonó el timbre, y al abrir la puerta apareció Tom. No lo había visto desde aquella noche, y sin duda actué con mucha frialdad.

—Ah... —dije—. ¿Tom? ¿Qué pasa?

—Joan —dijo, medio tartamudeando—. Tengo que hablar contigo.

—¿De qué?

—Creo que ya lo sabes, y la verdad es que no me apetece nada, te lo aseguro. Pero es igual, no quiero hablar de pie en la entrada.

—Ah, pues... pasa, por favor.

Lo llevé al salón.

—¿Cómo podía saber yo por qué venías? —le pregunté.

—¿No has visto esto?

Observé por primera vez que llevaba un periódico debajo del brazo, que desenrolló y abrió.

—No leo el periódico de la tarde —le dije—. ¿En qué me afecta esto? ¿De qué va?

Me lo tendió y en la primera plana, no en el artículo principal, pero sí lo bastante destacado para que apareciera en portada, se encontraba un artículo sobre el señor Lacey, el hombre cuya fianza había firmado yo. Decía:

#### SE JUZGA EL CASO LACEY, SIN LACEY

O algo por el estilo. El artículo sencillamente decía que al iniciarse el juicio del caso de James Lacey, ingeniero municipal encausado, aquella mañana, «el señor Lacey no ha hecho su aparición, tal y como se le requería». Y luego seguía diciendo que «Melvin T. Lackman, abogado del señor Lacey, ha dicho al tribunal que el señor Lacey no había acudido a su oficina como habían quedado para acompañarlo al juicio, y que no tenía noticias de dónde se podía encontrar el señor Lacey. El tribunal, en la persona del juez T. D. Enos, ha ordenado que se emita una orden para el arresto del señor Lacey». Y eso era todo, excepto una foto del señor Lacey con el aspecto que yo recordaba, pero un poco más joven y no tan gordo. Mi estómago me decía que aquello era una mala noticia, pero todavía no me hacía del todo cargo de la situación.

—Bueno, ¿en qué me afecta entonces esto a mí? —le pregunté.

—Joan, tú firmaste el aval de la fianza.

—¿Quieres decir que voy a perder la casa? ¿Que me la quitarán y la venderán para pagar la fianza?

—Bueno, todavía no lo sé... Estoy tan sorprendido como tú, y sé muy poco al respecto. Lo que sí sé es que te apoyo al cien por cien... Tú hiciste esto por mí, y no voy a dejar que te perjudique a ti sola.

—Es encantador por tu parte, Tom, pero no veo qué puedes hacer tú, a menos que uno de esos proyectos tuyos haya madurado ya y tengas doce mil dólares que te sobren.

—Creo que no los necesito, ni tú tampoco. Si consigo encontrar a ese hijo de puta y llevarlo al juicio, que el tribunal se los pida a él. Pero es algo que se me ha ocurrido así, sin más; no sé nada. Por ahora, lo primero es conseguir a un abogado.

—No conozco a ningún abogado.

—Pero yo sí.

Mencionó a uno de quien yo había oído hablar, de cuando compré la propiedad, que tenía unas oficinas en Marlboro. Se llamaba Dwight Eckert, y Tom se ofreció a llevarme en coche a verlo. Yo pensé llamarlo primero, para averiguar si estaría o no, y resultó que sí, después de las cuatro. Eran casi las tres, y tenía el tiempo justo para quitarme la ropa de camarera y ponerme un traje que me había comprado y que me quedaba muy bien, ahora que el tiempo ya era un poco fresquito. Me disculpé, fui al dormitorio y empecé a cambiarme, pero entonces apareció él en la puerta.

—¿Quién te ha invitado a entrar? —le pregunté.

Se apoyó en la jamba y cruzó los brazos.

—He pensado que podíamos continuar hablando. No es la primera vez que te veo desnuda, aunque la última vez la cosa fue breve.

Yo no llevaba más ropa que aquella última vez, solo las braguitas. Me volví hacia él y levanté la mano, con la palma hacia arriba.

—Serán veinticinco dólares, por favor.

—¿Cómo dices?

—He dicho que pagues. Después de visitar una casa de putas, he aprendido algunos trucos del oficio. Y, ahora, si quieres verme desnuda, tendrás que pagar. Veinticinco dólares, a desembolsar de inmediato.

Se quedó de pie allí, me miró y sacó la cartera. Contó dos billetes de diez y uno de cinco, y los tiró en la cama. Yo los cogí y se los arrojé a él.

—Tom —dije, de un modo que indicaba que hablaba totalmente en serio—, sal de aquí. Vete ahora mismo, ¿me oyes?

Él cogió el dinero, abrió la cartera una vez más y lo volvió a guardar. En la puerta del dormitorio, se volvió.

—No te entiendo. Empezando por la noche en el Wigwam. Si me hubieras rechazado en cuanto entramos por la puerta, vale. Pero no lo hiciste. No puedes decir

que no me deseabas. O puedes decírmelo, pero no sería verdad... Tú estabas muy caliente y húmeda, perdona que te lo diga, y cuando estás húmeda...

—¡Tom!

—Vale, digamos entonces que el cuerpo de una mujer..., que el cuerpo de una mujer no miente.

—En aquel momento, Tom, yo te deseaba con todas las fibras de mi ser. Tanto que ni siquiera me importó que me llevaras a aquel sitio asqueroso, ya que hacía posible lo que deseábamos los dos. Pero Tom, hay algo que quiero mucho más, y no puedo tener las dos cosas.

—¿Y qué es lo que quieres?

—A otro hombre, a uno que se case conmigo...

—¿Y quién te dice que yo no vaya a casarme contigo?

—... y que me mantenga a mí, y lo que es más importante, a mi hijo, de una forma que tú no podrías hacer nunca. Lo siento, Tom, pero las cosas son así. Tú no podrías nunca, aunque todos tus proyectos tuvieran éxito, todos y cada uno de ellos.

Él asintió, no dijo nada más y salió del dormitorio, cerrando la puerta tranquilamente tras él. Yo acabé de cambiarme de ropa, y luego volví al salón. Él estaba allí sentado esperando, y se levantó, muy formal, cuando me vio.

—¿Estamos listos? —pregunté.

Y entonces me acordé y llamé a Bianca, y le dije que no podía ir. Podría haber llegado tarde, sencillamente, ya que la reunión con el abogado no iba a durar más de una hora, estaba segura, pero con todo lo que tenía en la cabeza, una noche entera sirviendo bebidas era más de lo que podía soportar. Ella se disgustó, pero tuvo que decir que sí.

No dijimos mucho más de camino hacia Marlboro, excepto sus respuestas a algunas de mis preguntas, como quién era el señor Eckert, y qué tenía que preguntarle... En lo único que pensaba era en si perdería mi casa, pero Tom me recordó que había que preguntarle otras cosas, como cuánto tiempo teníamos, y qué se podía hacer, «paso a paso», como decía él.

—Yo creo que habrá que ir a ver al sheriff —me dijo, de una forma dubitativa, algo reservada—, y primero deberíamos averiguar qué sabe de todo esto y lo que está haciendo. Igual tenemos que cooperar... o algo.

Tuve una imagen repentina de mi aparición en una comisaría de policía y una conversación con el agente Church, tan suspicaz como siempre, y dispuesto a saltar encima de mí a la menor señal de que algo no iba bien. Me consoló un poco la distancia entre Hyattsville y Marlboro, pero no tanto como lo habría hecho si hubiera existido una línea del condado separándolas. Casi estuve por decirle que nos diéramos la vuelta y que ya apechugaría con las consecuencias, perdiendo la casa incluso si era necesario, pero cuando se me ocurrió todo eso ya habíamos llegado.

El señor Eckert resultó ser un hombre joven, con levita y pantalones grises, que nos estrechó la mano y me miró con bastante curiosidad. Dio la vuelta al escritorio para hacerme sentar en una silla junto a él. Después de hacerle señas a Tom para que se sentara enfrente, él se sentó a su vez y leyó lo que decía en el periódico, que Tom llevaba todavía en la mano.

—Sí —nos dijo, asintiendo—, me he enterado, y he oído hablar de una joven que había tenido el poco seso de avalar la fianza de Jim Lacey..., cosa que nadie habría hecho, considerando quién es ese hombre. Jim está loco, es todo lo que se puede decir de él... Y lo más amable que se puede hacer, supongo, es dejarlo como está y seguir adelante. Ahora, esperen un momento mientras yo compruebo cómo están las cosas.

Cogió el teléfono y llamó; luego preguntó:

—¿Oficina del sheriff? Soy Dwight Eckert... Es sobre el caso Lacey. ¿Pueden ponerme con alguien que esté al tanto de ese caso? —Habló con alguien, un ayudante del sheriff por lo que decía el señor Eckert, y fue haciendo toda clase de preguntas: el tipo de aval, qué se iba a hacer para ejecutarlo, cuál era el oficial encargado del caso, y preguntó—: ¿Qué piensa entonces? ¿Dónde estará? —Y luego—: Ah, ¿que no tiene ni idea? Pero ¿no conocen bien a ese tipo, Lacey...?

Luego colgó y nos informó.

—Están siguiendo el caso, les han dado la orden de arresto para notificarla, la que ha firmado el juez esta mañana para el arresto de Lacey, y lo llevarán ante el tribunal cuando sepan dónde está. Pero ahí está el asunto: que no saben dónde está, y que al andar cortos de personal, como decía el ayudante del sheriff, no tienen a nadie destinado a encontrarlo. Ahora les dejaré a ustedes la decisión de si ése es realmente el motivo, o si el hecho de que Lacey fuese el ingeniero que construyó la nueva comisaría tiene algo que ver con ello. Él iba mucho por la comisaría, estrechando manos y congraciándose todo lo que podía. Todos lo conocían.

—No querrá decir que lo han dejado escapar...

Eckert se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Quizá no; a lo mejor ni siquiera les gustaba. La mayoría de la gente que lo conocía no lo quería precisamente. Pero si les caía bien, y además tienen poco personal, podría ocurrir que decidieran no poner a los pocos hombres disponibles a solucionar este caso. Nadie podría culparlos... Tienen que recordar ustedes que no se trata de un caso criminal grave. Pero... —Y me miró de tal forma que parecía que llevaba mi uniforme de trabajo, en lugar del traje de lana gris—... No me sorprendería que si una dama muy guapa se acercara por allí y hablase con la persona que está a cargo y le explicase lo que está en juego, quizá se pusieran en marcha. Después de todo, son humanos.

—Gracias, señor Eckert. ¿Cuánto le voy a tener que pagar?

—Por nuestra conversación de hoy, nada. Si quiere que yo siga en el caso, lo

pondré en mi agenda... ¿Digamos dos cincuenta?

—Dos cincuenta está bien. Gracias.

Hice un cheque por doscientos cincuenta dólares, le di las gracias de nuevo y salí, con Tom detrás de mí.

—¿Dónde está esa nueva comisaría que construyó tu amigo, lo sabes? —le pregunté.

—Justo enfrente del tribunal.

—Entonces vayamos andando.

La oficina del sheriff estaba en una sala grande que daba a la calle, pero al entrar veías que estaba cerrada por un mostrador hasta la altura del codo, con unas mesas en el extremo más alejado. Ante algunas de las mesas había unas chicas, y unos hombres uniformados en otras. Nos apoyamos en el mostrador y Tom llamó con los nudillos. Vino una chica y cuando oyó de qué se trataba, llamó a un ayudante del sheriff que estaba al fondo de la sala. El hombre vino, y recordando lo que había dicho el señor Eckert, yo procuré sobreactuar un poco, haciéndome la pobre chica preocupada a la que han camelado para que pusiera en riesgo su propiedad..., cosa que no estaba lejos de la realidad, claro.

—He avalado la fianza de un hombre que se ha escabullido —dije, con mi sonrisa más amistosa—, y vengo a averiguar qué puedo hacer, qué puede hacer el sheriff para ayudarme, para traer aquí a ese hombre y que yo no pierda mi casa.

—Ah, pues... —dijo, mirándome de cerca—, yo me lo tomaría muy en serio.

—Me lo tomo en serio —le aseguré—. Si fuera su propia casa la que estuviera en peligro, creo que usted también se lo tomaría en serio. Pero parece que quiere decirme algo más... ¿Cómo se llama usted?

—Harrison.

—Lo escucho, señor Harrison.

—Señora Medford, es tan raro que se haga efectivo un aval que no puedo recordar siquiera cuándo ha ocurrido. La mayoría de los avales los firman avalistas profesionales, que tienen una tremenda influencia política. No tendría que ser así, pero lo es. En el caso de una mujer que ha firmado un aval por amistad, que no tiene ninguna influencia particular... ¿O la tiene usted acaso?

—Ni por asomo.

Miré a Tom y vi que hacía una mueca.

—En ese caso —siguió el ayudante Harrison—, yo diría que puede tener problemas. Podrían usarla como chivo expiatorio para probar que las leyes siguen su curso... sin temores, favoritismos ni manipulaciones de ningún tipo.

—¿Y es verdad eso, que las leyes siempre siguen su curso sin favoritismos?

—¿Qué quiere decir?

—Me han dicho que Jim Lacey era muy conocido por aquí, que les construyó a

ustedes este edificio.

Al oír esto, él bufó.

—Ah, sí, claro. Era muy conocido. El sheriff tuvo que decirle tres veces que dejara de regalar botellas a los hombres «para después del trabajo». No tiene que preocuparse de que haya hecho amigos aquí, señora Medford, porque no es así.

—De acuerdo.

—Pero eso no es bueno del todo, como se podría creer.

—¿Ah, no?

—Si el hombre tuviera amigos aquí, quizá sabrían dónde encontrarlo. Nosotros hacemos todo lo que podemos, pero no hay agentes destinados a su búsqueda... Sencillamente, no tenemos personal suficiente. Y eso en la práctica significa que tendrá que encontrarlo usted misma. La buena noticia es que quizá sea capaz, mientras que nosotros igual no podríamos. Después de todo, estoy convencido de que tiene amigos en alguna parte que tal vez no puedan ayudarnos a nosotros, pero que igual se abren con usted. ¿Entiende lo que le digo? Si consigue que le cuenten algo, acudiremos de inmediato. Tiene que darnos algún indicio. Para ayudar a una joven como usted, que cometió un error y ahora está en un aprieto, nos moveríamos rápido... pero debemos tener algo a lo que agarrarnos.

—Bueno, entonces estamos en un callejón sin salida, porque no tengo ni la menor pista que darles.

—Pero ¿por qué? —Parecía sorprendido de verdad—. ¿Cómo es que no sabe dónde encontrar a ese tipo, o al menos a sus amigos?

—¿Yo? ¿Por qué iba a saberlo yo?

—Bueno, usted le avaló la fianza, ¿no?

Me quedé paralizada, completamente desconcertada, y al fin comprendí lo que quería decir.

—¿Quiere decir que piensa que había algo personal entre el señor Lacey y yo?

—Bueno, se podría pensar, ¿no?

—Lacey es amigo mío, no de ella —intervino Tom.

—Bien, pues entonces sabrá usted algo...

—No.

Harrison miró a Tom de una manera muy peculiar, y al notar que Tom apartaba la vista, de repente pensé que debía de saber algo, al menos más de lo que nos estaba contando. También supe que si quería averiguarlo tenía que salir de allí. De modo que le di las gracias al ayudante del sheriff, estrechando su mano con las dos mías. Él me sonrió, asintió y me apretó con fuerza las manos, como queriendo comunicarme que deseaba ayudarme de verdad. Luego me fui a casa con Tom en el coche.

—¿Pero de qué va todo esto? —le pregunté—. ¿Qué me estás ocultando?

—Nada, solo pensaba en una persona. Jim tiene una chica. Aparte de su mujer. La

vi una vez saliendo de su despacho cuando fui a recogerlo.

—¿Y Harrison pensaba que yo era esa chica?

—No sé lo que sabe. Probablemente nada, y yo no se lo voy a contar. Pero supongo que pensó que podías ser algo semejante para Jim. Tenía razones para pensarlo, y no me dirás que no tenía sentido..., al menos hasta que tú se lo has explicado, claro. Tu conexión con el caso a través de mí.

—Bueno, ¿quién es esa chica?

—Ése es el problema, que no lo sé..., no sé su nombre, ni tampoco dónde vive, nada.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Joan, si lo supiera, te lo diría, desde luego.

Le pedí que entrase y empezó a hacer llamadas, o más bien la misma llamada una y otra vez, al menos a una docena de personas: «¿Jack? —o el nombre que fuera en cada caso—, ¿dónde está Jim? Tengo motivos para querer saberlo... Vale, pero si te enteras de algo, ¿me llamarás a este número, por favor? Ah, y ¿tienes alguna idea de dónde puedo encontrar a su chica? No, su mujer, no. Ya sabes a quién me refiero...». Cuando llevaba ya hechas unas quince llamadas, fui al vestíbulo y puse la mano en el auricular para que no pudiera volverlo a coger.

—Lo siento —dije—, no puedo soportarlo más.

—Es lo único que se me ocurre. Todas esas personas son amigos suyos, y uno de ellos quizá sepa algo útil... si quiere decírmelo.

—Vale, pero una sola llamada más y me pondré a chillar.

—Todo esto lo hago por ti, acuérdate. —Me apartó la mano y levantó de nuevo el auricular.

No chillé pero empecé a pegarle bofetadas mientras él estaba allí sentado, en la mesa del teléfono, igual que le había pegado aquella noche en el Garden. Se levantó, me rodeó con sus brazos y me sujetó hasta que me calmé.

—Lo siento —dije, temblando aún—. Tengo muy mal genio, creo que ya te habrás dado cuenta.

—Bueno, pues será mejor que lo controles, Joan, al menos en lo que a mí respecta. No es culpa mía que Jim haya huido.

Eso bastó para encenderme de nuevo.

—¿Que no es culpa tuya? ¿Que no es culpa tuya?

Y entonces le canté las cuarenta sin dejarme ni una coma, empezando por la primera noche, lo que me hizo y lo que yo le hice a él; luego, que firmé el aval para su amigo, el señor Lacey, y después la forma que tuvo de darme las gracias, llevándome a un supuesto club nocturno que en realidad era un motel para parejas disfrazado mínimamente... En realidad todo esto se lo chillé hasta quedarme ronca, de tal modo que apenas podía hablar. Cuando me derrumbé en una silla y me eché a

llorar, él sacó su pañuelo y me limpió la nariz.

—¿Ya has terminado?

—Supongo que sí. Por favor, ¿quieres irte a casa?

—No, todavía no. Primero, Joan, sobre toda esa retahíla de cosas que me has chillado. Cuando una mujer está realmente dolida, cuando odia a un hombre por lo que ha hecho, no acepta sus ofertas noche tras noche, se lo dice y lo corta todo en seco.

—No si es un antiguo cliente y ella es una camarera que necesita el trabajo.

—Vale... a lo mejor es así. Pero entonces la única noche que él no la invita, no coge ella y lo invita a él. ¿No estás de acuerdo?

Yo no dije nada.

—Y llegamos a lo de Jim Lacey y por qué firmaste ese aval. Bueno, ¿por qué lo hiciste, Joan? ¿Por qué?

—Porque tú me lo pediste.

—No, eso no es verdad; yo no te lo pedí en ningún momento.

—Vale, pues a lo mejor fue para que supieras que yo no soy una pobretona, y dejaras de tratarme como si fuera una camarera de coctelería...

—¡Pero eres camarera en una coctelería!

—Vale, sí, soy camarera y sirvo copas, y para dar las gracias a esta pobre desgraciada por ayudar a tu amigo, vas y la llevas a una casa de putas...

—Tenía motivos para hacerlo, también.

—Explícamelos, por favor.

—Tuve la impresión de que yo te gustaba, y que a lo mejor querías más compañía que la simple charla en el Garden. Quería llevarte a un sitio especial..., un lugar donde hubiera una luz suave y música baja, donde la gente se lo pasara bien. Un lugar donde pudiéramos estar el uno con el otro y donde nadie nos molestara, pero también con un toque de emoción. A lo mejor no te gustó el Wigwam, pero en realidad se trata de un club muy exclusivo... Ha ido la gente más famosa e influyente de esta ciudad, incluso un presidente o dos.

—A mí eso no me importa nada.

—Pensé que al menos sería más bonito que sugerir que me invitaras aquí, o que tú vinieras a mi casa. Eso me parecía mucho más... Bueno... como lo que hace Liz: algo por dinero, no porque dos personas se gusten tanto que no puedan soportarlo.

—¿Crees que tú me gustas así?

—Sé que es así. Tú lo reconociste.

—¡Eso fue antes! Perdí la cabeza un momento. Pero me espabilé en seguida, y cuando me di cuenta, salí corriendo de aquel lugar prácticamente desnuda, para alejarme de ti.

—Fue más que un momento. Cuando te estaba desabrochando los pantalones,

¿quién me ayudó? ¿Quién se quitó la blusa? ¿Y quién me desabrochó los puños? A menos que hubiese una tercera persona allí con nosotros que yo no viera, creo que fuiste tú, Joan.

Poco a poco me fue mostrando todo lo que había hecho, desde el día del funeral de Ron en adelante.

—¿Quieres que te lo diga con toda franqueza?

—Vale, vale, vale... sí, me gustabas, lo admito. Soy humana, y tal como me tocabas, no podía evitarlo. Yo...

—Bien, ya estamos avanzando algo. De modo que la pregunta es: ¿Por qué saliste huyendo? ¿Por qué no te quedaste para tener lo que querías, lo que yo quería, lo que ambos queríamos? Pues te lo diré en tres palabras: Earl K. White. Añadiré una cuarta, si quieres...

—... tercero.

—Sí, tercero. Un espantajo arrugado y estropeado, lo bastante viejo para ser tu padre y más aún, desagradable a la vista y supongo que peor al tacto... pero tiene dinero.

Se calló entonces y esperó a que yo dijese algo. Y al final lo hice:

—No desprecies el dinero. Yo lo necesito, tú lo necesitas. Nómbrame a una sola persona que no lo necesite.

—Yo no dormiría con un viejo para conseguirlo.

—Sí, sí que lo harías. Si él te aceptase. Si conociese al gobernador y pudiera darte el contrato para las malditas medusas. Sabes que lo harías.

Debió de pasar una media hora, él ante la ventana, allí de pie, mirando hacia fuera. El teléfono no sonó ni una sola vez.

—Iba a sugerir que comiésemos algo —dijo de repente—, pero tal y como me encuentro ahora mismo, no me apetece. Si me necesitas házmelo saber. Estoy en la guía.

Y se fue.

Hacia las siete fui al Royal Arms, comí algo y luego volví a casa y me metí en la cama. Pasé una noche horrible, muy preocupada por la situación del caso de Lacey, todavía en el aire, y destrozada por lo que Tom y yo nos habíamos dicho el uno al otro. Me desperté a las tres y luego otra vez a las seis, y por aquel entonces ya no tenía sentido intentar dormir otra vez, de modo que me quedé sentada en el salón, mirando la calle, hasta que salió el sol.

El día anterior, Tom había intentado llamar por teléfono a todas las personas que conocía, excepto a una, dejándola fuera por un motivo excelente... Pero como no había sacado nada con sus llamadas, aquél era el único hilo que quedaba del que se podía tirar. Desayuné un poco, me puse un traje de chaqueta oscuro, me peiné el pelo hacia atrás y me lo recogí, y luego cogí las Páginas Blancas del mueble donde las guardaba y busqué hasta que encontré la L. Temía que no estuviera en el listín, ya que era una figura bastante pública, pero sí que estaba. Copié la dirección, me subí al coche, y treinta minutos después aparcaba frente a su casa, un edificio moderno en dos niveles, con el tejado de tejas y unos arbustos altos enmarcando el porche.

Se abrió la puerta antes incluso de que apagara el motor. La mujer que estaba de pie tras ella era gruesa y de mediana edad, yo diría que de unos cincuenta años, con el pelo gris y los ojos de un azul claro, que me examinaron mientras me acercaba.

—Buenos días, ¿la señora Lacey?

—Sí, soy Pearl Lacey.

—Soy Joan Medford, señora Lacey. Su marido y yo tenemos...

Iba a decir «un amigo común», pero ella no me dejó acabar.

—¡Medford! ¡Dios mío! No esperaba que apareciese usted por aquí. Bueno, no, no hace falta que me diga lo que tienen mi marido y usted... Ya me lo imagino lo suficiente.

—No, no es eso, no tiene nada que...

—Ya lo he oído antes, querida, y de otras más guapas que usted. ¿Qué pasa, que no la ha llevado con él? ¿Es de constitución débil, no puede soportar el calor tropical? ¿O es que nos ha engañado a las dos...?

No es que me cogiera por sorpresa su ira, pues ya me había preparado para que sacara la misma conclusión que había sacado el ayudante del sheriff Harrison, sino el hecho de que reconociese mi nombre. Pero su siguiente comentario lo explicó:

—Pobrecilla... Le firma el aval y lo único que consigue como recompensa es que la deje con dos palmos de narices. Y después de todas las tardes que habrán pasado juntos, mientras yo pensaba que estaba trabajando en sus proyectos de alcantarillado... Bueno, supongo que, en cierto modo, estaba trabajando.

—Señora Lacey, le informo de que no pasamos tardes juntos, ni noches, ni días.

Conocí a su marido un día y lo único que hubo entre nosotros aquella vez fue un apretón de manos.

—No hay necesidad de mentir más, querida, desde luego, no para protegerlo.

—No miento. —Algo en mi voz la detuvo, hizo que me mirase de una manera distinta.

—¡Pero firmó la fianza de mi marido!

—Sí, lo hice, señora Lacey.

—¿Por qué firmar el aval de su fianza si no eran...?

Tal como he dicho, mi mal carácter es mi mayor debilidad, y quería decirle que no era asunto suyo por qué lo había hecho, pero recordé que el objetivo de aquel día era averiguar lo que pudiese, y para conseguirlo tendría que mostrarme amistosa con aquella mujer. Especialmente con aquella mujer, porque parecía que sabía dónde podía estar Lacey, a juzgar por su comentario sobre el calor tropical.

—Lo hice para complacer a un amigo —le dije, después de tragar saliva un par de veces.

—¿Qué amigo?

—Es lo que iba a decirle antes, cuando me ha interrumpido. Su marido y yo tenemos un amigo común, el señor Thomas Barclay.

—¿Tom? ¿Lo conoce?

—Ya se lo he dicho: lo considero amigo mío. —Al menos hasta la noche anterior, pensé, pero eso no se lo dije a ella.

Ella retrocedió un poco, no lo suficiente para dejarme pasar, pero sí para que no pareciera que bloqueaba la puerta con su rígido cuerpo.

—Jim pensaba que Tom firmaría el aval él mismo. ¿Por qué no lo hizo?

—No podía.

—Podía haber puesto su casa en prenda, como supongo que hizo usted.

—Está hipotecada.

—No tenía ni idea de que fuera así.

—Es lo que me dijo.

—¿Y usted firmó solo para complacerlo?

—Quizá... tuviese otros motivos.

—¿Quiere decir que se acuesta con él?

—¡No, desde luego que no!

Y al decir esto me sonrojé intensamente, y vi de inmediato que ella tomaba nota.

—Vale, entonces se acuesta con Jim. Es el único motivo por el que ha podido hacerlo.

—¡No, no es ése el motivo!

Yo batallaba conmigo misma para no acercarme a ella y darle una buena tunda, como había hecho ya dos veces con Tom. Pero me quedé allí parpadeando, de modo

que ella me hizo la misma pregunta un par de veces hasta que me di cuenta de lo que me preguntaba:

—¿Cuál era su otro motivo?

—Quería hacer algo, algo bueno por Tom. Porque... me voy a casar con otro hombre... o al menos, creo que va a ser así.

—¿Y quién es ese otro hombre?

—Me temo que no voy a darle más explicaciones. Ya le he dicho todo lo que necesita saber: su marido y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro, no somos amigos, ni siquiera conocidos. Yo lo ayudé para ayudar a un amigo, y ahora me ha salido el tiro por la culata y voy a perder algo que no me puedo permitir perder, a menos que usted me ayude a seguir la pista de su marido..., cosa que creo que estará encantada de hacer, si sabe dónde está o dónde ha ido.

—No es tan sencillo. Si no se ha ido con usted, entonces es que se ha ido con otra... —La palabra que estaba a punto de pronunciar no era ningún cumplido, y creo que ella vio que yo ya estaba al límite—... Otra mujer. Y si le cogen y sale todo a la luz... —Hizo una mueca—. Puedo soportar la vergüenza de que piensen que soy la mujer de un criminal, incluso de un fugitivo. Pero que escriban en los periódicos que me dejó por alguna chica de la edad de su hijo...

—Vale, lo comprendo.

Me miró de cerca, a los ojos, de una forma que me hizo sentir incómoda.

—¿Y, usted, no... no...?

—Sé algo de los hombres, siento decirlo. Quizá sea más joven que usted, pero he vivido un poco. Tengo un hijo también, y sin padre que lo cuide, aunque en mi caso no podría sentirme más feliz de que haya desaparecido.

—¿Otra mujer?

—Un muro de una alcantarilla, a cien kilómetros por hora.

Ella asintió lentamente.

—Señora Medford, lo siento... La he visto y he pensado que era algo mucho peor de lo que era.

—Entonces siento haberla preocupado. Yo también tengo muchas cosas en la cabeza.

—Parece que las dos tenemos hombres en nuestra vida que son, diciéndolo con toda franqueza, unos hijos de puta.

—Diciéndolo con toda sinceridad.

—Bueno, en una cosa tiene razón, y es que yo quiero que a mi hijo de puta lo cojan y lo devuelvan aquí, para que pague lo que ha hecho. Y ahora que veo que usted no se acuesta con él, sino que lo persigue, me encantaría ayudarla un poco... mientras acceda a hacer una cosa por mí. Bueno, dos cosas.

—¿Sí?

—Que la mujer quede fuera de todo esto..., fuera de los periódicos, quiero decir. Asegúrese de que los fotógrafos lo cogen solo, y no al lado de ella. No me importa cómo lo consiga, pero hágalo. Y... déjeme a mí fuera de todo esto también, en lo que respecta a la policía.

Ella vio que yo estaba algo sorprendida. Mirando hacia la esquina, a los peatones que pasaban en la hora punta, a quienes no interesaba nada de todo aquello, pero que podían oírnos. Retrocedió un poco más y me permitió entrar al fin. Cerró la puerta y aun así habló en voz baja.

—Hay cosas que no le he contado a la policía, cuando vinieron y me interrogaron por lo de la desaparición de Jim. ¿Sabía yo lo que estaba planeando? ¿Había visto alguna señal? Dije que no. ¿Qué mujer sabe que su marido está a punto de dejarla?

—Pero ¿había visto usted algo?

—Cuando estaba en la ducha, el martes por la tarde, la noche antes de que tuviera que presentarse ante el tribunal. Encontré dos billetes en su maletín, dos billetes de avión con nombres falsos, señor y señora James Barnaby, que salían hacia Nassau a las doce del viernes: mañana, en otras palabras. Cuando se lo eché en cara él dijo que eran para nosotros. Que nos iríamos juntos. Bueno, pues era una verdad solo a medias. A la mañana siguiente había desaparecido... y los dos billetes con él. Pero ¿cómo iba a contarle esto a la policía? ¿Cómo decirles que sabía lo de los billetes y le había dejado tenerlos porque pensaba que me llevaría a mí con él?

—¿Y lo habría dejado usted todo? —le pregunté—. ¿Su casa, su hijo, su vida...?

—Mi hijo sigue su propio camino desde hace años, desde que cumplió los dieciséis, en realidad. Mi vida, en este barrio al menos, ha terminado, desde el día en que Jim fue arrestado... Apenas puedo dejarme ver, incluso entre gente que en tiempos fueron amigos míos. Y en cuanto a mi casa y las demás cosas que tenemos, bueno... los billetes no fue lo único que encontré en su maletín —me miró fijamente—. No lo conté, Joan, pero yo trabajaba en un banco antes de casarme, y puedo calcularlo bastante bien a ojo. Llevaba al menos cincuenta de los grandes en ese maletín, para ir a Nassau y quedarse un tiempo tomando el sol. Y quizá más.

—Pero si tenía tanto dinero... ¡podía haber pagado la fianza cuando hubiese querido!

—Claro, pero así habría tenido menos dinero para vivir cuando llegase a las islas. ¿Por qué iba a hacerlo si podía convencer a otra persona para que le diese el dinero?

—¿Y de dónde salía todo ese dinero que tenía en el maletín?

Sus mejillas se tiñeron de rojo, y recordé los artículos del periódico que hablaban de los sobornos que supuestamente había aceptado.

—No quiero especular. Lo único que sé es que allí estaba todo aquel dinero y un par de billetes de avión, y la alternativa era nada de dinero, un juicio público y las consecuencias, y me dije a mí misma que a veces hay que arriesgarse.

—Pero él se la jugó.

—Eso es. Ya ve por qué no podía contarle todo esto a la policía.

—No, claro —dije, comprendiéndolo perfectamente. Un oficial de policía como Young quizás hubiese vulnerado las normas por ella, pero otro como Church la habría obligado a buscarse una fianza también al cabo de poco tiempo—. Bueno, no tienen por qué saber que usted me ha contado lo de los billetes. Tom hizo muchísimas llamadas ayer, a todos los amigos de su marido. Uno de ellos pudo haberlo sabido y contárselo.

—Señora Medford... Joan... si puede conseguir que las cosas queden así, tendrá mis bendiciones y mi agradecimiento. Lo único que tiene que hacer es buscar al señor y la señora Barnaby en la terminal de United Airlines mañana antes de mediodía, y lo encontrará.

Me quedé allí de pie, pasmada, sin acabarme de creer que ella fuese a hacer posible que yo no perdiera mi casa. Quería darle las gracias, pero no se me ocurría nada que decir que pareciera adecuado. Así que me limité a decirle:

—Eso haré.

Y me dispuse a irme.

Ella me abrió la puerta.

—Si ve a Tom —me dijo—, dele recuerdos míos. Es un buen chico, aunque a veces bebe demasiado.

—Con mucho gusto.

—¿Le ha contado alguna vez esa idea que tiene para la bahía de Chesapeake, ésa de usar la energía nuclear para matar a las medusas y así compensar una cosa con otra? Es una idea completamente descabellada, ¿verdad?

—Sí, me la ha contado.

Lo siguiente que recuerdo es que estaba en el coche de Tom y que nos dirigíamos a Upper Marlboro, con aquella información tan valiosa que me había dado la señora Lacey. Debí de llamarlo, pero no recuerdo haberlo hecho. Hablábamos muy emocionados de cuál sería nuestro siguiente movimiento, sin resentimiento por lo de la noche anterior y la amargura que llevó consigo. Llegamos a Upper Marlboro, aparcamos detrás del tribunal y luego entramos de nuevo en la oficina del sheriff. El ayudante del sheriff Harrison salió a recibirme, y estuvo muy amable conmigo.

—Estupendo —dijo—. Así cogemos a ese pájaro. Estaremos allí con nuestra orden de arresto y que se prepare. Le echaremos el guante... No tiene que preocuparse de nada.

—¿Estás mejor? —me preguntó Tom, mientras nos dirigíamos a casa.

—Un poco aliviada, quizás. En cuanto él esté en la cárcel, me encontraré mejor.

Fuimos a mi casa y lo dejé entrar, claro. Él se dejó caer en la silla en la que me sentaba yo habitualmente, mirando por la ventana, de la manera que solía hacer yo a menudo...

—¿Pasa algo? —le pregunté, al cabo de un rato.

—No, nada.

Pasaron cinco minutos.

—Estoy pensando... —dijo, al final. Y luego—: Joan, estoy preocupado, y no sé por qué. Pero de repente me parece que todo es demasiado sencillo.

—¿Y qué? —pregunté, al cabo de un momento—. El problema era que no sabían dónde encontrarlo, pero ahora lo saben. Se ocuparán de todo.

Se quedó callado. Finalmente, habló.

—Jim Lacey no es ningún santo, pero tampoco es un idiota. Que uno sea poco honrado no significa que sea estúpido. De modo que Jim Lacey sabe que su mujer vio los billetes y está al tanto de lo que él se propone. Y sabe que ella puede hacer cualquier cosa con tal de joderle. ¿Qué hace, entonces?

—¿A mí me lo preguntas?

—Me lo pregunto a mí mismo. Pero no lo sé. —Pero en seguida chasqueó los dedos—. Lo que yo haría es ir a ese aeropuerto con mi chica, y luego separarme de ella, para que nadie viera que somos pareja. Entonces me colocaría en algún sitio, quizás arriba, en el restaurante, desde donde pudiera observar la sala de espera, para controlar a todo el que entrase. Y entonces llegarían los policías de Maryland, quizá de uniforme, pero aunque no fuera así, yo los conocería personalmente, de cuando construí la comisaría...

—Vale. Y entonces, ¿qué?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Pues no, pero ya no estoy aliviada.

—Bueno, yo tampoco, la verdad. Vale, los veo entrar y al momento me escabullo. Me meto en un taxi y me dirijo a la estación de autobuses. Allí espero a la chica..., que quizás haya salido a escondidas también y espere en la parada de taxis. Así que vamos en autobús a Miami, desde donde cogemos el mismo vuelo al día siguiente. He perdido el dinero de dos billetes de avión. ¿Y qué? Mejor eso que ir a la cárcel.

—No me siento aliviada en absoluto.

—Siento haberte preocupado.

—Pero ¿qué hacemos nosotros entonces?

—Si dices «nosotros» con ese tono de voz, tendré que pensar algo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir, ¿no?

Me sentí débil, indispuesta y sofocada, y no estoy segura de lo que contesté.

Por aquel entonces él iba andando de aquí para allá dando muestras de estar muy alterado, y de repente chasqueó de nuevo los dedos y me dijo, emocionado:

—¡Ya lo tengo, ya lo tengo, ya lo tengo! —Yo esperé y él siguió hablando, arrodillándose junto a mi silla—. Necesitamos que nos eche una mano alguien más, alguien que tenga el poder de arrestar y el interés de hacerlo, alguien a quien él no conozca. No podemos recurrir a la policía del aeropuerto, porque son federales y no intervienen nunca en asuntos de fianzas locales. Sin embargo, creo que se me ocurre una alternativa. El hombre se lleva cincuenta de los grandes, y casi seguro que no ha pagado impuestos por ese dinero, lo cual significa que Hacienda se moverá si nosotros le damos el chivatazo. Pueden pedir ayuda a la policía del aeropuerto, ya que son también federales. Vamos, vamos a Wheaton.

Cogimos su coche de nuevo y una vez más nos encontramos en una de esas oficinas con mostradores delante, mesas detrás, y unas chicas con falda corta que masticaban chicle. Me daba la sensación de que las habían comprado a las tres en lote, como en un catálogo de Sears o algo así. En una de las mesas se encontraba un hombre que se nos acercó y nos preguntó qué deseábamos. Tom me dejó hablar y yo hablé, procurando ser breve, pero al mismo tiempo explicando bien quién era y cómo había acabado avalando a Lacey.

—Y lo que les afecta a ustedes —dije— es lo siguiente: ese hombre está a punto de huir con cincuenta de los grandes, cincuenta mil dólares, así me han informado fuentes fiables, y se va a Nassau, y creemos de buena tinta que no ha pagado sus impuestos, ni parece tener la intención de hacerlo. ¿Puede interesar todo esto a Hacienda?

—¿Se está burlando de mí?

—¿Quiere decir que no les interesa?

—Al contrario, claro que sí... y mucho.

—Entonces, ¿qué van a hacer al respecto? ¿Y qué puedo hacer yo?

—Espere un momento... voy a consultarlo.

Se fue a su escritorio, cogió el teléfono y empezó a apretar botones. En seguida apareció otro hombre. Hablaron en susurros entre ellos durante un minuto y luego se dirigieron a una chica, que se levantó y salió por una puerta. Al cabo de un momento ella volvió con una tarjeta que los dos hombres cogieron y examinaron. Luego los dos se acercaron al mostrador.

—Bueno —dijo el primer hombre—. Éste es el señor Schwartz, que me acompañará en este asunto. Yo me llamo Christopher. Ya hemos buscado los datos del señor Lacey. Hizo la declaración el año pasado, pero pagó tan poco que lo investigamos. No salió gran cosa... Ahora no hay nada pendiente contra él. Pero huir a Nassau con cincuenta mil dólares en el bolsillo es un riesgo para nosotros que no

podemos ignorar.

—Sí, señor Christopher, pero ¿entonces...?

—Pues a eso vamos, señora Medford. Lo cogemos en el aeropuerto, contaremos el dinero en efectivo que lleve encima, le aplicaremos las tasas que correspondan según los baremos, y se lo requisaremos.

—¿En la sala de espera o dónde?

—En la oficina de la policía del aeropuerto, que se encuentra bajando la escalera desde la sala de espera principal.

—¿Y una vez que le hayan cogido el dinero?

—Eso es todo, habremos terminado. Le daremos un recibo, claro está. Si no le parece bien, que nos demande ante los tribunales.

—¿Quiere decir que será libre de irse?

—No tendremos objeción alguna, en absoluto.

—Pero a mí lo que me interesa es la policía de Maryland... Que lo retengan el tiempo suficiente para que puedan llegar y cogerlo.

—Entiendo perfectamente su postura, pero no podemos ayudar directamente en este sentido. Sin embargo, si la policía de Maryland llega mientras estamos trabajando con él, si saben adónde acudir, a la policía del aeropuerto...

—¿Quiere decir que debería llamarlos y contárselo?

—Si nos coordinamos todos, aunque no trabajemos juntos, el resultado será el mismo.

—Ya lo entiendo. Ya. Bueno... pues muchas gracias.

—Espere un momento, no vaya tan rápido.

Él y el señor Schwartz susurraron de nuevo y luego el señor Schwartz preguntó:

—¿Conoce usted a ese hombre, señora Medford?

—Sí, lo vi una vez.

—¿Y conoce a su amiga?

—No, de nombre, no. Pero Tom sí que la ha visto. Y conoce también a Lacey, mucho mejor que yo.

—Bien, de acuerdo. —Y dirigiéndose a Tom—: Nos lo puede señalar a nosotros y también a ella. Ella es importante, porque a él igual se le ha ocurrido la posibilidad de que estemos allí, y la forma más sencilla de solucionarlo sería darle el maletín a ella... Si lo cogemos solo a él, ella puede escapar.

—Tendría que confiar mucho en ella para hacer eso —dijo Tom.

—No, en absoluto —dijo el señor Schwartz, sonriendo, pero como sonrío un gato a un ratón—. Él solo tiene que entregarle la bolsa y decirle que la lleve al avión. No tiene que contarle lo que hay dentro.

—Por eso necesitamos que usted esté allí —insistió el señor Christopher—. Si él no tiene el maletín, podemos cogerla a «ella» y cobrar igualmente el impuesto.

—Pero entonces —metí baza—, dejarían que se fuera la chica, ¿no? Prometí a la persona que nos dijo dónde encontrarlo que a la chica la dejaríamos fuera de todo este asunto.

—¿Por qué no? Lo único que queremos nosotros es el dinero.

Y luego empezamos a «planificar», como dijo el señor Christopher, cómo actuaríamos al día siguiente. A ellos les preocupaba que si veía a Tom, me refiero a Jim Lacey, hiciera lo que Tom había dicho, salir huyendo a toda prisa y llevarse con él a la chica y el dinero. Yo era partidaria de que Tom llevase gafas oscuras, pero él se negó.

—Con eso estás anunciando que no quieres que te reconozcan, si estás en el interior del edificio. Jim todavía me miraría con más detenimiento.

Fue Christopher quien dio con la idea de envejecer a Tom, poniéndole una peluca gris y oscureciéndole las arrugas del rostro con maquillaje, y haciéndole llevar una chaqueta de una talla mayor de la que normalmente llevaba. Echamos un vistazo en las Páginas Amarillas y encontramos una tienda donde vendían pelucas en Wheaton, tanto para mujer como para hombre. Él y yo nos fuimos en coche, pero antes el señor Schwartz nos dijo:

—Para asegurarnos vuelvan luego aquí otra vez, y así sabremos los dos qué aspecto van a tener ustedes.

La tienda de las pelucas se llamaba Helga de Suecia, y el vendedor era muy simpático. Me sorprendió un poco que una sencilla peluca canosa que tenía justo el aspecto que nosotros queríamos costase treinta dólares, pero Tom insistió en que no podía hacer su papel sin ella, así que pagué. Yo llevaba un lápiz de ojos en el bolso y con él le pinté unas arrugas en la frente y profundicé las que ya tenía a ambos lados de la boca. De repente parecía una persona de sesenta años, «excepto por la forma de andar», dijo el vendedor, sonriendo.

—Sigue usted andando como una persona joven.

—Quiere decir que vayas más despacio —dije.

—¿Así? —preguntó él, imitando un encorvamiento de mediana edad.

—Sí, mucho mejor.

Pasando a mi lado, susurró:

—Quizá tendría que haber hecho esto antes, porque parece que es la edad que prefieres en los hombres.

Y yo fingí no haberlo oído. Fueron las únicas palabras que pronunció en todo el día que hacían referencia a nuestro enfrentamiento de la noche anterior, pero eso me demostraba que sus sentimientos todavía estaban en carne viva, aunque hubiese procurado sofocarlos.

En el camino de vuelta a Hacienda apoquiné otros veinte dólares para una chaqueta que le venía grande, y también unas gafas con cristales transparentes. Dejé

que entrase primero Tom solo, y al menos desde el otro lado de la habitación, el señor Christopher no lo reconoció, y se acercó al mostrador a preguntar:

—¿Qué desea?

—Lo único que queremos es el dinero —le dijo Tom, y el señor Christopher se sorprendió mucho. Luego llamó al señor Schwartz y aunque Schwartz sí que lo reconoció, asintió muy serio y dictaminó que el disfraz «era bastante bueno». Después estuvimos planificando todo lo que íbamos a hacer a la mañana siguiente en el aeropuerto: que Tom ocuparía un asiento frente a United Airlines y abriría una revista, se pondría a leer y vigilaría por encima. Ellos ocuparían su puesto a ambos lados de la sala, y en el momento en que Tom viese o bien al señor Lacey o bien a la chica, se levantaría, pasaría junto a ellos y cerraría la revista. Si Lacey estaba con la mujer, la cosa sería muy sencilla. Si no, podía complicarse. Mientras tanto yo estaría en la parte de atrás de la sala, observando desde la distancia. Las gafas oscuras se habían considerado un disfraz suficiente para mí, ya que, en primer lugar, no eran tan inusuales para las mujeres en interiores de edificios, y en segundo lugar, según explicó Tom, «él solo te vio una vez durante media hora, a medianoche, en un bar, cuando acababa de salir de la cárcel, y de todos modos se pasó la mayor parte del tiempo mirándote el escote y no la cara».

Y la chica nunca me había visto.

Una vez estuvo todo decidido, Tom y yo nos dispusimos a irnos, pero el señor Schwartz me recordó que sería mejor que llamara a Marlboro y le hiciera saber al ayudante del sheriff Harrison cómo estaban las cosas, para poder acudir a la policía del aeropuerto rápidamente en cuanto él llegase, y no tener que registrar la sala de espera con sus hombres y posiblemente ser observado por «la presa», como llamaban a Lacey.

Llegamos a casa un poco después de las cuatro, e hicimos balance de la situación. Tom se sentó de nuevo frente a la ventana, y pronto empezó a hablar:

—Primero de todo, Joan, al menos tal y como yo lo veo, es mejor que nos traslademos adonde está la acción, a un motel en algún lugar cerca del Aeropuerto Nacional, para no tener que andar preocupados por el tráfico mañana por la mañana y arriesgarnos a llegar tarde. De modo que... espera... —Cogió las Páginas Amarillas, las estuvo hojeando un rato y finalmente encontró un motel grande, que quizá preferiría mantenerse en el anonimato, teniendo en cuenta lo que ocurrió al día siguiente, así que no diré de qué motel se trataba. Él siguió—: Vale, pues vamos allá... pero no juntos. Iremos en coches separados, llegaremos a horas distintas. Yo cogeré una habitación sencilla con baño. Tú coge una suite.

—¿Una suite? —pregunté yo—. ¿Por qué?

—Para que podamos vernos sin ser vistos. Supón que Jim se aloja allí también... ¿Y si nos ve en el vestíbulo o en alguna otra zona común?

—Pero ¿por qué una suite? ¿Qué más da?

—En una suite puedes hacer que entre quien quieras, hombre, mujer, neutro... Se supone que al tener un saloncito, no se te ocurriría hacer cosas que podrías estar tentado de hacer si solo tuvieras un dormitorio.

—¿Estás seguro de que la norma es ésa?

—Bueno, llama si quieres y pregúntaselo.

—No, ya me parece bien. Confío en tu superior conocimiento de los moteles.

Él se fue en su coche a hacer el equipaje, y yo después de hacer la maleta me fui al motel, que era grande y tenía tres partes. En el mostrador de recepción pregunté el precio de una suite, «con dormitorio, saloncito y baño». El empleado no pareció sorprenderse de que una mujer se registrara sola.

—Las tenemos a partir de treinta y siete cincuenta.

—¿Y es exterior la de treinta y siete cincuenta?

—Todas nuestras suites son exteriores. El piso de las suites de treinta y siete cincuenta da al aeropuerto. Por cuarenta y cinco con setenta y cinco puede tener vistas al río.

—La del aeropuerto me va bien.

Me dio la llave y me explicó cómo llegar. Metí mi maleta en el ascensor, subí, seguí sus indicaciones pasando a través de un vestíbulo, abrí una puerta y ya me encontraba en mi suite, culpable y emocionada y con la garganta seca. Recorrí las habitaciones, que estaban decoradas de color verde claro, con muebles de un verde más oscuro. Lo habían limpiado todo hacía tan poco que todavía se notaba el olor a los productos que habían utilizado. Intenté no mirar las camas, dos, aunque por

supuesto, el recepcionista dijo que si la habitación era para dos personas cobraban «cuarenta y dos con cincuenta».

Después de meter mis cosas en la cajonera, las pocas cosas que llevaba, volví a sentarme en el saloncito. Por la ventana podía ver los aviones aterrizando y despegando, pero estaban tan lejos que no los oía. Encima de una mesita había un teléfono, y marqué el número del Garden.

—Bianca, por favor, Sue. Gracias. —Cuando Bianca cogió el teléfono le dije—: Esta noche no puedo ir... y quizá mañana tampoco, no lo sé.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Lo siento muchísimo, Bianca. Es algo personal y muy importante.

—¿Estás enferma y en cama? ¿En tu lecho de muerte?

—No, no es eso...

—Entonces no me dejes con la mitad del personal dos noches seguidas, y no digamos tres. Ven aquí inmediatamente, Joan.

—No puedo.

Al cabo de un silencio más largo:

—¿Puedes decirme entonces por qué no debería despedirte en este preciso momento? Tom no está ahora por aquí otra vez para evitar que lo haga.

—No, no está —dije—. Está conmigo.

—¡Oh!

—Él y yo tenemos que arreglar un asunto que no puede esperar. De una manera u otra lo habré terminado mañana, y entonces volveré otra vez como siempre. Pero esta noche...

—Ya te he oído, no puedes. Espero que sepas lo que estás haciendo, Joan.

—Esta vez sí.

Sonaba preocupada:

—Voy a decírselo a Liz.

En cuanto colgué el receptor, el teléfono empezó a sonar, y oí la voz de Tom en el auricular.

—Acabo de registrarme. ¿Te apetece que volvamos a repasarlo todo quizá?

—Nada de quizá.

—Ahora subo.

En cuanto llegó, llamé al servicio de habitaciones e hice que me leyeran el menú de la cena, repitiéndole a él cada plato. Quizá previendo el día que nos esperaba, ambos estábamos hambrientos. Pedimos ensalada con aliño francés, fricasé de pollo, patata al horno, guisantes, helado y café. Vino un hombre con nuestro pedido en una mesa metálica con ruedas, nos sirvió y se fue, diciéndonos:

—Cuando acaben saquen la mesa al vestíbulo... Ya vendré más tarde a por ella.

Cuando nos acabamos la comida, serví el café, el mío solo y el de Tom con dos

terrones y crema de leche.

—Esto parece terriblemente doméstico —dijo—. Como si estuviéramos jugando a papás y mamás.

Y tenía razón, así era... amistoso, cálido y agradable. Pero al decirlo de aquella manera, de repente me puse nerviosa.

—Preparemos una vez más lo de mañana —le dije.

Repasamos todo el proceso. A la mañana siguiente yo lo ayudaría a arreglarse la cara y a ponerse la peluca, e iríamos al aeropuerto por separado. Discutimos dónde se sentaría él y dónde me colocaría yo, lo que haría si los veía juntos y lo que haría si veía a uno de ellos solo. Lo repetimos todo un par de veces.

—¿Y si la policía del aeropuerto te pregunta qué estás haciendo allí? —me preguntó.

—¿Por qué iban a hacer semejante cosa?

—Si lo hacen...

—Estoy esperando a un amigo que traerá nuestros billetes.

—Bien. Estupendo.

—¿Y si te lo preguntan a ti?

—Lo mismo, supongo. O quizá pueda decirles que estoy allí para ayudar a capturar a una rata que se saltó la fianza.

—Quizá... pero no lo harás.

—No.

—¿Tom? Te das cuenta de que este será el fin de cualquier posibilidad de que Lacey te preste la ayuda que querías con su prima, ¿verdad? Con todo lo que has trabajado, acercándote a él, haciéndole recados... como cubrir a su hijo aquel día...

—Bueno, me alegro de haber hecho ese recado en particular, por otros motivos, claro.

Ambos sonreímos. Pero yo dije:

—Lo digo en serio.

—Sí, me doy cuenta.

—¿Y no te importa?

—Sí, claro que me importa. Pero él no puede salirse con la suya en esto. Si mi casa no hubiese estado empeñada en el banco, me habría hecho todo esto a mí, y sería yo el que me quedaría en la calle. El único motivo de que seas tú es porque me conoces y querías hacerme un favor. De modo que... si lo pierdo, lo pierdo. Siempre habrá otras formas de conseguir mi objetivo, ya encontraré alguna.

—¿Si lo pierdes? Tom, ¿cómo no ibas a perderlo?

—Me pondré la peluca que me has comprado y las gafas. Quién sabe, a lo mejor no se entera de quién lo ha delatado.

Comprendí entonces por qué había insistido tanto en lo de la peluca. Pero recordé

lo rápido que lo había reconocido el señor Schwartz, a pesar de todo, y no me pareció bien animarlo demasiado en ese sentido.

—Bueno... muchas gracias —dije.

Al cabo de un momento en el cual ninguno de los dos parecía saber muy bien qué decir, Tom dejó su taza de café y se puso de pie.

—Pues nada, supongo que ya está todo bien atado —dijo—. Ya es hora de que nos vayamos a dormir.

Se me encogió el estómago... pero él sencillamente me lanzó un beso con la mano y se fue.

A la mañana siguiente me entretuve bastante con su cara, le pinté tres rayas finas, como si fueran patas de gallo, en el rabillo de cada ojo, y una más intensa e inclinada en ambas mejillas, desde la boca, haciéndolo con cuidado para que las rayas siguieran pequeñas arrugas que ya tenía en la piel y que no pareciera maquillaje, aunque lo mirasen de cerca. Hice lo mismo con las arrugas de la frente. Me decía todo el rato: no exageres, y no lo hice. Me di cuenta de que cuando se puso la peluca realmente parecía tener sesenta años, a una distancia de más de dos metros, y el plan era que se mantuviera lo más alejado posible de todo el mundo. Se puso la chaqueta y las gafas que habíamos comprado y me guiñó un ojo, y luego imitó el paso de un hombre anciano al salir por la puerta de la suite. Era extraño verlo caminar, y durante un segundo se me apareció la imagen de lo que podía ocurrir si me casaba con el señor White, al verlo salir por la mañana y darle la bienvenida cada noche al llegar a casa. Me puse a temblar.

En cuanto se hubo ido, me vestí yo también con ropa sencilla y práctica, como la que se podría llevar para hacer un viaje en avión, y bajé a desayunar. Primero compré una revista en el quiosco, la *Ladies Home Journal*. Tom estaba al otro lado de la sala, acabándose el desayuno, y sus ojos se cruzaron con los míos, pero no nos hablamos. Él se fue antes de que me sirvieran el desayuno. Me lo tomé rápidamente, pagué la consumición y me dirigí de inmediato a mi coche, que había aparcado a la vista de la puerta. Cuando llegué al aeropuerto dejé el coche en el aparcamiento, añadí un par de gafas oscuras a mi atuendo y me dirigí al edificio principal.

La sala de espera era enorme, pero yo fui andando muy despacio desde el pie de la escalera hasta el restaurante, pasando junto a las taquillas de los billetes de las diversas compañías aéreas, hasta el extremo más alejado. No vi al señor Lacey, pero sí al señor Christopher, y en el banco que estaba frente a él, al señor Schwartz, inclinando la cabeza en dirección a la esquina de la sala. Tomé asiento allí, frente a United Airlines, pero también con vistas a la entrada. Abrí la revista y me la coloqué en el regazo de tal manera que me permitiera ver por encima. El reloj indicaba las diez y media, lo que significaba que estaban apurando el tiempo, porque si el avión salía a las doce, se suponía que los pasajeros debían aparecer como muy tarde a las

once, y aunque Lacey podía arriesgarse y esperar hasta el último minuto, corría el riesgo de que lo llamaran con el nombre de Barnaby y así atraer la atención hacia su persona. Pero no se podía hacer otra cosa que esperar, y eso hice, poniéndome más nerviosa a cada minuto que pasaba.

A las diez cincuenta y cinco un hombre chocó contra mis piernas al pasar y me bloqueó la vista de la entrada. Yo estiré el cuello para mirar por detrás de él. Era un anciano con el pelo blanco, que se apoyaba en un bastón, y pasó muy despacio. Lo maldije silenciosamente para mí: Lacey podía llegar en ese preciso momento y yo lo perdería, todo por culpa de aquel hombre...

Entonces eché una mirada más atenta a aquel anciano. Tenía la cara apartada de mi vista, de modo que lo único que veía yo era una parte de su perfil, pero lo reconocí de inmediato. Esa nariz aguileña, la papada que le colgaba por debajo de la barbilla... ¡Era Lacey! Había tenido la misma idea que nosotros, pero nos había superado, ya que se había afeitado parte de la cabeza para que pareciese que estaba calvo, toda la parte superior excepto una franja alrededor que se había empolvado de blanco. Añadiendo un bastón y encorvando la espalda, ahí teníamos a un indefenso abuelito, de quien nadie podía sospechar que en realidad era Jim Lacey, a no ser que lo mirara detenidamente, y solo si estaba tan cerca de él como yo desde el sitio donde me encontraba sentada.

Él no se había fijado en mí, o no me había reconocido, al menos... y eso estaba bien. Pero ya había pasado a mi lado y se dirigía con sus pasos lentos y medidos a la puerta que había al fondo de la sala, y yo me di cuenta, mirando a mi alrededor, desesperada, de que ni Tom ni el señor Christopher ni el señor Schwartz se habían fijado en él ni lo habían reconocido. Yo quería levantarme y señalarlo, o gritar, o hacer algo... pero entonces habría acabado el juego, ya que Lacey no llevaba otra cosa que el bastón en una mano y un abrigo ligero doblado en el otro brazo. El dinero seguramente lo llevaba su novia, y si yo daba la voz de alarma, ella desaparecería.

¿Dónde estaba ella? ¿Dónde...? Examiné la sala a derecha y a izquierda, buscando cualquier figura femenina que me pareciera fuera de lugar. Pero no había motivo alguno para que ella pareciera fuera de lugar, y lo sabía perfectamente. Una mujer que viajaba sola, con una maleta pesada... La sala estaba repleta de gente, al ser la hora punta del mediodía, y debía de haber al menos dos docenas de mujeres que viajaban solas y cada una de ellas con una pesada maleta en la mano.

Entonces miré hacia la puerta de embarque. Allí había varias mujeres de pie, pero una de ellas en particular me llamó la atención. Llevaba en la mano un maletín grande y se ocultaba detrás de unas gafas oscuras, como yo. Ninguno de esos hechos era garantía de nada, claro. Pero mientras yo la examinaba, Lacey le echó una mirada y vi que la barbilla de ella se inclinaba ligeramente, asintiendo.

¿O me lo imaginé? ¿Habría hecho la seña a otra persona? Pero no: él se dirigía

recto hacia ella, y aunque yo no podía verle los ojos detrás de los cristales ahumados de las gafas, ella lo miraba directamente, sus labios se tensaron y al mirar hacia abajo vi que daba golpecitos impacientes con la punta del pie en el suelo.

Miré a Tom. Detrás de su revista levantada, él miraba hacia la entrada, en la dirección equivocada. Y el señor Christopher y el señor Schwartz se miraban el uno al otro... Vi que echaban una mirada al reloj de pulsera y se encogían de hombros.

Ya no había tiempo para sutilezas. Al cabo de un minuto el hombre llegaría a la puerta de embarque y sería demasiado tarde. Me levanté y corrí hacia él, y mis tacones iban repiqueteando con fuerza en el suelo de baldosas. Veía la espalda de Lacey frente a mí, y recé para que no se volviera al oír aquel sonido.

No se volvió. Siguió avanzando, dirigiéndose como una flecha a la puerta de embarque y al avión que lo esperaba detrás, y a la libertad que ambas cosas representaban.

Una docena de pasos precipitados me condujeron hasta el señor Schwartz, y me incliné a susurrarle al oído:

—Es él, ese viejo con el bastón, el que acaba de pasar. ¡Se ha disfrazado igual que Tom!

Él lo miró y se levantó. A mitad de camino el señor Christopher se acercó también, como despreocupadamente, pero no tan despreocupadamente si uno se fijaba en lo rápido que se desplazaba. Intercambiaron una mirada y yo vi que sus ojos iban desde el camino que recorría Lacey hasta su destino. Y al fin Tom levantó también la vista, siguiendo lo que estaba ocurriendo delante de su asiento.

El señor Schwartz se acercó al lado de Lacey al instante, y levantando una mano lo cogió del brazo. El señor Christopher, mientras tanto, pasó rápidamente a su lado, hasta la puerta de embarque, y puso la mano encima de la mano de la mujer, que sujetaba el maletín. No pude oír lo que le dijo, pero vi la mirada de alarma que apareció en el rostro de la mujer, y el intento de apartarse de él, hasta que el otro sacó una insignia que sujetó en la mano. En aquel momento los hombros de ella se encorvaron.

Pasaron a mi lado y los cuatro se dirigieron hacia una puerta marcada «privado —prohibido el paso», primero iba el señor Schwartz, sujetando a Lacey, que ya no se encorbaba ni usaba el bastón, y luego el señor Christopher sujetando a la mujer. Me pregunté qué pensarían los espectadores de la milagrosa recuperación de aquel viejo artrítico. «Venga con nosotros», dijo el señor Christopher al pasar, y pasó un momento hasta que me di cuenta de que se dirigía a mí. Eché una mirada hacia atrás, al lugar donde estaba sentado Tom, a cierta distancia, y vi que no se había movido; quizás estaba agradecido de que las cosas hubieran llegado a su fin sin haber tenido que revelar su rostro. Yo estaba más cerca, en cualquier caso, y el tiempo era primordial.

—Señora, por favor —dijo el señor Christopher.

Lo seguí rápidamente.

Él y la mujer entraron por una puerta y después bajaron una escalera, y llegaron a una habitación con el letrero: «oficina del aeropuerto». Dentro se encontraban algunos empleados uniformados a los que el señor Schwartz enseñó la insignia, y por supuesto Lacey, asustado y combativo. El señor Christopher le enseñó también la insignia y el señor Schwartz fue al grano.

—No queremos problemas, ni hacerle perder el avión ni nada parecido... pero hemos oído que quiere sacar del país una gran cantidad de dinero.

—¿Quién lo ha dicho? Mienten...

El señor Schwartz se volvió hacia mí.

—¿Es éste el hombre?

—Sí —dije yo.

—¿Y usted quién es? —dijo Lacey, sin reconocerme todavía—. ¿Qué es esto?

—No somos de la policía —dijo el señor Schwartz—. Somos de Hacienda. No nos importa de dónde ha salido el dinero ni qué haya hecho usted para conseguirlo. Lo único que nos importa es que el Tío Sam tenga la parte que le corresponde.

El señor Christopher, mientras tanto, había quitado el maletín de la mano de la mujer y había sacado una capa superior de ropa y objetos de tocador. Luego volvió el maletín del revés y volcó un montón de paquetes de billetes. Vi que los sujetaban unas tiras de papel que llevaban algo impreso, al parecer el valor de los billetes y cuántos iban en cada paquete. Había unos cuantos de cincuenta, de cien y una pila de veinte.

La mujer se dejó caer pesadamente en una silla. Confieso que sentí pena por ella.

El señor Schwartz hojeó uno de los paquetes de billetes y el señor Christopher otro. No quitaron las fajas, sino que cada uno sacó una tarjeta y escribió una cantidad en ella, después de comprobar un paquete y dejarlo a un lado.

—Muy bien —dijo el señor Schwartz cuando terminaron y compararon las tarjetas—. Tenemos cincuenta y cinco mil, y el impuesto sobre esta cantidad es del veinte por ciento... que nos llevaremos como cantidad pagada en efectivo, y le daremos un recibo, en el que se observará que está sujeto a devolución, en parte o totalmente, si corresponde, y cuando rellenen ustedes el preceptivo impreso para la devolución de las cantidades abonadas al gobierno federal.

El señor Schwartz sacó una libreta de su maletín, parecida a un talonario de cheques, y escribió algo. Debió de costarle solo unos pocos minutos rellenar el recibo, pero me parecieron siglos mientras estábamos todos allí en silencio, mirándonos unos a otros. Entonces el señor Schwartz arrancó lo que había escrito, comprobó las copias, dos en total, y tendió el original al señor Christopher. El señor Christopher lo miró y se lo tendió a Lacey, y luego puso varios paquetes de billetes en

su maletín, dejando primero que Schwartz contara cada uno de ellos. De repente me sobrecogió el horror: ya casi habían acabado del todo y yo todavía no tenía a Lacey. Él estaba allí, justo delante de mí, su avión saldría al cabo de diez minutos y nada podría impedirle cogerlo.

—¿Hemos terminado? —preguntó al señor Schwartz, repentinamente.

—Ya está.

—¿Entonces, Flo...?

Pero Flo no se levantaba de la silla donde se había sentado.

—Por el amor de Dios, Jim —gruñó ella—. Despierta, todo ha terminado, ya está.

—¿Qué pasa, estás asustada?

—Supongo que sí, si quieres decirlo así.

—Pues yo no. Yo me voy.

Cogió el maletín y juntó el dinero que quedaba y las ropas, y volvió a meterlo todo de cualquier manera. Ni siquiera se molestó en ajustar la cerradura antes de dirigirse hacia la puerta.

Yo quería gritar por la frustración que sentía.

—¿Y van a dejar que se vaya? —les pregunté.

—Ha pagado lo que debía, señora Medford —dijo el señor Christopher—. Ya no tenemos por qué retenerlo.

Al mencionar mi nombre, vi que la cara de Lacey palidecía. Echó a correr hacia la puerta y agarró el picaporte. Yo salté tras él, pero él consiguió abrirla antes de que yo pudiera echarle el guante. Vi que se escapaba mi última oportunidad.

Entonces Lacey se detuvo en seco, y yo también, con el corazón desbocado.

—Hola —dijo Tom, bloqueándole el paso. Todavía llevaba su disfraz, pero no duró mucho rato. Con una mano se quitó las gafas y con la otra la peluca—. ¿Adónde cree que va?

—¡Apártese de mi camino!

—Intente apartarme, Jim.

Lacey intentó empujarlo para pasar. Pero Tom lo empujó a su vez, y el resultado estaba cantado, la fuerza de Tom contra la de Lacey, el joven contra el mayor. Y, entonces, casi en el último momento, se vio aparecer un relámpago azul y en la puerta que había detrás de Tom aparecieron los oficiales de la policía de Maryland.

—Yo me ocuparé —dijo el ayudante del sheriff Harrison, agarrando el maletín—. Se le devolverá, claro, lo que sea legal, pero por ahora tenemos que requisarlo. Está usted arrestado por saltarse la fianza, Jim. Lo siento.

Lacey levantó las manos.

—Vale —respondió—. Vale.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —hablaba la mujer, Flo, todavía sentada donde se había dejado caer antes.

—¿Qué más quieres que diga?

—Si ésta es la señora Medford de la que me hablaste, la que avaló tu fianza, podrías hablarle al menos, decirle que lo sientes mucho.

Entonces Lacey me miró con solemnidad.

—Señora Medford —empezó—. Se lo aseguro, le doy mi palabra, ya lo había arreglado todo para que usted no perdiera la cantidad del aval. Lo único que quería era tiempo para preparar mi defensa, y en cuanto hubiera estado dispuesto, habría vuelto, mucho antes de que a usted se le requiriese...

—Jim, es un maldito mentiroso —le dijo Tom, con fría rabia.

El ayudante del sheriff Harrison intervino:

—Ya tendrán oportunidad de hablar de todo esto ante los tribunales. Vamos...

Hizo una seña con la cabeza a dos de sus hombres, y ellos empujaron a Lacey hacia fuera.

—¿Y yo? —preguntó Flo.

—¿Hay alguna orden de arresto contra usted? —preguntó el ayudante del sheriff Harrison.

—No, ninguna.

—¿Debe usted impuestos? —le preguntó el señor Christopher.

—Antes tendría que tener ingresos.

—Bueno, pues es usted libre, puede irse —dijo Harrison—. Quizá se lo piense mejor antes de elegir a sus amigos la próxima vez, pero éste es un consejo que le doy gratis, y que vale lo que usted quiera pagar por él.

La mujer se levantó, me hizo una seña como para reafirmar una especie de solidaridad femenina, y luego salió. Yo pensé en mi compromiso con la señora Lacey de dejarla fuera de todo aquel asunto, pero me imaginé que podía confiar en que el instinto de conservación de Flo la mantendría apartada de cualquier periodista con cámaras que pudiera haberse introducido allí y estuviera esperando arriba.

—Muchas gracias —dije a los dos hombres de Hacienda, que me devolvieron las gracias a su vez. Luego dejé que Tom me cogiera del brazo y me sacara afuera. De repente me sentía débil y me daba miedo subir la escalera. Él me apoyó contra la pared y al cabo de un minuto me pasó el brazo en torno a los hombros para ayudarme a subir. Subíamos seis escalones cada vez, con un pequeño descanso entre tramo y tramo. Cuando llegamos arriba, salimos al aparcamiento y al final llegué a mi coche.

—Ya estoy bien —le dije, aunque todavía notaba el corazón acelerado—. Creo.

—No, la palabra «bien» no te define. Eres absolutamente maravillosa.

Lo miré a los ojos.

—Dame cinco minutos de ventaja, y luego, cuando llegues al motel, sube a mi habitación sin llamar ni nada. Es decir, si quieres venir, claro.

—¿Tú qué crees?

Yo tenía la cabeza muy clara cuando iba conduciendo de vuelta al motel, y cuando aparqué y entré en la suite, sabía lo que iba a hacer. Me metí en el dormitorio y me quité toda la ropa. Luego bajé la sábana superior de una de las camas y la doblé para que quedara descubierta casi toda la sábana inferior. A continuación fui al salón, me senté y miré por la ventana. Sonó el timbre, miré por la mirilla, y cuando estuve segura de que era Tom, abrí.

—Aquí se está muy bien —dije, señalando con la mano hacia las ventanas, con su vista del aeropuerto—. O bien... ¿preferirías que entrásemos ahí?

Fui hacia el dormitorio, me eché en la cama y me tapé con la sábana pero solo hasta la cintura. Él se quedó mirándome, y yo cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, su ropa estaba en la silla. Y luego se metió en la cama a mi lado y me cogió entre sus brazos.

Cuando todo acabó me sentí como drogada, y me quedé echada, dejando que él me abrazase. Luego mi cabeza se aclaró un poco, y me di cuenta de que no era solo la sensación de alivio, el no perder la casa, después de haber conseguido pagar toda la hipoteca, ni la sensación de gratitud hacia Tom, ni, hablando con toda crudeza, el placer que suele proceder de hacer el amor bien y con entrega, sino también los meses y meses de privación. De modo que no pasó demasiado rato antes de que mi boca encontrase la suya otra vez, y tuvimos lo que él llamaba una «repetición», y lo decía en voz muy baja, como si fuera una palabrota. Fue casi lo único que hablamos. Luego yo me quedé echada de nuevo, él susurró la palabra otra vez, y buscó mi boca con la suya. Aquello duró toda la tarde, hasta que al final tuvimos que levantarnos a comer algo. Para eso teníamos que vestirnos. Entonces sacamos la mesita al vestíbulo y nos volvimos otra vez a la cama. Pero aquella vez, ya fuese porque teníamos el estómago lleno de comida o por simple y puro agotamiento, apenas pudimos acabar. Cuando abrí los ojos, el reloj daba las tres.

Lo notaba caliente a mi lado, y su aliento me dijo que estaba dormido, igual que lo había estado yo. Me quedé echada con la cabeza despejada por primera vez desde que salimos del aeropuerto. Luego me empezaron a llegar las ideas, y la primera de todas fue: yo quiero a este hombre como no he querido nunca nada en toda mi vida excepto a mi hijito... Querría estar echada a su lado para siempre. Pero en lo siguiente que pensé fue en el jardín que había ante aquella mansión, en el césped tan suave, tan verde, tan liso, y lo guapo que estaría mi pequeñín, corriendo y retozando en él, y gritando de alegría. Me quedé un largo rato allí echada, mientras el reloj daba la media y luego las cuatro. De repente, sin saber adónde iba, salí de la cama y anduve a tientas en la oscuridad. Encontré la ropa que me había quitado, me la puse y abrí los cajones de la cómoda, saqué el camisón que llevaba la noche anterior, el neceser y la ropa interior de recambio. Cogí mi abrigo del armario y todo lo que tenía en la salita. Allí, con un lápiz y papel de cartas del motel, escribí una nota a Tom, en la que le decía: «Gracias, amor mío, y adiós». Me pareció un poco pobre, pero al menos decía todo lo necesario. Salí y el conserje me miró un poco sorprendido, levantando la vista del libro que estaba leyendo, pero me cobró lo que debía: setenta y cinco dólares por la suite, veintidós dólares en comida, cuarenta céntimos por una llamada telefónica que yo no recordaba haber hecho.

Cogí la maleta, me puse el abrigo, fui hasta el coche y me alejé al amanecer... hacia otra vida.

Aquella noche ya estaba de vuelta en el Garden of Roses, y cinco minutos después de llegar era como si no hubiese faltado nunca. Bianca al principio parecía ofendida, pero cuando le dije: «es un asunto de dinero, Bianca... Demasiado para dejarlo perder volviéndole la espalda sin más», se ablandó un poco, y luego la vida siguió como siempre.

—Chica —dijo Liz—, te hemos echado de menos... pero no importa. Lo principal es que has vuelto. ¿Y cómo está nuestro Tom?

—Está bien —le dije, sin traicionar ni un asomo de emoción—. Me ayudó mucho en un asunto que nos concernía a los dos.

—Un asunto de toda la noche, supongo..., bueno, de tres noches seguidas. ¡Ya sabía que el chico lo conseguiría! Vamos, cuéntamelo todo, Joan, y no te dejes nada.

Fue difícil, porque me habría encantado contárselo todo, pero respondí:

—Me temo que no hay nada que contar, Liz. Fue un asunto legal y ya está acabado.

—¿Un asunto legal?

—Sí, y ya está resuelto.

Una hora más tarde, cuando empezó a haber trabajo, Liz se me acercó.

—Hay un par de peces gordos, Joan —me dijo—, allí, en el reservado de la esquina... Quieren saber si tengo una amiga y si nos gustaría vernos con ellos más tarde, después de cerrar. Ya tienen habitaciones en un motel y me han enseñado los billetes de cien. Así que si es cierto que tú y Tom no tenéis nada...

—En otra ocasión, Liz... —le dije—. Esta noche tengo que recuperar el sueño.

—Vale —dijo ella—. Me haré cargo de los dos yo sola, supongo... Soy muy trabajadora.

—Piensa que a doble trabajo, doble ganancia.

—Es verdad —asintió, pero luego lanzó un resoplido—. ¡Pero me da pereza hacer horas extra...!

La noche siguiente fue una noche normal y corriente. A la otra vino el señor White.

Yo lo vi primero, y volví a la barra, donde Jake lo había visto también y ya le estaba preparando su bebida. Cuando estuvo dispuesta, él se sentó a la mesa, la misma donde se había sentado siempre. Le serví sin decir una sola palabra.

—Bueno, ¿qué? —me preguntó—. ¿No vas a hablarme?

—La cuestión es si va a hablarme usted a mí. Ha pasado mucho tiempo, señor White. No estaba segura de que se acordara de mí.

—Me acuerdo de ti.

—No doy nada por sentado. Han pasado semanas, después de todo. ¿Tuvieron

éxito sus negocios?

—Mucho. Firmaré en breve.

—¿Y el otro asunto?

—Es una situación algo complicada, pero mi abogado dice que se puede hacer.

—Si todavía quiere hacerlo, claro. No finjamos que no se ha ido durante un mes, al menos en parte, para intentar olvidarme.

—No lo niego, Joan —dijo, con sencillez—. Así ha sido.

Yo abrí la boca para seguir hablando de aquello, para asestar más golpes, pero al ver su expresión supe que había llegado el momento de cambiar de táctica. Yo no había saltado a su regazo, no había gritado de alegría al verlo, había actuado como si me sintiera abandonada y nada complacida por ello. Pero entonces pensé que quizás era mejor que me calmase y recordase lo que había entre nosotros. De modo que no dije nada hasta que pasó al menos un minuto y entonces hablé muy bajo.

—Y ¿qué? ¿Ha podido? —Y luego—: ¿Lo ha hecho?

Él dejó que pasara otro minuto entero.

—No —apenas susurró.

—¿Por qué no me pregunta lo que he estado haciendo mientras usted no estaba?

—Vale. ¿Qué has hecho?

—He intentado olvidarlo también.

—¿Ah, sí? ¿Y lo has conseguido?

Dejé que esperara un poquito.

—No.

Y entonces lo dijo, aquello que yo quería oír y por lo que había abandonado a Tom:

—Joan, tenemos que casarnos.

—¿A su manera?

—No es la manera que yo habría querido... Es la que dictan los médicos, la que tiene que ser.

Me quedé allí de pie, con el corazón laténdome con fuerza, porque sabía que la que dictaban los médicos era la única posible para mí... con él. Me había preguntado a mí misma muchas veces desde aquella noche fatídica si estaba engañándolo, fingiendo que sentía unas cosas cuando en realidad sentía otras. La respuesta tenía que ser que sí. Si aquella noche le hubiera dicho lo que sentía realmente, desde luego era una alegría inmensa por haber conseguido llevar a término aquel plan fantástico que tenía, con el que conseguiría a mi niño, un jardín donde jugar, una casa en la que viviríamos los dos, y un mundo del que formar parte y del que ambos podríamos estar orgullosos. Estoy intentando contarle tal y como era, sin dejar nada fuera ni poner nada que no sea cierto. De modo que yo tenía dos caras, sí, lo admito. Pero si usted hubiera sido una mujer, ¿qué habría hecho? Si hubiera estado exactamente en mi

lugar, si se le hubiese ofrecido aquella oportunidad, y hubiese tenido que pensar en su niño, creo que habría hecho lo mismo que yo. Pero no más de lo que hice, no esas cosas de las que más tarde me acusaron los periódicos. Y juro por mi vida, por la vida de mi hijo, que no las hice.

—¿Cuándo...? —pregunté.

—No antes de una semana. Mi abogado ha planteado algunos asuntos que deberían solucionarse... o en cualquier caso habría que analizar. Quiero que estés bien protegida..., plenamente protegida por la ley.

—En ese aspecto confío completamente en usted.

—Aprecio ese hecho, Joan... pero con las mejores intenciones del mundo, yo podría dejarte abierta la posibilidad de algún problema si ocurriese una determinada eventualidad.

—¿Qué eventualidad, señor White?

—Prefiero no hablar de ello.

—Entonces, si se refiere a lo que yo creo, preferiría que no fuera así. Retiro mi pregunta.

—Pareces una abogada, Joan.

—Me suenan todas esas cosas. Mi padre es abogado.

—A menudo he sentido curiosidad por él.

—Preferiría no hablar de él.

En mi voz se debió de transparentar la amargura, porque él hizo algo que raramente hacía: alargó la mano y me dio unas palmaditas tiernamente en un lado del pantalón corto. De pronto anunció:

—Vamos a casarnos, Joan, pero en realidad, tal y como organizaremos nuestra vida, seré como un padre para ti. Así podremos estar juntos. Te veré todo el tiempo y llenaré ese vacío que seguro que tienes en tu vida.

Yo le cogí la mano y la estreché, y sellamos el trato.

Durante la noche se me ocurrió que si él necesitaba un abogado, yo también, y una vez más llamé al señor Eckert, en Marlboro, y a mediodía del día siguiente fui a verlo. Él se negó a cobrar nada cuando le ofrecí pagarle algo, y me dijo que los doscientos cincuenta que ya le había dado todavía cubrían sus servicios.

—No he hecho nada para ganármelos..., de modo que todo está pagado. ¿Qué le ocurre, señora Medford? —me preguntó.

Y se lo conté.

Cuando acabé, se levantó y empezó a andar de un lado a otro.

—No me gusta —gruñó. Y luego—: No me gusta nada.

Yo esperé, y él siguió hablando.

—Se va a casar usted, pero si él cambia de opinión, no estará casada. Quiero decir que igual pide la anulación. Sin consumación no hay matrimonio... Supongo que

usted lo sabe, ¿no? Así que digamos que usted está dispuesta a consumarlo porque cree que así él no podrá ganar esa demanda. Pero si precisamente la no consumación forma parte del contrato..., un tribunal sostendría, me temo, que no se pueden tener ambas cosas. Si usted se presta a un matrimonio que no es un matrimonio, será ése el matrimonio que tenga presente el tribunal, no el que usted quiera crear después. Y si yo fuera juez, tendría que sostener que un matrimonio que excluyera la consumación en realidad nunca fue un matrimonio.

—Entonces, ¿qué hago?

—¿Para conseguir el dinero, quiere decir?

—¿Tiene que decirlo así?

—Si quiere mi consejo legal, debo saber qué es lo que usted se propone.

—Bueno... naturalmente, pienso en el dinero. Supongo que todo el mundo lo hace. Pero no es lo único. Desde luego, no lo es, señor Eckert.

Y seguí así durante más de diez minutos. Cuando al final me cansé, él dijo:

—En otras palabras: usted quiere que le diga cómo conseguir el dinero, pero al mismo tiempo pretende que no está pensando en eso.

—Pues... sí.

—Bien, ya estamos llegando a algo.

Hablé durante otros diez minutos de Tad, explicándole qué papel representaba en todo aquello, pero no parecía escucharme. Entonces de repente me interrumpió:

—O sea que usted tiene un hijo y quiere que tenga un jardín donde jugar. Así que lo que hace es aceptar eso..., se casa de esa manera tan extraña y hace lo que puede para llevar su plan adelante. Pero, señora Medford, hay una posibilidad en la que parece que usted no ha pensado: él puede querer consumir el matrimonio, de todos modos..., correr el riesgo de que los médicos puedan estar equivocados. Mi consejo es el siguiente: si él quiere consumir el matrimonio, consúmalo. Porque esa invitación podría ser una trampa que le ponga él, para obligarla a usted a negarse y de esa forma adoptar una posición invulnerable ante los tribunales.

—¿Y por qué iba a hacer él algo semejante?

—Está enamorado, ¿no? Puede caer en la tentación... y con toda facilidad.

—¿Y qué le hace pensar que yo podría negarme?

—No he dicho que lo fuera a hacer. Solo he dicho que no debería hacerlo. Si es solo la compañía de ese hombre lo que quiere en realidad, le aconsejaría en otro sentido. Pero creo que en su caso es el dinero.

Yo me sentía algo avergonzada e hice ademán de levantarme.

—Todavía no he terminado —dijo—. Haga lo que haga no ponga nada por escrito, señora Medford. No firme ningún contrato, ni acuerdo matrimonial, ni nada que mencione esa estipulación... Excepto los documentos habituales, como la solicitud de licencia, no firme «nada». Así cuando ocurra, si es que ocurre, la única

cosa que puede favorecerla, no habrá nada en una caja de seguridad para hacerle la vida imposible ante los tribunales.

—¿De qué «cosa» está hablando?

—De la misma «cosa» en la que está pensando usted.

—Ciertamente, lo ha dejado usted bien claro.

Estaba de pie, mirándome, y yo me levanté y lo miré también, y su mirada me recordó la del sargento Young, pero sin una pizca de amabilidad. Pasó un rato.

—Si después de casada, necesita ayuda, —dijo finalmente—, legal o del tipo que sea, hágamelo saber.

—¿Del tipo que sea? —le pregunté—. ¿De qué tipo podría ser?

—Un matrimonio platónico para una dama tan atractiva como usted podría resultar un poco fatigoso. Si es así, podría usted avisarme... Pásese por aquí y la llevaría a algún sitio. Es usted una cazafortunas muy atractiva, y la verdad es que me gusta mucho.

Con un dedo me acarició la mejilla. Quise cogerlo y doblárselo hacia atrás y rompérselo, pero lo que hice fue sonreír con la sonrisa más atractiva que pude y apartar suavemente ese dedo de mi piel.

—Si lo necesito, señor Eckert, se lo haré saber.

Volví a Hyattsville con un nudo en el estómago y la sensación de que estaba jugando con fuego.

La semana no transcurrió paso a paso, sino que voló. Llegó el día, y cuando me desperté me sentía aterrorizada... Sabía que me estaba resistiendo, que no quería hacer lo que iba a hacer. Estaba furiosa y llena de rabia hacia Tom, que no me había llamado ni había aparecido por el bar ni una sola vez. En el momento en que se despertó tuvo que darse cuenta de por qué lo había dejado... Le dije que pensaba casarme. Y tenía que saber cuándo iba a ocurrir, ya que estaba en contacto con Liz, como ella me había dado a entender un par de noches por las preguntas que me hizo y las que le hice yo a ella, aunque ella disimulara y no contestara. Así que ella se lo había contado, pero ¿por qué no había aparecido él? Al menos a despedirse. Tal vez podría haber venido a verme a mi casa una noche, o algo parecido. Pero no, ni una simple mirada. Se apartó por completo del Garden.

Me levanté, me vestí, tomé un café y me metí en el coche. Sin darme cuenta fui conduciendo a Marlboro, y me encontré pasando junto al despacho de Eckert, preguntándome qué hacía allí. ¿Quería algún consejo legal más, o me tentaba su otra oferta, después de todo? Me eché a temblar al pensarlo. Y, sin embargo, allí estaba. La perspectiva de encadenarme al señor White estaba claro que no me convencía, aunque yo había sido la ingeniera y la arquitecta del plan, así que no podía quejarme del resultado. Di la vuelta con el coche y volví a casa.

A la una en punto llamé a Blue Bird y les pedí que mandaran un taxi al Safety Garage, fui allí con mi coche y lo dejé. Cuando llegó el taxi volví a casa; tenía una sensación muy rara. Antes de entrar llamé al timbre de la señora Stringer, mi vecina de al lado, y cuando salió, le entregué mi llave de repuesto y le ofrecí diez dólares por echar un vistazo cada día, procurar que hubiese una luz encendida en la casa y recoger el correo. Luego entré en casa, fui al dormitorio y eché un vistazo a la habitación, y a mi maleta también, para asegurarme de que lo llevaba todo. Era una maleta grande que había traído de Pittsburgh, y la única que me llevaba. Lo había aprendido de mi padre, uno de los pocos recuerdos que tenía de él que me parecía respetable: «Llévate una maleta, una sola maleta... En ella tendrás todo lo que necesites, si usas los servicios disponibles del sitio adonde vayas: lavandería, tintorería, lustrado de zapatos, barbero o salón de belleza, que te lo arreglen todo ellos. No intentes llevarte todo el armario». Comprobé el dinero que tenía en efectivo, quinientos dólares en billetes de veinte que había sacado del banco y dos mil en cheques de viaje.

A las dos en punto el coche del señor White se detuvo ante la puerta y yo dejé que Jasper saliera y llamara al timbre, para que me cogiera la maleta y no tener que llevarla yo.

El señor White me esperaba en la plataforma de ladrillo que había frente a la

puerta de la mansión, con lo que parecía todo el personal de la casa alineado tras él. No me había percatado de que fuesen tantos: tres mujeres, dos con traje de doncella y una con delantal de cocinera, y junto a ellas, tres hombres con ropa de trabajo que debían de ser jardineros o mecánicos o vaya usted a saber. Todos me miraron con simpatía, pero al verlos allí alineados ante mí, casi como si yo tuviera que inspeccionarlos, sentí que la garra que me apretaba por dentro se retorció un poco más. Jasper salió del coche, cogió las dos maletas del señor White y las metió en el portaequipajes. El señor White dirigió un pequeño discurso a su personal, diciendo que se iba solo, pero que volvería como la mitad de una pareja de marido y mujer, que confiaba en que todos me darían la bienvenida en mi nuevo papel de ama de aquella casa. Hubo muchos asentimientos, y yo me limité a asentir también con la cabeza y sonreír con gratitud en lugar de salir corriendo por el caminito cubierto de conchas de ostra.

Lo seguí de nuevo hacia el coche y un momento más tarde la portezuela se cerró con firmeza y el coche empezó a rodar.

—Hola, Joan —me dijo él.

Yo le devolví el «hola», pero sabía que se requería algo más; por la expresión que tenía él en la cara, lo esperaba. Así que me acerqué a su cara y lo besé. Al momento él me devolvió el beso, susurrando:

—El primero. —Y luego—: Joan, tienes los labios como el hielo... ¿Te ocurre algo?

—Estoy un poquito asustada... Supongo que los labios saben, sin que se lo diga, lo que siente el corazón.

Procuré que mi voz sonase lánguida, tímida y amistosa, y él me cogió entre sus brazos. Eran delgados y yo notaba los huesos a través de la carne. Me eché a llorar en silencio.

—¿Asustada? ¿De qué? —me preguntó.

—Pues no sé, en general. Después de todo, no es algo que uno haga todos los días...

—Pero no será por algo que haya hecho yo...

—Pues claro que no.

Le di una palmadita y me sequé las lágrimas que había derramado, y recuperé el control de mí misma. Pero teniendo en cuenta lo de mis labios, no fui capaz de aventurar otro beso. Fuimos avanzando, yo apoyándome en él, aunque no quería hacerlo en absoluto.

Pasamos sorteando Annapolis y luego salimos por el puente por encima de la bahía. Nos encontramos entonces en la Costa Este, que es plana, de modo que los coches pueden devorar kilómetros sin ir demasiado deprisa. Llegamos a Delaware, y al cabo de unos minutos entrábamos en Dover. Él le dijo algo a Jasper, que respondió:

—Sí, señor, ya lo sé. —Y aparcó junto a un bonito y tranquilo motel.

Jasper salió y nos abrió la puerta, y luego vino detrás de nosotros, llevando las maletas. El señor White le dijo al recepcionista:

—Somos tres... Hemos reservado. Earl K. White, la señora de Ronald Medford y Jasper Wilson.

El recepcionista nos examinó y luego ofreció la pluma al señor White, que me la entregó a su vez a mí. Yo la tomé y rellené la tarjeta que me entregó el recepcionista, aterrorizada al darme cuenta de que sería la última vez que escribiría «Joan Medford». Los moteles no tienen botones, de modo que fue Jasper quien nos llevó las maletas. Al cabo de un momento yo estaba sola en el piso de arriba con la mía y sintiendo un pánico espantoso.

Habíamos acordado que nos reuniríamos en el vestíbulo, y él esperaba ya cuando yo bajé. También esperaba Jasper, y salimos y nos metimos en el coche. Cuando le pregunté adónde nos dirigíamos, él me dijo:

—Al laboratorio... Tenemos que hacernos un análisis de sangre. Si toman ahora las muestras, podemos tener el informe mañana por la mañana, y conseguir inmediatamente la licencia, sin tener que esperar.

Yo dije «oh», y Jasper se detuvo ante un edificio de oficinas. La recepcionista parecía saber lo que deseábamos sin que se lo dijésemos, y se mostró tan cómplice que me sentí incómoda. El doctor sonreía también, y nos atendió rápidamente. Después de sacarnos la sangre, nos hizo sentar a ambos con el brazo doblado, apretándonos el algodón.

—Pregunten a la chica mañana por la mañana... —nos dijo—. Tendré sus certificados preparados.

Al volver al motel fuimos de inmediato al comedor, y durante toda la comida hablamos de lo feliz que era él de poder estar al fin conmigo, sin tener que salir de casa «ni ver a ese barman que me miraba como si yo fuera una especie de ladrón por ocupar una mesa y no pedir algo más caro». Le dije que Jake no le tenía manía y que había sido muy amable conmigo desde el primer día, pero no sirvió de nada, porque, aunque yo no me había dado cuenta antes, obviamente, Jake le caía mal. Después de cenar volvimos al vestíbulo y nos tomamos un té en una pequeña zona de descanso. A las nueve dije que estaba cansada y que me gustaría retirarme, y él me acompañó hasta mi habitación. Durante un momento horrible en el vestíbulo me pregunté qué hacer si él quería entrar, pero no lo hizo. Se quedó allí de pie, sin embargo, como si esperase algo, y como había ocurrido en el coche, yo sabía lo que era. Levanté la cara y él me besó.

—Buenas noches, Earl —le susurré, y me metí en la habitación, demasiado nerviosa para preguntarle si mis labios estaban más calientes que antes, o para preocuparme siquiera.

Recordaré aquella noche mientras viva, por lo insípida, gris y seca que fue, y porque me resultó interminable. Y, sin embargo, ni una sola vez, al menos que yo recuerde, me dije a mí misma que todavía podía echarme atrás, ni tuve el impulso de hacerlo. Me gustaría dejar esto bien claro. Podía haberme arrepentido, hacer la maleta, dejar la llave en recepción, coger un taxi en la estación de autobuses y volverme a casa... No habría sido nada nuevo para mí, ya que era aquello precisamente lo que había hecho con Tom. Pero aunque estaba muy asustada, nerviosa y entumecida, ni siquiera se me ocurrió semejante cosa. Por lo que a mí respectaba, tenía lo que deseaba, y ni una sola vez dudé de que era eso lo que quería.

A la mañana siguiente me vestí con el traje de boda que me había comprado, un traje de chaqueta sencillo de lana asargada, de ese color verde oscuro que siempre me ha gustado, con una blusa beis y unos zapatos de un color marrón oscuro, con guantes y sombrero a juego. No quería llevar sombrero pero me pareció que debía llevarlo, por respeto hacia él. De modo que me compré uno diminuto de terciopelo, que no ocupaba espacio en mi maleta, pero que me daba un aire más formal. Él se dio cuenta al momento.

—Esperaba que te pusieras sombrero... —dijo—. Tienes un pelo precioso, pero es una ocasión especial. En fin, ya tenía que haberme imaginado que lo harías. No hay por qué estar en el «Registro Social» para saber lo que se debe hacer y lo que no.

—Pero yo sí que estoy en el «Registro Social».

—¿Que estás...? ¿Cómo has dicho, Joan?

Por su reacción vi que pensaba que le estaba tomando el pelo, y también que a pesar de toda la riqueza de su padre y su abuelo era él quien no figuraba en el Registro Social. Yo sí que figuraba, una de las pocas herencias interesantes que me quedaban de mis padres..., eso y la maleta que llevaba en aquel viaje, y que valía lo mismo a mis ojos, o menos. Pero vi que para él sí que representaba mucho que su nueva esposa, conocida para él hasta aquel momento por servirle tónica con los pechos medio al descubierto, estuviera más arriba que él en la escala social, y durante un momento dejé que aquello, que no significaba nada para mí, supusiera para él un momento de tortura.

—Ah, pues sí, sí que estoy, en Pittsburgh, por supuesto. Mi padre y mi madre lo están, y yo consto como hija suya... o constaba al menos. Igual todavía figuro. No me preocupa demasiado.

—No lo sabía.

Durante el desayuno siguió echándome miraditas, como si intentara acostumbrarse a algo que para mí no valía la pena ni mencionar, pero para él al parecer era una noticia muy desestabilizadora. Al menos cesó la cháchara y pude comerme los huevos en paz. Luego volvimos al laboratorio a recoger los resultados de los análisis de sangre, y después al tribunal a por nuestra licencia. Cuando la mujer

vio el nombre del señor White se emocionó mucho.

—Recibimos su carta, señor White —dijo—, y el juez está dispuesto para cuando usted quiera.

Apareció un hombre de mediana edad, que nos estrechó la mano y nos felicitó, y nos preguntó si queríamos que dos de las chicas fueran nuestros testigos.

—Solo una —respondió el señor White—. Hemos traído un testigo. —Y pasó el brazo en torno al hombro de Jasper, que pareció muy complacido.

Entonces el señor White, una chica, Jasper y yo entramos en la oficina del juez. Éste se mostró muy nervioso al irnos diciendo cómo debíamos colocarnos. Luego empezó la ceremonia y de repente yo sentí que me asfixiaba, sabiendo lo que aquello significaba. El señor White me puso un anillo en el dedo y repitió ante el juez: «con este anillo yo te desposo», y yo le prometí amarlo, honrarlo y respetarlo. Después el señor White me besó, y yo pensé que ojalá mis labios no estuvieran tan fríos como el día anterior. Yo los notaba más fríos aún.

Y luego salimos a la calle, y Jasper fue corriendo a buscar el coche. Eché un vistazo hacia abajo y vi que llevaba sujetas a la chaqueta unas flores, un bonito prendido de azahar... No tenía la menor idea, y sigo sin tenerla, de cómo llegaron allí, ni cuándo. Entramos en el coche, fuimos hacia el norte, no sé hacia dónde. Vi Nueva York en la distancia y luego, después de pasar por unos túneles, supe que nos dirigíamos al aeropuerto Kennedy. Por entonces ya sospechaba que él tenía una sorpresa para mí, pero hasta que nos encontramos ante el mostrador de la compañía aérea y él se apartó a un lado, susurrando algo a Jasper y dándole un poco de dinero, no estuve segura de que nos dirigíamos a Londres.

Mi asiento estaba junto a la ventanilla en una fila de tres, y el suyo frente a mí, pero se trasladó al que yo tenía al lado, y yo intenté fingir que estaba complacida, aunque en el avión me gusta que me dejen tranquila, ya que las nubes y el cielo y el ronroneo del motor me hacen soñar, y los sueños son una cosa muy personal. Pero sus intenciones eran amistosas, y yo respondí lo mejor que pude. Sin embargo, al ver que él seguía preguntándome si me gustaba y si no estaba nerviosa, me di cuenta de repente de que él suponía que yo no había ido nunca antes en avión. De manera que una vez más, como cuando sacó el tema del Registro Social, tuve que bajarle los humos.

—Ah, no, no me molesta volar, en absoluto..., nunca me ha molestado. Incluso cuando era pequeña y volábamos a Sant Louis cada año me gustaba mucho. Aunque haya turbulencias, cuando el avión baja en picado y todo el mundo se asusta de muerte. Una vez chillé: ¡Yupiiii! Y mi madre me dio una torta. Y, naturalmente, mi padre tuvo que fingir también que estaba enfadado.

—Siento curiosidad por tu padre... ¿Quién era, Joan?

—Abogado. Ya te lo dije.

—¿Y todavía vive?

—Pues no lo sé... ni me importa.

Él captó el mensaje y no me hizo más preguntas, al menos de momento. Pero cuando llevábamos quizás un par de horas volando, volvió a interrogarme, y pensé que era mejor acabar de una vez por todas con lo de mis padres y el enfrentamiento que habíamos tenido, de modo que solo tuviera que contarlo una vez y nunca más volviera a salir el tema.

—Tuve una pelea con mi madre —le expliqué—, porque me había elegido un chico para casarme, un chico rico, de una familia del acero. Pero me aburría a muerte, y como me negué a considerar siquiera la posibilidad de casarme con él, ella se enfadó mucho, y mi padre, en lugar de apoyarme a mí, la apoyó a ella. Desde entonces he vivido por mi cuenta, con los resultados que ya conoces. Si no te parezco tan refinada como debería ser una chica de mi procedencia, se debe a que estoy sola desde los diecisiete años, y no he vivido en la mejor de las situaciones, por eso ha sido. —Desdeñé la mirada de compasión que él me dedicaba—. Escribí a mi madre cuando me quedé embarazada, pero no recibí noticias de ella... ni de él, ni que decir tiene. Entonces fue cuando supe con toda seguridad que nos habíamos separado para siempre. Desde luego, no se puede esperar que unos padres respondan con entusiasmo a la noticia de que su hija soltera está embarazada. Tampoco le hizo demasiada ilusión a nadie más... El entusiasmo de Ron era imposible de percibir a simple vista, el de sus padres estaba cerca de la náusea, el de su hermana parecía un

tétanos galopante. No sé si bebía por ese motivo, pero podría ser, y al final fue la bebida la que le costó la vida, de modo que se podría decir que a mi alrededor no hubo más que malas reacciones. Pero de todo aquello saqué una cosa buena: mi pequeño y adorado Tad.

—Te complacerá saber que he hecho algunas disposiciones para él, Joan... He pedido que prepararan una habitación infantil en casa, junto a tu suite.

Fue el primer momento desde la ceremonia, o no, desde mucho antes, desde el día en que él volvió de sus negocios en Nueva York y dijo que se casaría conmigo, en que sentí calidez hacia él. Le cogí la mano, la apreté entre las dos mías, y luego se la levanté y la besé, y lo que hice era totalmente sincero.

Habíamos salido del aeropuerto Kennedy al mediodía, de modo que eran más o menos las siete en Nueva York cuando llegamos al aeropuerto de Heathrow, pero en Londres era muy tarde por la noche, debido a la diferencia horaria. Acabábamos de cenar en el avión, pero parecía que estábamos todavía a media tarde, sin embargo, yo intento adaptarme siempre a lo que surge. Pasar la aduana nos costó solo unos pocos minutos, y nos metimos en un taxi, para dirigirnos hacia la ciudad. No había mucho que ver excepto las farolas en las calles, pero tras los desaires que le había hecho antes, cuando él intentaba jugar a mentor y guía, pensé que era mejor fingir que estaba muy complacida.

—¡Me encanta! —decía una y otra vez.

Pero nada me pareció real hasta que llegamos a la ciudad misma, y de repente nos encontramos en un puente y pasando el río. A aquella hora ya no había barcos ni nada que se moviera por allí, pero las luces se reflejaban en el agua de una manera misteriosa y bella, y de repente me sentí abrumada.

—Es muy emocionante —susurré—. Parece algo fuera de este mundo.

Él sonrió feliz al haberme complacido al fin.

Nuestro hotel era el Savoy, que estaba en un pequeño recuadro que formaba una entrada, con un cine en un lado, oficinas en el otro, y el hotel en medio, un remanso tranquilo y elegante apartado del Strand, una de las calles más bulliciosas. Un portero cogió nuestras maletas y se las llevó, mientras Earl pagaba al taxista con dinero inglés que había cambiado en Washington, y al mismo tiempo abrió mi bolso y metía algo de dinero en él, unos billetes tan grandes como servilletas. Luego entramos y observé que Earl se quitaba el sombrero, aunque en el vestíbulo de un hotel americano la gente se deja el sombrero puesto. Se registró, y cuando el recepcionista vio quién era, todo fueron deferencias.

—Sí, señor White —exclamó—. Su suite está preparada, tal como pidió: un salón, dos dormitorios, dos baños. Lo acompañaremos dentro de un momento.

Mientras esperábamos a que nos llevaran a la habitación, la gente iba saliendo del comedor, ya que era casi la una de la madrugada, y los que habían ido al teatro ya se

iban a casa. Todos llevaban trajes de noche, y yo me sentí un poco acomplejada con mi traje de viaje, que era respetable, pero corriente. Él vio mi expresión y se inclinó hacia mí.

—Ya te comprarás un vestido largo mañana.

No pude evitar soltarle:

—Ya tengo uno, gracias, pero está en la maleta.

—Bueno, pues podrás comprarte otro —susurró él, sin dejarse alterar por mi tono. Quizá le habían dicho que era de esperar que una recién casada se mostrase algo quisquillosa; quizá lo recordase de la vez anterior que se había casado.

Entonces el subdirector vino a acompañarnos y permaneció a un lado mientras nosotros examinábamos la suite.

—En estados Unidos —dijo Earl—, te dan una habitación y tú la coges, si sabes lo que te conviene. Aquí te dejan verla, y si no te gusta te enseñan otra. A la mayoría de la gente le gusta, de eso estoy seguro... pero es bonito que te dejen opinar.

Al subdirector le dijo:

—La suite es perfecta, gracias.

Nos quedamos solos.

—Ahora no sé lo que opinarás tú, Joan —dijo—, pero después de la boda, el viaje en coche y en avión, me gustaría descansar un poco.

—Ah, sí, yo también estoy bastante cansada.

Pero una vez más había un nudo que me cerraba el estómago, ya que yo no sabía todavía lo que debía esperar.

Lo averigüé en seguida.

Nuestros dos dormitorios daban al salón, y mientras él se dirigía al suyo, me susurró a medias, de una manera amistosa y confidencial:

—Voy a deshacer el equipaje.

Parecía que iba a ocurrir algo más, y cuando me fui a mi habitación no me atreví a desnudarme. Saqué todas mis cosas y luego me senté a pensar, pero me sentía como atontada. Cuando oí unos golpecitos en la puerta dije «adelante». Pero mi voz sonaba apagada, ahogada y extraña. Entonces apareció él en pijama, zapatillas y batín.

—Bueno —exclamó amistosamente—. Gracias por esperar. Ahora puedo ver el espectáculo completo.

Ya he hablado de mi mal carácter, y en aquel momento luchaba para contenerlo, intentando mantenerlo a raya.

—¿Qué espectáculo? —dije, en tono desabrido.

—Bueno, como soy tu marido, me gustaría ver cómo te desnudas. De hecho, es lo que esperaba.

Quise hacer con él lo que había hecho con Tom, abofetearlo, pero al principio no hice nada, me quedé sentada tragando saliva e intentando calmarme.

—¿Estás seguro de que puedes soportarlo? —pregunté—. Después de todo, yo soy anatómicamente normal, y quizá tenga un efecto anatómicamente normal.

—¿Y qué? Yo también soy normal. Todos somos hijos de Dios, y, por lo tanto, normales. Solo puedo llegar hasta ahí, pero, desde luego, hasta ahí sí que quiero llegar. Ven... me llevaré el abrigo.

Y me lo quitó y lo colgó en el armario.

—Levanta los brazos, te quitaré el vestido.

Así lo hice y él me lo quitó con mucha habilidad y me lo entregó. Yo lo colgué junto al abrigo y cerré la puerta del armario. Me quedé en sujetador y medias, y no sabía qué quitarme primero. Me quité los zapatos, abrí de nuevo el armario, busqué las hormas en el suelo, donde las había dejado, las metí en los zapatos y los coloqué bajo el vestido, con las puntas hacia la habitación. Luego me quité el sujetador y lo coloqué en el estante encima de los colgadores. Pero mientras levantaba los brazos las manos de él me cogieron por detrás, sujetándome los pechos, y noté su aliento en el cuello. Quise gritar, morder, retroceder. Tenía que pensar en mi queridísimo Tad, recordar lo que me había dicho el señor Eckert, que no debía negar a un marido lo que este podía reclamar legalmente.

—No puedes... tu estado... —dije.

Él enterró la cara en mi nuca y al mismo tiempo me atrajo hacia sí, y me masajé los pechos con los dedos. Tuve que tragar saliva con fuerza para que la cena que había tomado en el avión no saliera disparada y cayera al suelo.

—Me gustaría acabar de desnudarme —le dije, al cabo de un momento—. Si no te importa...

—Como quieras.

Él retrocedió y yo me aparté del armario y volví a la habitación. Él tenía la cara roja y respiraba con agitación, pero sonreía y tenía todavía las manos tendidas hacia mí, como pequeñas bocas hambrientas. Me quité las medias, las arrojé junto al sujetador, pero apenas lo había hecho cuando él ya estaba otra vez encima de mí, con una mano encima de mi corazón y la otra en la parte más privada, sensible y personal del cuerpo de una mujer, de modo que tuve que apretar la boca con fuerza por temor a que se me escapara un grito. Sabía que no podía luchar contra él, pero también sabía que tenía que acabar con aquello de alguna manera, o si no acabaría perdiendo la cabeza. Al final conseguí meter una mano por debajo de la suya, la que tenía encima de mi pecho, y la otra por debajo de su otra mano.

—Por favor —susurré—. Yo también soy humana y hay un límite para lo que puedo soportar.

Él me soltó y yo cogí el camisón que tenía en la cómoda, uno negro con canesú de encaje, y me lo puse. Cuando lo miré él estaba jadeando y le brotaba el sudor de la frente, y aquello no era buena señal.

—Si el médico tiene razón con lo tuyo, si sabe lo que dice, es mejor que te vayas a tu habitación ahora mismo. Ya es hora de que te vayas a la cama.

—Pero, Joan, dime: tú me deseas, ¿verdad? Me deseas... Dilo solo una vez, para que yo lo sepa.

—Pues no, no pienso decirlo. —Lo dije de una manera muy estricta, como si fuera una profesora y estuviera enfadada—. Si alguna vez se me ocurre decirte lo que siento, solo Dios sabe lo que podrías hacer. Eres un hombre maravilloso, Earl K. White, pero no confío en ti, ni pizca. Y despertarme aquí en Londres con un distinguido cadáver entre los brazos, como tú mismo dijiste en una ocasión, no es la idea que tengo de una luna de miel.

Aquello no dejaba de ser halagüeño, después de todo, así que al cabo de un momento él me dijo:

—Vale. —Y luego insistió—: Vale, vale, de acuerdo.

—Ahora dame un beso de buenas noches. Pero solo un beso.

Él me dio un beso rápido, muy seco y muy formal.

—Venga... —dije, muy seria.

Él me dejó y se fue, tambaleándose, casi al borde del colapso.

Yo me metí en la cama y pude apagar la luz al fin. Allí echada, mirando por la ventana el Londres nocturno, supe que me había metido en un buen lío.

No sé si me llegué a dormir. Supongo que así fue, pero me desperté al amanecer y decidí que tenía que levantarme. Cuando saqué los pies de la cama, lo hice con mucho cuidado, sin hacer el menor ruido. Abrí la puerta del baño centímetro a centímetro, y así pude entrar, lavarme la cara, peinarme y ponerme las medias. Volví al dormitorio andando descalza, solo con las medias y sin ponerme los zapatos, hasta que estuve preparada para salir. Entonces, poquito a poco, abrí la puerta del salón para ver si él se encontraba allí. No estaba, así que andando de puntillas, salí al pasillo y cerré la puerta silenciosamente. Me dirigí entonces a la escalera, sin llamar al ascensor por temor a que me hiciese esperar allí. Nuestra suite estaba en el tercer piso, así que fui bajando hasta el vestíbulo. Ante el mostrador de recepción se encontraba un empleado que estaba ocupado con algunos documentos, pero yo me limité a decirle: «Buenos días», como si fuera lo más normal del mundo que una recién casada estuviera levantada, dispuesta a abandonar el hotel a las seis de la mañana, después de la noche de bodas. Y salí a la calle y me puse a andar.

El sol todavía no se había asomado y toda la ciudad estaba velada por la niebla y completamente desierta, a pesar de lo cual yo empecé a sentirme mejor. Fui caminando a Trafalgar Square, que conocía por las fotos que había visto, y hasta una estatua de la reina Victoria y un edificio grande y feo que no reconocí. Allí había un policía haciendo de centinela, y cuando le pregunté qué era aquello, me dijo: «El palacio de Buckingham, señora». Noté un ligero escalofrío. Comprendí que aquella era la residencia de la reina, y si antes la envidiaba, ahora ya no. Tener que vivir en un sitio tan horrible, pensé, impide que todo lo demás resulte divertido.

Decidí que ya había andado suficiente y que era mejor volver al hotel. Ya había gente por la calle, sobre todo mujeres, que por su aspecto deduje que se dedicaban al servicio de una manera u otra. Y de repente me pareció muy triste que para ganarse la vida tuviesen que salir a aquellas horas... Todavía no eran ni las siete. Cuando llegué al hotel se me ocurrió que en muchos aspectos aquel país me gustaba, y que en otros en cambio no me gustaba nada.

Una vez en el hotel me detuve en recepción para enviar un telegrama a Ethel. Por aquel entonces, por supuesto, sabía que los periódicos habrían publicado la noticia de mi matrimonio con Earl K. White, pero la cortesía requería que yo le enviase un telegrama, de modo que escribí uno que empezaba así: «Sorpresa, sorpresa», y luego se lo comunicaba y acababa con un tono amistoso diciendo: «Con cariño, nos vemos pronto, Joan». Lo pagué de mi bolsillo, no dejé que lo cargaran a cuenta de la habitación. Luego subí a la suite para enfrentarme a mi amo y señor.

Él salió de su dormitorio con una navaja de afeitar en la mano y la cara llena de espuma.

—¿Dónde has estado? —quiso saber.

Le dije: «He salido», y luego le di un beso como el que nos habíamos dado la noche anterior, apenas un piquito. Él reaccionó tan rápido que me sobresaltó, cambiando de la irritación al afecto y la sorpresa, y rogándome «uno más» como si aquello fuera algo celestial. Le di uno más, dándome cuenta de algo que hasta ese momento no me había pasado por la cabeza: que sus sentimientos hacia mí, aunque hasta el momento en lo que a mí concernían eran repulsivos, también eran reales. En otras palabras, que si yo lo decidía, podía hacerlo mío por completo, podía hacerlo bailar a mi son y cumplir mis deseos en el momento en que a mí me apeteciera. Y pensé para mí: ¡pues decídelo! Él tiene todo lo que tú deseas en la vida, no solo para ti, sino también para tu hijo. Cógelo, hazte con él, para que la vida siga adelante.

Pero es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Pasé el día entero tratando de cumplir mi propósito de ser amable con él. Había tres botones en la mesa, cada uno de ellos con un dibujo al lado, uno de un camarero, otro de una doncella y un tercero de un botones.

—Muchos de sus huéspedes —me explicó él—, no hablan inglés, de modo que así se lo ponen fácil.

Apreté el del camarero y apareció al momento, con una servilleta en el brazo y un menú en la mano.

—Nunca tomo otra cosa que panecillos, suero de leche y café solo para desayunar —dijo Earl. Yo quería bacón, huevos y tostadas, claro, pero sonreí y acepté su desayuno a lo «agua tónica» también para mí. Comimos juntos en el salón, él todavía en pijama, yo con la ropa con la que había salido a pasear. Después de desayunar, él se vistió sin invitarme a mirar, para mi alivio. Luego empezó lo que podría haber sido un día muy interesante, de no ser por el final que yo temía que podía tener.

Fuimos a comer a Simpson's, un sitio del que había oído hablar, que estaba solo a unos pasos del hotel. Yo pedí un bistec, ya que tenía hambre debido a aquel desayuno tan escaso, «un bistec Delmonico, pequeño», pero el camarero me dijo que no tenían.

—Ésta es una *join-house*, señora —me dijo.

Al parecer una *join-house* es un sitio donde se sirve solo carne asada, de modo que pedí buey asado. Cuando llegó, el hombre lo cortó y me sirvió solo una loncha, y me temo que se me quedó la cara blanca, o quizá me rugiese el estómago. Earl dio una moneda al camarero y éste, con aspecto de estar complacido y sorprendido, dijo: «Ah, gracias, señor», y me cortó otra loncha.

—Se podría pensar —dijo Earl, cuando el camarero se hubo ido—, que nadie había tenido antes esa idea, la de darle un chelín extra... pero de hecho es un ritual. Si no lo hubiese hecho, él habría encontrado alguna forma de recordármelo. Son muy raros estos ingleses. Siempre tienen que fingir.

Mientras tanto, yo devoraba la carne, que estaba tierna y buenísima. Estaba

ansiosa por conocer más detalles de todo aquello, de modo que cuando nos acabamos la comida, Earl desapareció un momento y volvió en seguida con el encargado, que me enseñó la cocina mientras mi flamante marido tomaba café en nuestra mesa. Debo decir que quedé fascinada. La carne colgaba de unos ganchos al final de unas cadenas, que daban vueltas lentamente frente a un lecho de carbones encendidos, asando así la carne en abierto. Para evitar que ardiese la envolvían en papel marrón.

Cuando volví al piso de arriba tuve la sensación de que había aprendido algo.

Pasadas las tres de la tarde volvimos al hotel, y él dirigió la marcha hacia la suite.

—Es hora de que eche una siesta —dijo—. Órdenes de los médicos... pero todo el mundo debería hacerlo, se encontraría mucho mejor y probablemente viviría más. ¿Por qué no lo haces tú también, Joan?

—De acuerdo, ¿por qué no?

Me daba igual, la verdad, pero si aquello lo complacía, estaba dispuesta a probar. Así que subimos, él se fue a su habitación y yo a la mía. Me quité la ropa y estaba buscando mi camisón cuando él apareció en la puerta. Se quedó allí largo rato, mirándome.

—Espero que no te importe... —tartamudeó. Y luego—: Eres tan guapa, me encanta mirarte...

—No me gusta que me miren —respondí—. Al menos de día... no me parece bien, no sé.

—De día o de noche, estás igual. Eres la misma chica.

Por aquel entonces se había acercado a mí, y yo instintivamente me volví de espaldas, pero fue un error. Cuando me pasó los brazos en torno al cuerpo sus manos quedaron encima de mis pechos, y él hizo lo mismo que había hecho la noche anterior: cogerlos y masajearlos con los dedos. A mí me resultaba odioso todo aquello e intenté empujarlo y cogerle los dedos para apartarlo de mí y obligarlo a que me soltara. Empezamos a forcejear, él como un juego, riendo y jadeando. Pero yo soy bastante fuerte y pronto pude coger sus manos entre las mías, las aparté y lo empujé con la cadera. Entonces él dio un respingo de repente, y cuando lo miré estaba echado en la cama, apretándose el pecho con las manos.

—Joan —susurró—, por favor, coge mis pastillas..., mis pastillas de nitroglicerina, al lado de la cama, en mi habitación..., están en un botecito, en la cabecera. En un frasco pequeño... Date prisa, por favor...

Corrí, sin echarme nada encima siquiera, y, efectivamente, en el estante que estaba junto a la cabecera de su cama se encontraba el botecito que él decía, y volví corriendo, desenroscando la tapa mientras llegaba.

—Eso es —jadeó él—. Dame una... así, en la palma de la mano... —Cogió la pastilla que yo le daba, se la metió en la boca y la apretó bajo la lengua con el dedo. Luego, al cabo de un momento dijo—: Dame otra, Joan.

Eso hice, y él se la metió también bajo la lengua. Luego se quedó allí echado, con los ojos cerrados, esperando. Poco a poco la tensión de sus rasgos empezó a ceder.

—Lo siento, Joan... —dijo—, no lo puedo remediar. El dolor es indescriptible y las pastillas me alivian, pero todavía lo siento. —Y continuó—: Si me muero...

—¡Earl!

—Si me muero —insistió, hablando con dificultad—, quiero que sepas lo que debes hacer. Por favor, haz que quemen mis restos... Es importante para mí. Joan, escúchame, por favor. Haz que me quemen y que lleven mis cenizas a Maryland, y que las entierren en la parcela de mi familia en el cementerio de College Park. Mi testamento está escrito y firmado en mi caja de seguridad. Tú eres la única beneficiaria, Joan, excepto algunos detalles para mi personal. He hecho que lo prepare mi abogado.

—Por favor, no digas esas cosas...

—Intento enfrentarme a la realidad.

Yo no pensaba que se fuera a morir. Desde luego, no quería que muriera, a pesar de lo que acababa de decirme de su testamento. En aquel momento solo pensaba en que por fin tenía una excusa real para apartarlo de mí y no dejar que las cosas fueran como él quería, al parecer, cuando llegaba el momento de desnudarme.

Desgraciadamente, la cosa no duró demasiado. Él se acordaba del dolor cuando lo estaba sintiendo, estrujándole el pecho como una garra. Pero, en cuanto pasaba, lo olvidaba en seguida, o si no lo olvidaba, decidía ignorarlo, y volvía a ocurrir lo mismo cada noche, aunque yo le recordara el peligro que corría.

—Solo miraré —decía, zalamero. Pero la verdad es que no se limitaba a mirar, ya que verme desnuda parecía ejercer sobre él una atracción magnética, y sus manos invariablemente acababan posándose en mi cuerpo, momento en el cual él decía—: Solo quiero tenerte entre mis brazos. —Pero si lo dejaba abrazarme, sabía que tampoco podría detenerse ahí.

Y pensar que una vez me echó en cara a Casanova, como prueba de la debilidad de las mujeres y su incapacidad de resistirse al acto físico del amor... o de no saber hacer otra cosa, para ser más precisos. Bueno, pues él tampoco parecía saber hacer otra cosa, y yo me estaba cansando ya de tanto intentar alejarlo de mí. Dos veces más necesitó la aplicación de la nitroglicerina, hasta el punto de que empezó a preocuparme que se quedara sin existencias. Pero él me tranquilizó cuando saqué el tema, diciendo que había una farmacia británica de guardia que podía suministrarle más pastillas, si las necesitaba.

Durante una semana o más soporté aquella tensión. De día podía relajarme y disfrutar de Londres, cosa que procedí a hacer, por la mañana sobre todo. Me escapaba de buena mañana igual que hice el primer día, antes de que él se levantase. Hice una amiga, una chica con la que me encontré por casualidad frente a la National Gallery. Supe que era americana por la ropa que llevaba y congeniamos en seguida. Se llamaba Hilda Holiday. Era de Texas, un poco mayor que yo, y se alojaba con su reciente marido (el primero para ella) en el Charing Cross, en la calle Strand, que era donde iba a buscarla yo cada día. Ella no venía al Savoy porque, tal y como me dijo, no tenía «suficiente valor». Yo le aseguré que entrar por aquellas puertas no requería ningún valor, solo dinero, pero ella contestó, riendo: «Tampoco tendría suficiente de eso».

A su marido le gustaba levantarse tarde por la mañana, y ella era libre de corretear un poco por la ciudad, así que nos íbamos a pasear las dos juntas. Congeniamos mucho y nos reíamos de lo lindo, por ejemplo, con los guardias de Buckingham Palace, intentando hacerlos sonreír. Nunca lo conseguimos, pero, una vez, por la forma que tuvo de mirar en nuestra dirección, supimos que uno de los chicos nos había oído. Luego nos reíamos de los aparcamientos que había por todas partes, en los lugares más improbables. Decíamos: «Hay más aparcamientos que coches», porque por entonces ya habíamos notado el poco tráfico que había, aun en las horas punta, ni una décima parte del que había en Nueva York o en cualquier otra ciudad

americana. Y luego un día vimos alrededor de un solar una pared hecha de ladrillos sueltos, y claro, nos echamos a reír, diciendo que «un poco de cemento no iría mal». Pero el encargado intervino: «Es temporal», nos dijo, o más bien lo pronunció «temp'ral».

—Desde el Blitz, quedaron estos huecos del bombardeo. No se puede hacer nada con el espacio, solo alquilarlo, y así da un poco de dinero y ayuda.

Ahí teníamos la explicación de los aparcamientos, y ya no nos pareció tan divertido.

Cuando llegaba la tarde y por la noche yo perdía la compañía de Hilda y recuperaba la de mi marido, y todo se convertía en una batalla encarnizada o una anticipación de la batalla, hasta que finalmente me dormía... y, aun así, nunca estaba segura de que no se fuera a despertar a media noche y meterse en mi cama. Las puertas de los dormitorios no tenían cerrojo, pero yo ponía siempre una silla bajo el picaporte. No sabía si aquello le impediría entrar, ni cómo se lo explicaría si venía, pero al menos el ruido que haría al intentar abrir la puerta me despertaría y estaría sobre aviso.

Una mañana, al atravesar el vestíbulo del Charing Cross, debía de tener un aspecto cansado, o ansioso, o estar un poco más demacrada que de costumbre quizá, con ojeras y sin el maquillaje suficiente para ocultarlas bien, porque Hilda me llevó a un lado antes de salir y me preguntó si todo iba bien. Le dije que sí, por supuesto, pero me sinceré un poco: su marido también era mayor, aunque no tanto como el mío, y ella me había confesado ya antes que había sentido un poco de miedo la noche de bodas. Por supuesto, era virgen; yo no tenía su excusa. Pero el miedo es el miedo, y ella reconoció en mí sus huellas, de modo que admití que sí sentía una cierta tensión, y cuando me presionó, le dije, sin explicar la situación real, que la tensión se debía a las relaciones con mi marido.

Buscó en su bolso y sacó una cajita con pastillas, uno de esos pastilleros pequeños de metal que llevan flores en relieve en la tapa, para que parezcan más femeninos y menos farmacéuticos. En su interior, encima de un trocito de un pañuelo de papel, había cinco tabletas grandes, y ella me instó a que me tomara una. Me la tomé y me dijo que me quedara las demás, y no quiso escucharme cuando me negué, diciendo que tenía más arriba, y que podía darme todas las que yo necesitara.

—Es un sedante que me dio mi médico antes de la boda, cuando le dije cómo me sentía... bueno, ya sabes. Se llama talidomida. Dicen que no te hace ningún daño, no como el Miltown ni esas cosas de las que hablan por ahí.

Yo me tragué la pastilla en seco y ella insistió en que me quedara las demás para luego, «porque yo no las voy a necesitar, ahora que las cosas van tan bien con Tom».

Le di las gracias, sintiéndome ya algo mejor.

—Podrías llevarte todo el bote, Joan... Te lo traeré mañana. Me gusta saber que

le irán bien a alguien. Y pareces tan cansada...

Pero aquello no tuvo ninguna importancia, porque al día siguiente se produjo una nueva causa de ansiedad que hizo que todos los incidentes anteriores parecieran minucias. Earl, que estaba en el salón escribiendo un cheque bancario o algo por el estilo, levantó la vista desde el escritorio y me preguntó en qué fecha estábamos.

—Está en el periódico, ¿te importa mirarlo?

Yo miré y era 22 de octubre. Me dio las gracias y siguió escribiendo. Esa podría haber sido una conversación totalmente intrascendente, pensarán ustedes... pero de repente me di cuenta de lo importante de la fecha. Lo noté en el vientre, como si me hubiesen dado un puñetazo. El día que cogimos a Lacey, cuando volvíamos en coche después, recordé haber pasado junto al mostrador de información con su reloj gigante y la fecha que se indicaba en el tablero que había al lado, y le dije a Tom: «El 30 de septiembre será una fecha para recordar el resto de mi vida». De modo que hacía tres semanas. Tres semanas y un día. ¿Y cuánto tiempo hacía que había tenido la regla por última vez? Pensé que tenía que haberme venido ya, y que si había pasado la fecha, es que estaba embarazada. Y de repente el viaje a Londres con el que siempre había soñado se convirtió en una pesadilla.

¿Qué hacer? Yo no era ninguna ingenua, sabía muy bien cómo se enfrentaban las mujeres a esas cosas... pero no conocía las leyes inglesas, adónde me podía dirigir para abortar, ni siquiera a quién preguntárselo. En casa podría habérselo preguntado a Liz, pero ninguno de los médicos comprensivos a los que ella podía enviarme estaría a este lado del océano, desde luego.

Solo había una respuesta posible: teníamos que volver al otro lado del océano, y rápido.

Me acerqué a Earl y me quedé al lado de donde él escribía, y luego puse una mano suavemente en su hombro. Él se sobresaltó.

—¿Qué ocurre, Joan? —Y luego, con las mismas palabras que había usado Hilda, me preguntó—: ¿Va todo bien?

Yo pensaba que la talidomida evitaría que tuviera un aspecto ansioso, pero estaba claro que no servía para mitigar la ansiedad.

—No, Earl. Me temo que no.

—¿Qué ocurre?

Intentó cogerme la mano, pero yo me aparté de él.

—Quiero volver a casa. Earl... me estoy volviendo loca aquí.

—¿No te gusta el hotel?

—El hotel es precioso. Los restaurantes son maravillosos y el país también es maravilloso... pero no es mi hogar.

—Pensaba que en eso consistía la luna de miel, en apartarse del hogar. Pensaba que te gustaría.

—Sí, claro, Earl, me ha gustado mucho, y te lo agradezco muchísimo... Has sido tremendamente generoso. Pero creo que ya basta. Necesito ver circular los coches de nuevo por el lado derecho de la carretera, y comer comida auténticamente americana otra vez, y volver a oír el estupendo acento americano...

Me miró con curiosidad.

—¿Y eso es todo? ¿Acentos, comidas? ¿O es que no soportas compartir una habitación conmigo?

—¡No! Eso no es cierto. Estoy preocupada por ti... Corres unos riesgos terribles, y me prometiste que no sería así. Pero no, no quiero decir que volvamos a casa a Hyattsville y emprendamos nuestra vida habitual directamente. Podemos quedarnos en Nueva York unos días, a la vuelta... en un hotel de allí...

—No he reservado nada.

—¡Pero podrías hacerlo! Estoy segura de que algún hotel tendrá un par de habitaciones, si se las pides.

—¿Y qué tiene Nueva York que te hace tanta ilusión?

—Bueno, tantas cosas como Londres —dije—. Podríamos ir a alguna obra de Broadway. O... esa de la que habla tanto la gente, *The Fantasticks*, en Greenwich Village.

—No sabía que te interesara tanto el teatro.

—Hace dos semanas pensabas que no había ido nunca en avión. Hay muchas cosas que desconoces todavía de mí.

Al oír esto él me miró otra vez, había algo de desafío en su mirada, pero también vi que su resistencia se debilitaba. Quizá se hubiese cansado de Inglaterra también; después de todo, siempre tenía negocios que hacer, que estaba segura de que haría mejor si no viviera con cinco horas de retraso con respecto a sus colaboradores. Y, efectivamente, dijo:

—Está bien. Esto me da una excusa para ver a Bill de nuevo... mi abogado. Quizás así pueda cerrar ese negocio de una vez.

—¿Qué negocio? —le pregunté.

Él desdeñó la pregunta.

—Nada, una venta, una participación en mi empresa... Hay un tipo por ahí que lleva un tiempo persiguiéndonos y he decidido dejarlo entrar en el negocio. Proporcionará algo de liquidez, que me imagino que nos vendrá bien, dados los gastos extra..., la educación de tu hijo y todo eso.

Yo le volví a coger la mano.

—Gracias. Gracias por hacerme caso.

—Bien, de acuerdo.

En la primera oportunidad que tuve llamé a Liz, le pedí a la operadora que me pusiera con ella en casa, ya que todavía era demasiado temprano para que estuviera

en el Garden.

—¡Es maravilloso, Joan! ¿No? Nada más salir por la puerta y ya lo tienes. Has batido el récord...

—Pues sí, si cuentas desde nuestra noche de bodas. Menos, si cuentas desde la noche que pasé con Tom.

Esto provocó un largo silencio por parte de Liz, tan largo que pensé que se había cortado la llamada.

—Oh, Joanie —dijo al final—. Lo siento.

—Necesito tu ayuda. O puede que la necesite, no lo sé.

—Puedo darte el nombre de alguien a quien acudir, pero deberías ir solo cuando supieras de verdad si lo necesitas o no.

—¿Por qué? ¿No puede decirme también si lo necesito o no?

—No te puedes fiar... Dirá que sí y te raspará igual, lo necesites o no, y así te cobrará toda la operación. No, ve a un laboratorio normal y corriente y que te hagan las pruebas, y si sale que sí, entonces y solo entonces llamas al hombre en cuestión.

El hombre en cuestión era el doctor Ernst Fleischer, que tenía su consulta en Yorkville, o al menos una dirección allí. No sé si los que practican abortos tienen consultas o no. Apunté la información y le di las gracias.

—Por favor, Joanie, manténme al corriente. Llama en cualquier momento, de día o de noche.

—Te lo prometo.

Al día siguiente estábamos en el avión, y en el Kennedy nos esperaba ya Jasper. Earl había hecho algunas llamadas desde Londres.

—Al Waldorf Astoria, Jasper —dijo mientras nos subíamos al asiento trasero—. ¿Sabes dónde está?

—Sí, señor.

Pasamos por Long Island, cruzamos el río por uno de los puentes, no sé cuál, y luego aparcamos frente al hotel. Eran las tres de la tarde y yo sabía que tenía cosas que hacer: buscar un laboratorio, acudir allí, hacer que me sacaran una muestra de sangre o lo que necesitasen, y volver antes de que Earl se preguntase qué estaba haciendo. Jasper me ayudó a bajar, atravesé el vestíbulo con Earl y esperé a que nos hubiésemos registrado.

—Y ahora me perdonarás pero tengo algunas cosas que hacer —dije—. ¿Me reúno contigo más tarde?

Él se quedó sorprendido e iba a decir algo, pero yo me fui rápidamente.

Tenía que conseguir un listín, el de las Páginas Amarillas, o no podía hacer nada. Bajé por la misma avenida donde se encontraba el hotel, Park Avenue, sé ahora cómo se llama, pero entonces no sabía cuál era, y en la calle 49 miré y a una manzana de distancia vi un *drugstore*. Entré, encontré las Páginas Amarillas con su tapa roja,

busqué en «laboratorios», no encontraba ninguno, me di cuenta de que tenía que buscar por «medicina: laboratorios». Encontré uno que estaba solo a dos manzanas de distancia, en la calle 50, entré en el edificio de oficinas donde se encontraba y subí. La señora de recepción se mostró muy amable, me dio un recipiente y me acompañó hasta una habitación. Yo le proporcioné mi muestra de orina, sintiéndome horriblemente culpable, le pagué en efectivo y le pregunté cuándo podía recoger el resultado. «Mañana por la mañana —me dijo—. Abrimos a las nueve».

Volví al hotel a las cuatro y media de la tarde, intentando disimular. Earl me recibió con un pequeño sobre en la mano.

—El conserje me lo ha podido conseguir. —Y como yo no respondía—: Tengo las entradas. ¿Todavía quieres ir?

Cogí el sobre, lo abrí y encontré dos entradas para la representación de aquella misma noche de *The Fantasticks*.

—Sí, sí, claro que sí. Lo siento. Quiero verlo... o verlos, como se diga.

—¿Estás segura? Parece que no estás bien.

Asentí, haciendo un esfuerzo por sonreír.

Y fuimos a un palco de un teatro de Sullivan Street. Pero no me pregunten cómo eran los *Fantasticks*, ni quiénes eran, ni qué ropa llevaban, porque tengo la misma idea que si se tratara del hombre de la luna. Tomé otra de las pastillas de Hilda en el intermedio y conseguí tragarme entero todo el segundo acto, y también el viaje en taxi subiendo hacia la ciudad, durante el cual la mano de Earl no me rozó ni siquiera el muslo.

A la mañana siguiente, igual que hacía en Londres, me escabullí antes de que él se despertara. Vagué por Lexington Avenue y me senté a tomar una taza de café en un bar durante una hora o más, mientras el cocinero preparaba bocadillos de salchicha ahumada, de pie, detrás del mostrador. Tuve mucho tiempo para imaginar qué tipo de barrio podría ser Yorkville, así como la consulta del doctor Ernst Fleischer, a quien me imaginaba vestido con una bata blanca con las costuras ligeramente rozadas por los muchos lavados, con una mesa acolchada cuya oscura superficie de piel brillaba desgastada por el uso, y un par de estribos de metal que crujían cuando se ajustaban, y una bandeja con pinzas e instrumentos cuyo nombre desconocía, pero que me representaba a la perfección en la mente. Él me ayudaba a subir a la mesa con amabilidad y paciencia, el doctor Fleischer de mi imaginación, pero le temblaban las manos, y cuando iba a coger la botella de éter, se le caía al suelo y se rompía...

Llegaron las nueve, pero despacio, mucho más despacio que en toda mi vida. El camarero, un griego de rasgos gruesos, cuyas mejillas ya tenían una sombra azul incluso a aquella hora temprana, me llenó tres veces la taza, bromeando la última vez y diciendo que tendría que cobrarme otra consumición. El reloj de la pared tenía un minuterero que tardaba una eternidad en dar las vueltas, y empecé a mirarlo ceñuda.

Una vuelta más, lo apremiaba, otra más y lo sabré, lo sabré.

Dejé el dinero de una segunda taza y ni siquiera respondí cuando el camarero me llamó para darme las gracias, salí corriendo y bajé por la manzana, la manzana interminable, y subí en el ascensor hasta el último piso (claro, era el último piso, no podía ser otro, ¡y cuánto tardaba el ascensor!). Estaba segura de que cuando llegase allí encontraría cerrada la puerta del laboratorio y el vestíbulo oscuro, sin señal alguna de vida. O mi muestra se habría perdido, o contaminado, o el resultado no sería claro y tendrían que hacer más pruebas, o...

Pero no: la luz estaba encendida, la puerta abierta, y la joven tenía mi informe en un sobre. Me temblaban las manos al abrirlo. Contenía una sola palabra, escrita a mano:

«Negativo».

Debí de demostrar cómo me sentía, porque la chica se echó a reír.

—Ya me imaginaba que le gustaría —dijo.

De vuelta al hotel noté que el alivio me inundaba. Y no solo el alivio. Había oído decir que una gran emoción podía hacerlo, que podía detener tu flujo o acelerarlo, pero aquélla era la primera experiencia directa que tenía del asunto, y corrí a nuestra suite justo a tiempo. Dejé que él viera que sacaba mis compresas, y luego desaparecí en el baño.

Cuando salió él se me acercó y me besó en la frente.

—Siento haberme puesto tan pesada —susurré—, pero había un motivo... Nunca recuerdo el efecto que me causa esta época del mes. Espero que lo comprendas.

Él pareció afectado y dijo que, por supuesto, lo comprendía.

Nos fuimos de Nueva York a finales de aquella semana. Jasper vino a buscarnos. El camino de vuelta fue muy agradable y rápido, y yo lo hice con la cara vuelta hacia la ventanilla, mirando hacia la autopista que corría a nuestro lado. Earl me dejó tranquila, como había hecho desde lo que le dije, ya que, como a la mayoría de los hombres, los procesos del cuerpo femenino le producían perplejidad y lo asustaban un poco.

Al final, llegamos, y a las cinco de aquella tarde, más o menos, después de atravesar el camino de conchas de ostras trituradas, subir la escalinata de ladrillo y atravesar la puerta principal, que mantenía abierta una de las doncellas, con la cocinera y la otra doncella a su lado, entré en mi nuevo hogar por primera vez.

No me había criado en un establo, y en mi casa había cosas bonitas, pero tengo que decir que aquella casa era cinco veces más lujosa que todo lo que yo había conocido. El vestíbulo era amplio, con una escalinata que conducía arriba y se curvaba hasta el balcón de la parte superior, en el segundo piso. En la parte trasera y detrás de la escalinata se encontraba una puerta que daba a lo que llamaban «el patio». A derecha e izquierda se abrían sendas puertas, una que daba a un comedor enorme, la otra a un salón, o mejor sala de estar. Más allá de esa sala de estar y el comedor, a través de otras puertas abiertas, pude ver pasillos con ventanas. Eran las «galerías», los corredores que conectaban las alas de la mansión con el centro. En todas partes, los muebles, al menos los que yo vi, eran fantásticamente lujosos: pesadas sillas de caoba, mesas y divanes, sofás tapizados, alfombras que parecían orientales... En el vestíbulo se encontraban unos grandes baúles con almohadas tapizadas encima, y a lo largo de la pared corría una barandilla de latón.

—Un detalle —me explicó él más tarde—, que copié de Irlanda. Es para que se agarren los borrachos, te dirán, cuando salen de tu casa por la noche... En realidad es para colgar los abrigos, mucho más práctico que armarios, perchas o cualquier otra cosa que tiene la gente. Cualquiera que venga puede dejar sus cosas en la barandilla en un momento, colocar su sombrero encima y unirse a la fiesta.

Aquella tarde lo único que podía hacer yo era mirar. Seguí maravillándome cuando una de las doncellas me llevó a mi habitación, en realidad mi suite, porque tenía salón y dormitorio, y entonces se me aceleró el corazón, porque a través de la puerta abierta vi el cuarto infantil que estaba más allá, con una cuna que tenía dos barandillas, un caballo con motor eléctrico y dibujos de conejitos en las paredes. Al cabo de un par de minutos bajé la escalera de nuevo.

—Earl —le dije—, me has dejado sin habla con esa habitación tan bonita que has preparado para Tad... Quiero ir a buscarlo ahora. Quiero tenerlo conmigo esta misma noche. ¿Es pedir demasiado que vayamos...?

—Ya suponía que querías ir a buscarlo.

—Esperaba que lo dijeras tú.

Él me miraba muy serio. Me pasó por la cabeza que quizás estaba demasiado serio, que a lo mejor no quería ir en realidad, pero accedía porque era su forma de hacer honor a nuestro acuerdo, el que habíamos hecho, porque aunque nunca habíamos hablado de aquel momento, siempre había estado presente entre nosotros, acechando bajo la superficie.

Llamé a Ethel y le pregunté si podía llevar a mi nuevo marido «de visita», y supongo que disfruté por un momento del asombro que le provocó aquello. Hubo un silencio total durante un tiempo.

—Sí, claro, aquí estaré... —dijo, finalmente—. No sé si también Jack, no está en casa ahora mismo, y quizá llegue tarde. Pero... muy bien, te esperaré.

Earl y yo subimos al coche, y Jasper nos condujo hacia allí. Nadie nos esperaba en la puerta delantera cuando aparcamos, y salíamos ya del coche cuando Ethel apareció en la entrada con unos Levis. Era la forma que tenía de hacernos un desprecio, porque había tenido tiempo de sobra para subir y ponerse un vestido, y al no mostrarnos semejante cortesía nos demostraba lo que pensaba de nosotros. Cuando le presenté a Earl, ella asintió.

—White... —exclamó—, así que ése es tu nombre ahora... En el telegrama que nos envió Joan desde Londres habían puesto What, y todos pensamos que había sido un error, pero no estábamos seguros. ¿Por qué no entramos todos?

Earl sonrió, pero no dijo nada al ver los malos modales que mostraba Ethel, y dejó que nos introdujera en la casa por el caminito que pasaba a un lado, hacia el patio trasero. Allí mi corazón dio un vuelco, porque junto a la valla de atrás, jugando en un tobogán con otros dos niños, se encontraba Tad. Él no me vio, lo que me iba muy bien, porque así tenía la oportunidad de decirle a Ethel por qué había venido, cosa que hice de inmediato:

—Bueno, parece que está estupendo, Ethel, y te estaré eternamente agradecida por la forma que has tenido de cuidarlo, que ha sido maravillosa... pero me lo voy a llevar a casa ahora mismo, si no te importa. Al final tengo un sitio estupendo para él, gracias a mi marido... De modo que no tendrás que molestarte nunca más por él.

—Pensaba que ya había quedado claro, a estas alturas... No es ninguna molestia, Joan... Para mí al menos no lo es.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, pues que parece que para ti sí que ha sido una molestia, pero ahora las cosas son distintas.

—Nunca ha sido una molestia para mí, como creo que sabrás bien...

Habría dicho más cosas, sin duda, pero Earl me cortó levantando la mano y diciendo, muy conciliador:

—Estoy seguro de que jamás ha sido una molestia para ninguna de las dos, ni para la señora Lucas ni para nadie... y que no lo será tampoco para ninguno de nosotros. Dígame, ¿cuánto le debemos?

Fue la forma perfecta de ponerla en su sitio, y yo no podría haberme sentido más feliz con Earl que en aquel preciso momento. Ella protestó y dijo que no se le debía nada, pero Earl ya tenía en la mano un buen fajo de billetes, que había sacado despreocupadamente del bolsillo, y fue seleccionando billetes hasta un total de ciento cincuenta dólares, y luego añadió veinte más para redondear.

—Aquí tiene. Por favor, acéptelo, para nosotros no es nada, y estoy seguro de que le vendrá bien.

¡Ah, qué cara puso ella! Pero cogió el dinero, claro.

—Creo que ya es hora de que el señor White conozca a Tad —dije.

—Claro, por supuesto.

Así que mientras Ethel se sentaba en una silla del jardín, yo lo llevé atrás, a los columpios. Cuando Tad me vio, finalmente, vino, no corriendo ni mostrando demasiado interés, pero al menos sí que vino sonriendo, como si se alegrase de verme. Me incliné y lo besé, y entonces cometí un gran error. En lugar de presentarle a Earl discretamente, sin explicarle nada al principio, y dejando que se fuera familiarizando con él poco a poco, estaba demasiado emocionada para tener buen juicio, o para saber lo que estaba haciendo. Me incliné, lo besé, lo abracé.

—Sí, soy mamá —le dije—, y me alegro muchísimo de verte. ¿Te alegras tú también?

Él asintió, ya desaparecida su timidez, y acercó la boca para darme otro beso. Yo le di otro y entonces al final se lo dije:

—Y ahora mamá tiene una gran sorpresa, una sorpresa maravillosa para ti. Tad, éste es el señor White, el nuevo marido de mamá, que va a ser tu papá también a partir de ahora... y los tres nos vamos ahora en su enorme coche, a la bonita casa nueva que vamos a tener, y allí viviremos todos juntos, y...

Y al decir todo esto lo cogí en brazos y lo levanté. Pero antes de que pudiera decir nada más, él vio a Earl, que estaba de pie a mi lado, sonriéndole, con la mano tendida, y lanzó un grito no de miedo, sino de auténtico terror. Empezó a dar patadas, retorcerse y luchar, de modo que tuve que volver a dejarlo en el suelo. Sin la menor vacilación, el niño corrió hacia Ethel, que se había levantado de la silla. Lo cogió entre sus brazos y empezó a besarlo, a acariciarlo y a calmarlo, hasta que al final el niño se tranquilizó. Yo tuve que quedarme allí de pie contemplando aquello, y no pude decir ni una sola palabra, ya que ella no podía hacer otra cosa. No me ofendí, no le guardo rencor ni siquiera ahora mismo, pero lo que uno puede soportar tiene un límite.

Al final murmuré:

—Bueno, Ethel, si puedes quedártelo un poquito más...

Sus ojos buscaron los míos, regodeándose, por encima de la cabeza de mi hijo.

—Sí, claro, Joan. No tienes ni que decirlo.

—Solo hasta que nos hayamos instalado un poco mejor y veamos cómo nos organizamos...

—Joan, el niño puede quedarse el resto de su vida, si lo desea —explotó ella. Y luego dijo—: Y tendrías que haber pensado en los deseos del niño cuando tuviste esta gran inspiración.

—Ethel, creo que será mejor que nos vayamos.

—Sí, en eso tienes razón.

Así que acabamos rodeando la casa una vez más, Earl y yo solos, y luego nos metimos en el coche y volvimos a casa.

Debo decir que él se portó muy bien en todo momento y fue muy comprensivo.

—No te preocupes... —dijo, dándome palmaditas en la mano—, son cosas que pasan, no se sabe por qué. Te aseguro que yo no he hecho nada, al menos voluntariamente, para provocarlo. Me ha parecido un niño muy mono, un niño encantador.

Yo le repetía que no era culpa suya, sino mía, «por no haber llevado bien las cosas», pero me parecía que mi boca hablaba sola, y apenas sabía lo que decía. En casa, cuando entramos al fin, le dije de repente:

—Earl, me voy a mi habitación. Quiero estar sola. Tengo que estar sola.

—Claro, claro, Joan. Desde luego.

Así que subí, me quité la ropa, me eché en la cama y cerré los ojos. Y entonces al fin comprendí la verdad: mi hermoso sueño, el que tanto había acariciado y tramado y preparado, y que al fin se había convertido en realidad, me había explotado en la cara en un momento horrible y espantoso.

Durante un rato, allí a solas conmigo misma, solo pude pensar eso, o aceptar eso. El efecto que tendría todo aquello en el futuro, en el futuro de Tad, en mi futuro, en mis futuras relaciones con Earl, todo aquello no importaba... Estaba demasiado conmovida, demasiado petrificada para pensarlo. Cuando al final se me empezó a aclarar la cabeza me pregunté qué habría causado semejante reacción en Tad, qué había hecho yo, qué había hecho Earl, qué podía haber hecho Ethel para provocar algo que parecía automático, completamente instintivo. Y durante un rato me culpé a mí misma por querer precipitar las cosas, presentándole a un nuevo papá y prometiéndole una nueva casa todo de golpe, una maravillosa sorpresa. Si le hubiera dicho una cosa cada vez, dejando que fuera haciéndose a la idea antes de pasar a la siguiente, las cosas podían haber ido de otro modo. En realidad, durante un momento me pareció que podía empezar de nuevo, quizá meter a Tad en el coche, traerlo a casa y que viera la sorpresa que le había comprado Earl: quizás un nuevo triciclo, o un

cohecito, algo así. Pero de repente me incorporé y me quedé sentada en la cama, mirando hacia la ventana, mientras la verdad penetraba en mi interior y comprendía por qué el niño se había sentido aterrorizado al ver a Earl.

Si yo lo estaba, ¿por qué no iba a estarlo él?

Supe entonces, al fin, que lo que había ocurrido era definitivo y que no se podía hacer nada. Pasó por mi mente lo que yo misma había sentido cuando él me abrazó en el coche, antes de nuestra boda, y cuando nos besamos, y cómo me sentía cuando él entraba a la fuerza en mi habitación, reclamando el derecho a ver cómo me desnudaba. Y mi vientre empezó a decirme lo profundo que era mi miedo. Y al final empecé a darme cuenta de lo terrible que es que tus sueños se conviertan en realidad.

Ya estaba oscuro cuando oí unos golpecitos en la puerta, contesté y él entró. Encendí la luz y él se sentó en la silla a mi lado, mientras yo todavía estaba echada en la cama.

—¿Te encuentras mejor? —me susurró.

—Sí, creo que sí, un poco mejor —le dije—. Al menos ya me he acostumbrado. Earl, he perdido a mi hijo.

—Quizá no... Puede ocurrir cualquier cosa. Pero quiero decirte una cosa, Joan. Estoy tan desconcertado como tú. Juro que no hice nada para que el niño reaccionase de esa manera...

—Earl, sé que tú no hiciste nada, lo sé sin necesidad de que tú me lo digas.

Él no estaba haciendo nada tampoco entonces, pero, sin embargo, echada como estaba en la cama, notaba el mismo terror que había traicionado a Tad con aquel grito. Sus ojos se movieron hacia mis piernas, que tenía cruzadas y solo con las medias. No me di por enterada, pero cambié la conversación hacia Ethel.

—Supongo que es lo que ella esperaba... Vive solo pensando en el día en que pueda reclamar a Tad y quedárselo para ella.

Él asintió.

—Eso me ha parecido —dijo él—, cada vez que me has hablado de ella. Está muy claro... Quiero decir, los motivos que tiene. Lo bueno del caso es que al menos, si quiere tanto al niño, puedes estar segura de que estará bien cuidado.

Al oír aquello, por muy bienintencionado que fuese, sin duda, el corazón me dio un vuelco. Me quedé helada. Porque me pareció descubrir en su voz un asomo de alivio... como si hubiera aceptado la carga de criar a mi hijo, pero se sintiera feliz de no tener que hacerlo.

—Joan, ¿estás preparada para bajar? —dijo bruscamente.

—¿Bajar?

—¿A cenar?

—Ah. No lo había pensado.

—¿O preferirías salir?

Yo tenía mis deberes también, de eso me daba cuenta. Y no pensaba salir corriendo para huir de ellos a la menor oportunidad que tuviera.

—Supongo que los sirvientes se sentirían un poco dolidos, porque se habrán esforzado mucho para complacer a la novia su primera noche en casa, si decido cenar fuera. No, será mejor cenar aquí. ¿Puedo preguntarte sus nombres?

—Las doncellas son Myra y Leora... Myra es la más bajita. La cocinera es Araminta, a la que llamamos Minnie. Jasper es su marido. A los hombres los conocerás mañana... No estarán para la cena. Por cierto, cuando les pagues a primeros de mes, esperarán un pequeño regalo de tu parte, como apreciación por...

—Los servicios prestados... En otras palabras, una propina. Se la habría dado de todos modos. Yo misma he trabajado por las propinas, como sabes perfectamente. Tú me las dabas.

—Era lo menos que podía hacer...

—Sí, bueno... me iluminaron en los días más oscuros —dije, dejando sin pronunciar la palabra que pugnaba por escapar de mis labios al final de la frase: «temporalmente».

Me levanté, me fui al baño y me refresqué la cara, salí, me peiné mientras él me miraba, y luego bajamos. Las doncellas estaban en la puerta del comedor y me hicieron pequeñas reverencias, que yo agradecí llamándolas por su nombre y estrechándoles las manos. Luego fuimos a la cocina a saludar a la cocinera, a la que también llamé por su nombre completo, Araminta, cosa que le complació mucho, como ya me imaginaba. Jasper estaba también allí, y le estreché la mano a su vez. Cuando volví y ocupé mi sitio a la cabecera de la mesa, ambas doncellas parecían muy amables conmigo, y detecté sorpresa en su comportamiento, así como en el de él. No sé qué esperaban, pero me habían educado para que supiera tratar al servicio como seres humanos, y nunca había lamentado tal cosa.

Para cenar había una macedonia de fruta, cordero asado, patatas nuevas, guisantes, ensalada y helado. Mientras Earl cortaba el cordero, Myra nos sirvió unas bebidas, agua tónica para él y una copa de vino, que yo no había pedido, para mí. Me pareció sorprendente que él no les hubiera dicho que yo no bebía, pero no era el momento de corregir aquel error, así que me limité a sonreír y fingí que bebía un sorbito. Solo el sabor de la bebida en mis labios me mareó ligeramente... Lo recordaba como el sabor de los labios de Ron muchas noches, cuando volvía a casa borracho y me apretaba contra su cuerpo.

Después de cenar y tomar café, salí del comedor y felicité a Araminta por aquella excelente cena, y di también las gracias a las doncellas por su servicio. Luego me dirigí a la sala de estar, donde me pareció oportuno decir: «Me parece que ahora ya me encuentro un poco mejor». No era así. En realidad me encontraba peor, a medida que empezaba a poseerme la ansiedad por lo que ocurriría cuando subiéramos al piso de arriba y nos fuéramos a la cama. Sin embargo, no pasó nada: él me dejó ir a mi habitación y no hizo ademán de seguirme, y me deseó buenas noches en la puerta, dándome solo un ligero beso, en el vestíbulo exterior.

Me sorprendió mucho... pero la verdad es que parecía preocupado cuando nos quedamos en el salón después de cenar, una hora más o menos, yo sentada en una silla en lugar de ocupar un sitio en el sofá, y él en otra silla al otro lado de la habitación.

—Quizá debamos alegrarnos de que haya pasado esto —dijo, al cabo de un rato.

—¿Alegrarnos? —me sorprendí, pero procuré que mi voz sonase neutra.

—Esto aclara las cosas, en realidad.

—¿Cómo que las aclara?

—A partir de ahora solo estamos tú y yo. Se me ocurren ideas...

—¿Qué ideas, Earl?

—Ya lo verás... Ideas positivas, es todo lo que puedo decir ahora. Creo que te gustará... Incluso podríamos decir que te encantará. Pero... dejemos que sea una pequeña sorpresa.

Mi gran sorpresa para Tad se había convertido en un descalabro; cómo acabaría esta otra para mí, no lo sabía, pero se me revolvió el estómago de una manera que podía resultar indicativa. Y aunque él no me siguió a la habitación cuando subimos, ni intentó ver cómo me desnudaba, ni se puso pesado, como había hecho tantas veces antes, sino que simplemente me besó y me deseó buenas noches, al volverse me guiñó un ojo. De modo que me quedé tendida en la cama en la oscuridad intentando imaginar qué podía significar aquello. Al cabo de un rato me incorporé y me quedé mirando por la ventana. Porque se me había ocurrido una idea: para averiguar de forma infalible lo que era, no debía hacer otra cosa que pensar en lo peor que se me pudiera ocurrir, y sería eso, seguro.

Lo peor que se me ocurría era que él se propusiera incumplir nuestro trato y consumir el matrimonio... o al menos intentarlo. Noté que se me secaba la boca, y quise imitar a Tad y gritar de horror, igual que había hecho él. Pensé: ¡no puede ser eso! El médico se lo ha advertido... Es impensable. Sin embargo, resulta que si deseas algo con mucha intensidad, no solo se puede pensar, sino que también se puede hacer.

Yo dormía cuando sonó un golpecito en la puerta. Dije «adelante» y él entró, me dio un beso y me deseó buenos días, y me dijo que tenía que irse al trabajo...

—Llevo mucho tiempo fuera y se han ido acumulando las cosas. Le dije que estaba muy orgullosa de él por llevarlas como lo hacía, sin dejar que nada interfiriese en ellas. Y que eso yo lo respetaba mucho. Y aunque pueda sonar hipócrita, la verdad es que no lo era, decía lo que sentía, con total honradez. Respeto mucho a las personas que hacen bien su trabajo, ya sea barbero, camarera o lo que sea, e intento tener siempre buenos modales, sean cuales sean mis sentimientos.

—Vale, vale —susurró él—. Y ahora vuelve a dormir. Pero esta noche espero tener algo que contarte.

Se fue y yo me levanté. Cuando bajé a desayunar comprendí, por la forma que los criados tenían de comportarse, que me había marcado un punto con ellos. Myra me presentó a los demás, a los hombres, que se llamaban Jackson, Coleman y Boyd. Boyd era el primo de Myra, y sustituía a Jasper como chófer cuando Jasper tenía el día libre. Aquél era precisamente uno de esos días, y él se ofreció a llevarme adonde yo quisiera, pero le dije que prefería quedarme en casa para irme familiarizando con

el lugar.

Había una extensión telefónica en el vestíbulo del piso superior e hice dos o tres llamadas, una a Jake a su casa, otra a Bianca y por supuesto otra a Liz. Le rogué que pasara a verme a casa aquel mismo día, y quedamos en que vendría a comer. Me alegré tanto de verla que me eché a llorar, sobre todo al ver cómo iba vestida, tan distinguida, y todo ello en mi honor y en honor de quien pudiera verla. Se había puesto un traje pantalón color beige, muy bonito y favorecedor, y se había sujetado el pelo canoso con una cinta roja. Después de comer me acompañó al piso de arriba, a mi habitación, pero apenas había cerrado yo la puerta cuando me llevó a la cama, me empujó encima de ella y cogió una silla para sentarse al lado.

—Venga, chica, cuéntamelo todo —susurró—. ¿Qué ha ocurrido?

Porque yo no le había llamado antes, a pesar de mi promesa. Se lo conté todo, lo del laboratorio y el resultado de los análisis.

—Gracias a Dios, Joan. Crucé los dedos pensando en ti. Pero no pareces demasiado feliz... ¿Qué pasa?

—Es por mi niño, Tad.

Entonces le conté cómo había gritado, y lo que aquello había supuesto para mí. Pero no pude parar. Seguí contándole lo de mi matrimonio con Earl y el trato que habíamos hecho.

—Pero ahora —dije—, algo me dice que el trato se va a romper..., que nuestro matrimonio acabará siendo como cualquier otro. Que él quiere... consumarlo, como dijo el abogado. Y ahora estoy acorralada..., me parece que estoy acorralada.

—¿Y no quieres?

—Ni soñando.

—Vale, muy bien, cariño. Es algo que le puede pasar a cualquier mujer... A mí misma, de vez en cuando... Pero por un motivo u otro, tienes que hacerlo, sea como sea. Así que cierra los ojos e imagina que es Rock Hudson.

—Ojalá pudiera...

—¿Por qué no puedes?

—Por muchas cosas.

—¿Como Tom Barclay, por ejemplo?

No le respondí. Me habría gustado hacerlo. Me habría gustado burlarme y preguntarle qué tenía que ver él. Pero me di cuenta de que al pronunciar su nombre me dio un vuelco el corazón, y que eso tenía algo que ver con él, o mucho, de hecho. Y por mi reacción, ella se dio cuenta también.

—Vale, o sea que es eso, que se trata de él. No puedes imaginarte que tu marido sea él, aunque te gustaría que lo fuese, y eso hace que resulte desagradable. Así que estás en un aprieto... Pero al menos Tom se alegrará de saberlo.

—¿Qué te hace pensar eso, Liz?

—Te gustaría saberlo, ¿eh? —Se encendió un cigarrillo, dio una calada y siguió hablando sin que yo tuviera que responder—: Vale, pues te lo diré. Viene al bar, Joan. Se sienta conmigo y no para de hablar.

—¿De mí, quieres decir?

—No habla de otra cosa. Está muy amargado. Siente que lo engañaste, cree que fue por dinero y no te respeta.

—¡Pero no lo he hecho por el dinero!

—¿Entonces por qué lo has hecho?

De repente se mostraba muy seca, y noté, aunque estaba muy unida a ella, que ella tampoco me respetaba.

—Lo he hecho por Tad.

—Y me pregunto de qué te ha servido.

—Por el amor de Dios, calla.

—Chica, te lo has ganado a pulso.

—¿Y dices que Tom va todas las noches?

—Todas las noches, hasta ahora.

—Entonces, Liz, si tienes ocasión podrías decirle, como de pasada, que... le he sido fiel... hasta el momento. Y que pienso seguir siéndolo, maldita sea. Pero, por favor, por favor, por favor, no le digas que te lo he dicho yo.

—Si lo hiciera, vendría corriendo al minuto siguiente.

—Y se arriesgaría a que lo echara.

—No estoy segura de eso —dijo Liz—. No estoy segura.

—Por favor, no lo hagas.

—Ya me pensaré lo que le digo y lo que no le digo.

—Aún no estoy preparada para él.

Ella me miró un rato, y luego me preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

Supongo que yo también me quedé mirándola un rato.

—Liz, no estoy segura —dije, al final.

—Si te refieres a lo que creo que te refieres...

—Quiero decir que Roma no se hizo en un día. Quiero decir que lo primero es lo primero. Y lo primero de todo para mí es dejar bien claro que un trato es un trato. En cuanto eso quede bien claro, ya podremos seguir adelante, y ya veremos adónde vamos a parar.

—¿Y Tom? ¿Qué puede hacer él?

—Cada cosa a su tiempo, Liz.

—Vale, vale, solo te preguntaba...

Yo estaba medio histérica, y ella intentaba calmarme. Luego consultó su reloj.

—Tengo que irme corriendo o Jake me matará. Bianca todavía no ha encontrado a

nadie que te sustituya, así que vuelvo a hacer el doble de trabajo.

—Lo siento mucho, Liz.

—No me quejo. Simplemente te digo lo que hay. —Dudó un momento—. En cuanto a Tom, le diré que mantenga los dedos cruzados, que quizá se avecinen cosas nuevas. Le diré que se calme y que esté tranquilo.

—Gracias.

—A lo mejor no se lo toma bien. No tiene mucha paciencia.

—Deberá tenerla esta vez, Liz. No le queda otro remedio.

Ella se fue y yo me levanté y me vestí. Luego bajé y me senté en el salón, esperando que Earl volviese a casa. Pero no estuve mucho rato, porque a las cuatro y media llegó el coche y entró él, animado y alegre.

—Dispuesto para dar un paseo hasta el Garden of Roses... solo que esta vez la que me servirá será Liz, en lugar de una guapa chica que conozco.

Yo le acaricié la mejilla y le dediqué la sonrisa que buscaba. Admito que me sorprendió que deseara mantener su costumbre de visitar el Garden, pero no había razón alguna para que no fuera así. Llevaba mucho tiempo yendo, mucho antes de que yo apareciese, de modo que, ¿por qué no continuar con su costumbre?

—Pero, Joanie —susurró, abrazándome—, cuando vuelva te daré una gran noticia. Todavía me cuesta creerlo. Te daré una pista: a partir de ahora podremos llevar una vida normal, como las demás personas.

Y subió, se cambió y se puso ropa más informal, los zapatos deportivos que llevaba en esas ocasiones, los pantalones de tejido grueso, la camisa de franela y la americana. Me acarició y me dio un beso y se dirigió a la puerta, haciendo señas a Boyd y señalando su reloj. Luego, bruscamente, se fue andando. No me había dicho nada, si deseaba ir a algún sitio o no, y yo pensé: «Tengo que arreglar esto ahora mismo». De modo que me puse el abrigo y salí hacia donde estaba Boyd, en el coche, esperando para traer de vuelta a Earl. Me metí en el asiento trasero y le pedí que me llevara al garaje donde había dejado mi coche. Él pareció algo sorprendido.

—De acuerdo, señora White.

—Preferiría que me llamase Joan.

—De acuerdo, Joan —dijo Boyd.

Una vez en el garaje pagué los gastos de mi coche, que ascendían a treinta y cinco dólares, y volví conduciendo yo misma. De camino pasé junto a mi antigua casa, mi pequeño y anticuado bungalow, el único hogar que había conocido desde que salí huyendo de Pittsburgh. Estaba exactamente igual. Pasé de largo. Cuando volví a la mansión White (no soy capaz de acostumbrarme a decir «a casa») di la vuelta para entrar en el garaje y dejé allí mi coche. Había tres coches más: un coche familiar, una camioneta y un sedán algo destartado, que probablemente pertenecía a uno de los criados. Estoy segura de que podía haber conseguido las llaves de uno de los otros dos vehículos y usarlo, pero yo era feliz teniendo a mano mi propio coche.

Justo antes de las seis volvió Earl, en el coche con Boyd, me reuní con él en el vestíbulo y le pregunté si le había gustado el paseo.

—Muy bonito —me respondió—, excepto la parada en el Garden. Tu antigua colega, Liz, es una persona muy poco recomendable, es vulgar, se toma demasiadas confianzas y es reprobable en todos los sentidos.

—A mí me gusta.

—Pues a mí no.

—Es amiga íntima mía, casi la única amiga que tengo aquí, y te agradecería que no hablaras mal de ella.

—Como quieras...

—Bueno, entonces no digamos nada más de ella.

Me mostré un poco brusca, aunque no lo pretendía. Y luego pensé que era mejor mostrar interés.

—Pero, Earl, decías que tenías noticias... ¿Qué es?

Desapareció su ceño fruncido y el rostro se le iluminó.

—La mejor noticia imaginable. Joan, hoy he visitado a un nuevo médico, y le he contado lo que me dijo el doctor Cord... Que debía vivir con mucho cuidado el resto de mi vida, que no se podía hacer nada... y se ha echado a reír. Dice que todo eso está anticuado. Quizás hace diez años fuese cierto, pero hoy en día no. Ha empezado conmigo una serie de tratamientos que dice que tendrán resultados instantáneos. Una cosa que se llama quelación intravenosa... Es una técnica nueva, mediante la que te administran unos productos químicos y estos van limpiando todo lo que causaba problemas. No entiendo los detalles, pero a grandes rasgos se trata de eso. Y unas inyecciones de vitamina E dos veces al día.

—¿Y cree que así se te curará la angina de pecho?

—Está seguro. Lo ha hecho con una docena de pacientes..., dos docenas quizás, y ha funcionado en todos ellos.

—¿Y lo has probado hoy mismo? ¿Duele?

—No, en realidad no está mal. Las inyecciones son normales y corrientes, y la quelación... Bueno, tienes que quedarte sentado un par o tres de horas con una bolsa que va introduciendo poco a poco una sustancia en tu brazo a través de una aguja. Notas como un pellizco cuando te ponen la aguja, pero después incluso te olvidas de que la tienes.

—Hasta que te levantas e intentas andar.

—Está en un gotero —dijo él—. Con ruedas.

—Vaya, pues es muy emocionante todo esto —dije, intentando que mi voz sonara complacida—. Y supongo que vale la pena intentarlo. Pero ¿cómo sabrás si funciona o no?

Esbozó una enorme sonrisa, como si fuera un niño.

—Tendremos que probar, ¿no? Me ha dicho que esta noche es demasiado pronto, ya que el tratamiento necesita unas horas para hacer efecto.

—Earl, no estoy segura... Correrás un riesgo terrible...

—El doctor Jameson me ha asegurado que no es así.

—No será el doctor Jameson el que se ponga en peligro.

—Su reputación sí.

—¡Pero está en juego tu vida!

Earl parecía frustrado.

—¿O sea que no quieres intentarlo?

—Dame un minuto para pensarlo.

—Te doy diez segundos.

—Pues no, estoy demasiado asustada. No quiero que se repita lo que pasó en Londres, o peor aún.

—Lo que ocurrió en Londres lo provocó lo mucho que tuve que luchar contigo. Si dejas de resistirte y cooperas, entonces...

—No, no pienso cooperar.

Mi boca pronunció esas palabras, frías y tranquilas, con total deliberación. Su humor cambió totalmente, al momento.

—Ya veo que no lo harás —dijo, también tranquilo.

—No quiero que te mueras a mi lado...

—No, Joan. No mientas. —Se me acercó más—. No es ése el motivo. Suena muy noble, pero tu respuesta no me convence del todo. No piensas cooperar porque no quieres cooperar. Me siento como un idiota.

—Earl...

—Has estado jugando conmigo, ¿verdad? Fingías que me querías a mí, cuando en realidad lo que querías era mi dinero..., mi fortuna, esta casa, estos criados y todo lo que te he dado. Es...

—Earl, eso no es verdad y puedo demostrarlo.

—Muy bien, demuéstalo.

—Si fuera tal y como tú dices, lo único que tendría que hacer es cooperar, y como quien no quiere la cosa me encontraría con un cadáver... y todo sería para mí. Por el contrario, por tu propio bien, me niego a cooperar, a riesgo de tu vida. ¿No te parece que eso lo demuestra?

—Quizá, cuando todavía existía un riesgo. Ahora que no existe, pues no.

—Bueno, tú puedes pensar que ese nuevo tratamiento es muy seguro, pero en el fondo creo que son ilusiones que te haces, y a lo mejor hasta es un engaño, y si yo tengo razón, podrías morir. ¿Qué más quieres que te diga?

Pero él meneaba la cabeza negativamente.

—No puedes decir nada más, porque no me estás diciendo la verdad. Me estás mintiendo a mí y también te mientes a ti misma.

—Ah, así que sabes lo que yo me digo a mí misma... Me gustaría saber cómo consigues eso.

—Con mucho gusto. Lo que dicen tus ojos no es lo mismo que sale de tu boca... Tienen la misma mirada que ese niño tuyo cuando me chilló. Te pareces muchísimo a

él, Joan, y tus ojos dicen lo mismo. Él me odia, y tú también me odias. Lo empecé a sospechar en Londres, cuando no me dejaste que te tocara, cuando insististe en que volviésemos antes a casa. Y ahora...

Intenté cogerle el brazo, pero él se soltó y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Jasper...! ¡Jasper!

Desde la cocina, y luego por la puerta del comedor, apareció Boyd, abrochándose la chaqueta mientras venía corriendo.

—Jasper se ha tomado el día libre, señor White, ¿no se acuerda?

Earl no respondió, salió como un loco y se fue hacia el coche, y se metió dentro. Boyd lo siguió, se inclinó junto a la ventanilla, se tocó la gorra al oír algo que procedía de dentro, subió al coche y se fueron.

No tenía ganas de cenar y fui a la cocina para decírselo a Araminta, así como a Myra, que también trabajaba esa noche. Me disculpé por no tener hambre y ellas dijeron que no importaba. Se mostraron muy amables, pero por la manera que tuvieron de tratarme supe que sabían por qué era.

Me fui al piso de arriba y estuve sufriendo un rato... pero después me di cuenta de que en realidad sí que tenía hambre. Como había rechazado la cena ya hecha, sin embargo, no podía cambiar de opinión y decirles que la volvieran a hacer. Se me ocurrió dónde podía comer. Decidí salir por la cocina y sorprendí a Araminta y Myra, que estaban cenando juntas.

—Si vuelve el señor White mientras estoy fuera, díganle que volveré a las nueve o las diez, ¿de acuerdo? Tengo que hacer un recado. Cogeré mi propio coche.

—Sí, señorita Joan. Así lo haremos.

Fui hasta el Garden, aparqué y entré en la coctelería. Estaba atestada, y Bianca echaba una mano a Liz. Bianca se acercó, nos estrechamos la mano, preguntó cómo me iba, y cuando le expliqué que había ido allí a cenar, me colocó en una mesa, la misma a la que se sentaba Earl y a la que se sentaba también Tom, y me preguntó qué deseaba tomar.

—¿Qué tienes? —le pregunté—. Tengo mucha hambre.

—Rosbif, pollo asado, goulash...

—Tomaré el goulash, Bianca.

El goulash estaba hecho con su propia receta especial, de la que estaba muy orgullosa, de modo que pedirlo era como hacerle un cumplido. Ella se fue a la cocina a encargarlo mientras yo estrechaba la mano a Jake y luego abrazaba a Liz, la besaba y le decía:

—Sorpresa, sorpresa. —Y entonces me llevé mi cubierto a la mesa como había hecho con los clientes tantas veces (servilleta, tenedor y cuchillo, cuchara, pan y mantequilla, todo lo que se tomaba con la cena) y me senté. Pero de repente tuve un impulso.

—No hace falta que me sirvas, Bianca —le dije—. Comeré en mi sitio de siempre.

De modo que me llevé el cubierto de nuevo a través de la puerta batiente, y entré en la cocina, estreché la mano al señor Bergie, así como al pinche que lavaba los platos, que era nuevo. Entonces le dije al señor Bergie:

—Es para mí el goulash que acaba de encargar Bianca... y me lo tomaré aquí, en mi sitio de siempre.

Me senté a la misma mesa plegable a la que me había sentado la primera noche, entre el fogón y la puerta de la despensa. Me puse cómoda y esperé mientras el señor Bergie me preparaba el plato. Luego fui a cogerlo, con los cubiertos que tenía en la mano, me senté y comí.

—El goulash está buenísimo esta noche —le dije, y él me dedicó un saludo.

Cogí un poco de ensalada del refrigerador, decidí saltarme el postre y me serví también un café solo. Luego me quedé allí sentada tomándome el café, y me sentí mucho más tranquila y relajada, como si me encontrara entre amigos.

Cuando volví al bar había cesado la aglomeración de la hora punta, así que me senté a la misma mesa y continué mi charla con Liz.

—Ha venido alguien —susurró.

—¡Oh! ¿Cuándo...?

—Hoy, nada más abrir.

—¿Y...?

—Le he dicho que te había visto.

—Ah, bien...

Intenté disimular, pero ella no dejó que la cosa quedara ahí. Se quedó de pie a mi lado y esperó, y al final no pude aguantar más.

—Bueno —estallé—, ¿qué ha dicho?

—Que no podía importarle menos... o algo por el estilo.

—¿Y qué? No podía importarle menos.

Pero ella seguía a mi lado, y una vez más salté:

—¿Y qué le has dicho tú?

—Nada que se pueda repetir. —Y luego—: Le he dicho que deje de decir estupideces, y que si quiere oír el resto, que lo diga.

—¿Y qué? ¿Lo ha hecho?

—¿Tú qué crees?

—¿Y qué le has dicho entonces?

—Cariño, no sé si he hecho bien, pero me ha parecido que podía evitar una situación desagradable... Quiero decir que sabiendo lo que me has dicho tú hoy, él podía sentirse mucho mejor, y no lanzarse a hacer alguna tontería. De modo que me he tomado la libertad de decirle lo que tú me has dicho... no todo, pero más o menos

se ha hecho una idea.

—¿Qué idea, Liz?

—Que tú estás colada por él todavía y que no te has acostado aún con tu nuevo marido por eso.

—Pero... no es verdad.

—Entonces te he interpretado mal cuando has dicho que no habíais consumado el matrimonio. Te he entendido mal. Lo siento.

—No, no lo has entendido mal, eso no... Es tal y como se lo has contado. Pero no es ése el motivo. Ojalá lo fuera, pero no es así.

—Cariño, estoy confundida.

—Liz, si fuera tal y como tú has dicho, que el tipo de matrimonio que tengo se debe a que estoy perdidamente enamorada de Tom, lo diría, estaría encantada, no podría estar más orgullosa. Pero no es eso. Si pudiera lo habría hecho ya, Liz... El abogado me aconsejó que lo hiciera. Pero las cosas se han precipitado esta noche, todo ha pasado tal y como yo temía. Y no he podido seguir adelante... No por Tom, sino porque no tengo estómago, como me había imaginado, para dejar que ese viejo se meta en la cama conmigo y... y...

—Entonces, qué, ¿vas a dejarlo?

—Aún no lo sé.

—Joan, mientes tan mal como Tom. Haz el favor de dejar de contarme todas esas bobadas. ¿Por qué me has llamado hoy? ¿Por qué me has pedido que fuera a comer contigo? Tal y como yo lo veo, era para que diera un mensaje. Vale, pues mensaje entregado. Ahora le has dado esperanzas al chico. De modo que si te echas atrás, él se quedará con dos palmos de narices. Y te lo advierto, igual no se lo toma demasiado bien.

—De acuerdo, Liz... Gracias.

Toda aquella charla duró mucho más de lo que yo he tardado en contarla, y, cuando acabamos, el local estaba lleno de nuevo, en esta ocasión con la gente más trasnochadora, la que salía del cine. Como de costumbre, eran más jóvenes que los que acudían a cenar, y como de costumbre empezaron a marear a Liz. Al cabo de un minuto me levanté y empecé a rellenar pedidos para ayudarla. Mucha gente me conocía y me empezaron a llamar por mi nombre amistosamente, sin prestar demasiada atención al hecho de que no llevaba uniforme. Y luego, de repente, apareció Earl delante de mí, con la cara congestionada de rabia.

—¡La señora de Earl K. White —rugió— no sirve bebidas en un bar!

—La señora de Earl K. White tercero —lo corregí—. Usemos el título completo, si te vas a poner así. Y la señora de Earl K. White tercero decide por sí misma dónde sirve bebidas, si las sirve o si se las echa en la cara a cualquiera que se interpone en su camino... o trata de interponerse.

Yo estaba en la barra con una bandeja de rickys en la mano, y él se echó a un lado rápidamente. Sin embargo, no pasé por su lado... todavía no.

—Pensaba que ya te lo había dicho —dije—, que despidieras al espía ése que tenías... y yo creía que me habías prometido hacerlo.

—¿Espía? ¡No necesito ningún espía! Una docena de personas me han llamado para decirme dónde estabas. Que la esposa de Earl K. White estaba sirviendo bebidas...

—Tercero —dije, y pasé junto a él con la bandeja. Coloqué los rickys delante de los clientes y le hice señas a Liz de que preparase la cuenta, tomándome muy en serio lo de ser una simple ayudante que está echando una mano. Luego me volví a Earl y le dije—: Ya estoy lista, si tú también lo estás.

—¿Lista para qué, Joan?

—Para irnos a casa, ¿para qué, si no? Después de dejarme sola toda la noche, he decidido venir a visitar a mis amigos... y cuando han necesitado ayuda, les he echado una mano. Estar en el Registro Social tiene sus obligaciones... *Noblesse oblige*, se dice. Pero ahora como has llegado tú y has montado una escena...

Él chasqueó los dedos en dirección al vestíbulo y vi que Boyd se adelantaba.

—Nos vamos a casa —anunció—, trae el coche.

—Sí, señor.

—No, para mí no, gracias —dije—. He venido en mi coche. Puedes venir conmigo si quieres, Earl, o irte en el tuyo, como prefieras, pero yo me vuelvo en mi coche.

Él estaba a punto de explotar, y yo esperaba que estallara como había hecho antes. Por el contrario, le dijo a Boyd que volviera solo en el coche y esperó a que yo me pusiera la chaqueta. De repente me di cuenta de que no estaba allí para asegurarse de que yo me enteraba de su humillación, su vergüenza o su bochorno o alguna de esas cosas que pretendía sentir, sino para reivindicar una especie de triunfo, del cual tenía que regodearse ante mí. Había algo que quería que supiera y no pensaba perderme de vista hasta que lo hubiese dicho. Pero lo notaba de una manera vaga, porque todavía no sabía cómo había pasado él la tarde. Simplemente tenía la inquietante sensación de que había algo más.

No tenía ni idea.

Salimos. Le abrí la portezuela del pasajero y él entró. Yo también entré en el coche y nos fuimos a casa... a su casa, al menos, y al lugar que yo había llegado a llamar mi casa, porque al parecer vivía allí. Fui hasta el garaje y aparqué el coche. Luego él y yo nos dirigimos hasta la puerta principal. Todo el tiempo él callaba lo que sin duda quería decir. En cuanto entramos en el salón, explotó:

—¿Así que eso es lo que quieres? ¿Desacreditarme? ¡La esposa de Earl K. White no trabaja en un bar de copas!

—La mujer de Earl K. White trabajaba en un bar de copas, como muy bien sabe Earl K. White... y la esposa de Earl K. White puede hacer lo que le dé la realísima gana, y le da la gana, cuando la dejan sola una noche, pasarla con sus amigos, y si estos necesitan ayuda en el trabajo, los ayuda. ¿Alguna pregunta más?

—¿Por qué no haces tú alguna pregunta?

—¿Como cuál?

—¿Por qué no preguntas dónde he pasado la noche?

—Porque no es asunto mío, por eso... pero ya que me lo dices tú mismo, pues muy bien, ¿dónde has pasado la noche?

—En un salón de masajes.

—¿En una casa de putas disimulada, quieres decir?

—Bueno..., llámalo como quieras.

—Lo llamo lo que es en realidad..., o por lo menos lo que me han dicho que es, y tal y como me lo han dicho, me lo creo. ¿Y has disfrutado de tu visita?

—Desde luego que sí.

—Pues me alegro mucho.

—Ya me lo imaginaba. A lo mejor te interesa saber que tú estabas equivocada, y el doctor Cord también estaba equivocado. Me han hecho lo que podríamos llamar un masaje, dos, de hecho... sin resultados fatales, como puedes ver.

—Pues me parece maravilloso, Earl, pero eso no significa que el doctor Cord estuviese equivocado.

—¿Ah, no? Pues yo diría que sí.

—No, si por «masaje» entiendes lo que yo creo, es decir, que una mujer joven te toque con las manos. Sí, vale, al final se quita la toalla y trabaja un poco más de lo que se supondría legalmente... Podrías haber muerto, pero gracias a Dios, no ha sido así. Aún así, existe una gran diferencia entre eso y lo que tú me proponías que hiciéramos, y si no sabes cuál es la diferencia, no soy yo la que te lo voy a decir.

—He sobrevivido a aquello y puedo sobrevivir a esto de la misma manera.

—Es como si dijeras: como puedo saltar desde el bordillo, pues también puedo saltar por la ventana, ¿no?

—¿Estás diciendo que crees que el acto contigo sería tan tremendo?

—Sí, eso precisamente estoy diciendo, Earl, o, si no, no estarías tan obsesionado por hacerlo. He visto lo que te pasa cuando te excitas. Una mujer a la que no conoces y a la que no volverás a ver no puede excitarte como tu mujer, y el contacto de la mano de una mujer no puede excitarte igual que poseer todo su cuerpo. Esta noche te has enterado de que tu cuerpo puede soportar algunas cosas, pero no sabes si estás preparado para lo que deseas. Y la única forma que tienes de averiguarlo es demasiado peligrosa.

—¿Y tú sabes todo eso? Eres una mujer impresionante, Joan, desde luego... aunque no recuerdo que hayas estudiado medicina. Déjame que te enseñe una cosa. —Se levantó y sacó una escalerilla pequeña de caoba, de no más de medio metro de alto, con dos escalones, para ponerla ante la biblioteca, que por un lado de la habitación era bastante alta—. La revista que me ha prestado el doctor Jameson tiene un artículo sobre la angina de pecho.

—No pienso cambiar de opinión, pero es igual, enséñamelo.

Bufando, sujetándose al estante con una sola mano para mantener el equilibrio, se subió al peldaño más alto y cogió un volumen estrecho. De repente, en lugar de abrirlo, se agarró el pecho y se volvió hacia la habitación. Comprendí que le había dado un ataque, y que si no hacía algo rápidamente, se tambalearía y se caería. Cogí la escalera y le rodeé las piernas con los brazos.

—Apóyate en mí, Earl —susurré—. No intentes bajar los escalones... Apóyate en mí y ve deslizándote hacia abajo.

Así lo hizo, y al final acabó bajando al suelo. Yo soy bastante fuerte, y fui capaz de acompañarlo hasta una silla.

—¿Tienes las pastillas al lado de la cama, como en Londres? —le pregunté.

—Sí... ¡Sí! —susurró, y luego dijo—: ¡Joan, corre! ¡Por el amor de Dios, tráemelas, rápido!

Corrí. Ni siquiera sabía qué habitación era la suya, pero abriendo puertas al final la encontré y vi el frasquito en la mesilla que había junto a la cabecera de su cama. Lo cogí y corrí escalera abajo. Él estaba todavía en la silla, sufriendo. Saqué una pastilla y se la puse en la mano. Él se la metió en la boca, y vi que se la ponía debajo de la lengua. Tendió la mano para que le diera otra y yo se la di. Se la tragó también y al cabo de un momento su respiración empezó a tranquilizarse. Susurrando ásperamente, empezó a hablarme de nuevo, como en Londres, de lo que debía hacer si moría aquella vez.

—¿Quieres callarte, maldita sea?

Él exhaló un enorme suspiro, con toda la cara roja y torturada.

—No morirás esta vez. Estoy aquí y ya me ocuparé yo de que no te mueras.

—¿No quieres que me muera?

—¿A ti qué te parece?

—Joan... tú no me amas, no me quieres nada, pero yo sí que te quiero, no puedo evitarlo.

—Earl, sí que te quiero, pero no tengo ganas de querer a un cadáver.

—Vale, sí...

Poco a poco pasó el ataque.

—Lo peor es cuando empieza. Parece como si tuviera una mano apretándome los pulmones y dejándome sin aire..., no el corazón, sino los pulmones, aunque la causa de todo es el corazón, claro.

—Tranquilízate.

—Joan, lo estoy intentando.

Y luego, de repente, todo pasó, y él se quedó medio caído en la silla, todavía en un estado de abatimiento. Cuando se recuperó un poco para poder incorporarse, le pregunté:

—¿Podemos hablar ya?

—Sí, vale... ¿De qué quieres hablar, Joan?

—Del salón de masajes.

—Está bien, pero quiero añadir algo a lo que te he dicho antes. Todo ha ocurrido como te he contado, excepto que ha sido contigo y no con la chica de los masajes.

—¿Cómo?

—Pues imaginándomelo. Me imaginaba que eras tú. En mi mente y en mi corazón, has sido tú... Eso es lo que quería decirte. Estoy intentando decirte que, a pesar de todo, a pesar de lo que sientes por mí, yo te quiero. De verdad.

Ahí tenía la posibilidad que me había sugerido Liz: arreglarlo todo fingiendo. De pronto me di cuenta de que yo también lo hacía, en los primeros tiempos de mi matrimonio, cuando Ron y yo todavía lo estábamos intentando, y desde entonces he leído que es algo que hace toda la especie humana, en un momento u otro. Pero con Earl no podía. No era capaz de fingir.

Él esperó y luego me dijo:

—Te he interrumpido, Joan. ¿Qué querías decirme?

—Lo del salón de masaje... Por favor, no vuelvas a ir nunca más.

—¿Me das algún motivo para que no lo haga?

—¿Y todavía me lo preguntas, después de lo que ha pasado?

No parecía avergonzado.

—No ha sido el salón de masajes lo que ha provocado esto —dijo—, sino la pelea contigo, el esfuerzo...

—Han sido ambas cosas, Earl. Ha sido la combinación de las dos. Y aunque no nos hubiésemos peleado, podía haber ocurrido si algo te hubiese puesto en una situación emocional parecida. Y si te hubiera pasado conmigo, por permitirte que

hagas lo que me estás rogando... yo no podría seguir viviendo, sabiendo que he sido la causa de ello. ¿Comprendes lo que te quiero decir? ¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Por qué no puedo permitirme decirte que sí? ¿Te das cuenta de lo que significa?

—Pero no sé si te das cuenta tú, Joan, de lo que significa para mí saber que puedo ser normal y vivir la misma vida que lleva todo el mundo... y tener que renunciar a ella solo porque tienes miedo... No puedo prometerte eso, Joan. No puedo.

—Entonces, si va a ser así, al menos podemos eliminar en lo posible el riesgo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—¿Te gustaba la chica del salón de masajes?

—Pues aunque no te lo creas, la verdad es que era bastante agradable..., amable, comprensiva y dulce.

—Sí, claro, ya me lo imagino —no pude evitar soltar.

—No ha sido barato.

—¿Quién mejor que yo puede saber que tú no podrías hacer nunca nada barato, Earl? Bueno, muy bien, ¿cómo se llamaba?

—Bella.

—¿Y ese sitio, cómo se llama?

—Kitty-Cat, en Arlington.

—Bueno, pues mañana o cuando sea, si sientes la necesidad de ir y no puedes resistirte o no quieres, debes llamar... Yo te buscaré el número... Y hacer venir aquí a Bella.

—Joan, eso sería muy desagradable...

—Mucho más desagradable sería si te ocurriera algo en el Kitty-Cat, si tuvieras un ataque estando allí. Earl, para ellos serías solo un problema, algo de lo que hay que librarse, a quien hay que poner en la calle antes de que llegue la policía. No podemos dejar que te ocurra semejante cosa. —Le aparté unos mechones de pelo de los ojos—. Igual que tú necesitas saber lo que yo siento, y aceptarlo, yo debo saber también lo que tú sientes, y aceptarlo. Y supongo que lo voy a hacer... Por tu bien desearía que no lo hicieras, pero no se pueden contener las cataratas del Niágara... y parece que esa compulsión tuya es igual de fuerte.

—¿De verdad quieres que yo...?

—Si tiene que ser así, pues sí, quiero que lo hagas. Para que estés aquí, donde sabemos cómo ocuparnos de ti, y podemos llamar al médico, en caso necesario.

—Si me lo planteas de esta manera...

—Sí, te lo planteo así.

—Eres increíble, Joan.

Al día siguiente él se fue al despacho, pero volvió casi de inmediato, cuando yo todavía estaba acabándome el desayuno.

—En el coche me he acordado de una cosa que quiero solucionar... —dijo—.

Pensaba hacerlo, pero me he dado cuenta de que es mejor que lo haga ahora. ¿Puedes venir conmigo al banco?

—Claro.

Cogí un abrigo, salí con él y entré en el coche mientras Jasper mantenía la portezuela abierta, y fuimos al Suburban Trust, en College Park. Allí el director, el señor Frost, vino corriendo desde su despacho para estrecharme la mano y que me presentaran, porque el matrimonio había salido en los periódicos, claro.

—Dick —le dijo Earl—, quiero cambiar mis cuatro cuentas, la corriente, la especial número 1, la especial número 2 y la de ahorros, y que en lugar de estar solo a mi nombre que sean conjuntas, a mi nombre y al de la señora White... para que esté protegida en caso de que yo muera.

—Cosa que me parece altamente improbable, señor White, pero si así es como quiere arreglar las cosas...

—No solo es probable, sino segura... Si Dios tiene la oportunidad, hace cosas asombrosas.

—Siempre hace esa pequeña broma —dijo el señor Frost, sonriéndome.

—Sí, siempre.

Entonces dieron por concluida la charla trivial y fuimos a su despacho, que era de buen tamaño y tenía las paredes de cristal. Nos sentamos y el señor Frost llamó a una chica y le dijo que trajera unos formularios determinados, que ahora mismo no recuerdo. Los firmamos, Earl para dar el visto bueno y yo para constar como cotitular de las cuentas, para que tuvieran una muestra de mis firmas, en cuatro tarjetas distintas. Las cuentas especiales resultaron ser para los impuestos, una federal y la otra estatal. Al final me incluyeron en las cuatro. Earl pidió el balance de cada una de ellas. Me quedé asombrada. En la cuenta corriente había más de seiscientos mil dólares, en una especial doscientos treinta mil, en la otra noventa mil, y en la de ahorros sesenta y cinco mil. Yo sabía que él era rico, pero no tenía ni idea de que lo fuese tanto. Cuando acabamos le estreché la mano al señor Frost y le di las gracias, y Earl le dedicó una inclinación de cabeza. Luego nos dirigimos hacia la puerta, pero el señor Frost tomó aquella señal como una despedida, y no vino con nosotros. En el vestíbulo de cristal, en la entrada del banco, Earl me cogió del brazo repentinamente.

—Joan, dije unas cosas horribles anoche, porque soy un hombre enamorado. Te quiero con locura y...

—Yo también te quiero, Earl.

Lo dije sin vacilación alguna en mi voz en aquella ocasión, sin dudar, y esperaba que sin la mirada aterrorizada de Tad en mis ojos.

—Quizá —dijo él—, a tu manera. Al menos sé que no quieres que muera, porque has tenido muchísimas oportunidades de dejarme morir, incluso anoche mismo. Pero aun así... —Hizo una seña en dirección al banco—, me alegro de haber hecho esto.

Ahora ya tienes conmigo vivo lo mismo que podrías tener si muriera.

—Por favor, no digas esas cosas...

—Es que no quiero que esto se convierta en un problema, ni a tus ojos ni a los de nadie más.

Aquella noche se comportó tal y como a mí me gustaba, tranquilo, cortés y sin exigencias, físicamente quiero decir. Mirábamos la televisión y cuando yo, muy nerviosa, dije que quería irme a la cama, él me dio unas palmaditas, me besó y me acompañó al piso de arriba, pero no intentó seguirme a mi habitación y tampoco llamó a la puerta después de retirarme. ¡Qué alivio! Por fin podría dormir sin que el miedo me hiciera compañía. Al día siguiente por la mañana vino a besarme cuando yo todavía estaba en la cama, y luego se fue al trabajo con Jasper. Por la tarde vino a casa, se cambió de ropa para salir a pasear, se fue al Garden y volvió sin incidente alguno.

Aquella noche fue como la anterior y como la siguiente. Pero a la tercera noche las cosas ya no fueron iguales, en absoluto. Él dio su paseo habitual, volvió a casa y me dio un beso, pero de una manera rara, como culpable, y luego se fue al piso de arriba, pidiéndome que no me acercara al teléfono porque tenía que hacer una llamada. Luego, cuando sirvieron la cena, él no bajó. Yo subí, llamé a su puerta y la abrí, y lo encontré sentado con su mecanismo intravenoso conectado, con el tubo de goma introduciéndole la medicina en el brazo desde una botella que colgaba en lo alto. Se sobresaltó y pareció avergonzarse, casi como si lo hubiese pillado haciendo algo malo, cosa muy tonta, porque yo sabía que estaba recibiendo aquel tratamiento y él sabía que yo lo sabía. No dije nada, solo le informé de que la cena estaba en la mesa, y él dijo que no quería cenar, «al menos de momento». Era una forma muy rara de decirlo, como si tuviera hambre, pero renunciara a la comida por algún motivo. Ni siquiera me miró, así que bajé y cené sola, intentando imaginar por qué, pero no lo conseguí. Estaba más tarde en el salón cuando sonó el timbre de la puerta. No tenía que venir nadie, que yo supiera, y de repente tuve una sensación rara.

—Yo abriré —le dije a Myra, que se dirigía a la puerta para abrirla.

Cuando abrí apareció una chica con una especie de uniforme de enfermera, un abrigo sobre los hombros y un taxi en la entrada de casa, tras ella. Parpadeó.

—Si es usted el ama de llaves —dijo—, yo soy Bella, me ha llamado el señor White.

Confieso que noté que el suelo oscilaba bajo mis pies. Allí estaba aquella mujer, a sugerencia mía, sin duda, pero verla en carne y hueso, con el taxi esperando afuera, me dio vértigo.

—Ah, sí —dije—. Creo que el señor White la está esperando... Pase, por favor.

Ella entró, y yo cogí el bolso que tenía en el salón, salí y pagué el taxi, doce dólares y pico. Le di quince y luego volví adentro. Subí la escalera y llamé a la puerta

de Earl.

—¿Earl? ¡Compañía!

Supongo que lo hice con malicia, al menos un poquito, porque alguien me había dicho una vez que así es como la madama llama cuando llega un cliente: «¡Chicas! ¡Compañía!». De todos modos le hice señas a la chica para que subiera, le indiqué a qué puerta debía llamar y bajé. Cuando oí que la puerta se abría y se cerraba, fui a la cocina y le dije a Araminta:

—El señor White tiene una visita. No se le debe molestar, pero si ocurre alguna cosa, si tiene un ataque, puede encontrarme en este número. —Escribí el número del Garden en el bloc de notas de la cocina. Para asegurarme de que me había entendido, le pregunté—: ¿Entiende lo de los ataques?

—¿Quiere decir cuando le da dolor en el pecho?

—Eso es. Me llama de inmediato. Puede darle sus pastillas si las necesita, pero no llame a nadie más, ni al médico ni a nadie, hasta que yo llegue aquí. No tardaré más de diez minutos.

—Sí, señora White, lo entiendo.

Me miró muy extrañada, pero noté calidez bajo su mueca de extrañeza, y comprendí que las cosas estarían bajo control. Luego me puse el abrigo, saqué el coche y me dirigí al Garden.

Era un viernes de principios de noviembre, el guardarropa estaba abierto de nuevo, por primera vez desde hacía meses, ya que en verano no se llevan sombreros ni abrigos ni nada que se deba guardar en él, y el mes de octubre había sido cálido. En el mostrador había una chica nueva a la que no conocía, pero allí tenían el teléfono, y yo dependía de ella. Le di un dólar y cuando le dije mi nombre respondió que sabía quién era y que estaba muy contenta de conocerme. Supongo que era conocida como la chica que había hecho fortuna.

—Espero una llamada —le dije—, una llamada muy importante, y estaré en el bar. Por favor, no me falles. Yo quizás esté ayudando a Liz, así que si no me ves a mí, díselo a ella.

—Puede confiar en mí, señora White.

—Joan.

Liz me sentó primero a la barra entre otros clientes, y luego me trasladó a mi mesita habitual, cuando ésta quedó libre. Realmente no esperaba ninguna llamada, y estaba muy feliz ayudándola con sus pedidos cuando de repente alguien me tocó el brazo, y cuando me volví, allí estaba la chica nueva del guardarropa.

—Llamada para usted, Joan. La mujer dice que es importante.

Era Araminta.

—Venga rápido, señora Joan... Le ha dado un ataque. Esta vez es malo... muy malo.

Aparqué el coche delante de casa y ella ya tenía la puerta abierta cuando salí corriendo. Subí la escalera. Myra estaba en una silla junto a la cama y Earl metido en la cama y sin ropa, a juzgar por la pila de ropa tirada en el suelo, pantalones, camisa, ropa interior y demás. Junto a todo aquello se encontraba un diminuto sujetador de encaje, que había dejado olvidado su propietaria al salir corriendo hacia la puerta.

Él se agarraba el pecho y tenía los ojos cerrados y muy apretados, pero cuando me vio entrar, los abrió.

—Gracias a Dios que estás aquí, Joan —gimió. Cada palabra le costaba un esfuerzo enorme—. Esto ya está... Has ganado...

—¿Ganado? ¿Cómo que he ganado?

—Quiero decir que tenías razón.

Le dije a Myra:

—Bien. Todos lo habéis hecho muy bien. Ahora...

—Si me necesita, llámeme, señorita Joan. —Y se fue.

—¿La chica te ha dejado así? —pregunté.

—Yo le he dicho que se fuera... Estaba asustada.

Vi el botecito de pastillas junto a la cama, vacío.

—¿No te ha servido la medicina?

—Esta vez, no. Es el fin, lo noto. Tú... has ganado.

—¿Quieres dejar de decir que he ganado? Si al final es como dices, lo habré perdido todo.

—Así será... Esta vez no es solo el dolor... No puedo respirar..., algo raro. No puedo seguir así. Si te hubiera hecho caso...

—Para. Para. —Tenía el teléfono en la mano y busqué el número del doctor Cord en el listín. Había dos números, uno con una «C» al lado, que supuse que sería el de su casa; cuando eres lo bastante rico, y supongo que estás lo bastante enfermo, tu médico te da el número de su casa para que le llames de día o de noche. Y efectivamente, el doctor Cord cogió el teléfono en su casa, y antes de que le dijera una frase de explicación, dijo que venía de inmediato. Cuando volví junto a Earl, tenía peor aspecto y apretaba la mandíbula por el dolor. Aun así me dijo:

—He oído decir... que le pegaste a un tipo... en el Garden.

—Sí, le di una buena paliza.

—Por... intentar meterte mano...

—Sí.

—Ojalá... me hubieras pegado a mí. Solo una vez. Ojalá me hubieras metido en la cabeza algo de sentido común...

Durante un par de minutos no dijo nada, ni yo tampoco, solo lo veía luchar para aspirar aire, y le cogía la mano. Dejó escapar un pequeño gemido.

—Es culpa mía —dije yo—. Todo esto fue idea mía, yo pensaba que estarías

bien...

—No. No fue... idea tuya.

—Yo te sugerí que la llamaras.

—Yo había tenido la idea... semanas antes... de que tú lo dijeras. Estaba tan loco... No me atrevía a planteármelo yo mismo. Pero me salí con la mía. Joan, escucha... hay algo que todavía no te he dicho...

—Sí, Earl. ¿Qué?

Él se incorporó apoyándose en un codo para decirlo, pero yo no llegaría a averiguar nunca lo que era. Cuando cayó hacia atrás había muerto, y en aquel preciso momento entró un hombre por la puerta al que no había visto jamás, y dándome cuenta de que era el doctor Cord, le dije:

—Gracias por venir, doctor. Pero me temo que ha llegado demasiado tarde.

Él se inclinó hacia Earl y le tomó el pulso, y al no encontrarlo, volvió a dejar con suavidad el brazo.

—Hace tiempo que era de esperar, señora White.

Empezó a redactar el certificado de defunción y lo interrumpió para llamar a la policía, «para que no haya ningún problema», y luego se volvió hacia mí.

—Probablemente él no se lo mencionó —dijo—, pero intenté decirle que este matrimonio podía ser fatal para él. Me preocupé mucho cuando vi la noticia en los periódicos de que se había casado...

Pero yo lo interrumpí.

—Él me lo contó todo, especialmente lo que usted le dijo, y de todos modos nos casamos. Earl conocía los riesgos, yo le rogué que los tuviera presentes, pero él quería llevar una vida normal.

El doctor Cord me miró entonces de una manera que ya era demasiado familiar para mí: el sargento Young me había mirado así, y el abogado Eckert también; Tom me miraba así, y Lacey, y Luke Goss, y muchos otros clientes del bar; todo tipo de hombres, cientos probablemente, desde que tenía doce años y empezó a desarrollarse mi figura de mujer. Supongo que en el trabajo provocaba esas miradas, con mi uniforme que exhibía las piernas y el pecho, pero no había nada invitador allí, en la habitación de mi esposo, con su cuerpo a menos de tres metros de distancia, y nada revelador ni provocador en mi propio cuerpo. Pero el doctor Cord, quizás acostumbrado a encontrarse con cadáveres en su trabajo, y nada impresionado por el de Earl, me miraba de todos modos. Noté que acudían las lágrimas a mis ojos, aunque eran lágrimas de rabia y de frustración.

—Earl tenía todo el derecho del mundo a llevar una vida normal —dijo el doctor Cord—, pero no estoy seguro de que fuera eso lo que tuvo. —Hizo un gesto en dirección al equipo de quelación intravenosa, que todavía se encontraba junto al sillón del rincón, y las agujas hipodérmicas para las inyecciones de vitaminas, alineadas en el estante que había al lado. Se inclinó y cogió el sujetador con la punta de los dedos índice y corazón, como si se tratara de algo sucio.

—Es una bonita prenda de lencería, señora White, pero a menos que me equivoque, es dos tallas demasiado pequeña para que sea usted su propietaria.

Yo se la cogí de la mano y me la metí en el bolsillo de la chaqueta.

—La policía llegará dentro de un momento —continuó—, pero para ellos no tiene que ser más que un caso rutinario. Les hablaré del historial médico de Earl, de sus ataques anteriores. No realizarán una autopsia si lo hago. No verán ningún motivo para hacerlo. Suponiendo que...

—¿Suponiendo?

—Suponiendo que no les hable de la prenda que tiene usted metida en el bolsillo. —Se dirigió a la silla y sacó la botella vacía del gancho—. Ni de tratamientos médicos que yo no había prescrito. Entonces quizá puede que hagan una autopsia.

Realmente, no creo que sea necesario decírselo. Como favor hacia Earl, para que su alma repose en paz. Se merece algo mejor que ver su nombre enfangado por un escándalo en los periódicos. No existe hombre alguno, ni vivo ni muerto, que no necesite un favor de vez en cuando.

Supe entonces que pensaba en mí, en lo que creía que yo había sido para Earl... Algo semejante a lo que había sido Bella, pero mejor pagado.

—Ah, no, dígaselo —exclamé—. Cuénteselo todo, si quiere, lo que le dé la gana. No tengo nada que ocultar. Nada.

—Señora White...

—No quiero ningún favor. Ni tampoco los ofrezco, no del tipo que usted cree. ¿No le da vergüenza pensar...?

Entonces oí pasos en el vestíbulo y el ruido de la puerta al abrirse detrás de mí. El doctor Cord miró por encima de mi hombro y se puso más tenso, así que supuse que era la policía. No sabía si habían llegado a oír lo que yo decía, pero la verdad es que no me había callado. Rogué que al volverme, las caras que viera no fuesen conocidas.

Como tantas otras plegarias, esta tampoco fue respondida.

—Si tiene la amabilidad de apartarse un momento, doctor, y dejar esa botella —dijo el agente Church—, le estaríamos muy agradecidos.

Ninguno de los dos iba de uniforme, ni Church ni Young, y a ambos parecía que los habían sorprendido en una velada en su casa, y que habían salido corriendo al oír mi nombre. Me sentía inquieta. Aunque una vez más no tenía nada que ocultar, tenía muy mala pinta que apareciese allí con un segundo marido muerto entre las manos.

El doctor Cord les dio el informe completo, tal y como había amenazado con hacer, y yo tuve que explicar qué hacía el sujetador en mi bolsillo, y el asunto de la quelación, de modo que salió a relucir toda la historia. Lo único que no les dije fue que había sido idea mía que Earl llamase a Bella, ya que, después de todo, él había dicho que tuvo la misma idea, ¿no? También les dije que sintiéndolo mucho no conocía el nombre de Bella ni del Kitty-Cat. Sencillamente, recibí una llamada en el Garden y llegué corriendo, igual que ellos, y encontré la habitación tal y como la veían y a mi marido a punto de morir. Era verdad, aunque con una pequeña mentira añadida, que no tenía consecuencia alguna y lo único que hacía era ahorrarme algo de bochorno.

—¿Por qué cogió usted una prenda de ropa de otra mujer? —preguntó el agente Church, con la voz tan neutra como siempre, pero con una intención que no lo era tanto.

—Fue el doctor quien la cogió, no yo. Me la dio. Dijo que no quería que Earl se viera manchado por un escándalo.

El médico se había ido a casa por aquel entonces, dejando el certificado de defunción en regla y la sensación de que deseaba lavarse las manos de todos nosotros,

Earl, yo, la policía, todo el mundo. Su paciente había muerto. Su trabajo había concluido.

—¿Y quién era esa mujer?

Yo me encogí de hombros.

—Supongo que en esta ciudad hay mujeres, igual que en todas partes, que aceptan dinero a cambio de actos íntimos. Los hombres siempre se las arreglan para encontrarlas.

El sargento Young me miraba con grave simpatía, o al menos eso me pareció. Sin embargo, Church, aunque fuera el de menor edad, era el que estaba dirigiendo el interrogatorio, y vi que su celo por culparme de algo no había acabado con la exhumación del cadáver de Ron, sino que simplemente había permanecido en hibernación, o remisión, como dicen cuando se trata de cáncer. El peligro nunca desaparece del todo, solo duerme durante un tiempo.

—Vamos a llevarnos algunas de estas cosas para que las examinen nuestros hombres en el laboratorio. Y le haremos la autopsia, claro.

—Hagan lo que crean conveniente.

—Podría ahorrarnos algo de tiempo si nos dijera ahora qué vamos a encontrar cuando lo hagamos.

—Tendrá que hablar con el doctor Jameson... Él fue quien le recetó esas cosas, el tratamiento que estaba tomando Earl y las sustancias químicas.

—¿Por qué llamó usted entonces al doctor Cord cuando su marido necesitó ayuda, en lugar de al doctor Jameson?

Señalé hacia el equipo.

—Porque yo no confiaba en todo eso. Y se lo dije a Earl. El doctor Cord le había advertido del riesgo, y le dijo que podía morir por culpa de ese asunto. Así que lo llamé a él.

El agente Church asintió como si pensara que todo aquello era muy razonable, y yo respiré con un poco más de tranquilidad. Él me tendió la mano y me acompañó hacia la puerta.

Pero antes de que saliera, volvió a decir:

—Sé que no tendría que decirle esto, pero de todos modos, se lo diré. No salga de Hyattsville, señora White, ¿de acuerdo?

—¿Adónde quiere que vaya? —dije yo.

—No lo sé, pero no se vaya.

—¿Puede decirme cuál es el motivo?

—Podemos necesitarla aquí para la investigación.

Y eso fue todo lo que dijo, pero yo vi en sus ojos que había algo más que no decía, mucho más.

Fui al piso de abajo mientras Young y Church se quedaban con el cuerpo.

Araminta vino al salón y yo le pedí que me hiciera compañía. Luego vinieron Myra y Leora, y las cuatro nos quedamos allí sentadas, sin hablar. Entonces les dije que no había hecho ningún plan todavía, de modo que no podía hablar del futuro, pero que les aseguraba que «ocurriera lo que ocurriera» me portaría bien con ellas, y las ayudaría a buscar otro trabajo. Ellas estuvieron muy amables y comprensivas. Luego sonó el timbre y bajó Church a abrir la puerta. Entraron dos hombres con una camilla. Pidieron el certificado de defunción y Church se lo entregó. Y así salió Earl de la casa, de este mundo y de mi vida.

Aquella vez fui yo, y no Ethel, quien llamó al enterrador, o a la empresa de servicios funerarios, como quiera que se los llame ahora. Llamé al mismo, y en el turno de noche estaba una chica. Me dijo que contactaría con la policía a la tarde siguiente para hablar de la entrega del cuerpo. Suponía que ese sería el tiempo necesario para completar la autopsia.

Era viernes por la noche, tal como he dicho, y no se realizaban funerales en sábado ni en domingo, de modo que el servicio tendría que esperar hasta el lunes. Pero pasaron muchas cosas durante el fin de semana. El sábado por la mañana me llamaron los dos periódicos, el *Post* y el *Star*, porque tenían el certificado de defunción, algo que parece que los medios de comunicación obtienen siempre automáticamente. Me preguntaron por las circunstancias de la muerte, pero no sabían demasiado todavía, porque aceptaron las respuestas sencillas que les di y no me presionaron para que les explicara nada más. También me preguntaron por el negocio de Earl, el que inició su abuelo y continuó su padre. Querían saber quién los continuaría ahora. Yo no tenía ni idea, pero me di cuenta, notando un nudo en el estómago, de que sería yo quien tendría que tomar la decisión.

Cuando salieron las ediciones de la tarde con la noticia, ya había llegado el abogado, Bill Dennison, que venía en avión desde Nueva York con el testamento que había redactado Earl hacía muy poco tiempo y en el cual me lo dejaba todo a mí, excepto unos pequeños legados para los sirvientes y algunas de las personas que trabajaban en la oficina de Earl, dos mil quinientos dólares a su secretaria y mil para cada uno de los demás, una docena en total. Cuando leí todo esto y Bill me explicó algunas de las partes, yo ya me estaba mareando. Pero seguía llegando más gente, algunos desconocidos para mí; otros, amigos, como Jake, Bianca, y al final Liz, a la que deseaba ver más que a nadie, sin contar a Tom, que no apareció. Le rogué a Liz que se quedara a pasar la noche, para que me ayudara a soportar aquel mal trago, pero no podía porque tenía que trabajar. Mientras estaba conmigo llamó el señor Garrick, de la funeraria, y tuve que decidir unas cuantas cosas como el ataúd, el número de limusinas y la hora a la que se celebraría el funeral. Al parecer él ya sabía lo de la parcela funeraria de los White. De modo que elegí un féretro de caoba, la urna para después de la cremación, para ser colocada en el interior, y siguiendo sus

indicaciones establecí la hora del funeral, las doce del mediodía del lunes. Él me sugirió su propia capilla para celebrar el servicio, y el reverendo Archibald Fisher como ministro.

—Era el párroco del señor White y creo que sería lo más indicado.

Yo acepté todas sus sugerencias y pedí cuatro limusinas «por si acaso», y luego también acepté que mandase un coche solo para mí.

—Por supuesto, uno de mis empleados la acompañará... y estará a su disposición por si surge cualquier cosa.

—Están hablando de él —dijo Araminta, acercándose justo después de que se fuera el de la funeraria—. El señor Wilcox parece que ha perdido a un hermano.

—¿En la radio, quiere decir?

—Sí, señora.

Como Ethel la tenía puesta siempre, por aquel entonces debía de saberlo ya... lo de la muerte, quiero decir. Me pregunté qué tenía que decirle cuando llamase. Pero no tuve que preocuparme, porque no llamó.

Al caer la noche del sábado ya lo tenía todo dispuesto, y pensé que me volvería loca si no descansaba un poco. De repente le dije a Araminta que iba a salir, que no se preocupase de prepararme la cena. Cogí un abrigo, salí, me metí en el coche y fui hasta el Garden. Llegué antes de que empezase la hora de la cena, de modo que pude sentarme a mi mesa habitual, y Liz se portó muy bien conmigo. Me hizo compañía, acercándose siempre que podía, o sea, cada vez que tenía un minuto libre. No quería que yo me fuese a la cocina, y me trajo la cena allí mismo, con los cubiertos y una servilleta. Tomé un bistec y me sorprendió constatar que tenía hambre. Y entonces me di cuenta de que no había comido nada desde la hora del desayuno.

Al día siguiente era domingo, y cuando abrí la puerta aparecieron tres personas, un hombre y dos mujeres. Instintivamente supe quiénes eran, y de hecho los esperaba en cuanto apareció la noticia de la muerte de Earl en los periódicos. Los hice entrar, les ofrecí té, que no quisieron tomar, y agua, que aceptaron las dos mujeres.

—Señora White —dijo el hombre—, me llamo Olson, y estas dos señoras son mis hermanas, la señora Hines y la señora Wilson. Nuestra madre fue la primera esposa del señor Earl K. White, y hemos venido para preguntarle si él ha cumplido lo que nos prometió, que era dejarnos una cantidad en herencia en su testamento, para que podamos entrar en posesión de nuestra propia herencia, el dinero que nos dejó nuestra madre, y que fue a parar a sus manos mediante una trampa. Él nos dijo que no nos lo daría mientras viviese, y que teníamos que esperar a que muriera. Así que tuvimos que esperar. Pero hemos venido ahora, señora White, a ver si ha dejado ese dinero para nosotros en su testamento. ¿Lo ha visto, señora White?

—Pues sí, lo he visto.

—¿Y qué dice de nosotros?

—Nada. Me lo deja todo a mí.

Él se levantó y cogió su sombrero.

—De acuerdo, señora White —me dijo—, usted ha sido muy amable con nosotros, y quizá no conozca los detalles de cómo nos engañó el señor White. Pero nosotros sí que lo sabemos. Tenemos todas las pruebas, de modo que presentaremos una demanda contra usted mañana mismo. El testamento será impugnado.

—Lo dudo muchísimo.

—Lo será, se lo prometo.

—¿Quiere apostar?

—¿Se está usted burlando?

Yo abrí el bolso que tenía encima del sofá, saqué un billete de un dólar y lo puse encima de la mesa de centro.

—Apuesto un dólar a que no hay ninguna demanda.

—No es cosa de broma.

—¿Quién dice que sea una broma?

Él busco en su bolsillo y colocó otro billete de dólar junto al mío.

—Muy bien —le pregunté—. ¿Cuánto les debía mi marido?

—Bueno... No lo podemos decir con toda precisión sin calcularlo.

—Pues calcúlelo.

—Me costará un poco de tiempo.

—Tenemos todo el día.

—Eh, espere un momento...

—Por el amor de Dios, Vincent, te ha preguntado cuánto... ¡Calcúlalo!

Aquella fue la señora Hines, tan fuerte que Araminta apareció diciendo:

—¿Me necesita usted, señorita Joan?

—No, Araminta. Pero muchas gracias.

Se fue y cuando volví con mis visitantes, éstos estaban conferenciando en torno a la mesa, usándola como escritorio y garabateando en media hoja de papel que el señor Olson se había sacado del bolsillo, y recogiendo información de varios documentos que habían dispuesto en fila de manera muy ordenada. Al final se volvió hacia mí:

—Por los extractos bancarios que ella dejó, y en los que se refleja el efectivo que le entregó a él, de nuestra madre estoy hablando, hay cuatro cantidades distintas, una de cincuenta y dos mil dólares, otra de treinta, otra de setenta y cinco, y una de ciento noventa y siete... trescientos cincuenta y cuatro en total, que ella quería dejar a sus hijos, para que lo repartiéramos a partes iguales entre nosotros.

—¿Y cuándo fue eso?

—Nuestra madre murió hace seis años.

—¿Puedo ver el papel, por favor?

Cogí aquel papel, le di la vuelta, cogí el bolígrafo y escribí: 354.000. Luego lo multipliqué por 0,6 y me dio 21.240 dólares. Lo hice cinco veces más, después de añadir 21.240 a 354.000 dólares, de modo que estaba calculando los intereses compuestos. Al cabo de seis años subía a 502.155,77 dólares. Les pedí que comprobaran si el cálculo era correcto. Entonces saqué mi talonario de cheques de la cuenta conjunta que Earl había preparado para mí, y rellené tres cheques por una cantidad de 167.385,26 dólares cada uno. Era casi todo el dinero que había en la cuenta principal, y entendí por qué Earl no lo había hecho antes: probablemente la cuenta no contenía el dinero suficiente hasta que vendió la participación al nuevo socio de la empresa, y después quiso retener aquel dinero para cubrir los gastos de la educación de Tad. Bueno, yo también tendría esos gastos y otros más... pero pagar a aquellos tres la cantidad que se les debía era lo correcto. Los tenía presentes a los tres desde que Earl me habló de ellos por primera vez, y quería arreglar las cosas.

—Solo tendrán que firmar esto para que todo sea legal —dije, tendiéndoles, junto con los tres cheques, un documento que le había pedido a Bill Dennison que preparase el día anterior. «Acepto la cantidad que aquí se me ofrece como compensación por toda posible reclamación, pasada, presente o futura contra Joan White, los representantes legales de Earl K. White o cualquier otra», así empezaba, y luego seguía más o menos igual el resto de la página. Al final había tres rayas para que firmasen ellos. Uno por uno, los tres se inclinaron sobre la mesa y firmaron.

Al salir, el señor Olson casi me besa, y sus dos hermanas lo hicieron.

—Señora White —dijo él—, es usted una persona decente, y no sé qué más decir. —Se volvió hacia la puerta—. Y se ha ganado el dólar, por supuesto.

—Ya dije que no era ninguna broma.

Y le sonreí, la primera sonrisa sincera desde la muerte de Earl... y la última que aparecería en mis labios durante algún tiempo.

No había pasado ni siquiera una hora cuando volvió a sonar el timbre. Abrí y allí estaba el agente Church, solo en aquella ocasión. Su expresión ya no era neutra.

—¿Puedo pasar?

—Por supuesto...

Entró y me siguió al salón.

—¿Dónde está su compañero? —le pregunté, mientras andábamos.

—Hoy no trabaja.

—Pero ¿usted sí?

—Es un caso importante.

—¿La muerte de mi marido? ¿Por qué? —Él se detuvo en la entrada y se quedó un momento mirándome. Casi me hizo añorar la mirada que ponía antes, porque en ésta no había ningún tipo de afecto—. Es importante para mí, pero ¿por qué lo es para usted? Estaba enfermo, su médico dijo que esto podía ocurrir...

—¿Se puso usted muy contenta cuando pasó, señora White?

—¿Cómo me puede preguntar semejante cosa?

—Algunas mujeres se habrían alegrado. Si una es joven y su marido es viejo... Si ella es pobre y su marido es rico...

—¿Pero cómo se atreve...?

—Hemos completado ya la autopsia del cuerpo de su marido —siguió.

Fue andando hacia los estantes llenos de libros y empujó la pequeña escalerilla con ruedas a un lado y otro. Era la escalera donde se encontraba Earl de pie cuando tuvo el ataque.

—¿Sabe lo que hemos averiguado?

—¿Y cómo quiere que yo lo sepa?

—¿Le gustaría saberlo?

—Está claro que usted me lo quiere contar.

—Nuestros químicos dicen que han encontrado una sustancia en su organismo que se llama... espere... —Sacó una tarjeta del bolsillo de su chaqueta y la leyó—. Alfa... fata... limido... gluta... Me rindo, señora White. Por eso son químicos y yo solo policía. Pero dicen que encontraron esa sustancia química en el cuerpo de su marido.

—¿Y qué?

—Pues que hemos llamado al doctor Jameson para preguntarle si se la recetó él, y dice que no, que no solo no se la recetó, sino que nunca lo haría, jamás a un paciente con angina de pecho como su marido, porque no solo no va bien para la angina de pecho, sino que la agrava. Puede desencadenar ataques en algunos pacientes, y hace que todos los ataques sean más graves en casi todos los casos.

—A lo mejor se la prescribió por error.

—Es algo más que un simple error, señora White. Es como si uno quisiera echarle una cuerda a un hombre que se está ahogando y en lugar de eso le tirara un ladrillo.

—Entonces es que mi marido lo entendió mal. Quizá se confundió con otra pastilla de las que tomaba, otra que le recetó el otro médico...

—Pensamos también en esa posibilidad, pero no... En primer lugar, el doctor Cord niega habérsela recetado, exactamente por el mismo motivo que el doctor Jameson, y en segundo lugar, había residuos de esos productos químicos en el interior de la botella de solución intravenosa y en el tubo que la conectaba al brazo de su marido. No sabemos cómo llegaron allí, y no fue el médico quien las introdujo.

Yo me senté, aunque él seguía de pie.

—No sé qué me quiere decir. No tengo ni idea de lo que había en esas botellas. No me gustaban. Ojalá Earl nunca las hubiese usado, pero lo hizo, y eso es lo único que sé.

—Quizás. Es posible. Pero tiene que admitir que habría sido muy conveniente, si hubiera querido ver muerto a su marido...

—¡No quería! Pregúnteselo a cualquiera. Le salvé la vida más de una vez, cuando tenía ataques que podían haberlo matado.

—Si..., digamos, si usted hubiera querido que muriera, habría sido muy conveniente poner ese producto químico en su medicina...

—¿Cómo? ¿Puede decírmelo? Era una botella estéril sellada, un tubo sellado.

—Con una jeringuilla, señora White, como una de esas que estaban colocadas en fila junto a su silla. Disuelve usted el producto químico en un poco de agua, lo coge con una jeringuilla, hace un agujerito diminuto en el sello de goma de la botella, y listo, ya le ha metido en su medicina una sustancia que para un hombre con su enfermedad era un puro veneno. Luego le deja que se agote con otra mujer, mientras usted está convenientemente apartada...

—Mi marido decidió «agotarse», como usted dice, él solito, no se trataba de que yo le dejara o no le dejara hacerlo. Y además... ¿Ha encontrado usted ese producto en alguna de las jeringuillas?

—No —admitió él—, no lo hemos encontrado. Pero, claro, no sabemos cuántas jeringuillas había. La jeringuilla en cuestión pudo ser eliminada después de su uso.

Me esforcé por controlar mi mal carácter, para no gritarle.

—¿Y cómo podría conseguir alguien ese producto químico? ¿Cómo podría saber siquiera qué hacer? Una persona como yo, quiero decir. Yo tampoco soy química.

—No, claro que no. Por qué iba a serlo. Pero... —Agitó una mano hacia la biblioteca, con sus altos y estrechos volúmenes. El que le prestó a Earl el doctor Jameson, el que intentaba coger el día de su ataque, todavía estaba allí...—. Al parecer, su marido era un buen lector, y un hombre que sufre de una enfermedad

terrible quizá dedique gran parte de sus lecturas a artículos sobre los tratamientos que podían irle mejor o peor. Quizás encontró usted esa información en una de esas revistas.

—No me ha contestado usted a la primera pregunta. Ese alfafata-ludo lo que sea... ni siquiera sé pronunciarlo y mucho menos dónde encontrarlo.

—Bueno, igual le habría resultado más fácil si lo hubiese pedido por su nombre común, su nombre comercial, si quiere.

—¿Que es...?

—Talidomida.

Debió de notar que la sangre abandonaba mi rostro.

—¿Qué le ocurre, señora White? ¿Conoce esta droga?

—Sí, he oído hablar de ella.

—Ha oído hablar de ella, claro. ¿Se la han recetado alguna vez a usted?

—No.

—¿Conoce a alguien a quien se la hayan recetado?

Negué con la cabeza.

—Creo que no.

—¿No está segura?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—¿Si preguntamos a sus compañeros de trabajo en aquel restaurante, cree que alguno de ellos tendrá una receta?

—¡No tengo ni idea!

—Pues tendremos que preguntárselo.

Exploté.

—Pregúntelo a quien quiera. No encontrará nada. Aunque alguno de ellos tuviera una receta, nunca la compartiría conmigo. —Mi cerebro, por supuesto, iba a toda velocidad, pensando en Hilda y el favor que me había hecho, y en aquella terrible coincidencia que podía llevarme a la silla eléctrica. Porque, por supuesto, yo no había desmenuzado las pastillas que ella me había dado ni se las había inyectado a la solución intravenosa de Earl... Pero si la encontraban en Texas, no sé cómo, y ella les decía que me las había dado... o si encontraban las pastillas que me quedaban, que guardaba en un armarito, en el piso de arriba...

Me di cuenta, al cabo de un momento, de que el agente Church me estaba diciendo algo, y al parecer llevaba algún tiempo repitiéndolo, sin obtener respuesta por mi parte.

—¿Me oye, señora White?

—Lo siento. Me había distraído un momento pensando en todo lo que me ha dicho.

—Ya. Se lo preguntaré otra vez, entonces, ahora que me presta atención. He

dicho: ¿tomaba medicación su primer marido?

Entonces me puse de pie. Y, más aún, me adelanté hasta que mi cara se encontró solo a un par de centímetros de la suya, aunque él era más alto, y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo directamente a los ojos. Él retrocedió un paso y se llevó la mano a la cadera, donde llevaba la pistola.

—Mi primer marido se medicaba con una sola cosa, y esa cosa venía en un envase de un tamaño mucho mayor que un frasquito de pastillas. Y se lo tomaba oralmente. Su medicina la puede encontrar en el estante de cualquier licorería o bar, y se vende sin receta. Los efectos secundarios incluyen mareo, incapacidad de llevar a cabo el acto sexual y una tendencia exagerada a dar palizas a todos aquéllos a quienes amas. Puede ver las placas de rayos X de mi hijo, si cree que me lo estoy inventando.

—Ya las vimos, señora White... Un hombro dislocado, si no recuerdo mal. Un buen motivo para que abandonara a su marido y se llevara a su hijo. O para que fuese a la policía y lo arrestasen por malos tratos. Pero no ocurrió nada de eso, ¿verdad?

—Ya sabe usted lo que ocurrió.

—Sé que murió. Y no dejo de preguntarme si quizá lo ayudó alguien. Quizás alguna medicina que lo dejó soñoliento ante el volante... Algo desmenuzado y añadido a su cerveza, esa cerveza que según usted, le pedía chillando...

—Salga usted de mi casa.

—Su casa —dijo él—. No le ha costado demasiado, ¿verdad?

Pasé como una exhalación ante él hacia la puerta principal, la abrí de par en par, y esperé, con una mano en el picaporte y la otra en la cadera. El corazón me latía a toda máquina y no me atrevía a hablar.

Él se adelantó, se puso la gorra y se apretó la chaqueta del uniforme en torno al cuerpo porque hacía frío. Cuando habló, su voz tenía una entonación tranquila, calmada, sin emoción alguna.

—Usted y yo sabemos que usted mató a su primer marido, señora White. Lo exhumamos demasiado tarde para encontrar rastros, pero eso no significa que no lo hiciera. Le sirvió usted una bebida que lo mató, y ahora lo ha vuelto a hacer, pero esta vez voy a probarlo, y la van a empapelar por esto.

—¡Largo, hijo de puta, largo!

Oí que Araminta corría hacia la puerta detrás de mí, y desde el comedor venía Myra también.

El agente Church se dio un toquecito en la gorra.

—Señora —dijo.

Le pedí a Myra que me preparase un baño, lo más caliente que pudiera soportar al meter la mano, y me sumergí en el agua llorando hasta que se enfrió.

Luego me encontré vestida y de pie ante la puerta principal sin recuerdo alguno de cómo había llegado hasta allí. Estaba muy confusa y necesitaba aclarar mis ideas. Ni siquiera cogí el coche, sino que salí a pie, seguí el camino que Earl tomaba cada noche y llegué al Garden más o menos a la misma hora que llegaba él siempre. Jake fue el primero que me vio, ya que el guardarropa estaba vacío cuando yo entré, y salió de detrás del mostrador y me abrazó, señal segura del aspecto horrible que debía de tener yo. Apoyé la cabeza en su hombro y me eché a llorar. Liz salía entonces de la cocina con una bandeja.

—Oh, Joanie —dijo—, déjame que sirva esto y luego tú y yo iremos a la parte de atrás, donde las taquillas, a charlar un buen rato.

Corrió a la mesa del rincón, la pequeña, la que estaba más lejos. Pero cuando vi quién estaba sentado allí, supe que no iría a la sala de las taquillas a charlar, no en aquel momento.

Me acerqué cuando él levantó la mano e hizo una seña, y me senté enfrente de él, como había hecho en otra ocasión. En la mesa había un vaso vacío. Las hojas de menta machacadas en el fondo me indicaron que era un smash.

—Pensaba que la encontraría aquí, trabajase o no. A nadie le gusta estar solo después de una muerte.

El sargento Young iba de civil, y parecía tan policía como Jake, al menos en aquel momento... Y, sin embargo, habiendo pasado tan poco tiempo después de mi encuentro con el agente Church, no pude evitar sentirme aterrorizada.

—Esperaba poder advertirla de que iba a recibir una visita de mi colega, pero por la cara que tiene, creo que es demasiado tarde. Espero que no la haya asustado demasiado.

—No, qué va, no me asusta que me hablen de la silla eléctrica...

—¿No habrá...?

—Pues sí, lo ha hecho. Y me ha dejado muy claro cuál es su objetivo.

—Tiene que comprender que es muy joven y lleno de empuje. Pero eso no significa que tenga razón.

—No importa si tiene razón o no. Lo único que importa es que encuentre un juez que le haga caso.

—Yo creo que sí que importa tener razón. Y muchos jueces también lo creen.

—Muchos... Vaya consuelo.

—No digo que no se lo tome en serio. Pero, si es inocente, la tormenta pasará.

—Ahora mismo parece que está empeorando cada vez más.

—Bueno, ése es el otro motivo por el que estoy aquí... Otra cosa que pensaba que tenía que saber. Tiene a otra persona trabajando contra usted, y no solo al agente Church.

—¿Quién?

—La misma que la última vez —respondió el sargento—. Hemos recibido la llamada de una mujer que parecía la misma que en la otra ocasión, aunque el agente Church dice que ha hecho un esfuerzo para disimular la voz. No ha dado su nombre, pero tenía otra información del mismo tipo.

—¿Que era...?

—Que parece raro que muriese su primer marido y que nada más entrar en una casa nueva haya muerto su segundo marido, y a consecuencia de esto haya heredado usted una fortuna.

Tuve la sensación de que nunca dejaría de defenderme, el resto de mi vida. Era la misma sensación que si me estuviera ahogando.

—Mi primer marido murió al estrellarse con el coche, un coche que le había prestado un amigo, al chocar contra el muro de una alcantarilla —dije—. Mi segundo marido ha muerto de angina de pecho, que le fue diagnosticada antes de conocerlo.

—Sí, ya lo sé.

—Estaba bajo los cuidados de un médico. De dos médicos, mejor dicho. Si han encontrado alguna sustancia química en su cuerpo, yo no se la administré.

—No digo que lo crea. Pero otros podrían creerlo. ¿Ha oído a Paul Pry hoy?

—¿El de la radio?

—El mismo. Se dedica a airear basura... Es lo único que hace en su programa, recoger toda la basura que puede en las últimas noticias. Y usted ha aparecido en las noticias de hoy. Ha repetido, casi al pie de la letra, lo que esa mujer nos explicó por teléfono..., es decir, que no nos ha llamado solo a nosotros. Parece que ha iniciado una campaña. He pensado que debería saberlo.

—No sé cómo darle las gracias —dije. Casi le pedí ayuda, pero ¿qué podía hacer él para ayudarme, además de lo que ya había hecho? Porque, aunque pareciera una persona honrada y estuviese preocupado por mí, seguía siendo un oficial de policía. De todos modos, Ethel era un problema con el que tenía que lidiar yo misma, eso ya lo sabía desde siempre.

Deseé haberme llevado el coche, porque su casa estaba demasiado lejos para ir andando. Por el contrario, me dirigí al guardarropa, cerré la cortina y me llevé el teléfono a la parte de atrás, lo más apartado que pude. Marqué el número de la operadora e hice que me pusiera con el señor Jack Lucas. Sonó ocho veces antes de que Ethel contestara finalmente.

—Lo siento, Joan —explicó—. Estaba bañando a Tad.

—Muy bien —le dije—. Así estará más limpito cuando se venga a casa conmigo.

—¿A casa contigo...?

—Me llevo a mi hijo, Ethel. Ya lo sabes. Por eso estás intentando detenerme desesperadamente, recurriendo a los métodos más sucios.

—¡Joan!

—Sé lo de las llamadas... a la policía, a la radio... Te llamo para decirte que pares de una vez, ahora mismo. Si quieres pelear conmigo, pelea abiertamente y no como una cobarde, en la sombra.

—No sé de qué me estás...

—Vale, niégalo todo si quieres —dije—. Pero perderás, eso es lo que importa. Un niño debe estar siempre con su madre, y ahora que tengo los recursos para mantenerlo, ningún tribunal te favorecerá a ti por encima de mí.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, un momento nada más. Y luego:

—Mientras no estés en la cárcel, Joan... Yo que tú me concentraría en eso.

Era una simple amenaza, pero su tono de voz me dejó bien claro que también estaba asustada, como si realmente se creyese las historias que estaba difundiendo sobre mí y me considerase peligrosa. Bueno, pues podía aprovechar eso y usarlo a mi favor.

—No hagas ninguna otra llamada —dije en voz baja— como las que has estado haciendo o será la última que hagas. ¿Me has entendido?

La oí respirar al otro lado de la línea.

—Bien, parece que lo comprendes —dije, y colgué.

Aquella noche primero volví a mi otra casa, la casa que había compartido con Ron, para recoger la ropa para el funeral. Me pareció raro estar en aquella casa otra vez, con todas las cosas tal y como yo las había dejado, excepto el olor... un olor viciado, a cerrado, no más de lo que se podría esperar, pero que no sé por qué motivo me intranquilizó. Recogí el mismo traje oscuro que había llevado en el funeral de Ron, pero no el mismo sombrero, ya que estábamos en otoño y no pegaba uno de raso. Afortunadamente tenía uno de terciopelo, y lo cogí. Por si acaso me llevé también el velo, lo doblé y lo metí en mi bolso. Luego salí andando hacia el Garden y de allí me fui a casa.

Las limusinas, una para mí y dos que había pedido para los criados, y las otras dos para los parientes y amigos de Earl que esperaban cortésmente, debían llegar a las once y media, y allí estaban, puntuales. Entraron por el camino y aparcaron frente a la casa. Por la ventana vi que salían los chóferes y se quedaban de pie junto a los coches, con los hombros erguidos y abriendo las portezuelas. Alguien a quien no veía bien entró por la puerta principal, las conchas de ostra crujieron bajo sus pisadas, y llamó al timbre. Abrió Myra, y ella, Leora, Araminta, Jasper, Boyd y los demás, que ya estaban en el vestíbulo preparados para salir, salieron al fin. Yo recogí mis cosas y salí también, cerré la puerta detrás de mí y me volví hacia el hombre que sabía que

estaba allí para escoltarme. Cuando levanté la vista vi que era Tom.

—¿Sorprendida? —me preguntó.

Era la primera vez que lo veía desde que le dejé la nota mientras él dormía, en el motel junto al aeropuerto, y mentiría si dijera que mi corazón no dio un vuelco al verlo.

—He pedido este trabajo... El de la funeraria se acordaba de mí. Pero si quieres que me vaya, puedo pedir que venga un sustituto.

—No quiero que te vayas.

Me acompañó al coche y entró a mi lado, detrás. El conductor pareció algo sorprendido, pero se tocó la gorra, se sentó y partimos.

—¿Es cierto —susurró Tom, mientras la carretera iba pasando velozmente ante la ventanilla tintada— lo que me dijo Liz una noche allí en el Garden, de que tú nunca...?

—Yo nunca ¿qué?

—¿Nunca consumaste el matrimonio con tu marido, el que estamos enterrando?

—No es asunto tuyo —le dije— lo que yo hice o dejé de hacer con mi marido. ¿Te queda claro?

Él no respondió.

—¿Lo entiendes o no?

—Sí.

Había unas cien personas en la capilla, y el doctor Fisher celebró el funeral. Pronunció un sermón breve, de no más de cinco minutos, sobre el carácter «ejemplarmente cristiano» de Earl. Luego, una vez más me encontré junto a una fosa, escuchando otro oficio religioso, viendo cómo otro hombre echaba tierra sobre un ataúd. Y una vez más di las gracias al ministro, esta vez diciéndole yo misma, sin esperar a que lo hiciera Ethel, que recibiría su donativo por correo. Luego volví al coche con Tom. Cuando llegamos a casa, los sirvientes ya estaban allí y me abrieron la puerta. Me volví hacia Tom y levanté la mano.

—Gracias por acompañarme, Tom.

—Pensaba que querrías pasar un rato conmigo, Joan.

—Sí que quiero... pero no te pido que entres. No estaría..., no estaría bien. O al menos no me parecería bien ahora mismo, lo que viene a ser lo mismo. —También estaba pensando lo que le parecería al servicio... y a la policía, si les llegaba la noticia.

—De acuerdo, entonces —dijo—. Me voy.

De repente me sentí débil, como me había ocurrido tras el incidente con Lacey en el aeropuerto y, como entonces, deseé estar con él desesperadamente.

—Tom, espera un minuto —le dije—. No puedo hacerte pasar, pero... espera.

Entré y le dije a Myra que iba a estar fuera un tiempo. A toda prisa metí cuatro

cosas en una bolsa y luego volví a salir por la puerta principal, le dije a Tom que despidiera el coche y dimos la vuelta hacia el garaje. Saqué mi coche, me trasladé al asiento del pasajero para que él se situara al volante, y le dije que condujera.

—¿Y adónde voy?

Cerré los ojos y me apoyé en el reposacabezas.

—Adonde tú quieras, Tom. Incluso podrías llevarme otra vez al Wigwam, no me importaría. Decídelo tú.

El coche partió por la autopista y viajamos en silencio, yo con la misma sensación que tienen los niños cuando van de la mano de sus padres. En una ocasión Tom me puso la mano en la pierna y yo temblé, no de excitación, sino de alivio. Era como si me pusiera un paño frío sobre una herida.

Él se detuvo y me rogó que abriese los ojos. Estábamos junto a una casita pequeña de madera, con el tejado de tejas y un jardín diminuto... nada lujoso ni impresionante, pero totalmente respetable, y lo seguí hacia el interior, agradecida. Él cerró la puerta y yo me volví hacia él. Cerrando los ojos de nuevo, aspiré con fuerza.

—¿Joan? ¿Estás bien?

—Tom, este olor...

—Abriré las ventanas...

—No. Quiero notarlo. Es tu olor.

Y a continuación estaba entre sus brazos, y luego él me hizo retroceder un poco, y un poco más, hasta su dormitorio, mientras me bajaba la cremallera y me besaba el cuello. Y, así, el día del funeral de mi marido, consumé la relación con mi amante por segunda vez.

Una vez más la cosa duró hasta bien entrada la noche, con «repeticiones» y un breve descanso para comer, de pie en la cocina de Tom, desnudos los dos, unos huevos revueltos directamente de la sartén. Cuando al final nos dormimos ni siquiera acabamos uno en brazos del otro, sino echados de cualquier manera, atravesados en el colchón.

Me desperté horas más tarde al oír el tictac de su reloj junto a mi oído. No me sentía ni alegre ni triste, ni complacida ni preocupada ni nada, solo vacía, como si me hubiese descargado de todas las cosas malas que me llenaban, pero también de las buenas. Sentía que ya podía empezar de nuevo, y que tenía que hacerlo.

Me levanté silenciosamente y salí por la puerta principal, donde me puse el vestido y los zapatos. Temía que el sonido de la puerta al abrirse lo hubiese despertado, pero no fue así. Salí lo más rápido que pude, notando el aire fresco de la mañana que me ponía la carne de gallina en los brazos, y saqué mi bolsa del asiento trasero del coche. Había cogido ropa de repuesto, maquillaje, un peine y un cepillo, y unas pocas cosas más. Volví a entrar en la casa y me introduje en el baño que se encontraba junto al salón para arreglarme. El espacio era pequeño y estaba muy lleno, y yo no me atrevía a encender la luz, pero con la puerta medio entornada me veía lo bastante bien en el espejo para adecentarme un poco.

Él no se había despertado aún cuando acabé, y me quedé de pie en la puerta del dormitorio, viéndolo dormir. La suave luz que entraba a través de las cortinas caía de refilón sobre su torso desnudo, y sentí por él una mezcla de deseo y gratitud. Pero sabía también que no volvería a despertarme nunca más con él en aquella habitación. Aún lo deseaba... siempre lo desearía, y alguna noche quizá con toda intensidad, como si la vida misma no fuese nada, comparada con el contacto de sus manos en mi cuerpo y de su cuerpo en mis manos. Quizás aquella misma noche. A lo mejor, cada noche. Pero él formaba parte de la vida que yo quería dejar atrás, no de la que empezaba, y toda chica tiene que crecer en un momento dado. Se aprende, a menudo por el camino más difícil, que satisfacer los deseos no garantiza en absoluto quedar satisfecha a largo plazo.

No dejé nota aquella vez. Sencillamente, me fui.

Dejé mi coche en el garaje y entré calzada solo con las medias, con un zapato en cada mano, y subí al piso de arriba sin encontrarme con ninguno de los criados. En mi dormitorio me desnudé y me di un baño, y en cuanto me hube lavado y secado y puesto un camisón limpio, me dormí y no me desperté hasta el mediodía, cuando Myra llamó a la puerta y dijo que abajo tenía una visita.

Vi que me estaban esperando en el sofá, de espaldas, examinando los estantes de la biblioteca, y casi salí corriendo en la otra dirección, hacia la puerta principal. Pero

algún ruido que hice debió de alertarlos, porque se volvieron y entonces ya no tuve otra elección que entrar en el salón para reunirme con ellos.

El sargento Young iba de uniforme de nuevo y tenía una expresión muy adusta, mientras que junto a él, el agente Church parecía tan impasible como siempre. El que habló fue Church:

—Joan White... antes Joan Medford... antes Joan Woods... está usted arrestada por el asesinato de...

Después no oí nada más. Su voz no eran más que sonidos sueltos, el viento que aullaba, y lo vi acercarse a mí, con ambas manos extendidas, y entre ellas, unidas por una corta cadena, unas esposas de metal reluciente.

Del trayecto hasta la comisaría en el coche patrulla no recuerdo nada en absoluto, excepto la pesada reja de metal que separaba el asiento delantero, donde estaban ellos, del trasero, donde me habían metido a mí. El sargento Young me ayudó a salir del coche cuando llegamos, ayuda que yo necesitaba, porque no podía usar las manos, y luego, amablemente, se interpuso entre mi persona y los flashes que se disparaban mientras entrábamos en el edificio. Una vez dentro me hicieron desnudar, me tomaron las huellas y me dieron un traje de presa de una tela muy pesada e incómoda, suavizada solo ligeramente y con un tosco perfume por los mil y un rudos lavados. No tenían sujetador de mi talla, de modo que me quedé sin él, una decisión que lamenté rápidamente, porque mis pezones pronto se irritaron al rozar el interior de la camisa.

Me metieron en una celda y allí esperé, sola, sin nada que ver ni nada que hacer, excepto caminar desde el camastro que estaba pegado a una pared hasta el lavabo que se encontraba pegado a la otra. No hacía frío, pero yo estaba temblando. Me envolví en la fina manta que había sobre el camastro y me senté, y pensé en lo que me aguardaba.

Sabía que el agente Church iba a por mí, lo había dejado bien claro. Pero no me imaginaba qué era lo que podía haber encontrado entre el domingo y el martes que justificara mi arresto en conexión con la muerte de Earl. Pensé que podía haber aprovechado el viaje en coche para preguntárselo. Aunque probablemente no me lo habrían dicho. Pero quizá sí que lo hubiesen hecho, y al menos no habría estado tan completamente a oscuras.

Pero no lo hice. Estaba demasiado conmocionada, demasiado anonadada incluso para hablar en mi defensa. Me quedé allí sentada igual que me siento ahora, mirando al frente, preguntándome qué sería de mi vida a partir de aquel momento. Las crueles palabras de Ethel resonaban en mi cabeza: «Mientras no estés en la cárcel, Joan... Yo que tú me concentraría en eso». Y me pregunté entonces si alguna vez volvería a ver a mi hijo.

Pasó el tiempo y al final un guardia abrió la puerta de mi celda y me llevó por un pasillo hasta una sala con las paredes pintadas de gris. No pasamos junto a ninguna ventana desde la que se viera el exterior, de modo que no sabía si era de día o de noche. En la sala había tres sillas, y el guardia me condujo hasta una de ellas, donde me senté.

Church y Young entraron por la puerta unos minutos más tarde. Cada uno se sentó en una de las sillas que quedaban libres. Church llevaba en la mano una carpeta con un fajo de hojas de papel, y empezó sin preámbulo alguno.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Hacer ¿qué?

—Matarlo.

—Ya se lo dije. Yo no toqué su medicina.

—No a su marido, señora White. A Tom Barclay.

Yo pensaba que sabía lo que era estar conmocionada, quedarse estupefacta... pero aquel golpe ya era demasiado para mí, así que empecé a balbucear.

—¿Tom? Pero Tom no está muerto.

Ambos intercambiaron una mirada.

—Yo diría que sabemos reconocer un cadáver cuando lo vemos.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿Por qué no nos lo cuenta usted? Estaba allí esta mañana.

—¿Cómo...?

—Su coche —dijo el sargento Young—. Lo han visto junto a la casa. Tenemos gente examinándolo ahora mismo.

—Tom estaba vivo cuando lo dejé... dormido...

—¿En el baño? —preguntó el agente Church.

—No, en la cama, naturalmente. ¿Por qué? ¿Ha sido en el baño donde...?

Él se levantó de su silla y se acercó a mí. Supuse que yo debía permanecer sentada, y eso hice, pero al levantar la vista hacia él, de pie ante mí, con el puño apoyado en la cadera, el corazón se me aceleró..., sin duda, el efecto que él pretendía.

—Sí. En el baño, con un frasco vacío a su lado en el suelo y ambas muñecas cortadas. —Dio la vuelta a una foto en blanco y negro y me la puso delante. Era Tom, el guapo Tom, que ya no era guapo. Me doblé en dos y vomité en el suelo.

El sargento Young me tendió un pañuelo doblado para que me pudiera limpiar la boca. Creo que le di las gracias, pero la verdad es que no me acuerdo. Sé que intenté decirle algo al agente Church, algo que oponer a sus acusaciones, pero lo único que pude decir fue:

—Yo no... Nosotros no...

—Señora White —dijo—, los vieron juntos en el funeral de su marido. Lo vieron salir con él en el coche, más tarde. Pasó la noche con él.

—Sí, eso es verdad, pero...

—Para celebrar la muerte de su marido, empezaron ustedes a beber...

—¡No hicimos tal cosa! Háganme la prueba que quieran y lo verán. Yo no bebo. Nunca.

—Bueno, pues él sí que bebió, y no solo whisky. —Agitó otra hoja de papel ante mí—. ¿Quiere leerme de qué más estaba lleno su cuerpo, cuando murió?

Era el informe del forense, y mecanografiado en una línea junto a su pulgar, vi un término científico muy largo: *alfa-talimidoglutarimida*. Negué con la cabeza.

—Lo metió en la bañera...

—¡Mide metro ochenta!

—Es fuerte, usted misma nos lo dijo. Levantó a su marido de aquella escalera y lo sentó en la silla, cuando tuvo un ataque.

—Pero eran solo tres metros de distancia.

—Y en este caso eran siete, y usted lo hizo.

—No puede pensar que...

—Le cortó las muñecas con una hoja de afeitar de las suyas... y le cortó también un poquito las yemas de los dedos, un toque muy bonito...

Cerré los ojos y dejé que su voz pasara por encima de mí.

—... y luego se fue a casa y se durmió como un corderito inocente. Ha asesinado a tres personas, pero ¿siente remordimientos por alguna de las muertes que ha causado? No, Joan White, no. ¡Ya está dispuesta para la cuarta!

Entonces se oyó la voz del sargento Young.

—Ya basta.

Hubo un silencio. Luego el agente Church, con una voz mucho más fría, dijo:

—Llévenla de vuelta a la celda.

Y noté que una mano me cogía el codo, levantándome de la silla.

Abrí los ojos. Los dos hombres me miraban fijamente. El guardia que me había conducido a la sala estaba a mi lado, dispuesto a acompañarme de nuevo. Antes de que pudiera decir nada, yo hablé, con mucha más serenidad de la que pensaba que era capaz:

—Sí, estuvimos juntos... Tom y yo. Una vez antes de que me casara con Earl, y anoche por segunda vez. Entre esas dos veces no nos volvimos a ver las caras. Ni una sola vez. No hablamos. Ni una sola vez. Pregúnteselo a Liz, del bar donde trabajaba. Pregúnteselo a Bianca. Usted las conoce a ambas, sargento, le dirán la verdad. Me separé de él la primera vez para casarme, y eso hice. Él sabía que sería así. Mientras Earl fuese mi marido yo le sería fiel, y él lo sabía también. Lo único que me devolvió a sus brazos fue la muerte de Earl, y el funeral, y usted, agente Church, por la manera que tenía de acosarme... Era demasiado, no podía soportarlo yo sola, y necesitaba escapar de todo aquello, de todo, solo por una noche.

—Solo una noche —dijo el agente Church— y lo ha matado.

—¡No! No. ¿Por qué iba a matarlo? Especialmente cuando sabía que usted me vigilaba como una águila, y que ya sospechaba lo peor... Pero eso da igual. ¿Por qué iba a querer matarlo? No estaba casada con Tom, él no podía reclamarme nada. Dejarlo era mucho más sencillo. Me he ido, sencillamente, como hice la última vez. La única diferencia es que esta vez no le he dejado ni siquiera una nota. Él ya sabía lo que pasaba. —Mi voz sonaba estrangulada—. Sabía que no volvería. Que aquello era el final.

—¿Y se mató, desesperado?

—No se burle de él —solté, con un ramalazo de mi antiguo mal genio—. Si hizo lo que usted dice, entonces supongo que debemos interpretar que sí, que se sentía desesperado.

—Por perderla —murmuró Church—. Pobre idiota, tenía que haberlo celebrado.

Sin pensar levanté la mano para abofetearlo, pero me la cogió al vuelo el guardia que tenía al lado, gracias a Dios. Ya tenía bastantes problemas para añadir encima una acusación de agresión a un oficial.

Pero él retrocedió un par de pasos, de modo que tuve la sensación de haber conseguido algo.

Llamaron entonces a la puerta y el sargento Young fue a contestar. Habló con alguien a quien no veía al otro lado y volvió un momento después con un papel en la mano. Habló unas palabras en privado con el agente Church y le tendió el papel. Church lo leyó y vi que los músculos de la mandíbula se le tensaban.

—Llévenla otra vez a la maldita celda —dijo.

Nunca antes lo había visto tan alterado.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunté—. ¿Es algo sobre mi caso? Dígamelo... —Mientras me sacaban por la puerta sin ninguna amabilidad y me llevaban a rastras por el vestíbulo—. Por favor. —Dirigí una última mirada al sargento Young—. ¿Es algo...?

—Sí —dijo, y apartó los ojos de su compañero, a quien miraba iracundo, para contestarme—. Es algo, cierto.

Tardé treinta y seis horas en averiguar lo que era.

En el armario que se encontraba debajo del lavabo en el baño de Tom (el mismo sitio donde yo me había cambiado de ropa aquella mañana) los policías que registraban la casa encontraron una bolsa muy gastada que contenía, bajo un par de pantalones manchados de pintura y un cinturón para herramientas de piel, una jeringuilla usada, junto con una cajita de hojalata. La caja no contenía nada, solo restos de polvillo en las esquinas, pero los químicos de la policía tuvieron suficiente con esos diminutos granitos de polvo para averiguar lo que había contenido.

Y la jeringuilla tenía rastros de talidomida también. Nunca supe cómo había conseguido Tom acceder a nuestra casa. El agente Church, claro está, aseguraba que yo lo dejé entrar, pero eso no era cierto. En lo que a mí respecta, Tom Barclay nunca puso los pies en la propiedad antes del funeral de Earl, y mucho menos en el interior de la mansión. Y, sin embargo, tuvo que hacerlo... porque, si no, ¿cómo pudo apoderarse de una de las jeringuillas de Earl? ¿Y cómo pudo introducir la droga en la botella de suero intravenoso de Earl?

Liz me había advertido que Tom no era un chico paciente... pero nunca me imaginé que su impaciencia sería tal que tramaría un plan para eliminar a mi marido y conseguir que volviera con él. Una vez en posesión de la información que le había

dado Liz sobre la verdadera naturaleza de nuestro matrimonio y mis motivos para contraerlo, había forjado aquel plan tan complicado para que uno de los ataques de Earl fuese fatal. De cualquier otro hombre no lo habría creído, pero Tom había ideado un plan, que estaba convencido de que funcionaría, para irradiar las medusas de Chesapeake Bay y así favorecer la natación...

Y entonces...

Y entonces, tras llevar a cabo su plan y matar a un hombre por mí, y después de haberme recuperado por una noche, se despertó y vio que yo no estaba a su lado y no le había dicho ni una sola palabra de despedida. Debió de sentirse consumido por los recuerdos de mi última despedida y el absoluto silencio que siguió. ¿Estaría enfadado conmigo? ¿Sentiría que había jugado con él? ¿Estaría desesperado? Nunca lo sabré. Pero en el frío amanecer se volvió a emborrachar, una borrachera terrible y desesperada, con las consecuencias que ustedes ya conocen.

Querían mantenerme encerrada, pero yo llamé a Bill Dennison y él me encontró a un abogado excelente, el señor R. Harry Hoopes, carísimo, pero que merecía la pena, decía Bill. Y viéndolo trabajar a mi favor ante el juez en mi vista me dio confianza, ya que estaba claro que el hombre era competente, aunque desgraciadamente me recordaba mucho a mi padre, y, por tanto, las buenas sensaciones quedaban un poco amortiguadas. Y aunque me prometió que conseguiría que las acusaciones no prosperasen, él se iba a su casa todas las noches y yo, noche tras noche, volvía a mi celda.

Pero él me defendió como yo necesitaba. Señaló las muchas veces que podía haber dejado morir a Earl, y por el contrario decidí salvarlo. Señaló el hecho de que había dado gran parte del dinero de Earl, aunque no tenía por qué, a sus hijastros. Se dijo que todavía me quedaba un buen pellizco, teniendo en cuenta que yo era la misma mujer que hacía poco no tenía electricidad, gas ni teléfono, y también tenía una empresa de inversiones que funcionaba bien y que podía generar más, de la que ahora era copropietaria, pero el señor Hoopes contraatacó con el tema de las cuentas conjuntas, que descartaban que mi marido tuviese que morir para poder echar mano yo a su dinero.

El otro abogado tampoco se quedó atrás, se congració con el juez y lo presentó todo de la manera más razonable, intentando echarme la soga al cuello... Sí, Señoría, quizás ella tuviese ya acceso al dinero de su marido, pero enfrentada a la elección del dinero y un marido viejo y enfermo, o bien el mismo dinero y un hombre joven y guapo, ¿qué piensa, Su Señoría, que preferiría una joven atractiva como la acusada? Ante lo cual mi abogado devolvió la pelota: «¿Por qué matarlo entonces?». Y la respuesta fue: «Ella había conspirado ya para cometer un asesinato, señor, sabía que la policía la estaba acorralando y necesitaba cargarle el muerto a él para que no la acusaran». Y así una y otra vez.

Los periódicos se cebaron con el caso, como supe más tarde, y publicaban noticia tras noticia, acompañadas con fotos de Earl que sacaban de sus archivos y fotografías mías del día de mi arresto, con el cuerpo del sargento Young tapándome en parte para que no me vieran. Incluso habían conseguido, no sé cómo, una foto mía de uniforme en el Garden, y la ponían una y otra vez con unas rayas negras tapando lo que consideraban indecente. Por supuesto, eso hacía que pareciese más indecente de lo que era en realidad.

Los que redactaban los titulares, conociendo mi trabajo y ante los tres casos en los cuales se decía que yo había servido a los hombres de mi vida un cóctel mortal, o al menos uno que había facilitado su muerte, empezaron a llamarme «La Camarera», así, con mayúsculas, una mayúscula para cada uno de los delitos capitales de los que se me acusaba. El mote hizo fortuna, y desde entonces me ha perseguido. Por eso, finalmente, empecé a grabar toda esta historia, para que mi nombre quede limpio y mis hijos no se vean abrumados por la vergüenza y la notoriedad que yo nunca me he merecido y ellos desde luego tampoco.

Hijos... sí. Pero me estoy adelantando.

El señor Hoopes hizo su último y apasionado alegato ante el juez una tarde, dos semanas después del día de mi arresto, y tuve la noche siguiente para darle vueltas a la cabeza y preguntarme cuál sería el resultado. ¿Se llevaría mi caso a juicio, y a partir de ahí, si perdía, sería sentenciada? Ya casi notaba los grilletes en mis muñecas y tobillos, el casquete de metal que bajaba hasta la frente, y no recuerdo haber dormido aquella noche ni un solo segundo. Pero a la mañana siguiente me llegó la noticia de la decisión del juez, solo tres palabras: falta de pruebas.

Y quedé libre.

Tenía todo lo que necesitaba en este mundo para ser feliz. Además de la libertad, me quedaba bastante dinero, es cierto, así como una mansión en la que vivir si lo deseaba, y amigos. Pero no tenía lo único que deseaba, que era a mi pequeño.

Al salir de prisión, antes de que se fuera el señor Hoopes, le pregunté si podía venir conmigo para realizar una tarea más. Él consultó su reloj de pulsera, pero todavía emocionado por la victoria que había conseguido para mí y sin duda calculando la tasa extra que podía cobrarme, accedió. Fuimos en el coche directamente a casa de Ethel y aparqué ante la entrada justo cuando ellos estaban metiendo las maletas en el maletero de su sedán. La decisión del juez había conseguido filtrarse de alguna manera y había llegado a los periódicos de la mañana, y Ethel no perdió el tiempo y preparó a su marido y a Tad para un viaje, quizá muy largo, quizá solo de ida. Si yo me hubiese entretenido media hora, si hubiese ido a casa a cambiarme de ropa primero, o a ducharme, habría llegado a una casa vacía y mi hijo habría desaparecido.

Pero no, lo vi sentado en el asiento de atrás del sedán y corrí a abrir la portezuela y lo cogí en brazos. Oí que Ethel gritaba mi nombre, pero no me preocupó en absoluto, porque tenía a Tad entre mis brazos y le hacía dar vueltas en el aire, achuchándolo y dándole todos los besos que me había visto obligada a contener desde la última vez que lo tuve abrazado. Las lágrimas corrían por mis mejillas, y él empezó a gritar asustado, pero yo lo consolé y me sequé los ojos y le dije que no tuviera miedo, que mamá había vuelto para siempre.

Mientras hacía todo esto, Jack Lucas me miraba con una maleta en cada mano y una expresión de culpabilidad en el rostro, consciente de lo mal que quedaba que los hubiéramos cogido saliendo de casa. Pero en la cara de Ethel no se reflejaba culpabilidad, sino solo rabia.

—Deja inmediatamente ese niño, Joan. No te lo vas a llevar.

—Pues sí. Me lo llevo. Ahora mismo.

—¿Qué tribunal te dejará quedártelo, Joan? ¿A ti, que eres una asesina?

—Soy libre, Joan. El juez me ha declarado inocente.

—Ni hablar. He leído la noticia. Lo único que decía es que no había pruebas de tu culpabilidad. Eso no significa que no seas culpable. No hay ni una sola persona en todo el estado que no sepa que lo hiciste tú.

—Te agradecería, Ethel, que no hablastes mal de mí delante de mi niño —dije, tapando los oídos de Tad con las manos—. Y si dices en serio eso de que quieres luchar por su custodia, me gustaría presentarte a mi abogado, el señor R. Harry Hoopes.

Hoopes se adelantó entonces, con una mirada tan acerada que podía armar a un

batallón entero.

—¿Por qué no hablamos, señora Lucas, señor Lucas...? ¿Por qué no vamos adentro y hablamos un poco?

Los siguientes días los pasé celebrando reuniones con abogados, agentes inmobiliarios y banqueros. Los abogados estaban legalizando el testamento de Earl, y tenía que firmar algunos documentos. Los agentes inmobiliarios esperaban vender la mansión, a pesar de todo el escándalo en la prensa, pero yo aún no me había decidido, y de todos modos tenía que esperar a que los abogados hubiesen concluido su trabajo. Los banqueros eran los socios de Earl, que poseían solo una minoría de su empresa, pero eran los que sabían cómo funcionaba el negocio, y yo habría sido una tonta si no hubiese aumentado su parte para que pudieran seguir trabajando. Eso hice, las cosas se pusieron por escrito en un nuevo acuerdo, lo firmé y me encontré como quien no quiere la cosa como socia con el cuarenta por ciento de una próspera firma bancaria... EKW Asociados, así decidieron llamarse.

También me llamaban de periódicos y revistas, y de la radio y la televisión, más llamadas de las que puedo contar. Pero los ignoré a todos, e hice salir dos veces a Araminta a la puerta principal para que rogase a todos los que se habían reunido allí que se fueran, por respeto al niño pequeño que vivía en la casa, si no por mí. Pero no se fueron. Y eso significaba que el pobre Tad no podía jugar en el jardín, y yo tampoco podía salir fuera para nada..., solo para una cosa.

Supe, para mi espanto, que el cadáver de Tom había permanecido todo aquel tiempo en la morgue, sin que nadie lo reclamase. Por supuesto, sabía que sus padres habían muerto, y él no tenía mujer ni hermanos. Pero no se me ocurrió que no tuviese a nadie en absoluto. Pasado el tiempo supongo que le habrían dado un entierro público de algún tipo, quizás en un cementerio municipal, y yo no podía soportar aquello. A pesar de todos los errores que había cometido, él se merecía algo más que la fosa común.

De modo que reclamé el cuerpo y llamé al enterrador, hice todos los preparativos y una vez más me encaminé a un funeral con Tom a mi lado, pero esta vez yo iba sentada con él en la parte de atrás del coche fúnebre, no en una limusina, y él no volvería conmigo después.

Me había puesto un vestido negro clásico y sobrio, con guantes hasta el codo y un sombrero, todo negro, como correspondía a la ocasión. También llevaba las gafas de sol que me puse en nuestro viaje juntos al aeropuerto, no para evitar que me reconocieran los periodistas y fotógrafos, porque eso era imposible, sino para evitar que me viesen llorar y captasen ese momento con sus cámaras.

Pero el caso es que las fotos que me hicieron en el funeral salieron en todos los periódicos importantes... Las primeras fotos de «La Camarera» desde su controvertida liberación de la cárcel. Lo único que lamenté fue una cosa: haber

decidido en el último momento, antes de salir de casa, ponerme pintalabios, porque se comentó en todos y cada uno de los artículos periodísticos, sin excepción. Pero tuve la sensación de que necesitaba un poco de color para no parecer yo misma un cadáver.

No se hizo un funeral previo, sino que fuimos directamente al cementerio y allí nos reunimos con el único sacerdote que se había mostrado dispuesto a celebrar aquella ceremonia. El ministro pasó por alto amablemente el suicidio de Tom en sus comentarios, y también fue muy breve, y a cambio de sus molestias se llevó a casa una buena cantidad, suficiente para arreglar su iglesia o su casa si lo prefería.

Asistieron Liz y Bianca, ambas llorando copiosamente por aquella pérdida.

—No puedo creer que hiciera semejante cosa... —decía Liz—. Es culpa mía, Joanie, es solo culpa mía.

Intenté tranquilizarla y decirle que no era así, pero sospechaba que ella no quería escuchar mis palabras. De modo que me limité a abrazarla con fuerza y la dejé llorar mientras le daba palmaditas en el hombro. Cuando finalmente me soltó, vi a una mujer que estaba de pie junto a ella y a quien no reconocí al principio, pero que me sonaba. Luego me di cuenta de que se trataba de Pearl Lacey. No pensaba que conociera a Tom, pero luego recordé que sí, que le tenía mucho cariño. Fui a estrecharle la mano.

—Terrible, terrible —dijo. Fue la única palabra que me dirigió en todo el rato.

Me gustaría decir que ya conocen ustedes toda la historia, lo que ocurrió, cómo ocurrió y por qué. Pero hay una cosa más que no les he contado y es lo que pasó cuando volví a casa tras el funeral de Tom. Me di cuenta de algo al entrar por la puerta, y me eché a llorar, no a sollozar débilmente como había hecho en el cementerio mientras veía cómo Tom bajaba a la tumba recién cavada, sino con unos sollozos tan fuertes que apenas podía respirar. Araminta me trajo corriendo un vaso de agua desde la cocina, y yo casi me atraganto al beber.

Entonces le pedí, jadeando, un calendario. Ella me trajo uno diminuto que tenía pegado a la puerta del frigorífico con un imán. Volví las páginas y conté, aunque en realidad no tenía que hacerlo. Aquella vez sabía con toda seguridad que se me había retrasado la regla.

Desde aquel día han pasado casi nueve meses; mañana salgo de cuentas. El médico que va a traer al mundo a mi bebé es el mismo que vino cuando, en la primera oleada de pánico, llamé y le rogué que trajera a la mansión todos los artilugios que necesitase para realizar la prueba de embarazo al instante. Él llegó, me hizo la prueba y, efectivamente, en esta ocasión no era un retraso provocado por la tensión, aunque Dios sabe que pasé la tensión suficiente para dejarme seca una vida entera. No, era un bebé, que ha ido creciendo desde entonces.

Por supuesto, no sé si es una niña... No puedo estar segura de ello. Pero tengo la

intuición de que lo es. He tenido sueños en los que el bebé me habla, y en todos ellos quien habla tiene voz de niña. No sé si eso es fiable o no, los médicos dicen que no, pero algunas mujeres con las que he hablado creen otra cosa.

Ha sido un embarazo difícil, con muchas náuseas matutinas y descanso en cama. El pequeño Tad se ha portado como un angelito, pero no ha sido fácil para él, claro. Desde luego, ahora tengo dinero para contratar a diez niñeras si hace falta... pero no es lo mismo que tener a tu mamaíta para cogerte y hacerte dar vueltas por la habitación.

Afortunadamente me quedaban unas cuantas pastillas de las que me había dado Hilda. Eran pocas, pero me ayudaron en los peores momentos. No podía pedirle más a ningún médico, por supuesto. Ninguna pastilla en realidad, pero esa menos que ninguna: si hubiera trascendido que La Camarera había pedido más talidomida... Dios mío, los periódicos habrían hecho su agosto. Al irse acercando el momento del parto del bebé, la gente volvía a estar interesada en la historia. «El hijo del crimen», decía un titular que vi al pasar por la calle. No sabía si se referían a mí o a Tom. Pero aquella noche empecé a grabar todo esto. Para asegurarme de que se contaba la verdad.

Estoy impaciente por ver a mi niñita y tenerla entre mis brazos. El bebé de Tom. Con un padre como él seguro que será una belleza, una niñita preciosa y perfecta, y quiero que tenga la vida que yo no tuve, y que se perdió también Tad, al menos los cuatro primeros años de su vida. Es un niño muy bueno, pero de vez en cuando tiene miedo, y se nota que ha conocido el dolor. Pero su hermanita... ruego que se le ahorren todas las crueldades que nosotros hemos padecido.

Parece que ya está todo grabado... Eso es todo.

Por ahora.

# Epílogo

por CHARLES ARDAI

Hoy en día, cuando la gente habla de James M. Cain tiende a ser en tono reverencial. Se ha ganado un lugar como uno de los «tres grandes», los gigantes de la ficción criminal más dura cuyas obras se consideran clásicas (los otros dos son Dashiell Hammett y Raymond Chandler). Los libros de Cain se han estudiado en diversas universidades, incluso en Harvard. La gente prepara tesis sobre ellos.

Pero cuando Cain empezó a publicar sus novelas secas y duras en los años treinta y cuarenta (e incluso en los cincuenta y los sesenta) se lo veía como algo distinto: un aficionado que hurgaba en el pecado y el escándalo, un proveedor de lo más morboso y rastrero. La *Saturday Review of Literature* decía: «Nadie ha dejado nunca a medio leer uno de los libros de Jim Cain», una frase que se ha citado en diversas generaciones de libros en rústica de Cain, pero era un cumplido que uno no sabe cómo tomar, porque reconoce la popularidad explosiva de sus libros entre los lectores, más que su calidad. La revista *Time*, mientras tanto, decía desdeñosamente que sus libros eran «carnales y criminales», y su autor, un «rancio sensacionalista». En 1965 opinaba (con un cierto deje de envidia) que:

Durante treinta años, el novelista James M. Cain ha trabajado en un filón literario que bordeaba un montón de basura. Incluso sus mejores trabajos (*El cartero siempre llama dos veces*, *Mildred Pierce*, *Pacto de sangre*) apestaban debido a su vecindad, y, sin duda, como consecuencia, fueron convertidos en películas.

Sí, efectivamente, sus novelas fueron convertidas en películas. Una de ellas, *Perdición* (basada en *Pacto de sangre*), de Billy Wilder, fue nominada al Oscar como mejor película cuando se estrenó, y figura desde entonces como una de las cien mejores películas americanas de todos los tiempos en la lista del American Film Institute. Los libros de Cain han vendido millones de ejemplares y se han traducido a dieciocho o diecinueve idiomas. Todo ello simplemente demuestra lo poco que cuentan las opiniones de los críticos si tienes a los lectores en la palma de la mano (cosa que conseguía hacer Cain, desde luego) y si tus libros son realmente buenos (como son, desde luego, los libros de Cain).

Pero sería un error ignorar por completo cómo era recibido Cain en su apogeo, porque nos dice algo de lo que hacía en realidad. El hecho es que Cain «sí» que era un escritor escandaloso, sensacionalista... incluso peligroso, siempre y cuando un novelista pueda ser considerado peligroso. Sacudía el orden social de su tiempo, deleitándose en pinchar globos demasiado hinchados y viendo cómo explotaban. Llevó a la ficción popular unos temas que no se trataban en las conversaciones

educadas por aquel entonces (algunos de ellos, ni siquiera se comentan hoy en día): adulterio, incesto, depravación de todo tipo, sexualidad para todos los gustos. Hizo que una tentadora menor de edad robase el amante a su madre una década antes que *Lolita*. Sus crímenes eran tan brutales, tan viscerales, que al leerlos hoy todavía se te revuelve el estómago. Sus libros fueron prohibidos. ¿Nos sorprende acaso que atrajese lectores a montones o que sus libros se lean sin respirar hasta la última página?

Pero a diferencia de lo que es simplemente sensacionalista, Cain ponía todo ese material escandaloso al servicio de un objetivo más importante: mostrarnos la vida tal y como se vive, la lengua tal y como se habla; los sueños, ansias y desesperaciones de gente corriente en situaciones apuradas; el impacto en el alma humana de las crisis y la capacidad del animal humano de abandonar su humanidad, si se lo somete a duras pruebas. Los personajes de Cain sudan y tienen motivos para hacerlo. Y cuando uno lee cosas de ellos, suda con ellos. ¿Quiere saber qué se siente al estar atrapado en un matrimonio sin amor, anhelando desesperadamente algo mejor y agarrándose a cualquier salida, aunque sea cruel, repelente y esté condenada de antemano? Lea *El cartero siempre llama dos veces*. Si nota que, al acabar, necesita una ducha, es un mérito y no una crítica.

Cain pasaba mucho tiempo en los bajos fondos y trataba con asuntos propios de ellos, es cierto, pero sus libros no son buenos a pesar de ello, sino precisamente a causa de ello. Como consecuencia, a diferencia del trabajo de muchos contemporáneos que desde entonces han quedado olvidados, los libros de Cain despertaron una poderosa respuesta, y siguen provocándola todavía. De los lectores, de los críticos, de otros escritores, de cualquiera que los lea...

En tiempos de Cain, esa reacción a veces era de repulsión y aversión... Pero no nos equivoquemos, era una reacción, y muy valiosa. Al final de la obra maestra de Albert Camus, *El extranjero*, una novela que según su autor está inspirada por el trabajo de Cain, Meursault va a su ejecución esperando que «haya una enorme multitud de espectadores, y que me saluden con gritos de execración». ¡Execración! Cain sabía lo suyo, de eso. Pero el mayor castigo para un autor es que su obra inspire indiferencia. Y nadie puede acusar de eso a Cain.

Lo que nos lleva a *La camarera*, la última novela de Cain, que nos muestra que incluso al final Cain seguía teniendo la capacidad de molestar, perturbar y conmocionar.

En 1975, James M. Cain tenía ochenta y tres años; moriría al cabo de dos años. Su estrella, que se había elevado tan meteóricamente en los años treinta y cuarenta, cayó con la misma velocidad meteórica. Se trasladó del este de Hollywood a Hyattsville, Maryland, donde sufrió una dolorosa enfermedad cardíaca que lo iba consumiendo: angina de pecho. Era un hombre mayor, que se hacía más viejo cada

vez, con una salud delicada, consciente de ello. Pero seguía siendo un escritor, maldita sea, y cada día cogía la pluma y el papel y fluían las palabras.

Algunas de esas últimas producciones fueron intentos de introducirse en otras ramas de la ficción: una novela histórica, un libro infantil. Pero, al final, cuando sabía que probablemente solo podría acabar un libro, decidió volver a sus orígenes y escribir de nuevo una novela de James M. Cain.

Está claro que puso elementos de su propia vida en el libro: el entorno de Hyattsville, la angina de pecho de Earl K. White, las pastillas de nitroglicerina que lleva siempre White (Cain también las llevaba). Volvió también a temas de sus primeras novelas, las que tuvieron más éxito. Del *Cartero* y *Pacto de sangre* viene la idea de una mujer joven y atractiva casada con un hombre viejo pero rico, que conoce a otro hombre, joven y guapo, que al final está implicado en la muerte del marido. De *Mildred Pierce* cogió la premisa de una mujer protagonista que está en graves apuros económicos, saliendo de un mal matrimonio, que tiene que coger un trabajo degradante como camarera para poder ganar el pan para su hijo. El resultado de la combinación de esos tres elementos es una historia de *femme fatale* clásica de Cain, contada por una vez desde el punto de vista de la propia *femme fatale*.

Desde luego, ninguna *femme fatale* piensa que lo es, o lo admite, aunque lo piense. Lo cual presenta un problema interesante en un libro contado en primera persona. De hecho, Cain empezó escribiendo *La camarera* en tercera persona, al estilo de *Mildred Pierce*, y avanzó más de cien páginas en el manuscrito antes de abandonar ese enfoque y reescribirlo todo en su estilo personal e íntimo en primera persona. Fue una buena decisión. El libro se llena de vida cuando vemos las cosas a través de los ojos de Joan Medford, y la oímos hablar con su propia voz. Pero poner la historia en la voz de Joan significa que oímos solo lo que Joan quiere que oigamos. Y tal y como ella percibe las cosas, o al menos tal y como las cuenta, ella es inocente de cualquier fechoría, una víctima desventurada de las circunstancias, rodeada de muertes que no ha causado y a las que tampoco ha contribuido. Del lector depende decidir si creer ese autorretrato o cuestionarlo, y la ambigüedad resultante hace de *La camarera* una de las obras más inquietantes e irregulares de Cain.

Se trata de la contradicción inherente a cualquier obra de ficción, ésa que ignoramos convenientemente cada vez que nos sentamos a disfrutar de una novela: ¿Podemos creer lo que nos está contando el narrador? Bueno, no, claro que no... Todo son mentiras, es todo inventado, eso es la ficción precisamente. Pero «dentro» de la ficción, digamos, si nos imaginamos a nosotros mismos como habitantes del mundo de los personajes, en lugar del nuestro propio, ¿podemos creer lo que nos están contando, entonces...? La mayor parte del tiempo asumimos que la respuesta es sí: se puede confiar en lo que nos cuenta Huck Finn; Ismael no miente acerca de lo que sucedió entre Ahab y Moby Dick. Pero ¿por qué nos lo creemos? ¿Cómo

podemos saber que Ismael no mató a todos sus compañeros marineros y luego hundió él mismo el *Pequod* para cubrir sus huellas? Después de todo, es el único superviviente: dependemos de su relato para saber lo que ocurrió. En *La camarera* dependemos igualmente del relato de Joan. ¿Es inocente ella en realidad, o es una asesina múltiple? Usted decide.

Cain trabajó en *La camarera* casi hasta su muerte. No la llegó a publicar, aunque dejó borradores a su agente y a su editor. No estaba satisfecho y seguía toqueteándola; hasta sus manuscritos mecanografiados contienen correcciones y cambios en su escritura a mano casi ilegible. El final del libro en concreto le preocupaba bastante, y después de redactar múltiples versiones, advirtió a su editor de que podía cambiarlo de nuevo. Tal y como se cita en la biografía *Cain*, le escribió: «Si quieren tratar conmigo, deben acostumbrarse a esto. Yo trabajo en el final sin parar».

Pero nadie trabaja en nada sin parar. Con la muerte de Cain, el manuscrito sin publicar de *La camarera* desapareció entre sus voluminosos documentos como la caja de embalaje en el almacén al final de *En busca del arca perdida*.

¿Cómo fue descubierto de nuevo? Bueno, había breves referencias a la existencia del libro aquí y allá..., en entrevistas que Cain dio al final de su vida, en las cuales mencionaba que estaba trabajando en él; en la biografía, en la cual se resume brevemente su argumento; en algunas de las grabaciones y correspondencia de Cain. En abril de 2002, cuando *Hard Case Crime* era solo un brillo en los ojos de dos escritores con una idea absurda de que había que revivir esa ficción criminal antigua y pasada de moda, empecé a cartearme con Max Allan Collins, autor galardonado que ha llegado a ser uno de nuestros contribuyentes más prolíficos. Además de acceder a escribir varios libros para nuestra línea, sugirió a otros autores que podría interesarnos publicar, vivos y muertos. Cain estaba entre sus favoritos, y resultó que también era uno de mis preferidos. Desde que encontré un ejemplar arrugado de *Pacto de sangre* en un puesto de libros usados cuando era estudiante de primero en Columbia, fui buscando todos los libros que había escrito Cain y los leí todos... hasta los más oscuros y los peores, hasta aquéllos que nadie había leído desde hacía décadas. Pero Max había oído hablar de uno que yo no conocía: *La camarera*.

Pasé los nueve años siguientes rastreando este libro y buscando hacerme con los derechos para publicarlo.

El primer problema fue localizar el manuscrito. Resultó que determinados borradores (algunos parciales, otros completos) estaban en la División de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso, donde casi cien libros contenían documentos de todas las épocas de la vida de Cain. Pero yo no lo sabía entonces (aquello era antes de que internet hiciera mucho más fácil buscar cualquier cosa en el mundo), así que pasé un par de años preguntando a amigos y contactos en el mundo

de la publicación, coleccionistas de libros, académicos, cualquiera que se me ocurriera y que pudiera darme una pista. Pero nadie lo hizo. Finalmente, cuando supe que mi agente de Hollywood, Joel Gotler, había heredado el despacho de un antiguo agente llamado H. N. Swanson («Swanie» para los amigos, colegas y clientes, uno de los cuales no era otro que James Mallahan Cain) le pregunté a Joel si estaría dispuesto a buscar entre los archivos antiguos de Swanie a ver si aparecía algo. Joel buscó... y unos pocos días después recibí un sobre por correo que contenía el manuscrito de *La camarera*.

Hablando más tarde con el *New York Times* describí el momento de abrir ese sobre como si fuera una escena de una película de Spielberg. Para seguir con la analogía de *En busca del arca perdida*, como abrir la tumba sellada durante siglos y ver surgir el Arca Perdida ante mis ojos. Pero ese momento resultó solo el principio de la búsqueda, y no el final. Porque en seguida vi que había por ahí más de una *camarera*.

A veces un escritor muere con su obra en curso inacabada. Entonces el desafío al que se enfrenta el editor es encontrar otro autor que complete la obra, y el resultado raramente es bueno. A mucha gente le encantaba Robert B. Parker cuando escribía sus obras de detectives, pero casi nadie puede decir una palabra amable sobre el trabajo que hizo al completar el manuscrito final e inacabado de Philip Marlowe que dejó Raymond Chandler, *Poodle Springs*. Lo mismo se puede decir de los diversos intentos de completar *El misterio de Edwin Drood* de Charles Dickens, aunque al menos la versión musical es divertida.

Pero la situación con *La camarera* era distinta. No solo teníamos un manuscrito completo y acabado, sino que teníamos varios, así como diversos manuscritos parciales y fragmentos, algunos consistentes solo en unas pocas líneas en una hoja de un cuaderno, otros de una docena de páginas o de varias docenas. Ninguno de los manuscritos estaba fechado, lo cual dificultaba establecer su orden (aunque uno, el borrador en tercera persona de 197 páginas, estaba etiquetado como «Original»). Muchos contenían las mismas escenas pero dispuestas en distinto orden; algunos tenían las mismas escenas pero escritas de formas ligeramente distintas, y las diferencias a veces eran puramente estilísticas y a veces de gran importancia para el libro. (Por ejemplo: después de la primera conversación con el señor White, en uno de los borradores la escena termina con Joan pensando: «Nunca había conseguido algo que fuese importante para mí, pero lo que me preocupaba era: habría deseado que él me gustara más»; en otra, Cain tachó a lápiz «habría deseado que él me gustara más» y escribió «aunque estuviera pálido, era muy guapo, y me gustaba». ¡Qué diferencia!

A Cain le gustaba explorar las variantes. Probó distintos nombres para sus personajes. Earl K. White fue, según la ocasión, Earl P. White, Earle D. White,

William Gilbert y Leonard Gilbert. Joan Medford fue Joan Keller. Liz Baumgarten fue Liz Daniel y Lida Zorn. Ethel fue Harriet. Curiosamente, Jake, el barman, fue siempre Jake, el mismo nombre que Cain usó para el barman de *Mildred Pierce* (y también para su memorable relato corto *Mamá es una borrachilla*. No puedo evitar pensar que quizás él conociera realmente a un Jake que le servía bebidas en su juventud). Probó también distintos títulos para el libro, que en un momento dado se iba a llamar *American Beauty*, que a su vez iba a ser el bar donde Joan encuentra el trabajo como camarera, en lugar del Garden of Roses. Y probó, interminablemente, distintas versiones de la primera escena. Debe de haber docenas, y todas tenían lugar en el funeral del primer marido de Joan, pero algunas continuaban con Joan encontrándose con Tom allí por primera vez, y otras, por el contrario, con el señor White:

A Bill se le pasó por la cabeza la fantasía de que yo era Miss Muerte aquel espantoso día en el cementerio, tal y como me confesó más tarde, y para probar que no lo soy estoy grabando esto. Podría admitirlo también. No estaría contando la verdad si no dijera que la tragedia nos acechó mañana, tarde y noche, desde el momento en que nos conocimos. Desde el principio el resultado estaba cantado, como se suele decir... Tenía que pasar, de una manera u otra. Pero ¿pasó? La respuesta me tortura, pero de momento intentaré dejar de hablar de ello y dedicarme a lo que pasó realmente. Y créanme, pasaron muchas cosas...

Conocí a Leonard Gilbert en el funeral de Ron, o quizá debería decir que lo conocí a medias, ya que ninguno de los dos vio al otro, ni tuvo la menor idea de lo que representaría aquel encuentro en nuestras vidas. La familia de Ron, los Medford, había hecho todos los arreglos, pensando que yo no sería capaz, al haberme quedado sin un céntimo, y su idea original, al parecer, era no contar conmigo para nada y dejarme completamente al margen de todo. Fue el hombre de la funeraria quien lo evitó...

Conocí a Leonard Gilbert en el funeral de Ron, o lo conocí a medias, podríamos decir, ya que ninguno de los dos vio al otro, ni tuvo la menor idea de lo que podríamos representar el uno para el otro más adelante. Y todo fue a causa de la familia de Ron. Los Medford se habían hecho cargo de todo, ya que pensaban que yo no podría hacerlo, por haberme quedado sin un céntimo, y su idea original, al parecer, era echarme la culpa de la muerte de Ron y

dejarme completamente al margen. Pero al observar que se trataba así a la viuda, el responsable de la funeraria...

Conocí a William Gilbert y él me conoció a mí en el funeral de Ron, aunque entonces no me di cuenta, y él tampoco, hasta que nos volvimos a ver al cabo de un tiempo, de una manera muy diferente. Y las cosas fueron así: yo estaba de pie, un poco apartada, mientras el doctor Weeks leía el servicio religioso junto a la tumba, cuando me di cuenta de que había alguien detrás de mí, y al mirar vi a un hombre que al parecer estaba visitando la tumba de al lado, y que se disponía a marcharse. Me quedé de pie a un lado dejándolo pasar, pero él hizo gestos indicando que podía esperar, y yo volví a nuestro funeral. Y el motivo de que no lo reconociera más tarde y él tampoco me reconociera a mí es que yo iba con velo, de modo que no pude ver bien su rostro, y el motivo de que él no me reconociera es que no pudo ver el mío...

«Yo soy la resurrección y la vida, dice el Señor; el que crea en mí, aunque esté muerto vivirá, y el que viva, si cree en mí, nunca morirá».<sup>[1]</sup>

Las palabras retumbaban con el eco del Día del Juicio, la voz temblaba y se agitaba, y el que las pronunciaba, con unos rizos grises finos y desnudos bajo la luz de la tarde, permanecía de pie junto a un ataúd ante una tumba abierta, y leía un libro de oraciones grande. Todas las cabezas se inclinaron de repente en un cementerio repleto de flores: dos parejas, una de mediana edad, otra más joven, formando un grupo de cuatro; ocho o diez chicos y chicas con cazadoras y pantalones, y una chica de veintipocos años, al otro lado de la tumba, con un vestido corto color negro antracita, acompañada de dos hombres, al parecer ayudantes de la funeraria. Era de estatura mediana y muy atractiva, especialmente el pelo, de un rubio rojizo y rizado, que le tapaba el cuello, y una figura espectacular...

Y así sucesivamente. No solo Cain intentó múltiples variaciones de la escena clave, sino que volvía adelante y atrás en sus elecciones, haciendo borradores que al parecer eran posteriores, pero retrocedían a otros más antiguos, deshaciendo cambios introducidos en borradores que al parecer estaban en medio.

Todo esto deja al editor en la posición algo extraña de tener que elegir una versión de cada escena (cuando hay múltiples), la que mejor funcione por sí misma y mejor encaje con la arquitectura conjunta de la trama. Y eso significa decidir qué fragmentos descartar, una decisión muy dolorosa. Editar el libro también fue difícil

por otros motivos. Algunas frases y algunos párrafos debían ser eliminados o alterados por coherencia (¿son dos hombres y una mujer los hijastros del señor White, o dos mujeres y un hombre? ¿Su antigua esposa murió un año antes o seis años antes?), o por ritmo y atención (así desapareció una digresión sobre la arquitectura de Maryland, igual que otra sobre el tiempo de Maryland). Algunos fragmentos que quedaban de borradores anteriores, cuando el libro tenía una dimensión más política, tuvieron que desaparecer, ya que no tenían sentido en la versión final. Por otra parte, algunas escenas excelentes que escribió Cain en su primer borrador, inexplicablemente, no aparecían en los borradores posteriores, y yo aproveché la oportunidad para incluirlas de nuevo. Y algunas partes tuvieron que ser cuidadosa y respetuosamente editadas para asegurarnos de que la historia fluía con lógica y efectividad de un punto a otro, y que las diversas semillas que Cain se esforzó tanto en plantar al principio del libro pudieran dar fruto cuando se requería, al final.

Para ser justos, este tipo de edición no es ni más ni menos que lo que hemos hecho con los manuscritos de numerosos autores vivos que han escrito novelas para nuestra editorial, como cualquiera de ellos les podría confirmar. Yo creo en el papel anticuado del editor, que consiste no solo en adquirir un libro y arrojarlo a los estantes de una tienda para que se hunda o flote, sino en trabajar estrechamente con el texto y con el autor para pulir cada capítulo, cada línea. Pero, obviamente, esto es mucho más duro cuando un autor ha fallecido, y se agudiza más aún cuando no quedan parientes ni amigos del autor que estén vivos para consultarles (como pasó, por ejemplo, cuando edité póstumamente trabajos de Roger Zelazny y Donald E. Westlake, Lester Dent y David Dodge).

Dicho esto, es deber de un editor hacer todo lo que esté en su mano por todos y cada uno de los libros que publica, y fue un privilegio hacerlo en este caso. Dedicué un cuidado especial a las partes que Cain trabajó más, ayudado por las notas que él mismo había dejado, y que iban desde detalles de la ambientación (¿La chica, se tiene que lavar o ha lavado alguna prenda del uniforme? ¿Sirve con bandeja o lleva las copas en la mano? ¿Cuál es la actitud normal de un propietario hacia las proposiciones que se hacen a las chicas?) hasta descomponer capítulo a capítulo acontecimientos y motivaciones («¿Qué hace ella con los cincuenta mil dólares...? ¿Se compra una casa que está enfrente? ¿Compra un coche? Sin embargo, si se va del trabajo, significaría que no tiene suficiente... Si se queda en el trabajo y emplea una canguro, Harriet la llevará a los tribunales») y notas sobre la atmósfera («Todo el libro debe recordar el olor caliente, cerrado, sudoroso, femenino, de la coctelería... Joan establece el tema... Su forma de andar, sus accesorios, la silueta de sus piernas, su olor...»). Casi parecía que tenía a Cain sentado allí conmigo ante el teclado, mirando por encima de mi hombro, guiándome por el buen camino.

Cuando acabé de editar el libro y lo leí otra vez de cabo a rabo, me recordó por qué me encantaba lo que escribía Cain. Cuando yo tenía dieciocho años y acabé desmontando el lomo de aquel primer volumen de Cain que había encontrado, removi6 algo en mi interior... Lo suficiente para sentirme obligado a buscar y leer cada palabra que escribi6 ese hombre en su vida. Esta voz, que llegaba hasta m6 a trav6s de medio siglo de distancia, me cogi6 por las solapas, o quiz6 por la garganta, y todav6a no me ha soltado. Si no fuera por Cain, no tendr6amos esta editorial, Hard Case Crime. No existir6an *Little Girl Lost*, ni *Songs of Innocence*, las dos novelas que he escrito sobre caracteres torturados que luchan contra sus terribles y desesperadas circunstancias. Quiz6s habr6a menos suciedad, ciertamente, en los estantes de librer6as y bibliotecas, y menos sudor, y menos sangre..., pero tambi6n menos honradez, menos arte, y todos ser6amos m6s pobres debido a ello.

El brillante Raymond Chandler, con un talento exquisito, contempor6neo e igual de Cain (y, por cierto, coautor del gui6n para *Perdici6n*, nominado para el Oscar), era uno de los que odiaba a Cain. Escribi6, con su caracter6stica elocuencia y mordacidad: «Es todo lo que detesto en un escritor... Un Proust con mono grasiento, un chico sucio con un trozo de tiza y una valla y nadie mirando». Pero Chandler se equivocaba. Pensaba que su descripci6n de Cain era una condena, cuando en realidad era un honor. Y todo el mundo miraba.

Una 6ltima nota, esta vez hist6rica, sobre el tema de la talidomida.

Para cualquiera que viviera en los a6os cincuenta, sesenta o setenta no har6 falta explicaci6n alguna sobre esta droga: los horrores de los ni6os nacidos con brazos y piernas truncados, o sin brazos ni piernas, o con otras deformidades terribles, de madres que hab6an tomado talidomida como sedante o tratamiento para las n6useas matutinas, estar6n grabados a fuego irrevocablemente en su memoria. Pero muchos lectores de hoy en d6a quiz6a ni siquiera conozcan el nombre.

En 1975, cuando Cain empez6 a escribir *La camarera*, los lectores seguro que lo sab6an. La droga fue introducida a finales de los a6os cincuenta y se empez6 a conocer como «droga milagro», hasta que fue prohibida a principios de los sesenta despu6s de que nacieran miles de ni6os expuestos a la droga *in utero* con defectos de nacimiento. La talidomida nunca se aprob6 para su venta en Estados Unidos, pero muchos m6dicos norteamericanos distribuyeron miles de pastillas como parte de un ensayo cl6nico. En Inglaterra la droga s6 que se aprob6.

Hoy en d6a, la talidomida se usa para tratar la lepra.

# Notas

[1] Los lectores de *Mildred Pierce* recordarán que Cain cita este mismo pasaje en el funeral del capítulo VIII de ese libro. En él abundan ecos de su trabajo anterior. Pero no es una simple repetición: los funerales con los que empieza y termina *La camarera* ejercen una función muy distinta del que aparece en *Mildred Pierce*. <<